LIBANIO

DISCURSOS I

AUTOBIOGRAFÍA

EDITORIAL GREDOS

LIBANIO

DISCURSOS

I

AUTOBIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANTONIO MELERO BELLIDO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 290

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por PALOMA ORTIZ GARCÍA.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2001.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 26360-2001.

ISBN 84-249-2301-4. Obra completa.
ISBN 84-249-2302-2. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.

INTRODUCCIÓN

I. LA VIDA DE LIBANIO[1]

Libanio nació en el año 314 d. C., dos años, por tanto, después de la derrota de Magencio y la conversión de Constantino al cristianismo. Su familia pertenecía a la clase dirigente de Antioquía, si bien su padre perdió sus propiedades, dejándola, a su muerte, en una situación comprometida. Libanio encontró, sin embargo, un segundo padre en su tío materno, Fasganio, que no sólo asistió a la viuda en el cuidado y educación de los huérfanos, sino que hasta su muerte fue uno de los más devotos admiradores del orador. Aun así el círculo familiar de Libanio desempeñó un papel principal en la vida municipal de Antioquía. El orador, orgulloso de su origen y del poder e influencia de sus antepasados y parientes, eligió, por obra de una vocación muy temprana, la carrera de las letras, renunciando a las posibilidades que se le ofrecían en la administración imperial o en el consejo —la *boulḗ*— de Antioquía. Siguió, pues, el cami-

[1] Disponemos de una vívida y fiel semblanza de Libanio, debida a la pluma de A. LÓPEZ EIRE, *Semblanza de Libanio*, Ciudad de México, U.N.A.M., 1996.

no de las letras griegas, para convertirse en un sofista, que en la época valía tanto por «orador» como por «profesor de retórica». Libanio considera necesario narrar con todo detalle el descubrimiento de esta vocación literaria, que acabaría en auténtica pasión, cuando apenas contaba quince años. Durante cinco años se consagró con ahínco, con la ayuda de un *grammatistḗs*, un maestro de primeras letras, al estudio de los clásicos griegos —los oradores, Aristófanes, Platón—, cuyas obras aprendía de memoria[2]. A los veintidós años, en el 336, sintió la necesidad de ir a estudiar a Atenas, centro entonces de la cultura griega. Con ello emprendía un camino sin retorno en la elección de su modo de vida. De allí volverá a Antioquía ya convertido en un sofista. Para subvenir a los gastos de su estancia en Atenas, su madre se vio obligada a vender las propiedades de la familia. Desde el año 336 al 340 permaneció en Atenas. La descripción de su etapa de estudiante en la ciudad de Teseo nos ofrece un vívido retrato de la vida académica de la época, con las encarnizadas y, a veces, brutales rivalidades entre escuelas, lo que le procuró algunos sinsabores. Al final de su estancia, sus capacidades intelectuales le habían procurado ya una cierta fama y recibió la oferta de ser nombrado profesor de la ciudad. Su nombramiento le atrajo inmediatamente los celos de los profesores rivales, que no pararon en sus maquinaciones y acosos hasta conseguir su renuncia en 340, año en que abandonó la ciudad. Después fue profesor durante tres años en Constantinopla, hasta que las insidias de sus enemigos, aliados con el procónsul, le obligaron a abandonar la ciudad para salvar la vida. Posteriormente aceptó una invitación del consejo de Nicea para establecerse en la ciudad como sofista. Poco permaneció en esta ciudad, ya que

[2] Cap. 8; EUNAPIO, *Vidas sof.*, pág. 518 WRIGHT.

inmediatamente aceptó la invitación de Nicomedia, donde permaneció algún tiempo. Su estancia en Nicomedia, desde el 344 al 349, con una bien ganada fama ya de rétor excelente, parece haber sido uno de los períodos más felices de su vida, a juzgar por el cariño y la emoción con que se refiere en la *Autobiografía* a la ciudad y a sus habitantes. Fue en esta ciudad donde el futuro emperador Juliano entró en contacto con los escritos de Libanio, al que admiró sin límites y cuya enseñanza —no directa, ya que el trato con un pagano le estaba aún vedado— fue determinante para su obra literaria y de gobierno[3].

En el año 349, y como resultado, sobre todo, del éxito obtenido con sus panegíricos dirigidos a los emperadores Constancio y Constante, fue llamado a Constantinopla, donde fue nombrado sofista oficial con un sueldo imperial. No permaneció mucho en la corte. Pronto empezó a maniobrar para obtener permiso del emperador a fin de dejar la ciudad. En el verano del 353 consiguió el ansiado permiso para pasar las vacaciones en su ciudad natal, Antioquía, a la que no había vuelto desde su partida. El relato del regreso a la ciudad es uno de los pasajes más emotivos y, quizás, sinceros de toda la *Autobiografía*. Aún así, debió volver a Constantinopla para iniciar las clases del nuevo curso. Pero a comienzos del año 354 lo encontramos de nuevo en Antioquía. El abandono de la cátedra imperial para establecerse definitivamente en Antioquía no debió de ser fácil. Libanio no es muy explícito sobre este punto. Adujo, sin duda, razones de mala salud; pero debemos imaginárnoslo también moviendo todas sus influencias y desplegando una frenética actividad epistolar para conseguir, de un lado, el ansiado permiso del

[3] Para Juliano *vid.* la vieja y aún muy útil biografía de J. BIDEZ, *La Vie de l'empereur Julien*, París, 1930.

emperador para abandonar Constantinopla y, de otro, influencias en Antioquía para ser nombrado sofista oficial y conseguir alumnos para su escuela. En 355 lo encontramos definitivamente instalado en su ciudad natal, que no abandonará ya nunca más. En esta época se inician las cartas que nos han llegado y que tanta información nos proporcionan sobre la vida de una ciudad en el Bajo Imperio.

No llegó Libanio a Antioquía en un buen momento político. El emperador Constancio estaba en Occidente ocupado en reprimir el intento del usurpador Magnencio. El gobierno de la *pars Orientis* había sido confiado al sobrino de Constancio, el César Galo, que lo ejercía de forma despótica y brutal. Galo estuvo implicado en el linchamiento del consular de Siria y permitió que los soldados mataran al prefecto pretoriano del Este Moncio. Pero, sobre todo, Galo chocó con el consejo de Antioquía, un punto este al que Libanio era particularmente sensible. El poder municipal entró a lo largo del siglo IV en claro declive ante la creciente centralización de la administración imperial. Libanio, miembro de familia curial, veía en ello no sólo una disminución efectiva de la autonomía municipal, sino también un signo más del debilitamiento de la cultura griega, una de cuyas instituciones centrales, la *pólis,* él creía aún reconocer en el autogobierno municipal[4]. Por ello, debió de considerar doblemente brutal la crisis que enfrentó a Galo con el consejo de Antioquía. Éste había fracasado en las medidas adoptadas para hacer frente a la hambruna. Galo no dudó en apresar a los miembros del consejo y en amenazar con la pena de muerte a sus miembros más sobresalientes. La crisis se resolvió con la destitución, primero, y la ejecución, después, de Galo. Pero el episodio puso una vez más en evidencia el

[4] *Vid.* P. PETIT, *Lib. et vie munic.*, págs. 24-26.

progresivo declive de Antioquía, económicamente asfixiada por las guerras con Persia y las campañas de Mesopotamia[5].

Conocemos muy detalladamente los primeros diez años de Libanio en Antioquía (del 354 al 364) gracias no sólo a su *Autobiografía,* sino, sobre todo, a sus cartas. El momento más brillante para Libanio fue el período del 354-64, que coincidió, en parte, con el reinado de Juliano como emperador —desde el 362— y la estancia de éste en la ciudad. En estos años Libanio creyó acariciar uno de los sueños de su vida, la resurrección del paganismo —lo que hay que entender, sobre todo, como la reactivación de la cultura griega— por intermediación de Juliano. Así se expresa exultante en la *Autobiografía* (caps. 119-32) sobre la realización de ese sueño: el resurgimiento de los viejos cultos —que él mismo reconoce que sólo, en algunos casos, los viejos recordaban—, la práctica de la adivinación, el florecimiento de la oratoria. Un sueño que duró muy poco. Pronto tuvo serios roces con el emperador, a causa de las diferencias de éste con el consejo de Antioquía —y, otra vez, por las dificultades creadas por la falta de abastecimiento— y por la creciente difusión del cristianismo entre sus conciudadanos.

A partir del año 356 las cartas de Libanio dejaron de publicarse. No nos ha llegado ninguna del período, prueba de las precauciones que el orador tomó frente a las maniobras de sus enemigos en la corte de los sucesores de Juliano, Joviano y Valente. Dependemos, en lo esencial, de los datos que nos da el propio Libanio en la *Autobiografía:* estancia de Valente en Antioquía (entre 370-77), motivada, quizás, por nuevas campañas contra Persia; el oscuro asunto de Teodoro, que acarreó un aluvión de denuncias y condenas por prácticas mágicas y de adivinación, y del que el propio

[5] *Vid.* LIEBESCHÜTZ, *Antioch.*, pág. 4.

Libanio escapó a duras penas. En el año 378 Valente murió en la batalla de Adrianópolis. No mucho después Libanio compuso un discurso (XXIV) dirigido a Teodosio en el que sostenía la tesis de que la derrota de Adrianópolis era un castigo de los dioses por haber quedado impunes los asesinos de Juliano. A partir del año 388 volvemos a tener cartas del orador, que nos permiten reconstruir mejor los últimos años de su vida.

Como la composición de la *Autobiografía,* tal como veremos, no es ya orgánicamente unitaria para este período, lo que leemos en ella es, más bien, una lista de acontecimientos que podemos conocer mejor gracias a las cartas y los discursos. En 382 debió de intervenir ante el *comes Orientis* Filagrio en defensa de los panaderos. En 383-384 recibió el nombramiento de prefecto pretoriano a título honorífico, lo que le procuró poder e influencia suficiente como para componer discursos con pretensiones de crítica y reforma social. En esta línea se inscriben los discursos escritos entre 384-385, durante el mandato de Icario como *comes Orientis,* con quien Libanio mantuvo una relación tornadiza. Otro tanto cabe decir de su relación con Cinegio, con quien mantuvo contactos corteses durante su estancia en Antioquía camino de Egipto, pero cuya política de destrucción de los templos paganos resultaba odiosa a Libanio. En general el reinado de Teodosio fue más benéfico para Libanio. Aunque cristiano, al punto que en 391-392 prohibió absolutamente los cultos paganos, Teodosio supo, sin embargo, aceptar los consejos de políticos e intelectuales paganos, amigos muchos de ellos de Libanio, al que acabó distinguiendo, como hemos visto, en el año 383 con el título de prefecto pretoriano honorario.

Uno de los episodios que más impresionaron a Libanio fue la Revuelta de las Estatuas del año 387. Un edicto imperial, exigiendo más impuestos a la población de Antioquía,

desencadenó una revuelta que alcanzó el clímax con la destrucción de los retratos y esculturas que representaban a los miembros de la familia imperial. La ciudad entera se hizo rea del desacato, aguardando, despavorida, el castigo del emperador. Libanio hizo lo posible para dulcificar las consecuencias del acontecimiento. En abril del 388 el pagano Taciano sucedió al cristiano Cinegio como prefecto pretoriano, cargo en el que permaneció hasta el 392. Entre tanto, había perdido a su íntimo amigo, Olimpio. Todavía en 391 debió asistir al funeral de la mujer con la que había vivido muchos años y en 392 al de su amado hijo Cimón.

Pero, por esta fecha, Libanio estaba ya al borde de la muerte, como se desprende de las cartas de la época. Y, poco después, probablemente en el año 393, murió, tras unos últimos años infelices, en los que su querida ciudad había visto mermada su independencia, su otrora influyente familia había sido reducida a un papel insignificante y la autoridad moral y capacidad de mediación ante los poderosos que tuviera en otros tiempos, desatendidas o rechazadas.

También ensombreció su última vejez la situación de su hijo ilegítimo Cimón. Tuvo que hacer frente a las conspiraciones para desposeerlo de las propiedades que, con tantos trabajos, había conseguido legarle y, finalmente, como hemos visto, asistir a su muerte. En estos últimos años debió soportar ataques contra sus asistentes y defenderse, incluso, contra arteras acusaciones de traición. Sufría, además, de agudos ataques de gota. Y, sobre todo, tuvo que presenciar el triunfo del latín y del derecho romano sobre las «letras griegas», que él, continuando una tradición que se remontaba a Isócrates, había defendido como el modelo ideal de educación del ciudadano.

La imagen que Libanio da de sí mismo está muy lejos de ser atractiva para una sensibilidad moderna; y, sin em-

bargo, Libanio se siente afortunado de su larga vida como profesor, a pesar de las muchas enfermedades, reales o ficticias, que no le abandonaron jamás. A la temprana edad de veinte años sufrió un misterioso accidente, con ocasión de una tormenta, que le provocó dolores de cabeza intermitentes hasta los cincuenta años aproximadamente. No podemos decir más al respecto, si bien no falta quien cree ver en estos misteriosos achaques una pose de rétor influido por el modelo de vida valetudinaria del admirado e imitado Elio Arístides. Algunas de las enfermedades de que se queja entre los años 354 y 357 fueron más imaginarias que reales, un pretexto para obtener el permiso de abandonar Constantinopla y establecerse definitivamente en su amada Antioquía. Pero, aunque no falte una buena dosis de afectación en la mención de sus males físicos, su salud se fue deteriorando, sin duda, con el paso del tiempo. A partir del 364 comenzó a sufrir fuertes ataques de gota, que lo mantenían imposibilitado, a veces, durante largos períodos. Junto con la gota sus viejos dolores de cabeza se fueron agravando con vértigos, depresiones y crisis nerviosas que le ocasionaban ataques de pánico por el miedo a caerse y lo mantenían inmóvil en su casa. El componente neurótico, por decirlo en términos psiquiátricos, parece claro, si se tiene en cuenta que muchos de esos síntomas tan alarmantes mejoraron o desaparecieron cuando Libanio creyó descubrir que se debían al mal de ojo que sus enemigos le habían causado. Muy debilitado ya al final de su octogenaria vida y ciego desde el año 391, continuó sus trabajos de profesor y de orador hasta su muerte, acaecida probablemente en el año 393.

Con su mala salud de hierro, Libanio adaptó su vida a las exigencias de su trabajo: una vida tranquila, dedicada enfervorecida y, a veces, enfebrecidamente a la enseñanza y al estudio, lejos de toda actividad práctica, aunque en situaciones

extremas, como la crisis de los panaderos (caps. 208-209), no vaciló en intervenir enérgicamente ante el *comes Orientis*, Filagrio, en defensa de quienes consideraba víctimas de una violencia injusta. A pesar de su origen noble, de la nobleza provinciana de Siria, jamás desempeñó cargo público alguno, gozando, eso sí, de las exenciones de las cargas curiales que su puesto de sofista oficial le procuraba. Como intelectual sensible, no podía soportar la vista de la sangre ni de la violencia, que le provocaban repugnancia física. Este apocamiento ante las manifestaciones de violencia física se convertía en auténtica agresividad, cuando sentía menoscabado su prestigio y dignidad. Hasta el mismo Juliano, su amigo y protector, hubo de soportar algunas críticas suyas (caps. 121-24). Un carácter sensible, inestable, ávido de elogios y afilado para la crítica de los enemigos, deseoso de reconocimiento público; suspicaz hasta la paranoia, cuando creía ser objeto de una conspiración o de un desaire[6], pero también indulgente con sus adversarios (caps. 63, 64, 114, 115).

La vida de Libanio en fechas

314: Nace en Antioquía, en el seno de una familia curial, en el reinado de Licinio como emperador de Oriente, dos años después de la derrota de Magencio y la conversión de Constantino.

324: Huérfano de padre cuando contaba 10-11 años. Constantino, único emperador, funda Constantinopla y hace del cristianismo la religión oficial del estado.

328: Súbita y definitiva dedicación a la Retórica.

---

[6] *Vid.* P. Petit, «Recherches sur la publication et la diffusion des discours de Libanius», *Historia* 5 (1956), 503-504, que remite especialmente al *Disc.* LIV, *«Contra Eustacio. A propósito de los honores»*, para este aspecto del carácter de nuestro autor.

336-340: Estudios en Atenas. Muere Constantino (337) y sus hijos se dividen el imperio. Libanio queda sujeto a la autoridad de Constancio.

340-342: Sofista particular en Constantinopla. Éxitos y asechanzas de sus rivales.

342-343: Revueltas en Constantinopla (luchas entre arrianos y partidarios del credo de Nicea). Libanio es acusado de participar en las intrigas, cuando cuenta 28 años, y es expulsado de Constantinopla. Recibe una invitación, que acepta, para abrir una escuela en Nicea.

344-349: Sofista oficial de Nicomedia. Encuentro con el futuro emperador Juliano. Elogio de los emperadores Constancio y Constante, su primer discurso conservado (348). Los años de Nicomedia los recordará como los más felices de su vida.

349-353: Segunda estancia en Constantinopla, adonde es llamado por el emperador, seguramente por la fama que le proporcionaron los *Panegíricos* de los emperadores Constancio y Constante. Es nombrado sofista oficial con un sueldo del emperador. Disgustado con el ambiente de la capital, intenta regresar a Antioquía, que visita, emocionado, tras una ausencia de diecisiete años, en el verano del 353.

354: A los 40 años se establece definitivamente en Antioquía. Boda concertada con una prima que muere antes de la boda. Libanio toma una concubina de origen servil. Enfrentamiento con el César Galo, quien gobernaba en Oriente por ausencia de su tío Constancio, ocupado en Occidente con la usurpación de Magnencio. Galo había encontrado resistencia en el consejo de Antioquía a aceptar sus medidas para hacer frente a la hambruna. Ejecución de Galo.

362-363: Estancia del emperador Juliano en Antioquía, durante la cual forma parte del círculo íntimo del emperador. Restauración de cultos y fiestas paganas. Nuevos roces del emperador con la curia de Antioquía.

363-364: Muerte de Juliano durante la campaña de Persia. Joviano emperador. Intento de asesinato de Libanio. Muerte de Joviano. A partir del 365 no conservamos cartas de Libanio: toda la información sobre su vida depende de los pocos datos que él mismo nos da en la *Autobiografía*.

364-378: Reinado de Valente en Oriente (Valentiniano y Graciano en Occidente). Dificultades de Libanio con la justicia. Muerte de Valente en lucha contra los godos en la batalla de Adrianópolis.

379: Comienza el reinado de Teodosio. Discursos del sofista al emperador, con el que no se encontrará nunca personalmente, para aconsejarle o salir en defensa de su ciudad.

383-384: Recibe el título honorífico de prefecto pretoriano.

387: Revuelta en Antioquía, la famosa Revuelta de las Estatuas, en la que los retratos y estatuas de la familia imperial fueron destruidos. Composición de tres discursos dirigidos al emperador para apaciguar su cólera contra su ciudad.

391: Muerte de su compañera y de su hijo Cimón (o Arabio) así como de su íntimo amigo Olimpio.

393: A los 80 años, terminada ya su *Autobiografía,* Libanio le añade una conclusión, inacabada, en opinión de P. Petit.

404: En esta fecha todavía recuerda Sinesio a un viejo de 90 años, que se ha querido identificar con Libanio.

II. La obra de Libanio

1. *El entorno político y cultural*

Muchas de las reacciones que se nos antojan intempestivas o desmesuradas en nuestro autor tenían como origen una especie de malestar con su siglo, un siglo que marcó el fin de una época y de una cultura con la que tanto se identi-

ficaba. Porque Libanio vivió prácticamente todo el siglo IV d. C., un siglo de enormes cambios, que se abrió con una cierta restauración de la estabilidad del Imperio Romano, gracias a las reformas de Diocleciano y Constantino, y se cerró con la entrada de los visigodos, lo que suele considerarse uno de los acontecimientos que marcaron el fin de la Antigüedad.

Libanio pertenecía a la clase dirigente de Antioquía. Sus ideas y actitudes políticas son, en muchos aspectos, las de la clase social a la que pertenecía: la aristocracia municipal terrateniente. No obstante, en su obra trasciende una simpatía por la gente humilde, comerciantes y campesinos, que brotaba, sin duda, de su carácter compasivo, pero a la que no era ajena su propia profesión. Como orador y sofista, Libanio mantuvo una cierta distancia hacia su propia clase y, una vez establecido en Antioquía oficialmente, su cargo le aseguraba inmunidad de las obligaciones y liturgias curiales, lo que, sin duda, lo alejaba de los intereses de las clases elevadas.

Por otro lado, Libanio era un artista. Su dedicación a los *lógoi,* a la elocuencia y a la enseñanza, la vivió con todo el apasionamiento propio de un temperamento artístico. La imagen que obtenemos de la lectura de la *Autobiografía* es la de un hombre que gustaba y buscaba los aplausos de una audiencia numerosa, que no rechazaba las alabanzas y que era sumamente sensible, cuando no suspicaz, a la crítica. Sus enfermedades, reales e imaginarias, debieron de agriar su carácter, si bien algunos de sus achaques parecen inventados sobre el modelo de su admirado Elio Arístides, modelo que influyó decisivamente en su conducta.

Pero, aunque nominalmente sofista, hay una gran diferencia entre Libanio y Elio Arístides, la que media entre dos épocas muy diversas. Elio Arístides es un representante ex-

celso de la llamada Segunda Sofística, un artista de la palabra que, como los sofistas de los siglos v y IV a. C., viajaban de ciudad en ciudad y de festival en festival demostrando, en sus declamaciones públicas, la excelencia de su arte oratoria. Libanio fue, sobre todo, un profesor[7], un mediador entre sus alumnos y ese ideal de formación humana que denominamos *paideía*. Pero, a diferencia de los sofistas u oradores de la Grecia clásica, Libanio depende en gran medida de sus alumnos, cuyo éxito contribuía a mantener y a aumentar su propio prestigio, tal como él mismo explica en el *Disc.* LXII. Y necesita también defenderse de la competencia de otros sofistas e incluso justificar y elogiar su propia profesión.

Su profesión de sofista le obligaba también a intervenir en los asuntos públicos de Antioquía. Ya hemos mencionado cómo la actitud política de Libanio le llevó a adoptar una posición personal enfrentada a la evolución general del Imperio en su tiempo. Para Libanio, tal como modélicamente estudió Petit en su monografía sobre Libanio y Antioquía[8], la ciudad era la única forma de *politeía*, es decir, de convivencia civil y civilizada. Y el emperador, a diferencia de lo

[7] Para su actividad como profesor, *vid.* P. WOLF, *Vom Schulwesen der Spätantike. Studien zu Libanius*, Baden-Baden, 1950, y P. PETIT, *Les étudiants..., passim.*

[8] *Vid.* P. PETIT, *Liban. et vie munic.*, págs. 194-95, y G. GARON, *L'Empire romain d'Orient au IVe siècle et les traditions politiques de l'hellénisme. Le témoignage de Thémistios*, París, 1968, págs. 127-39; J. RICORÉ PONCE, *Temistio. Discursos Políticos*, Madrid, Gredos, 2000, págs. 40 ss. Las ideas políticas de Libanio, presentes en toda su obra, aparecen con mayor nitidez en lo que podemos llamar sus discursos políticos: *Disc.* XIV (dirigido a Juliano) y *Disc.* XLV (sobre las prisiones), *Disc.* XLVII (sobre el patronazgo militar), *Disc.* L (sobre las cargas), *Disc.* LI y LII (sobre las visitas a los emperadores), todas ellas remitidas a Teodosio.

que defendían otros escritores de la época como Temistio, no era ni un dios ni una encarnación de la ley, sino simplemente el magistrado supremo sometido a los principios de la piedad, la equidad, la justicia y, desde luego, de la ley. Su modelo de príncipe fue Juliano, quien, a su vez, aspiraba a reproducir el talante y los principios de Marco Aurelio: un príncipe liberal y filantrópico[9]. La misión del Imperio, pues, no debía ser otra, en su opinión, que la de garantizar la seguridad y prosperidad de las ciudades que formaban parte del mismo. En realidad, en su tiempo, estas ciudades no eran más que simples unidades administrativas y sus curiales funcionarios gratuitos del estado, sometidos a las onerosas cargas que el servicio al estado les imponía[10]. Libanio no dudó, pues, nunca en salir en defensa de su ciudad y de sus compatriotas. Intervino en defensa de éstos ante el César Galo (cap. 97); ante el propio Juliano, quien también encontró serias dificultades en su relación con los antioquenos. A éste dirige Libanio su discurso XV intercediendo por sus compatriotas, a los que no deja sin embargo de amonestar por su conducta en el discurso XVI. Y con ocasión de la Revuelta de las Estatuas en el año 387, ya bajo el reinado de Teodosio, hubo de intervenir ante el propio emperador *(Disc.* XIX y XX), ante los inspectores destacados a la ciudad para investigar los hechos *(Disc.* XXI y XXII) y ante sus propios ciudadanos para afearles su abandono en masa de la ciudad *(Disc.* XXIII). Esta función de mediador fue oficialmente reconocida con su nombramiento como prefecto honorario de la ciudad, que le otorgaba una gran in-

---

[9] Para este importante concepto *vid.* GL. DOWNEY, «Philanthropia in Religion and Statecraft in the Fourth Century after Christ», *Historia* 4 (1955), 199-208, y J. KABIERSCH, *Untersuchungen zum Begriff der Philanthropia bei dem Kaiser Julian*, Wiesbaden, 1960.

[10] *Vid.* P. PETIT, *Lib. et vie munic.*, págs. 269-94 y 335-58.

fluencia tanto ante la curia como sobre las autoridades provinciales e incluso la corte. Y, poseído de la responsabilidad e importancia de su función, Libanio no dudó incluso en enfrentarse a las autoridades imperiales, en defensa de su ciudad. Ésta es la actitud que aparece en muchas de sus cartas y discursos dirigidos a los dos magistrados bajo cuya autoridad caía la administración de Antioquía: el *comes Orientis* o vicario general de Oriente y el *consularis* o gobernador de Siria. Los discursos XXVII, XXVIII y XXIX atacan al *comes* Icario por su conducta brutalmente represiva con los curiales en el asunto de los panaderos. Otros discursos están dirigidos a censurar la actitud de determinados gobernadores, como Tisámeno *(Disc.* XXXIII), Luciano *(Disc.* LVI), Eustatio *(Disc.* LIV), Severo *(Disc.* LVII) o Florencio *(Disc.* XLVI), todos ellos escritos entre 388 y 392, en tiempos ya de Teodosio, cuando la aspiración máxima se había visto ya reducida a la de soportar la tutela de unos administradores comedidos y justos.

Libanio compuso también numerosas declamaciones públicas, pero casi todas ellas fueron pronunciadas en Antioquía, su ciudad. Y el siglo IV era ya muy distinto desde el punto de vista religioso. El estado, desde Constantino, era ya oficialmente cristiano. Había todavía muchos paganos, pero la mayor parte de los cultos y festividades habían dejado de celebrarse y las ciudades no tenían ya medios para organizar grandes fiestas o construir o restaurar templos y altares. De modo que faltaba ya la ocasión para los grandes discursos epidícticos. Libanio vivía, sobre todo, de un puesto y de un sueldo oficiales.

La enseñanza, por otro lado, de la retórica en el siglo IV se había vuelto, por decirlo en términos modernos, muy especializada. Nada interesaba ya la vieja disputa entre Filosofía y Retórica como modelos y formas de vida y de educa-

ción. Esta polémica que nace en el siglo IV a. C. está aún viva en Elio Arístides, pero ausente por completo de la obra de Libanio. No es que falten filósofos en la época. Sinesio, por ejemplo, lo fue al igual que Jámblico. Lo que falta en la obra de Libanio son los temas filosóficos del momento: la interpretación de los sueños, la alegoría política, la adscripción consciente y sistemática a un determinado sistema o doctrina filosófica, la distinción entre diferentes niveles de pensamiento. La Filosofía se vuelve en Libanio una especie de paradigma de vida moral y austera, próximo al ideal del santo cristiano. Era, sin duda, una tendencia general de la época.

Para Libanio su profesión tenía exigencias irrenunciables. La primera de ellas ser el mejor orador de su tiempo, como dos siglos atrás lo habían sido Polemón o Elio Arístides. A este fin se orientaba su inmensa cultura literaria, conseguida gracias al estudio y aprendizaje de memoria —de su inagotable memoria— de los clásicos griegos: Homero, Platón, los oradores, los cómicos, pero también Heródoto, Tucídides, en suma, toda la gran literatura griega hasta época helenística [11]. Esta filiación literaria determinó también su punto de vista político. En un imperio dividido, Libanio no se siente antioqueno, a pesar del apasionado amor que sentía por su ciudad, sino griego, habitante de una ciudad, de una *pólis* para la que hubiera deseado una autonomía como la que definía a las ciudades griegas de época clásica. El signo de los tiempos era muy contrario a sus aspiraciones: la administración del imperio se fue haciendo cada vez más severa y centralizada y, ante ello, Libanio se convirtió en una especie de resistente intelectual, orgulloso no sólo de su glo-

---

[11] *Vid.* A. F. NORMAN, «The Library of Libanius», *Rheinisches Museum* 107 (1964), 158-75.

rioso pasado cultural griego, sino incluso de ignorar, al igual que su amado tío Fasganio, el latín[12].

Pero no bastaba con ser un virtuoso de la palabra. Ésta había de ser también palabra moral, éticamente orientada. Y Libanio siente el deber de convertirse en una especie de valedor de la justicia en defensa de los humildes y menesterosos. Con ello continuaba una larga tradición de Retórica política y éticamente comprometida que se inaugura ya con Gorgias y encuentra una formulación muy explícita en Isócrates. Pero es que, además, en una época en la que el poder imperial se había vuelto abiertamente despótico y la administración de la justicia no garantizaba los derechos de los justiciables, sobre todo si eran de humilde condición, la palabra del sofista, como intercesor, moderador, intermediario y también censor de los abusos y arbitrariedades, adquiere un valor enorme[13].

Ciertamente Libanio conoce bien la teoría política helenística, pero no defiende ninguna postura coherente. Se sirve de ella como argumento para sus discursos. Así, por ejemplo, aunque en el *Panegírico* a Juliano asegura que fue una divinidad la que movió a los soldados a elegirlo emperador, Libanio está muy lejos de pensar que el emperador sea una especie de virrey de dios en la tierra. De hecho, en este aspecto, Libanio concibe a la autoridad civil como algo más próximo al magistrado de la *pólis* clásica que al monarca helenístico. Por nacimiento, familia, vocación y educación, para Libanio la instancia ideal y legítima de gobierno es el consejo de la ciudad. Libanio es, antes que ciudadano

[12] En *Disc.* XI 129 Libanio se refiere a «la cadena de oro de los romanos». Cf. el panegírico a Antioquía *(Antiochikós),* donde hace la alabanza de los seleúcidas con total olvido de la conquista romana.

[13] *Vid.* A. LÓPEZ EIRE, «Una carta muy larga de Libanio», págs. 369 ss., estudio que contiene un magnífico análisis estilístico de la carta 636 F.

romano, ciudadano de Antioquía. Y no deja de recordar que los emperadores impiden el autogobierno de la ciudad. De hecho muestra muy poco interés en su obra por las cuestiones del Imperio, ni siquiera por la amenaza ya insistente de los bárbaros. Ni un sólo emperador es mencionado por su nombre. Y el hecho de que una de las dos capitales del Imperio fuera Constantinopla no disminuía el peligro de romanización del helenismo.

Libanio ha de hacer frente a otros rivales: la cultura latina y el derecho, por un lado, y el pujante cristianismo, muy hostil todavía hacia el legado cultural de Grecia. Libanio, como hemos visto, desprecia el latín, la lengua en que se ejercía todavía la administración en la parte oriental del Imperio, y se lamenta de que los jóvenes se inclinen por el estudio del latín y del derecho. Al Imperio y cultura romanos Libanio sí tenía un sistema educativo que oponer. El ideal educativo de Libanio nace de una profunda convicción, la del poder de la cultura clásica griega, lo que él llamaba los *lógoi,* para informar la vida pública, inculcando en los ciudadanos cualidades morales y conocimientos prácticos que hicieran de la vida humana una vida civilizada, digna de ser vivida. Libanio desprecia la ignorancia y brutalidad de los militares, la falta de cultura literaria de notarios y abogados que sólo conocen la taquigrafía y lamenta la creciente demanda de lengua latina y derecho romano surgida desde el momento en que los emperadores prefieren esa formación para los funcionarios a la cultura literaria que los *lógoi* proporcionaban.

2. *La religión de Libanio*

Este convencimiento de la utilidad moral y práctica de la tradición cultural griega está también en la base de su elec-

ción religiosa. Desde su punto de vista, que no habría nunca compartido un cristiano culto, cultura griega y paganismo eran las dos caras de una misma moneda, sin que en ningún momento se sienta obligado a justificar esta relación que él sentía apasionadamente como necesaria. Libanio vio en el creciente cristianismo un movimiento rival de los *lógoi*, de la cultura clásica, considerada, desde época helenística, como un valioso instrumento de civilización, el don más precioso de los dioses a la humanidad. El cultivo de la retórica, en el sentido de cultura y de educación, se consideraba el medio más adecuado de cultivo personal, el método ideal para librar al alma de las pasiones terrenales y prepararla para una vida eterna. El cristianismo, a sus ojos, como a los de la mayoría de los grandes sofistas de la época, salvo Proheresio de Atenas, era una religión extraña, de origen judío y, en consecuencia, inferior culturalmente. A pesar de la actitud de autores como Basilio de Cesarea o Juan Crisóstomo, el cristianismo inspiró también la rigurosa política antipagana, con su secuela de persecuciones y ostracismos, de Constantino y Constancio. Contra ella no dudó Libanio en levantar la voz en discursos como el XXX del año 386, el famoso *Pro Templis*, en defensa del paganismo y de los paganos perseguidos.

Ahora bien, no resulta fácil describir con exactitud la forma en que Libanio vivió el paganismo. En primer lugar, porque, a diferencia de Juliano, Libanio es muy reservado en la expresión de sus sentimientos. En segundo, porque son tan numerosas las alusiones en su obra a divinidades y cultos paganos que resulta difícil en cada caso decidir cuándo estamos ante una auténtica manifestación de piedad y cuándo ante un simple artificio retórico. Hay sin duda en su paganismo un indudable componente estético. El arte religioso griego, el ritual y las ceremonias acrisoladas y depuradas

por siglos de práctica y pervivencia atraían, sin duda, fuertemente a nuestro autor. Pero ello no implicaba que su religión fuera puramente manifestación de una preferencia estética. Sin duda creía en la existencia de los dioses, en la eficacia de las plegarias y en sus funciones de garantes de la moralidad cívica, encargados de la protección del débil o el anciano o dispensadores de la salud. Su afección hacia Asclepio es notable. En línea con sus ideas políticas, Libanio se sentía más inclinado a la veneración de los dioses como protectores o patronos de las ciudades y las personas —él hizo de la Fortuna su ángel de la guarda— que como encarnaciones de fuerzas cósmicas o principios morales. Encontramos, por ello, una clara predilección por los cultos locales de Antioquía: el Zeus del monte Casio, el Apolo del recinto de Dafne o la Fortuna, diosa protectora de la ciudad.

Menos convincente resulta su devoción hacia los dioses patronos de la Literatura como Apolo o Hermes. Y sospechoso resulta el hecho de que en sus obras los dioses aparezcan en sus funciones más tradicionales: Dioniso como patrono de la viticultura, Hefesto de la metalurgia, etc. Su actitud religiosa, como la de Juliano, y sin que ello suponga negar una auténtica vivencia religiosa, es también manifestación de un conservadurismo cultural. Pero, a diferencia de Juliano, no hay en Libanio ni misticismo ni escatología ni una creencia definida en la vida del más allá.

Hay otros aspectos de la religiosidad de Libanio que obedecen a tendencias de la época. La primera de ellas es a interpretar acontecimientos naturales o humanos como resultado de la intervención directa de una divinidad —en un sentido muy amplio que incluye dioses y démones— o como signos de su voluntad. Se trata de la inclinación a ver *thaúmata,* intervenciones milagrosas, en las que está implicada una entidad superior. Así, en el *Panegírico de Antio-*

quía, para mostrar la predilección de los dioses por la ciudad, enumera toda una serie de tales *thaúmata.* La derrota de Adrianópolis la atribuye a la cólera de los dioses por haber quedado sin venganza la muerte de Juliano. La famosa Revuelta de las Estatuas intentó justificarla ante Teodosio como efecto de una intervención de démones. Lo mismo que hizo, por otro lado, S. Juan Crisóstomo. La hambruna de Constantinopla, con cuya descripción se cierra la *Autobiografía,* la atribuye a un castigo divino por los insultos recibidos en la persona de su hijo, en una comparación con la cólera de Apolo, en el libro I de la *Ilíada,* por la vejación que había recibido su sacerdote Crises. El paganismo de Libanio es coherente también con la tradición clásica griega —tal como se manifiesta ya desde Jenófanes— en el hecho de que no duda en criticar a los dioses por permitir determinadas catástrofes: así los censura por el terremoto que destruyó Nicomedia o por la destrucción del templo de Apolo en Dafne en el curso de un sacrificio.

Libanio compartió también con el espíritu de su época la creencia y la práctica de la magia. Un antepasado suyo, según nos dice en el capítulo 3, fue experto en mántica, y él mismo practicó la adivinación y la consulta a los astrólogos. No deja de ser significativo que fuera acusado en cuatro ocasiones de prácticas mágicas. Evidentemente, dado el clima de sospechas e intrigas, las acusaciones pudieron no ser más que estratagemas de sus enemigos. Pero es que él mismo no dudó en relacionar un sueño y un ataque de gota para concluir que era víctima de un maleficio (caps. 243-250). Conclusión que creyó confirmada al encontrar en su clase un camaleón mutilado. Con ocasión de la enfermedad de su hermano, no dudó en recurrir a los médicos, a los remedios, los amuletos y las plegarias a los dioses (cap. 201).

Libanio compartió con muchos de sus coetáneos un fuerte puritanismo. En su *Autobiografía* destaca la austeridad con que vivió sus años de niñez y de estudiante, sin permitirse juergas, juegos de pelota, ni asistencia al teatro ni a las carreras de carros ni, naturalmente, cualquier trato con cortesanas.

Cabe la duda de si Libanio practicó algún culto de carácter mistérico, que prometiera una vida ultraterrena, o bien se consoló con una pervivencia en la fama. A ello apuntan sus concepciones de una religión de las Musas, la idea de una comunidad educativa de tradición retórica, que practicara las virtudes morales de solidaridad y piedad de sus miembros. Este aspecto de la religión de las Musas estaba ya presente en la noción de Juliano de una comunidad de «helenos», como llamó el emperador a quienes se adhirieron a su paganismo reformado. Era una religión de personas cultas que cultivaban los valores superiores de la filantropía y la piedad así como el deber de la ayuda mutua, de la asistencia en la enfermedad, y también el de honrar a sus mayores en edad y saber. En cierta medida este tipo de religiosidad responde al ideal cristiano de vida. Pero entre el paganismo de Libanio y el cristianismo había una profunda diferencia, la que media entre la cultura y la fe. Los cristianos, al menos no ya los de esta época, no se oponían por principio al estudio de la cultura griega. Ésta, especialmente en sus manifestaciones filosóficas, podía ser una excelente preparación para la interpretación de las Escrituras y demás doctrinas de la Iglesia. Pero, aun así, el helenismo era algo subordinado, sometido a la fe de la nueva religión. Y este es quizás el aspecto que más molestaba a Libanio de la nueva religión. No obstante, en la práctica, la comunidad cultural se impuso, en muchas ocasiones, a las diferencias religiosas. Libanio mantuvo buenas relaciones con un condiscípulo cristia-

no como Basilio de Cesarea y supo atraerse el apoyo y protección del prefecto pretoriano Estrategio Musoniano, que, aunque cristiano, compartía con él su pasión por la cultura griega.

3. *Las cartas*

Libanio nos ha legado una asombrosa correspondencia, 1.554 cartas, la epistolografía más extensa de la Antigüedad, vivo testimonio de su amplísimo círculo de relaciones y de la dedicación con que cultivaba el mantenimiento de las mismas. En las cartas Libanio se nos muestra como un diligente profesor y un ciudadano influyente que se corresponde con las familias más sobresalientes de la *pars Orientis*.

La epistolografía constituía una parte esencial de la vida social y cultural de la época. Escribir cartas era, como hasta hace poco, una actividad esencial en la vida de toda persona culta. En ellas se ponían de manifiesto la educación del remitente, su gusto literario, su dominio de la retórica y del estilo así como su ingenio y dotes naturales. Parecen haber existido unas ciertas convenciones formales que reglaban el arte, pues de un arte y de un género se trataba, de la epistolografía. Gregorio Nacianceno[14] recomienda claridad, moderación en el uso de las figuras retóricas y extensión moderada, extremos todos ellos que, salvo alguna excepción, observa Libanio. Hay algunas otras normas que nos sorprenden: tal, por ejemplo, la reluctancia a emplear términos oficiales, la disciplina para no tratar en cada una de ellas más que un solo asunto, lo que deja fuera casi toda referencia o reflexión sobre cuestiones generales como la situación política del momento o el estado de los asuntos públicos de una ciudad o provincia. También existe una tendencia a ar-

[14] *Epíst.* 51; *P.G.* 37, 105-8.

ticular las cartas según una receta más o menos rígida: una primera sección con saludos y manifestaciones de amistad o gratitud al destinatario; una segunda, con elogios del portador de la carta, y, finalmente, el asunto objeto de la misiva. Este formalismo hace que, aparte algunas referencias aisladas a la persona del remitente y, sobre todo, la expresión de su estilo personal, las cartas den mucha más información sobre el destinatario de la misma que sobre la persona que la dirige. La función que la carta cumplía exigía en cierto modo —y de ello dependía parte de su éxito— identificarse con el destinatario, mostrarse deferente e interesado con él, cuando no abiertamente adulador, como es el caso de las cartas de Libanio dirigidas a Modesto (*Epíst.* 163, 232, 389, 1216) y al prefecto pretoriano Taciano (*Epíst.* 899), personas ambas de gran poder e influencia. Sin embargo, no faltan cartas dirigidas a personajes influyentes, escritas con una sorprendente insolencia. Véanse, por ejemplo, las cartas dirigidas a Anatolio (*Epíst.* 492, 578). Pero no hay que engañarse, en este caso Libanio conocía bien el terreno que pisaba: Anatolio era un viejo amigo de la familia; la relación con el rétor provenía de su vieja amistad con su tío Fasganio, y el prefecto pretoriano seguramente se divertiría con los retóricos insultos de Libanio que muy probablemente había él mismo provocado.

Y hay que tener presente algo que ya hemos apuntado. La epistolografía era algo así como un género literario que conoció un enorme desarrollo en la época tanto entre paganos como cristianos[15]. Al igual que Libanio no tenía inconveniente en leer en el círculo de sus íntimos algunos pasajes

[15] Para la epistolografía cristiana, con raíces tan profundas como las epístolas de S. Pablo, *vid.* A. PUECH, *Histoire de la Littérature grecque chrétienne*, París, 1930, págs. 304-13.

destacados de las cartas que recibía, él componía en la idea de que también algunas de sus cartas, cuidadosamente compuestas, serían leídas públicamente por sus destinatarios. Si a ello unimos el hecho de que Libanio escribía sus cartas con idea de publicarlas, no debe extrañarnos esa intemporalidad, esa falta de topicalización, que diríamos hoy, que se observa en sus cartas.

A pesar del enorme volumen de las cartas de Libanio, no todas las que salieron de su pluma han llegado hasta nosotros. De hecho, la mayor parte de las conservadas corresponden a un período de unos diez años. Y, sin duda, no contiene esa parte todas las cartas del período. Se observa, por ejemplo, una diferente proporción de cartas para cada uno de los años, con muy pocas cartas para algunos de ellos, como los años 354 y 355.

Podemos establecer, *grosso modo,* una clasificación de las cartas de Libanio. Un gran número de ellas están directamente relacionadas con su actividad como profesor: cartas a los padres para informarles del progreso y conducta de sus hijos, su aplicación al estudio, su alejamiento de las tentaciones y peligros de la gran ciudad. Y, sobre todo, cartas de recomendación, algunas muy genéricas ponderando las capacidades y virtudes de algunos de sus exdiscípulos; otras más concretas, solicitando de algunos de los magistrados principales un puesto en la administración o algún otro favor. Este tipo de actividades formaba parte de la profesión de Libanio, ya que el éxito e influencia de sus antiguos estudiantes repercutía directamente en el prestigio y capacidad de atracción de su propia escuela.

Otras cartas solicitan hospitalidad para un viajero. Gracias a su extensa red de contactos, corresponsales y amigos, Libanio puede hacer más cómodo el viaje de una persona allegada mediante cartas que le procuran hospitalidad y aco-

gida en las ciudades donde debiera hacer parada. Al mismo tipo pertenecen las que podemos llamar cartas de negocios, misivas de recomendación de alguna persona que ha de solventar algún negocio en otra ciudad. Conseguir el apoyo de algunas de las personas influyentes del lugar o de los magistrados locales era esencial para el éxito de la empresa.

Para entender esta actividad epistolar frenética, hay que remitirse a las condiciones en que se ejercía el poder —político, económico, administrativo— en el siglo IV. El siglo IV, tras las reformas de Diocleciano, fue una época de un estricto control estatal del Imperio, un control muy sensible, sin embargo, al poder del dinero y de las influencias. Muchas cartas de Libanio cumplen esta función mediadora entre los particulares y el poder: epístolas a los magistrados solicitando su intervención en favor de alguien; a los jueces para que apoyen una causa o tomen partido en favor de un acusado; a los gobernadores provinciales o incluso a la corte imperial en demanda de alguna merced.

Las cartas son, pues, una fuente preciosa de información no sólo sobre Libanio y su círculo de influencia, sino sobre la sociedad y la cultura de su época.

4. *Los discursos*

Los discursos de Libanio ocupan los cuatro primeros volúmenes de la edición de Foerster. Desde el punto de vista del interés histórico, son una fuente preciosa para conocer la vida de una ciudad, Antioquía, una fuente comparable sólo con la descripción que de Bitinia habían hecho, dos siglos antes, las cartas de Plinio a Trajano o los discursos del Crisóstomo.

Pero dejando de lado su valor como fuente historiográfica, los discursos de Libanio muestran claramente el interés

de éste en continuar la vieja tradición helénica de los discursos públicos, ateniéndose a los modelos de la Atenas clásica y también a las preceptivas de la retórica de la época.

Una serie de discursos de Libanio caen bajo la rúbrica de discursos epidícticos, discursos pronunciados con ocasión de festividades públicas, un género que se remonta a los grandes sofistas del siglo v y a los oradores áticos del siglo iv, como Isócrates o Demóstenes. Los tiempos, sin embargo, habían cambiado y mucho. Las festividades eran otras. Por ello, no debe extrañarnos que *panegírico* no designe ya un discurso pronunciado con ocasión de una fiesta como los juegos olímpicos —lo que en origen era una *panégyris*—, sino los pronunciados en ocasiones especialmente solemnes, como, por ejemplo, la coronación de un emperador. Tales son los panegíricos —ya en el sentido moderno—, pronunciados en honor de los emperadores Constancio y Constante *(Disc.* LIX), de Juliano *(Disc.* XII y XIII) o el *Panegírico a Antioquía (Antiochicus, Disc.* XI), quizás el más interesante de todos sus discursos epidícticos.

La mayor parte de sus discursos, sin embargo, son lo que podríamos llamar discursos públicos, ya que se ocupan de cuestiones de política, en el sentido moderno de la palabra, aunque esta política sea sólo municipal. Discursos en apoyo de sus clientes, de intervención en las relaciones entre éstos y la administración municipal o imperial. Su modelo en este tipo de discursos fue indudablemente Demóstenes, pero las condiciones políticas eran ya muy diferentes de las de la Atenas del siglo iv. Los discursos de Libanio no iban dirigidos a una asamblea que debía decidir, como en tiempos de la Atenas clásica, sino a un pequeño grupo de personas de Antioquía o Constantinopla que ejercían el poder. Los discursos, en consecuencia, no están redactados para convencer a una amplia concurrencia, sino a un reduci-

do auditorio bien informado, conocedor de los antecedentes y circunstancias del caso, educado y atento. De ahí que una regla de su estilo sea más la alusión[16] que la exposición detallada de los hechos. Incluso Libanio encuentra interesante romper la unidad narrativa, dividiendo la exposición de los hechos en secciones diferentes, separadas y aparentemente sin conexión. Una técnica impresionista que no suponía ningún obstáculo al propósito del discurso y daba ocasión al orador de lucir su virtuosismo retórico al tratar separadamente los distintos aspectos de una cuestión.

Todo ello hace que pueda existir una discordancia entre la situación presentada en el discurso y las condiciones en que éste realmente se produjo. Liebesschütz cita, como ejemplo de esta circunstancia, el *Disc.* XIV, pronunciado en defensa de Aristófanes, aparentemente ante Juliano, pero que, de hecho, fue entregado al filósofo Prisco para que se lo entregara al emperador, encargo que Prisco no cumplió[17].

Otros géneros de discursos públicos son las monodias y trenodias, discursos fúnebres en honor de un amigo o familiar muerto *(Disc.* XVII, LX y LXI) o con ocasión de alguna desgracia. Tampoco estos discursos fueron realmente compuestos para ser pronunciados ante un amplio auditorio. Algunos de ellos lo fueron ante un grupo reducidísimo de íntimos, como la monodia por Nicomedia *(Disc.* XLI, compuesta con ocasión del terremoto que asoló esta ciudad) o las trenodias por su amigo Aristéneto o por su tío Fasganio. Esta última es muy instructiva de la forma en que Libanio concebía y

---

[16] Para la alusión como norma de estilo en Libanio, *vid.* NORMAN, *Autobiography,* XVI y comentario en general.

[17] Cf. *Disc.* XVII, donde se presenta como intermediario entre Antioquía y Juliano, aunque no había sido nombrado oficialmente embajador, por lo que cabe concluir que había concebido el discurso para que llegara a Juliano mediante un mensajero.

divulgaba sus pretendidos discursos públicos[18]: Libanio proyectó un discurso en tres partes; dos de ellas fueron pronunciadas ante numerosa gente, la tercera, que contenía noticias que podían molestar al emperador, fue leída en el círculo íntimo de amigos. Y un problema muy complejo presentan los discursos dirigidos al emperador Teodosio, con toda la carga de crítica social que contienen, ya que no resulta fácil establecer si dichos discursos fueron realmente dirigidos al emperador o a personas influyentes de la corte con la esperanza de que los hicieran llegar, completos o resumidos, al soberano[19].

En todo caso, parece haber pruebas de que en esta época los rétores influyentes como Sinesio, Temistio y Libanio gozaban de una cierta «libertad de expresión», de una cierta *parrhēsía* para denunciar los abusos de los súbditos ante los magistrados. Ésta era una de las tareas que Libanio consideraba superior, la de actuar, mediante sus discursos y cartas, como un mediador entre los humildes y los poderosos, una tarea que lo obligaba a ser cauto, por ejemplo, en la defensa de Juliano tras su muerte, o al divulgar su correspondencia u oponerse a leyes que consideraba injustas[20].

Hay discursos decididamente retóricos. Entre ellos cabe mencionar las *hypothéseis,* término retórico que incluye tanto discursos supuestamente pronunciados en diferentes ocasiones famosas de la historia de Grecia como casos particulares propuestos para la discusión y el ejercicio oratorio en la escuela. Así, compuso una *Apología de Sócrates,* una *Defensa de Demóstenes,* escrita para el procónsul Moncio, discursos imaginarios de Timón e Hiperides o el debate de

---

[18] *Vid.* A. F. NORMAN, «The book trade in fourth-century Antioch», *Journal of Hellenic Studies* 80 (1960), 122-26.

[19] *Vid.* para una discusión, NORMAN, *Autobiography,* págs. 27-28.

[20] *Vid.* LIEBESSCHÜTZ, *op. cit.,* págs. 29 ss.

atenienses y corintios que precedió al estallido de la Guerra del Peloponeso. Y los hay también de asunto mitológico, como el que expone los argumentos de Orestes para justificar su matricidio o el informe de Ulises sobre la embajada. En este tipo de discursos Libanio continúa la más rancia tradición sofística que se remonta a composiciones como la *Helena* o el *Palamedes* de Gorgias. Y, además de algunas composiciones cuyos temas son puro pretexto para el ejercicio retórico, compuso también una útil colección de fábulas, historias, cuentos morales, refutaciones, confirmaciones, lugares comunes, vituperaciones, comparaciones, descripciones y estudios de caracteres, como un recetario práctico de temas que el joven orador debía conocer y dominar.

Resulta importante conocer la forma en que fueron publicados los discursos de Libanio. Es evidente que la difusión inmediata de éstos dependía de la situación política del momento. No parece probable que discursos como *Pro Thalassio* o *Pro Templis* —con sus ataques e insultos a personajes influyentes del momento— fueran pronunciados ante sus destinatarios o en el momento en que fueron compuestos. Y lo mismo cabe pensar de los discursos antioquenos, muchos de los cuales, dada la débil posición de Libanio en sus últimos años, debieron de ser leídos ante un grupo reducido de allegados o simplemente no ser leídos nunca[21].

En todo caso, y cualesquiera fueran las circunstancias de su redacción, los discursos son, ante todo, productos retóricos. Su estructura sigue los esquemas tradicionales de *exordium, narratio, expositio, refutatio* y *peroratio* de la retórica clásica; su lengua es el ático de los grandes oradores y su estilo, mucho más cuidado que el de otros oradores contem-

---

[21] *Vid.* P. PETIT, «Recherches sur la publication et la diffusion des discours de Libanius», *Historia* 5 (1956), 479-509.

poráneos, se basa en la construcción de elaborados períodos armoniosamente dispuestos.

Un rasgo sorprendente del estilo de Libanio, debido a su devoción por Demóstenes, es que trata de evitar por todos los medios el empleo de términos técnicos o de títulos oficiales, comunes en su época, no atestiguados en el viejo orador ático y en cuyo lugar usa la palabra ática que más se le aproxime. De ahí que no encontremos términos para «emperador», «consular de Siria», «prefecto pretoriano», etc. Un par de palabras sirve para designar todos esos cargos. Y por la misma razón evita los nombres propios —nombres de países, ciudades, personas—, que menciona, a lo sumo, una o dos veces a lo largo de un discurso.

A pesar de su fidelidad a los modelos áticos, hay también en Libanio un estilo propio que se despliega, magnífico, en el ataque a sus enemigos. En punto a insultar y denigrar a éstos Libanio no tiene rival. Sus ataques a Optato (*Disc.* II), Próculo (*Disc.* II y XLII) o Silvano (*Disc.* XXXVIII y LXII) muestran elementos comunes: una mezcla de defectos morales —rudeza, inmoralidad, depravación— e incapacidad política. Y casi siempre aparecen en estos sectarios discursos las habituales acusaciones de asesinato, complot para matar a parientes, prácticas mágicas —de las que él mismo fue acusado cuatro o cinco veces— o alusiones a la humildad de nacimiento de sus enemigos o a los vicios de sus padres. Por sus discursos pululan estos monstruosos personajes que encontramos también en otros autores de la época: el César Galo de Amiano Marcelino, el gobernador Andrónico de Sinesio, el propio Juliano en Gregorio Nacianceno. Y semejantes caracterizaciones de monjes o espías, de los *agentes in rebus,* encontramos en sus discursos. Los monjes son descritos con severos atuendos negros, glotones que beben mientras cantan sus himnos, con una artificial palidez

de rostro, como la de los sofistas del *phrontistḗrion* aristofánico de las *Nubes,* que no se corresponde con sus actividades. Los espías son desertores, chantajeadores, denunciadores de supuestas conspiraciones. Y blanco preferido de sus ataques son la gente del espectáculo así como su entorno. Los actores son perezosos, pérfidos, depravados, gente despreciable como lo eran también los judíos para los autores cristianos[22]. Sus caracterizaciones se basan en un repertorio de tipos, algunos de ellos tomados de la comedia, hábilmente adaptados a la situación concreta del discurso. Libanio mismo compuso modelos de *laudationes* o *vituperationes* como las que encontramos en el volumen VIII, págs. 216-360, de la edición de Foerster.

Los ataques de Libanio contra los cristianos encontraron respuesta en algunos de ellos, como, por ejemplo, Sócrates[23], quien arguyó, sobre la base de las obras de Libanio, que éste podía alabar y vituperar a la misma persona —por ejemplo, a Constancio— según el momento en que escribiera. Los discursos de Libanio son, pues, obra de un sofista, sin opinión personal, dependiente siempre del *kairós,* del momento y la ocasión en que se produce. Un mismo argumento —por ejemplo el hábito de los gobernadores de conceder audiencias y favores— puede ser presentado desde un determinado punto de vista —los gobernadores socavan la justicia, cuando los favores son concedidos a sus enemigos— o desde el contrario —los gobernadores pueden incurrir en *hýbris,* cuando intentan limitar y poner coto a la práctica del favoritismo—[24]. Este punto de vista único, que domina toda la concepción del discurso, tiene como conse-

---

[22] *Vid.*, para esta comparación, LIEBESSCHÜTZ, *op. cit.*, págs. 34 s.

[23] *Historia Ecclesiastica* III 23; *Patristica Graeca* LXVII 438d-439c.

[24] *Disc.* LIV.

cuencia obligada que las conclusiones obtenidas sean necesariamente simples. En el mencionado discurso sobre las audiencias, la conclusión es que éstas deben ser desterradas por completo, lo que no implica, en absoluto, que Libanio defendiera esa actitud ante una práctica de la que dependía gran parte de su actividad e influencia.

Y otro tanto cabe decir de las comparaciones y máximas morales que salpican aquí y allá sus discursos. Proceden de un fondo común de fórmulas retóricas que pueden, si así lo requiere la argumentación, ser utilizadas para los más diversos propósitos.

Todo ello hace que el lector actual tenga que tener en cuenta toda una serie de factores (políticos, intereses, fecha de composición, convenciones de estilo, etc.) para juzgar aproximativamente el valor histórico de la narración[25].

5. *Estilo*

Libanio no es ciertamente un autor de fácil lectura. Su vocabulario es voluntariamente oscuro y arcaizante, su sintaxis rebuscada y sometida a violentos giros para conseguir moldear la frase en armoniosos períodos. Hay rasgos que hacen difícil de entender, a veces, un pasaje determinado. Tal, por ejemplo, su reluctancia a servirse de términos técnicos o a emplear nombres propios, lo que hace que con frecuencia no se pueda determinar con certeza el objeto, la persona o la institución de que habla. Y, por efecto de su formación retórica, hay una tendencia a la generalización y la imprecisión que producen en el lector moderno la misma impresión de escritura alusiva y evasiva. Norman[26], que de-

[25] Sobre el valor histórico de los discursos y cartas *vid.* LIEBESCHÜTZ, *op. cit.*, págs. 38 s.

[26] *Autobiography, passim.*

dica gran atención a las cuestiones de estilo, señala no sólo las reminiscencias clásicas, sino, sobre todo, el uso retórico, es decir, efectivo y efectista, de dichas fuentes clásicas para la consecución de determinados efectos. No es infrecuente encontrar, como en el capítulo 35, una amalgama de términos procedentes de la oratoria clásica, la comedia y Platón, aderezado todo ello con artificios retóricos que los hacen adecuados a la ocasión. Pero ello no es óbice para que encontremos también escenas de gran frescura y vivacidad o llenas de humor, como la larga carta 405, donde describe con fingidos tintes épicos la lucha que debió de mantener con su rival Acacio. Pero, a pesar de ello, no debemos pensar que se trata de un estilo artificioso, innecesariamente hinchado o exagerado. Libanio conoce muy bien las preceptivas clásicas y las posteriores, pero más que someterse a un modelo, Libanio persigue, sobre todo, la eficacia, adecuar el estilo de la carta o del discurso al *kairós,* al momento, ocasión, asunto o destinatarios de los mismos[27].

III. La «Autobiografía»

La eficacia que acabamos de mencionar suscita la cuestión del género en que encuadrar el *bíos* de Libanio. No me resisto a recoger la opinión que la lectura de la obra causó al gran Gibbon: «the vain, prolix but curious narrative of his own life». Es evidente que en este caso el propósito de la obra no se alcanzó. Norman, que es quien recoge esta opinión, añade «such a description would have been regarded

---

[27] *Vid.*, para el estilo, además de las numerosas observaciones en el comentario de Norman, *Autobiograpy,* A. López Eire, «Una carta muy larga de Libanio» y B. Schouler, «Discours 23 (Contre les fugitifs)».

by Libanius as a compliment[28]». ¿Cómo explicar tan distintas apreciaciones? Esta cuestión va unida a otra aparentemente más técnica, pero de gran importancia para aproximarnos a la obra, la cuestión de la fecha de composición y de su evidente falta de unidad y coherencia.

En el capítulo 51 Libanio afirma que en el momento de componer la obra tenía aproximadamente sesenta años. Ahora bien, como la *Autobiografía* cubre toda su vida hasta el año 392 es evidente que hay que distinguir en ella, al menos, dos secciones: una primera, conclusa ya en el 374, y una serie de adiciones posteriores. Esta obvia conclusión se ve corroborada por las diferencias de estilo observables entre las dos partes señaladas. La primera parte es, por decirlo con palabras de Reiske, una *apologia pro vita sua,* un discurso brillante sobre su carrera y éxitos —también sus dificultades— como profesor, expuesto con todos los artificios de la Retórica. La segunda parte se asemeja más al diario de un anciano que busca consuelo en el registro minucioso de sus desdichas. Esta segunda parte está redactada de forma más descuidada y en muchos casos resulta difícil interpretar sus palabras.

Más difícil resulta aún establecer el límite entre las dos secciones. La referencia de Libanio a sus sesenta años indica claramente que el discurso en su forma original debió de estar terminado en el año 374, durante la estancia de Valente en Antioquía. Por tanto el final de esa primera parte debe de caer entre el capítulo 144, donde se menciona la llegada del emperador a la ciudad, y el 179, donde se menciona su partida definitiva. La frontera entre ambos ha sido fijada en diferentes partes del relato con distintos criterios.

---

[28] NORMAN, *Autobiography,* pág. XII.

Me parece convincente la propuesta de Norman[29], que coincide aquí con Petit, de situar el fin de la primera sección en el capítulo 155 no sólo por razones históricas, sino también de composición. En el capítulo 148 Libanio vuelve al tema inicial de su obra (el balance de su buena y de su mala fortuna), y todo ello se redondea con una súplica para futuras venturas y éxitos, en una especie de *Ringkomposition* o vuelta al tema del comienzo, una estructura que Libanio emplea en otros discursos suyos. La cuestión de las sucesivas adiciones es más compleja y está muy lejos de ser definitivamente resuelta. He introducido en la traducción las adiciones que Norman cree detectar sólo *exempli gratia.* Remito a los estudios de Norman[30] y de Petit[31] sobre esta cuestión.

Podemos ahora volver a la cuestión de género, teniendo en cuenta que sólo los capítulos 1-155 contienen la obra originaria. Ésta fue concebida como un discurso epidíctico,

[29] *Autobiography,* pág. XIII.

[30] *Autobiography,* págs. XIII-XIV.

[31] *Libanios. Discours.,* págs. 4-7. Petit muy cautelosamente distingue entre adiciones seguras (en los capítulos 204-205 a una reflexión personal sigue el relato de su intervención en favor de los panaderos artificialmente unida a lo que precede; en caps. 215-16 a un balance sobre su enseñanza sigue el relato de un incidente muy personal; en 234-35 nueva incoherencia compositiva y anacronismo notado por el mismo Libanio; en 250-51, donde a unas observaciones personales sigue el análisis de la conducta de las autoridades de Antioquía) y adiciones probables (en caps. 181-82, propuesta por Norman y puesta en duda por Petit; en caps. 162-63 vuelta atrás en la narración; en caps. 170-71 nueva regresión del relato a momentos anteriores a los que está contando; en caps. 270-71, señalada por Norman y no aceptada por Petit; en caps. 261-62 adición propuesta por Petit sobre la base de una ruptura en la cronología del relato; y finalmente en 277-78). La metodología de Petit de distinguir entre seguras y probables me parece especialmente conveniente, ya que el método de establecer cortes para las adiciones sucesivas es necesariamente subjetivo.

retóricamente muy elaborado. Entendemos el desconcierto de Gibbon al leer lo que él creía una autobiografía, en el sentido moderno, compuesta en forma de discurso y ornada con todos los artificios de la Retórica. Nosotros estamos en mejor posición para entender las razones de esta elección. Libanio se propuso componer un discurso sobre su propia vida a la manera de la *Antídosis* de Isócrates. Recordemos que, como consecuencia de un proceso de antídosis[32] que el orador ático perdió ante los tribunales, Isócrates se sintió en la obligación de escribir, como un nuevo Sócrates, un discurso (353 a. C.), en el que no sólo atacaba a su rival, sino, sobre todo, defendía públicamente su actuación política y ensalzaba su sistema educativo, el primero basado en los *lógoi,* en el estudio de la tradición literaria y oratoria para la formación del orador. La *Antídosis* de Isócrates es, pues, un discurso forense. Cuando Libanio concibió la idea de escribir una apología de su vida, el modelo de Isócrates le pareció, sin duda, el más adecuado a su vocación y circunstancias personales. También él era un maestro de *lógoi,* convencido de la enorme capacidad educativa de los mismos, y también él debía hacer una defensa de su vida, de su profesión y de su conducta como ciudadano, aunque estos aspectos estén estrechamente imbricados. Los tiempos, sin embargo, habían cambiado mucho. Ya no había ocasión para la oratoria forense, de modo que, para mantener la forma de discurso, Libanio hubo de optar por la de un panegírico, un género oratorio en boga en la época y cuyas reglas habían sido bien establecidas por tratadistas como Hermóge-

---

[32] Un procedimiento por el que un ciudadano, obligado a costear una determinada liturgia, podía exigir a otro ciudadano, presuntamente más rico, hacer frente a la carga o, si no estaba de acuerdo con ello, intercambiar con él sus propiedades.

nes o Menandro el Rétor[33]. Un buen panegírico se acomodaba a esquemas generales del tipo[34]:

a) Proemio (exposición del tema y dificultad del mismo).

b) Origen: 1. Pueblo. 2. Patria. 3. Antepasados. 4. Padres.

c) Crianza: 1. Aptitudes. 2. Habilidades. 3. Normas.

d) Cualidades: en lo espiritual (valor, inteligencia, templanza, justicia), en lo corporal (belleza, rapidez, fuerza), por la fortuna (poder, riqueza, amigos).

e) Comparación general.

f) Epílogo.

Libanio conocía muy bien estas recetas y supo adaptarlas a sus circunstancias, pero la *Autobiografía* es algo más que un panegírico; es una obra de arte en la que se despliegan, magníficos, todos los artificios retóricos, desde la sabia elección y manipulación del vocabulario y la sintaxis, hasta las más refinadas estrategias para atraerse o conmover al auditorio, como ya notara Eunapio[35]. Referencias, pues, a las tradiciones religiosas locales, al patriotismo, a sentimientos como el de la amistad o virtudes como el amor filial, cumplen una función emotiva de primer orden.

Retórica, pues, y de la buena, aquella que sabe utilizar todos los medios a su alcance, entre los cuales, sin duda, estaban también gesto, ritmo, entonación, silencios y representación[36], para mover las almas de los oyentes. Esto era lo

---

[33] *Vid.* F. Romero Cruz (ed.), *Menandro: Sobre los géneros epidícticos,* Salamanca, 1989.

[34] *Vid.* Romero Cruz, pág. 22.

[35] *Vitae Sophistarum* 495.

[36] Para afinidad de Retórica y Teatro *vid.* Norman, *Autobiography,* págs. XVI-XVII, quien llama la atención también sobre ciertos rasgos de composición de la obra que la asemejan al teatro: preparación del auditorio para la introducción de nuevos temas, de forma semejante a como la comedia prepara al público para la entrada de nuevos personajes o situa-

que Gorgias muchos siglos antes había definido como *psychagōgía*.

Se ha debatido bastante sobre si la *Autobiografía* fue compuesta para ser declamada ante un auditorio. La cuestión no deja de ser ociosa, ya que, como hemos dicho, Libanio eligió la forma del discurso para escribir el encomio de su propia vida. La existencia o no de un auditorio cuenta poco para explicar la composición de la obra. Petit[37] no cree que la obra fuera publicada, pero ello no descarta que la pieza, al menos su sección original, fuese leída ante un público de íntimos. De este modo, tal como Norman señala[38], encontraría justificación el propósito de Libanio al componer la obra: una cierta propaganda personal, junto con una declaración de fe y fidelidad a las tradiciones culturales y religiosas de la cultura griega.

Al panegírico compuesto según las mejores recetas del arte, Libanio le ha impuesto, como esquema formal unitario, una cuestión de rancio sabor sofístico: la de la Fortuna, diosa protectora de Antioquía[39]. Y así, el relato de su vida se vuelve un balance de sus venturas y desventuras, para postular, ya desde el comienzo (cap. 1), que su vida ha sido como la de la mayoría de los hombres, una alternancia de venturas y desgracias que no le hacen sentirse especialmente dichoso ni desgraciado. Pero, al mismo tiempo, el

---

ciones (caps. 18, 26, 60, 117, 151), recapitulación de cada episodio según los criterios de bondad o maldad de la tesis principal (buena o mala fortuna).

37 *Libanios. Discours*, págs. 30 ss., que considera prueba concluyente el que el mismo Libanio en el *Disc.* II 14-15 (del año 381) afirme que jamás se ha jactado ante sus conciudadanos de sus éxitos profesionales. La obra debió conocer, pues, una difusión muy controlada.

38 *Autobiography*, pág. XVII.

39 Para un estudio detallado del tema, *vid.* NORMAN, *Autobiography*, págs. XVIII-XX.

tema de la Fortuna le permite otros desarrollos, como la constatación de que un mal aparente puede terminar en un bien patente, por lo que los azares de la Fortuna deben ser objeto de reflexión y examen antes de concebir conclusiones precipitadas. Este balance domina toda la primera parte de la *Autobiografía*. Le sirve como pretexto para el exordio y también para el epílogo (cap. 155), expuesto con una magnífica prosopopeya de la Fortuna misma. Y con distintas modulaciones reaparece al final de las distintas secciones: cap. 3, venturas y desventuras de su familia; cap. 6, la desgracia de su orfandad determinará la dicha de su vocación; cap. 8, fortuna de encontrar un buen maestro que desgraciadamente perdió pronto; caps. 13-14, la llorada muerte de su tío Panolbio, su tutor, le permitió, sin embargo, una mayor libertad; caps. 18-20, existencia azarosa en Atenas; caps. 72-73, una acusación sin fundamento le procura un buen amigo; cap. 78, la Fortuna lo aleja de su amada Nicomedia, lo que le permite escapar al terrible terremoto de 358 que destruyó la ciudad; y el ya mencionado epílogo del capítulo 155. En la segunda parte el tema reaparece, pero de forma menos elaborada y consecuente; y junto a la Fortuna, convertida ahora, en expresión de Wolf, en el ángel guardián de Libanio, aparecen también menciones de otros dioses. Al presentar su vida como una sucesión de acontecimientos motivados por los azares de la Fortuna, Libanio roza un tema muy querido de la novela de su tiempo. Por ello, no debe extrañar la aparición de un vocabulario y unos conceptos, sobre todo eróticos, aunque trasladados a la esfera de la retórica, habituales en Heliodoro, Aquiles Tacio o Caritón. Ello confiere un cierto aire novelesco a la *Autobiografía*.

La primera parte, pues, gracias al completo desarrollo del tema de la Fortuna constituye una especie de *diálexis* sofística, argumentada con ejemplos de la propia vida del au-

tor. La segunda, en cambio, es, como dijimos, una suerte de diario íntimo[40].

Otros dos temas dominan y dan sentido y unidad a la obra: el elogio de su profesión sofística y la defensa de su actividad política.

Porque, efectivamente, el relato de su vida profesional constituye el eje central del relato. Otros aspectos son silenciados o mencionados sólo en relación con su carrera y actividad profesional. Solamente en la segunda parte encontramos algunas referencias más personales, especialmente en lo tocante a su infortunado hijo Cimón. Y así nos va informando de sus estudios de primeras letras en Antioquía y del descubrimiento apasionado de su vocación sofística, de su necesidad de dirigirse a Atenas para completar sus estudios. Los capítulos 5-24 nos ofrecen un vívido y colorido retrato de la vida estudiantil en Atenas, las luchas entre escuelas rivales y los dudosos métodos de reclutamiento de los estudiantes. También de la dedicación con que se consagró al estudio de la literatura griega, viendo en ella la auténtica fuente de instrucción y aprendizaje. Ya desde muy joven había comenzado a aprenderse de memoria los textos de los autores clásicos y a imbuirse del espíritu de los mismos[41]. Terminados sus estudios, debió comenzar un breve período de participación en concursos oratorios para conseguir con sus discursos fama y prestigio. Algunos episodios sobresalientes son mencionados: su victoria en Macedonia sobre un sofista local (cap. 29) o sus éxitos en Constantinopla, donde logró dejar en ridículo al famoso Bemarquio (caps. 37-42), y en Nicomedia (cap. 50). En esta ciudad pasó cinco años,

[40] B. Schouler, *Libanios. Discours moraux*, 1973, págs. 23-27.

[41] Cf. Eunapio, *Vidas sof. Libanio* 3-4.

que siempre recordó como los mejores de su vida, hasta que la abandonó para establecerse en Constantinopla. No le satisfizo la vida de la corte. Sin duda, no era Libanio un cortesano por temperamento; pero también debieron de amargarle no poco las insidias de sus colegas. Ello le hizo concebir un rencor perenne hacia Constantinopla que le movió a hacer todo lo posible para abandonar la ciudad. Rechazó una invitación para enseñar en Atenas y finalmente se estableció definitivamente en Antioquía (caps. 81-86). Su fama, su tradición familiar y las maniobras de su poderoso tío Fasganio le abrieron las puertas de la ciudad, que lo acogió con toda clase de honores (caps. 86-89). Durante años vivió en su ciudad, honrado y apreciado. Si nos relata algún incidente profesional durante estos años de madurez, como su enfrentamiento con el sofista oficial de la ciudad, Acacio, protegido del influyente *principalis* Eubulo, se tiene la impresión de que el relato está más motivado por el deseo de recordar el triunfo de su victoria que por dejar testimonio de un suceso realmente peligroso (caps. 90-91, 101, 109-116). Convertido finalmente en sofista oficial de la ciudad, tras la muerte de su antiguo maestro Cenobio, vivió hasta el final de sus días como profesor indiscutible de sus amados *lógoi*. Algún episodio menor, como el intento de sus enemigos de buscar un posible competidor suyo, muestran el prestigio de que gozaba (caps. 255-56). Hacia el final de su vida, el panorama es menos radiante. Diferencias con los gobernadores y, sobre todo, con un auditorio creciente y mayoritariamente cristiano van oscureciendo su estrella (cap. 254). E igualmente encuentra rivales poderosos en el latín y el derecho romano que empiezan, ya desde Constancio y, sobre todo, en época de Teodosio, a ser preferidos al griego y a la cultura literaria (caps. 153-55, 214-15, 234). No obstante, no dejó hasta su muerte de enseñar y componer discursos de éxito (cap. 281).

El otro eje de su relato lo constituye la defensa de su actividad política, cuyas ideas hemos expuesto más arriba: la defensa de la menguante autonomía de la ciudad y de sus instituciones —el consejo y sus miembros— ante los emperadores y gobernadores; la protección de los cultos y lugares identitarios de la ciudad; la exaltación de su profesión sofística que le obligaba a tomar el partido de los humildes y necesitados ante los poderosos; la propaganda de su escuela y de su persona, no sólo para acrecentar su fama, sino para mantener su prestigio e influencia ante las autoridades en la defensa de esos principios; su repugnancia al empleo brutal de la fuerza, que le movió a actuar como mediador en algunas crisis como el conflicto con los panaderos o la Revuelta de las Estatuas; la defensa, en suma, de la cultura griega y de la educación sofística frente al creciente auge del latín y el derecho romano. Tales son los grandes temas de la *Autobiografía,* expuestos, como acabamos de ver, en forma de balance sobre su buena o mala Fortuna.

IV. El texto de la «Autobiografía»

Si en otros aspectos de la actividad literaria o erudita puede ser cierto el horaciano *monumentum aere perennius,* no puede aplicarse el *dictum* a la crítica de los textos. Oigamos la ingenua confesión que Jean Martin hace en la nota textual que precede su edición[42]: «Quand nous avons décidé, Paul Petit et moi, de nous associer pour mettre en chantier une nouvelle édition du Discours 1 de Libanios, je croyais que ma tâche, qui était essentiellement d'établir le

[42] *Libanios. Discours*, pág. 36.

texte, serait à la fois ingrate et facile, puisque l'édition de Foerster passait pour definitive. Peut-être les philologues n'échappent-ils pas à la tentation de considérer comme définitifs les travaux qu'ils n'ont pas envie de refaire». De esta forma elegante reprochaba J. Martin a Norman[43] y Schouler[44] su aceptación sin reservas del texto de Foerster. Porque la benemérita e impresionante edición de Foerster dejaba no sólo campo para nuevas investigaciones, sino para replantearse sobre nuevas bases la historia del texto de Libanio. Foerster en realidad partió del texto de Reiske, que consideró *textus receptus*, al que corrigió con la colación de los manuscritos A (*Monacensis gr.* 483, *Augustanus),* C (*Chisianus* 35), P (*Palatinus gr.* 282), B (*Vaticanus Barberianus gr.* 220), V (*Vindobonensis phil. gr.* 93), L (*Laurentianus* LVII 20). Ahora bien, la eliminación de su recensión de algunos códices se basó en un examen superficial de los mismos, por lo que sus conclusiones sobre la historia del texto están lejos de ser definitivas. Jean Martin ha realizado una nueva recensión de todos los códices que le ha permitido establecer unas conclusiones sobre la historia del texto de Libanio notablemente diferentes de las que sirvieron a Foerster para el establecimiento de su texto[45]. J. Martin ha reivindicado la importancia de otros códices como el *Neapolitanus* II E 18 (copia del *Augustanus/Monacensis),* el *Romanus Vallicellanus* F 14 y el *Vaticanus gr.* 82. A su trabajo remitimos a los interesados en esta cuestión central en los estudios de Libanio. A su texto, pues, nos hemos ateni-

[43] *Autobiography,* pág. XXXI: «Foerster's detailed examination of the manuscripts has rendered any further assesment superfluous».

[44] *Libanios, Discours moraux, Introduction, texte et traduction,* París, 1973: «L'édition de R. Foerster en laisse guère le champ libre à de nouvelles investigations».

[45] *Vid.* el *stemma* resultante en *Libanios, Discours,* I, pág. 92.

do, y cuando en algunos puntos nos hemos apartado de él por considerar mejor una determinada conjetura, lo hemos hecho constar a pie de página.

Para la traducción hemos tenido presentes las de P. Petit y A. F. Norman[46] y nos hemos servido abundantemente de sus espléndidos comentarios. También he tenido presente alguna otra edición y la deuda contraída con ella se hace constar oportunamente en nota a pie de página. No obstante ello, tampoco he dudado en presentar mi propia interpretación en algunos pasajes en los que el estilo impreciso de Libanio da pie para la discrepancia.

---

[46] Sobre todo su *Libanius' Autobiography-Oration* I, Oxford, 1965, que difiere algo de la que el mismo autor publicó en 1992, *Libanius. Selected Works*, I y II, Londres, donde parece haber aceptado algunas de las interpretaciones de Petit.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones y comentarios

E. Bliembach, *Libanius oratio 18 (Epitaphios) Kommentar,* Würzburg, 1976.

B. Cabouret, *Libanios. Lettres aux hommes de son temps,* París, 2000.

R. Foerster, *Libanii opera,* Leipzig, 1903-27 (reimpresión, 1967).

J. Martin (ed.), *Libanios. Discours,* comentario de P. Petit (tomos I y II), París, 1977-1988.

F. Morel, *Libanii sophistae opera,* Fredericus Morellus recensuit, latine vertit et notis illustravit, París, 1606-1627.

A. F. Norman, *Libanius. Selected Works,* I y II, Londres, 1992.

J. J. Reiske, *Libanii sophistae orationes et declamationes, ad fidem codicum manuscriptum recensuit et perpetua adnotatione illustravit,* Altenburg, 1791-97. Edición póstuma terminada por la esposa del filólogo que tiene todavía el valor de estar dotada del único comentario continuo del conjunto de la obra de Libanio.

D. A. Russell, *Libanius, Imaginary Speeches,* Londres, 1996.

Fuentes

Ammianus Marcellinus, *Histories,* with english translation, 3 vols., J. C. Rolfe (ed.), Loeb Classical Library, Londres, 1935-39.

—, *Codex Theodosianus,* 3 vols., TH. MOMMSEN (ed.), Berlín, 1905, traducido al inglés por C. PHARR, Princeton, 1952.

EUNAPIUS, *Lives of the philosophers and sophists,* W. C. WRIGHT (ed.), Londres (Loeb), 1922.

JULIAN, *Oeuvres Complètes,* J. BIDEZ, G. ROCHEFORT, C. LACOMBADE, París, 1932-64.

—, *Works,* 3 vols., W. C. WRIGHT (ed.), Londres (Loeb), 1949-53.

J. MALALAS, *Chronographia,* L. DINDORF (ed.), vol. XV del *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae,* Bonn, 1831.

SÓCRATES, *Historia Ecclesiastica, P.G.,* LVII.

Estudios

C. BONNER, «Witchcraft in the Lecture Room of Libanius», *T.A.Ph.A.* 63 (1932), 34-44.

G. W. BOWERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire,* Oxford, 1969.

—, (ed.) *Approaches to the Second Sophistic*, Pensilvania, 1974.

W. M. CALDER, III «Libanius. De Socratis silentio», 35, *A.J.Ph.* 81 (1960), 314.

J.-P. CALLU, «Un miroir de princes: le *basilikós* libanien de 348», *Gerion* 5 (1987), 133-52.

J. CAZEAUX, *Les échos de la sophistique autour de Libanios, ou le style simple dans un traité de Basile de Césarée,* París, 1980.

U. CRISCUOLO, «Libanio e Giuliano», *Vichiana* 11 (1982), 70-87.

—, «Libanio i latini e l'impero», en *Politica, cultura e religione nell' impero romano (secoli IV-V) tra oriente e occidente.* Atti del secondo convegno dell' associazione di studi tardoantichi, Nápoles, 1993, págs. 153-69.

G. DOWNEY, «Philanthropia in Religion and Statecraft in the Fourth Century after Christ», *Historia* 4 (1955), 199-208.

—, *A Study of the Comites Orientis and the Consulares Syriae,* Princeton, 1939.

G. FATOUROS, «Julian and Christus: Gegenapologetik bei Libanios?», en *Historia. Zeitschrift für alte Geschischte* 45 (1996), 114-122.

— y T. Krischer (ed.), *Libanios,* Darmstadt, 1983.

A. F. Festugière, *Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie,* París, 1959.

R. Foerster y K. Münscher, *s. v. Libanius, P.W.* XII. 2, caps. 2.485-511.

A. Garzya, «L'epistolografia letteraria tardoantica», en M. Mazza y Cl. Guiufridda (eds.), *Le trasformazioni della cultura nella Tarde Antichità.* Atti del Convegno tenuto a Catania. Università degli studi, 27 sett.-2 ott., 1982, I-II, Catania, 1985, págs. 347-73

M. Henry, «Le témoignage de Libanius et les Phénomènes sismiques du iv siècle de notre ére: Essai d'interpretation», *Phoenix* 39 (1985), 36-61.

D. G. Hunter, «Libanius and John Chrysostom: New Thougths on an Old Problem», *Studia Patristica* 22 (1989), 129-35.

J. Kabiersch, *Untersuchungen zum Begriff der Philanthropia bei dem Kaiser Julian,* Wiesbaden, 1960.

G. A. Kennedy, *Greek Rhetoric under Christian Emperors,* Princeton, 1983.

B. Kruse, *De Libanio Demosthenis imitatore,* diss., Breslau, 1915.

P. de Labriolle, *La réaction païenne,* París, 1942[5].

J. H. W. G. Liebesschütz, *Antioch. City and Imperial Administration in the Later Roman Empire,* Oxford, 1972.

A. López Eire, *Ático, koiné y aticismo. Estudios sobre Aristófanes y Libanio,* Murcia, 1991.

— (ed.), «Una carta muy larga de Libanio: Lib. Ep. 636 F», en *De Homero a Libanio (Estudios actuales sobre textos griegos II),* J. A. López Férez (ed.), Madrid, 1995, págs. 365-79.

—, *Semblanza de Libanio,* Ciudad de México, U.N.A.M., 1996.

H. I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad* (trad. esp.), Madrid, 1985.

P. Mayerson, «Libanius and the Administration of Palestine», *Z.P.E.* 69 (1987), 251-60.

K. Mazalcher, *Die Tyche bei Libanios,* Estrasburgo, Philo. Diss., 1918.

J. MISSON, *Recherches sur le paganisme de Libanios,* Bruselas, 1914.

M. E. MOLLOY, *Libanius and the dancers,* Hidesheim, Zúrich, 1996.

E. MONNIER, *Histoire de Libanius- lère partie. Examen critique de ses mémoires depuis l'époque de sa naissance jusqu'à l'année 355 après J. C.,* París, 1866.

A. F. NORMAN, «Julian and Libanius again», *Class. Ph.* 48 (1953), 239 ss.

—, «Notes on some Consulares of Syria», *B.Z.* 51 (1958), 73-77.

—, «The book trade in fourth-century Antioch», *J.H.S.* 80 (1960), 122-26.

—, «The Library of Libanius», *Rh. M.* (1964), 158-75.

—, *Libanius' Autobiography-Oration I,* Oxford, 1965.

R. A. PACK, *Studies in Libanius and Antiochene Society under Theodosius,* Michigan, 1935.

L. PETIT, *Essai sur la vie et la correspondance du sophiste Libanius,* París, 1886-1867 (contiene la primera traducción francesa de la *Autobiografía).*

P. PETIT, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IV^e siècle après J.-C.,* Paris, 1955.

— «Les sénateurs de Constantinople dans l'oeuvre de Libanios», *L'Antiquité classique* 26 (1957), 347-82.

—, «L'Empereur Julien vu par le sophiste Libanius», en *L'Empereur Julien, de l'histoire à la legènde* (331-1715), París, 1978, págs. 67-87.

—, «Recherches sur la publication et la difussion des discours de Libanius», *Historia* 5 (1956), 479-509.

—, *Les Étudiants de Libanius. Un professeur de faculté et ses élèves au Bas-Empire,* París, 1957.

—, *Les fonctionnaires dans l'oeuvre de Libanios: analyse prosopographique,* Paris, 1994.

—, «Libanius et la *Vita Constantini», Historia* 4 (1955) 2/3, 234-45.

A. PIGANIOL, *L'Empire chrétien (325-395),* París 1972².

PORTMANN, *Geschichte in der spätantiken Panegyrik,* Francfurt, 1988.

R. M. Ratzan y G. B. Fergren, «A Greek progymnasma on the physician-poisoner», *Journal of the history of medicine and allied sciences* 48, 2 (1993), 157-70.

F. Romero Cruz (ed.), *Menandro: Sobre los géneros epidícticos,* Salamanca, 1989.

E. Salzmann, *Sprichwörter und sprichwörticle Redensarten bei Libanios,* diss. Tubinga, 1910.

R. Scholl, *Historische Beiträge zu den julianischen Reden des Libanios,* Stuttgart, 1994.

B. Schouler, «Hellénisme et humanisme chez Libanios», en *Hellenismos: Quelques jalons pour une histoire de l'identité grecque*. Actes du colloque de Strasbourg, 25-27 octobre 1989, S. Saïd (ed.), Leiden, 1991, págs. 267-85.

—, «Libanios et l'autobiographie tragique», en *L'Invention de l'autobiographie d'Hésiode à Saint Augustin,* Actes du deuxième colloque de l' Equipe de recherche sur l'hellénisme postclassique, VV. AA., París, 1993, págs. 305-323.

—, «Libanios. Discours 23», en *Desde los poemas homéricos hasta la prosa griega del siglo IV d.C.*, J. A. López Férez (ed.), Madrid, 1999, págs. 447-70.

—, *La tradition hellénique chez Libanios,* Lille-París, 1984.

O. Seeck, *Die Briefe des Libanius zeitlich geordnet,* Leipzig, 1906.

G. R. Sievers, *Das Leben des Libanius,* Berlín, 1868.

H. U. Wiemer, «Der Sophist Libanios und die Backer von Antiocheia», *Athenaeum* 84, 2 (1996), 527-48.

—, *Libanios und Julian. Studien zum Verhältnis von Rhetorik und Politik in Vierten Jahrhundert n. Chr.*, Múnich, 1995.

P. Wolf, *Vom Schulwesen der Spätantike. Studien zu Libanius,* Diss., Basel, 1952.

W. C. Wright (ed.), *Philostratus and Eunapius. The Lives of the Sophists,* Londres-Cambridge (Mass.), 1921.

ABREVIATURAS

A. J. Ph. = *American Journal of Philology*
B. Z. = *Byzantinische Zeitschrift*
c. = *circa*
C. TH. = *Codex Theodosianus*
Class. Ph. = *Classical Philology*
comm. ad loc. = comentario al pasaje
J. H. S. = *Journal of Hellenic Studies*
Kl. P. = *Kleine Pauly* (véase P. W.)
n. ad loc. = nota al pasaje
op. cit. = obra citada
P. G. = MIGNE, *Patrologiae Cursus, series Graeca*
P. W. = A. PAULY, G. WISSOWA, W. KROLL, *Real-Encyclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*
Paroem. = *Paroemiographi Graeci*
R. E. G. = *Revue des Études Grecques*
Rh. M. = *Rheinisches Museum für Philologie*
s. v. = *sub voce*
T.A.Ph.A. = *Transactions of the American Philological Association*
vid. = véase
Z. P. E. = *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*

Exordio[1]

1 Hay personas que mantienen opiniones sobre mi fortuna[2] que no se conforman a la verdad. De un lado, todos aquellos que afirman que soy el más feliz de los hombres por los aplausos que concitan mis discursos; de otro, cuantos me consideran el más desgraciado de los seres a conse-

[1] En este exordio, como en todo el libro, Libanio sigue las recetas del discurso epidíctico, tal como habían sido formuladas por Menandro el Rétor o en los manuales del tipo de los *progymnásmata* de Aftonio y Hermógenes. *Vid.* introducción.

[2] Fortuna *(týchē)*, repetida dos veces en esta sección introductoria, parece poner el discurso bajo la protección de la diosa patrona de Antioquía. La noción de «fortuna» designaba, de una manera general, todo aquello que acontece sin intervención de la acción humana y que puede aportar tanto felicidad *(eutychía)* como desgracia *(atychía)*. Los griegos no elaboraron una teología que justificara la existencia de *týchē* junto a la de los dioses. Por ello la fortuna es una fuerza que está tras los sucesos que no se pueden explicar por la planificación humana o divina o tras aquellos otros que son considerados insignificantes o incomprensibles. El culto de *Týchē* no fue importante hasta época helenística, si bien ya desde el siglo IV a. C. está atestiguado en Atenas un culto a la Buena Fortuna *(agathè týchē)*. Como divinidad, sin individualidad mitológica, los artistas representan a *Týchē* alegóricamente con atributos que aludían a lo que se temía o esperaba de ella. *Vid.* NORMAN, *Autobiography*, págs. XVIII-XX.

cuencia de los peligros[3] y trabajos a los que continuamente debo enfrentarme. Pues bien, dado que tanto uno como otro veredicto están alejados de la verdad, debo tratar de corregirlos con una exposición de las vicisitudes de mi vida, las pasadas y las presentes, para que sepan todos que los dioses mezclaron el vino de mi fortuna y que no soy el más feliz ni el más desgraciado de los mortales. ¡Ojalá que no me alcance el dardo de Némesis[4]!

Ciudad y familia

2 Considérese en primer lugar, puesto que el ser ciudadano de una ciudad grande y famosa contribuye también a la felicidad, el tamaño y carácter de Antioquía[5], la extensión

[3] La mayoría de los manuscritos dan la lectura «peligros» *(kindýnōn)*, que ya Reiske interpretó como una alusión a los peligros que Libanio hubo de arrostrar durante la persecución desencadenada por Valente contra los paganos. La propuesta de Foerster de seguir la lectura «dolores» *(odynôn)* de algún códice *(Vat. Patm.* 939) se basa en la consideración de que, desde el punto de vista retórico, «dolores» es más eficaz que «peligros» para atraerse la simpatía del auditorio.

[4] Némesis es otro importante concepto de la religión griega. La noción implica reparto y compensación. El sentido de *némein*, «atribución de lo que corresponde a cada cual», evolucionó al sentido de «castigo merecido, censura» y, posteriormente, al de «envidia de una felicidad considerada inmerecida y que los dioses deben compensar mediante un castigo». Hay pocos testimonios de un culto real a Némesis. En época clásica dos ciudades, Esmirna y Ramnunte, en el Ática, rendían culto a Némesis. PAUSANIAS (I 33, 7) atestigua la existencia en Esmirna de viejísimas estatuas de dos Némesis, lo que sugiere una divinidad dual, con un aspecto benéfico y otro vengador. El culto conoció un gran florecimiento en los siglos III y II a. C. y parece que fue en esta época cuando fue trasplantado a Alejandría y a otros lugares. En Siria gozó de una considerable popularidad, donde estaba relacionado con el de Antioquía Olimpia (cf. MALALAS, 307).

[5] La alabanza de la ciudad de nacimiento constituía un tópico de la retórica, continuadora de una práctica que encontramos ya en la poesía encomiástica. AMIANO MARCELINO (XIV 67) recoge la opinión de Simó-

del territorio que administra, la calidad de las aguas que bebe y la suavidad de los vientos que la acarician, circunstancias todas ellas que, incluso quien no la ha visitado, puede conocer de oídas. ¿Pues qué apartado rincón del mar o de tierra firme puede existir adonde no haya llegado la fama de la ciudad? Y en esta ciudad tan importante, muy importante fue también mi familia[6] por su cultura, su riqueza, su contribución a los espectáculos y concursos así como por los discursos que sus miembros pronunciaron y que sirvieron de obstáculo a los violentos impulsos de los gobernantes[7].

Algunas personas creen que mi bisabuelo procedía de 3
Italia, inducidas a error por un discurso que aquél compusiera en la lengua de ese pueblo[8]. Sin duda que él podía componer en latín, mas no por ello tenía origen extranjero. No menos versado que en lengua latina lo era en mántica[9], arte que le permitió saber con antelación que sus hijos, que eran

---

nides de que la gloria de la ciudad contribuye también a la felicidad. Parece que EURÍPIDES *(apud* PLUTARCO, *Demóstenes* I) utilizó el tópico en el encomio que compuso en honor de Alcibiades por su victoria en el certamen de equitación en Olimpia.

[6] A la alabanza de la ciudad sigue la de su familia.

[7] Esta función mediadora de la retórica aparece más explícitamente formulada en *Disc.* XXXI 7: «Retórica es también dominar los impulsos irracionales de los poderosos por medio de la fuerza de la palabra». Para esta función moderadora y mediadora de la retórica, *vid.* introducción.

[8] Es decir, en latín, una lengua que no gozaba ya, entre las clases altas de Antioquía, del prestigio de antaño. En *Disc.* XLIX 29 LIBANIO nos informa de que su tío Fasganio ignoraba el latín. Nótese, por otro lado, cómo el orgullo de la familia, una de las más nobles de Antioquía, exige el requisito de la autoctonía.

[9] Es decir, el arte de adivinar el futuro o de interpretar el pasado mediante signos.

nobles, grandes y dotados para la elocuencia, sucumbirían a golpes de espada[10].

Esa circunstancia privó también a nuestra casa de una gran fortuna[11], al punto que mi padre, movido a piedad por sus hermanas casaderas, se hizo cargo de su mantenimiento. Por lo que hace a mi abuelo materno, que fue, por lo demás, hombre de brillante elocuencia, tras escapar a duras penas a esa misma suerte, murió de enfermedad, no sin haber legado al consejo de la ciudad dos campeones. Uno de ellos acabó sus días en el ejercicio de su magistratura. El otro, tras haber rehusado el ofrecimiento[12]. Así pues, en estos avatares hay unos propiciados por una fortuna amable y otros, por una fortuna de otro signo.

La educación de Libanio

4 Tras desposar a una hija de tal familia, mi padre engendró a tres hijos, de los cuales yo soy el mediano[13], y murió prematuramente, cuando no había recuperado sino una pequeña parte de su fortuna. Inmediatamente después

---

[10] Norman *(comm. ad loc.)* sitúa estas muertes en el marco de la represión de Diocleciano que siguió a la revuelta de Eugenio en Seleucia, *c.* 303 d. C.

[11] La represión incluyó también la confiscación de los bienes de los ajusticiados.

[12] El tío mayor, Panolbio, organizó y presidió los Juegos Olímpicos del año 328. Después desempeñó un cargo en el gobierno de la ciudad y murió en el año 336. Su otro tío, Fasganio, presidió también los Juegos Olímpicos del año 336, pero rehusó siempre desempeñar un cargo público, orgulloso de su condición de miembro del consejo en su calidad de *principalis*. La relación de Libanio con su tío Fasganio fue muy estrecha. Fasganio fue su tutor y el responsable de su formación en Atenas. A su muerte, ocurrida en el año 359, Libanio compuso una monodia en su honor. Cf. cap. 117.

[13] Apenas sabemos nada de los hermanos de Libanio. Su padre murió en el año 324, cuando Libanio contaba sólo once años.

murió el padre de mi madre. Ésta, por temor a la malignidad de los tutores así como a la inexorabilidad, que su prudencia preveía, de entrar en conflicto con ellos[14], decidió serlo todo para nosotros. A todos los demás aspectos de nuestra educación se aplicaba ella con entusiasmo y esfuerzo. Sin embargo, a pesar del dinero que pagaba a nuestros preceptores, no sabía enfadarse con un hijo perezoso, ya que consideraba deber de una madre amante no apenar jamás en modo alguno a su propio hijo, de modo que la mayor parte del año la pasábamos más en el campo que aplicados a los estudios.

Cuatro años pasaron para mí de esta manera, cuando, a la edad de quince, comencé a cobrarle afición a los estudios de retórica, por los que me invadió un amor violento[15]. Tanto, que los encantos del campo quedaron olvidados, las palomas fueron vendidas —su crianza entraña el riesgo temible de esclavizar a los jóvenes— y las carreras de caballos así como los espectáculos escénicos sin excepción rechazados con desprecio[16]. Pero con lo que, sin duda, causé más estupor a jóvenes y ancianos, fue que dejé de asistir a aquellos combates singulares en los que sucumbían y triunfaban hombres que podrían llamarse discípulos de los tres-

---

[14] Sin embargo, en *Disc.* XXVI 58 Libanio nos informa de que tuvo sucesivamente a sus dos tíos por tutores y de que su madre pudo disponer a su antojo de la herencia de su padre. Por ello, esta sección parece un deliberado ejercicio de imitación de la *Vida de Demóstenes* de Plutarco.

[15] Se trata nuevamente de una afectación romántica. Como señala Norman *(comm. ad loc.)*, el tópico de la pasión por el estudio aparece realzado por otros rasgos propios de la concepción platónica de la educación. De creer a Libanio, esta pasión debió de declarársele en el año 328, dado que nació en el 314.

[16] Nótense los elementos platónicos: el repudio del teatro, de los juegos y diversiones juveniles. Cf. Platón, *Leyes* VII, 789 b.

cientos de las Termópilas[17]. Y, aunque era un tío materno quien se encargaba y me invitaba a contemplar ese espectáculo[18], yo me mantenía apegado a mis libros. Se cuenta, sin embargo, que él[19] adivinó en mí al futuro y famoso sofista[20], profecía que se ha cumplido debidamente.

6 ¿Cómo considerar mi orfandad[21]? Sin duda que habría sido una dicha para mí asistir a la vejez de mi padre. Ahora bien, soy plenamente consciente de que otro hubiera sido el camino de mi vida si mi padre hubiese alcanzado las canas de la vejez. Si se compara mi actual posición con la que hubiera podido ser —la dedicación al Consejo local, por ejemplo, o al foro o incluso a la administración imperial—, fácilmente se echa de ver de qué lado cae la exacta consideración de mi fortuna[22].

---

[17] Notable exceso retórico, en la línea de exageración idealizadora del pasaje, éste de comparar a los gladiadores con los espartanos de Leónidas. En todo caso, Libanio silencia el hecho de que los combates de gladiadores fueron prohibidos por Constantino en el año 325. Cf. AMIANO MARCELINO, XIV 7, 3, que da la fecha de 354 para la prohibición.

[18] Efectivamente su tío Panolbio fue siriarco en el año 328, es decir, organizador y presidente de los Juegos Olímpicos. Las «liturgias», que aquí he traducido por espectáculo, eran una especie de cargas fiscales que obligaban a ciudadanos ricos y notables y que estaban destinadas a la organización de determinados acontecimientos culturales o deportivos. Su desempeño confería gloria y honor.

[19] Su tío Panolbio.

[20] Se ha creído ver en el pasaje —especialmente en el pronombre con el que Libanio se señala a sí mismo— una cierta reticencia por parte de la familia de Libanio hacia su profesión.

[21] Esta sección, gracias a la hipotética comparación que entraña, sirve de introducción al capítulo en que Libanio trata ya directamente de su educación.

[22] Gracias a la muerte de su padre, Libanio pudo escapar a lo que eran las «salidas» normales de un hijo de familia curial: la administración local, la abogacía o la administración provincial.

En cuanto a la prudencia de mi madre, que rechazó de 7
nuestra puerta a infinidad de gente[23], ni siquiera el más sometido a los placeres osaría, en mi opinión, no admitir que fue una dicha para sus hijos, si realmente es hermoso vivir con dignidad y franqueza[24]. Y estas cualidades no las confiere sólo la trayectoria vital de una persona, sino también la de aquéllos que la engendraron, ya que muchos que se nos presentan como intachables, se ven obligados a callar por las faltas vergonzosas de sus padres[25].

Igualmente tuve también la dicha como estudiante de 8
asistir a las clases de un hombre[26] que vertía por su boca chorros de hermosas palabras[27]. Sin embargo, el no haber asistido, primero, con la frecuencia que su enseñanza mere-

---

[23] Apenas insinuada, se reconoce, sin embargo, la comparación del recato de su madre con el de Penélope.

[24] «Vivir con *parrhēsía*». *Parrhēsía* fue en la Atenas clásica una reivindicación de los demócratas radicales, que exigían libertad de expresión para todos. Este derecho político, ejercido por los ciudadanos atenienses mientras duró el régimen democrático, se extinguió con éste. El concepto, sin embargo, era demasiado importante como para desaparecer. Pronto aparece transferido a la esfera privada. De «libertad de expresión» pasa a significar algo así como «franqueza», la capacidad de un hombre honesto y respetado de no tener que agachar nunca la cabeza, de decir franca y honestamente lo que piensa, ya que no tiene nada que ocultar. *Vid.* introducción.

[25] El escoliasta recuerda que este aforismo puede proceder de la tragedia y, más concretamente, de EURÍPIDES, *Hipólito* 424 o *Hércules loco* 1261.

[26] Según NORMAN *(comm. ad loc.)*, este primer maestro excelso de Libanio fue Ulpiano de Ascalón, del cual nos da noticia EUNAPIO *(Vidas sof.* 487).

[27] NORMAN *(comm. ad loc.)* llama la atención sobre el hecho de que la expresión es una combinación retórica de dos metáforas homéricas: «derramar belleza» *(Odisea* XXIII 156) y «derramar voz» *(Odisea* XIX 521). La observación es interesante, ya que muestra cómo un rétor debía comenzar sus estudios memorizando a Homero.

cía, sino cuando creía, con ello, cumplir un sagrado deber, y, después, cuando el amor por el estudio me movía ya a ello, no disponer del maestro por haber agotado la muerte la corriente de sus palabras, hizo de mí un estudiante desafortunado. Con añoranza, pues, de quien ya no estaba, eché mano de los que estaban, una especie de fantasmas de sofistas[28], al igual que, a falta de otro mejor, se come pan de cebada. Mas, como no lograba nada y existía el peligro de precipitarme, tras los pasos de unos guías ciegos, en un pozo de ignorancia, me despedí sin consideración de ellos. Hice que mi alma cesara de concebir, mi lengua de hablar, mi mano de escribir, para dedicarme a un único objetivo: aprender de memoria las obras de los antiguos. Frecuentaba, a tal fin, a un maestro[29] dotado de una memoria prodigiosa y hombre capaz de conseguir que los jóvenes apreciaran las bellezas que hay en las obras de aquéllos. Y tan obstinado fue mi apego a su persona que no me separé de él al final del curso, sino que andaba yo por el ágora con el libro en la mano, de forma que se veía obligado a hablarme. La violencia que le hacía le resultaba evidentemente molesta, pero, con el tiempo, me felicitó por ella.

9 Durante cinco años me dediqué con todas mis fuerzas a esta tarea y en ella me ayudó la divinidad, que no hizo nunca vacilar mi curso con el obstáculo de alguna enfermedad.

[28] En este ataque a los malos sofistas, Libanio se sirve, como no podía ser menos, de expresiones platónicas *(Leyes* XII 959b; *República* II 372b, VI 484e). Norman *(comm. ad loc.)* llama también la atención sobre la mención de «pan de cebada», un castigo militar mencionado por Polibio, VI 38, 4.

[29] A la muerte de Ulpiano, Libanio abandona sus estudios de retórica y retorna, por decirlo así, a la escuela, al *grammatistés*, cuya misión consistía en la lectura y comentario de los poetas. Este *grammatistés* pudo ser un tal Dídimo, citado en las *Epíst.* 317 y 318.

Ya que incluso el golpe en la cabeza...[30]. El accidente fue de la siguiente naturaleza: estaba yo aplicado a la lectura de los *Acarnienses* de Aristófanes[31], teniéndome de pie junto a la silla del maestro de gramática[32]; habían ocultado el sol nubes tan densas que se podía llamar ya noche a aquel día. Zeus descargó entonces, con un enorme fragor, un rayo. Mis ojos fueron violentamente golpeados por el fulgor del rayo, mi cabeza por el estruendo del trueno. Creía yo que ningún mal se aposentaría dentro de mí, sino que, de inmediato, cesaría mi turbación. Mas de vuelta ya en mi casa, cuando me recliné para comer, me parecía seguir oyendo el trueno aquel y creía que el terrible rayo tocaba, en su caída, mi casa. El miedo me hacía sudar y, apartándome de un salto de la comida, busqué refugio en la cama. No obstante, creía necesario silenciar este suceso y mantenerlo secreto, por temor a que, si lo ponía en conocimiento de los médicos, tu-

---

[30] Parece que el accidente ocurrió en verdad, cuando Libanio contaba veinte años de edad, en el año 334. La impresión que le produjo pudo influir en el desarrollo de su personalidad *(Epíst.* 727), dejándole como secuela una hipocondria que Libanio cultivó según el modelo de Arístides. Es curioso observar cómo la retórica constituía para Libanio toda una actitud ante la vida. Incluso la vivencia de un accidente es narrada según el modelo literario elaborado por un antecesor suyo en el ejercicio de la retórica. Para un estudio de los trastornos de Libanio, que se manifestaron, sobre todo, en continuos dolores de cabeza, *vid.* R. A. Pack, «The Medical History of Mental Health of Libanius», *T.A.Ph.A.* 64 (1933), 53 ss.

[31] De las obras de Aristófanes se había efectuado una selección —las once comedias que nos han llegado— destinada al estudio y declamación en las escuelas. No cabe pensar, pues, en una verdadera representación, como sugiere Petit *(Liban. et Vie munic.*, pág. 124), ya que el único género teatral de este período, a lo que sabemos, era el mimo. Otras referencias de la lectura de Aristófanes en Libanio las encontramos en *Autobiografía* 91 y 136; *Epíst.* 439, 527.

[32] Es decir, el *grammatistḗs,* cuya labor consistía fundamentalmente en la lectura y comentario de los autores considerados canónicos.

viera que sufrir la molestia de verme arrancado de mis ocupaciones habituales para tomar medicinas y seguir las prescripciones de su arte.

10 Y esa circunstancia hizo que echara raíces la enfermedad, la cual, como dice el refrán, podría haber sido extirpada sin esfuerzo en sus inicios. Por ello, ha viajado conmigo el mal, aumentando sin cesar su propia gravedad, y ha regresado aquí de nuevo, no sin experimentar fluctuaciones, pero sin cesar nunca de hostigarme, pues que, cuando parece ceder, nunca lo hace por completo. Mas, como iba diciendo, por aquella época me vi libre de cualquier otra enfermedad salvo la mencionada y ni siquiera ésta me impidió disfrutar de los placeres propios de la edad.

11 Pues bien, cuando había reunido en mi espíritu[33] las obras de los autores más admirados por la excelencia de su estilo, me sobrevino un deseo imperioso de emprender esta forma de vida. Tenía un condiscípulo de Capadocia, Jasión de nombre, que, aunque retrasado en sus estudios, gozaba como nadie en aplicarse a ellos. Este Jasión me contaba, podría decir que casi todos los días, historias que él había oído de sus mayores sobre Atenas y lo que en ella ocurría. Me hablaba de hombres como Calinico y Tlepólemo[34] y me refería la capacidad de otros muchos sofistas así como los discursos con los que ganaban o perdían en sus competicio-

[33] Es decir, cuando había aprendido de memoria.

[34] Se trata de Calinico de Petra, sofista que enseñó en Atenas, donde efectivamente competía con otro renombrado rétor, Genetlio. Véase *Suda*, s. v. *Genetlio, Calinico* y *Juliano Domno*. De Calinico no nos ha llegado apenas nada, salvo unas breves noticias y fragmentos. Véase *Kleine Pauly*, 3, 78-80. Tlepólemo nos es conocido sólo por esta noticia.

nes[35]. Y, como consecuencia de ello, un deseo de conocer el país comenzó a apoderarse de mi alma.

Tenía yo, después, que declarar francamente la necesi- 12
dad en que me encontraba de navegar hacia Atenas[36]. Pero, entretanto, la fama de los trabajos que arrostraba así como la prudencia de mi temprana edad habían conquistado la ciudad. De mi prudencia puedo hablar confiadamente, ya que viven aún muchos testigos que, si lo deseáis, pueden personarse para dar testimonio de ella. A no pocos de ellos los estoy viendo sentados aquí mismo[37]. Yo era incorruptible, no a causa de la vigilancia o el miedo a los castigos de los pedagogos, porque es natural que la orfandad de un joven los convierta en ineficaces[38], sino gracias a la providencia de la Fortuna, mediante la cual yo era mi propio vigilante, al tiempo que protegía a otros: yo ponía fin a los reprobables juegos a los que no pocos jóvenes, abandonando sus estudios, se dejaban arrastrar. Conocedora hasta la saciedad la ciudad toda de la fama de estas dos virtudes mías[39], los padres de doncellas casaderas acudían, por intermedio de mis

---

[35] La rivalidad, expresada en forma de discursos, era la forma de competir de los sofistas en su deseo de atraerse estudiantes. *Vid.* FILÓSTRATO, *Vidas sof.* 524-25, 529, y EUNAPIO, *Vidas sof.* 482 ss.

[36] La intención de viajar a Atenas se combina con la alabanza de las virtudes propias en un capítulo lleno de lugares retóricos. De entre ellos señalamos: *a)* la cuestión de si es oportuno o no navegar; *b)* la apelación a hipotéticos testigos; *c)* la comparación del orador con Ulises *(Odisea* VII 258) y d) la adaptación del tópico retórico «Teseo está enamorado, pero sólo del humo de Atenas» (cf. FILÓSTRATO, *Descr.* I 15, 3).

[37] El pasaje parece sugerir que Libanio pronuncia la primera parte de su autobiografía ante un auditorio de amigos y alumnos. Para una posible declamación pública de la *Autobiografía, vid.* la introducción.

[38] No se trata tanto de una crítica de los pedagogos, a los que se refiere elogiosamente en *Disc.* LVIII, sino de la dificultad que supone la ausencia del padre.

[39] Sensatez y amor al trabajo.

dos tíos, a mí, rivalizando entre ellos en la suma de la dote que ofrecían. Mas nunca persuadieron al corazón que hay en mi pecho[40]. Creo que habría rechazado, como Ulises[41], un matrimonio con una diosa, con tal de ver el humo de Atenas[42].

13 Por todo ello lloraba mi madre, que no soportaba siquiera oír hablar de mi proyecto[43]. Y de mis dos tíos, el mayor de ellos creía que debía acudir en ayuda de mi madre y me exhortaba, en consecuencia, a abandonar ideas irrealizables, ya que, por mucho que estuviera yo enamorado de ellas, no me concedería su permiso. El más joven de ellos acababa de organizar los Juegos Olímpicos en honor de Zeus, en el momento en que yo me había resignado a la necesidad, cuando la divinidad castigó duramente a la ciudad o, más

---

[40] Alusión a *Odisea* VII 258. Por lo general, Libanio no suele citar versos enteros, sino aludir a ellos o combinar citas diversas. Libanio compara su resistencia al matrimonio y su determinación de partir para Atenas, a fin de iniciar una vida como rétor, a la fidelidad de Ulises hacía su esposa y su patria, que le impidió aceptar las seductoras propuestas de Calipso. Esta osada comparación está destinada a sugerir el disgusto que en su familia produjo su elección de convertirse en un profesional de la retórica. Cf. cap. 5.

[41] Ulises rechaza las seductoras proposiciones de Calipso *(Odisea* I 55-58, V 215 s. y VII 258).

[42] Nueva alusión de Libanio al deseo de Ulises de volver a ver el humo de las casas de Ítaca *(Odisea* I 58). La imagen del «humo de Atenas», como símbolo de la fama y autoridad cultural de la ciudad, la encontramos en otros rétores. Cf. FILÓSTRATO, *Descr.* I 15, 3 con referencia al amor de Teseo por su ciudad.

[43] Libanio combina una vieja oposición de la antigua sofística (la que oponía las palabras —*lógos*— a los hechos —*érgon*—), para crear la expresión literal «la palabra del hecho», que debía de sorprender a los lectores conocedores de los métodos de análisis sofísticos.

exactamente, a la tierra toda con la muerte de Panolbio, que así se llamaba el mayor de mis tíos. Las lágrimas de mi madre no tuvieron tanto poder sobre el segundo de mis tíos, ya que Fasganio no era hombre que cediera a una piedad perjudicial. Él la convenció para que soportara un duelo no muy largo y que le prometía largos beneficios y me abrió, además, las puertas de su casa.

En lo que acabo de relatar no es difícil de ver lo que me 14
fue favorable y lo que no me lo fue. Nada más partir pude sentir cuán amargo es dejar a los próximos. Yo me mantenía, pues, con mis lamentos y mi dolor, volviéndome frecuentemente con la nostalgia de ver las murallas. Hasta Tiana[44] me acompañaron las lágrimas, después la fiebre se añadió a las lágrimas. Dos deseos luchaban en mi alma, mas el miedo a la vergüenza se añadió al otro sentimiento e hizo inclinar la balanza a su favor, de forma que me fue necesario continuar enfermo el camino. Agravada la enfermedad por el viaje, atravesé el Bósforo casi muerto. Mis mulos habían sufrido un quebranto semejante al mío. La persona en la que yo confiaba que me facilitaría el camino a Atenas por medio de la posta imperial, había perdido toda su anterior influencia y, aunque me acogió, por lo demás, con todo el celo de un huésped, me confesó que ése era el único servicio que no podía hacerme.

---

[44] El viaje, dado que no era época de navegación, lo realizó Libanio por tierra, siguiendo la ruta costera de Tarso, Ancira, Nicea y Nicomedia hasta Constantinopla, donde esperaba conseguir permiso para continuar por el servicio estatal de correo instaurado por Augusto. Para utilizar este servicio se precisaba una autorización oficial —*euectio*— concedida por los vicarios o los prefectos del pretorio.

15 Pero[45] yo no dejaba de dirigir mi mirada al mar, cerrado ya, en razón de la estación[46], a la navegación. Y así fue como me topé con un afamado capitán, al que, con la sola mención del oro, convencí fácilmente y, una vez embarcado, con el favor de Posidón, tuve una agradable travesía, bordeando la costa a lo largo de Perinto[47], Ritío, Sigeo, contemplando también desde el puente la ciudad de Príamo que sufrió las más amargas desventuras[48]; atravesé el Egeo impulsado por un viento no menos favorable que el que disfrutó Néstor[49], de modo tal que la impotencia de mi huésped se volvió en provecho mío.

16 Tras haber tocado tierra, pues, en Geresto, arribé después a un puerto de Atenas en el que hice noche. Al día siguiente, por la tarde, me encontraba ya en la ciudad y en manos de gente que no habría yo deseado y después, al día siguiente, otra vez, en manos de gente que tampoco deseaba. Al maestro, en cambio, con el que vine a encontrarme, no pude tan siquiera verlo, encontrándome poco menos que si estuviera recluido en un tonel: tales eran las maneras que

---

[45] Norman *(com. ad. loc.)* llama la atención sobre el aspecto novelesco que caracteriza la descripción del viaje: la valentía del estudiante ansioso de llegar a Atenas al punto de desafiar los peligros del mar; lo estereotipado del lenguaje; las referencias al regreso de Néstor, uno de los pocos héroes que fueron a Troya y tuvieron un regreso feliz; el uso de la alusión (la desventurada ciudad de Príamo por Troya) y, finalmente, la paradoja de que la falta de ayuda se volvió en provecho del autor. Así, un simple viaje se convierte en una secuencia de referencias mítico-literarias que sirven al propósito de dibujar el carácter y la voluntad de Libanio.

[46] La navegación se interrumpía —lo que se llamaba el *mare clausum*— normalmente desde noviembre a marzo.

[47] Libanio prefiere nombrar a la ciudad, que se llamaba Heraclea desde la época de Diocleciano, por su viejo nombre.

[48] Troya.

[49] Cf. *Odisea* III 176.

allí seguían con los jóvenes recién llegados. A gritos protestábamos por nuestro distanciamiento, que privaba al sofista de mí y a mí de él. Pero quienes se cuidaban de mí no prestaban ninguna atención a mis protestas, sino que fui, como sirio, hasta que presté juramento, observado como Aristodemo[50]. Y una vez que había jurado estar satisfecho con las circunstancias presentes, se me abrió la puerta y pude seguir, al punto, las clases regulares de un maestro y las conferencias públicas de otros dos del modo habitual[51].

---

[50] «Observado como Aristodemo» es una frase proverbial que reencontramos en las *Epíst.* 473 y 474, donde un tal Meterio es celosamente vigilado en Antioquía por sus amigos para evitar su regreso a Bitinia. El origen de la expresión es confuso, dada la existencia de varios Aristodemos. Sabemos de la existencia de un famoso afeminado de ese nombre que fue objeto de burla por parte de los comediógrafos de la comedia antigua (Aristófanes, *frg.* 231 E; Cratino, *frg.* 151 E. Cf. Luciano, *Alej.* 4, y Libanio, *Disc.* LXIV 83). No es verosímil establecer una relación entre este Aristodemo y el tirano de Cumas del mismo nombre apodado «el blando», sobrenombre que no parece que haga referencia a sus costumbres sexuales (véase *Kleine Pauly, s. v.*, 5). Tampoco resulta fácil establecer una relación entre la expresión proverbial y el actor trágico que junto con Demóstenes y Esquines fue enviado como embajador por Atenas para negociar la paz con Filipo. Petit *(comm. ad loc.)* observa atinadamente que los personajes comparados con Aristodemo tanto en la *Autobiografía* como en la *Epíst.* 474 son personajes simpáticos, por lo que no parece verosímil ver en Aristodemo a un depravado, como insinúa Norman *(comm. ad loc.)*. Lo más probable es que se tratara de un guapo joven rodeado de muchos admiradores celosos.

[51] Libanio alude a la situación educativa existente en Atenas. El capitán del barco que le había conducido a la ciudad era el encargado de introducirlo en los círculos universitarios. En estos círculos cada profesor tenía su propia clientela. Libanio, como sirio, esperaba seguir las enseñanzas de su compatriota Epifanio, pero se vio forzado a asistir a las clases de Diofanto. Para la vida universitaria de Atenas la obra clásica sigue siendo la de J. W. H. Walden, *The Universities of Ancient Greece*, Nueva York, 1909, a la que hay que añadir el libro de P. Wolf, *Vom Schulwesen der Spätantike: Studien zu Libanius*, Baden-Baden, 1952.

17 Como el ruido de los aplausos se elevaba atronador para engaño de los que gustaban por vez primera de sus lecciones, íbame yo apercibiendo de que no había llegado a un lugar serio, pues la autoridad sobre los jóvenes había sido usurpada por hombres que no diferían gran cosa de los propios estudiantes[52]. Y, así, eran del parecer de que yo me mostraba desdeñoso hacia Atenas y que debía ser castigado por no admirar a sus autoridades. A duras penas, pues, pude amansar su cólera, diciéndoles que yo la admiraba en silencio, por tener la voz impedida por causa de mis enfermedades. Y una vez que hube mostrado algunas composiciones mías sacadas de mis notas y de otras partes[53], consideraban ya natural mi falta de admiración.

18 Vale la pena examinar la intervención de la diosa[54] también en esto que acabo de contar[55]. Desde luego las enfermedades y arribar, al final de la navegación, como un mercader, a puertos peores que los esperados, aun cuando gocen de una fama admirable que no se corresponde con la realidad, todo ello no es propio de un hombre afortunado. Disponer de unas condiciones de navegación en invierno nó peores que en verano y que lo que sucedió no fuera lo que

[52] Críticas semejantes a las prácticas educativas, en términos muy parecidos a los aquí utilizados por Libanio, encontramos en otros autores del período. Cf. Temistio, *Disc.* 27, 332b; Sinesio, *Epíst.* 135 (Migne), Eunapio, *Vidas sof.* 491.

[53] Aunque recitados de memoria, los discursos de los sofistas se apoyaban en notas escritas. Lo crucial del pasaje parece ser, sin embargo, el respeto que Libanio supo causar mostrando su capacidad para la composición de discursos.

[54] La Fortuna.

[55] El capítulo desarrolla una comparación típicamente sofística que termina en una paradoja (un enigma en las palabras de Libanio), que debe ser aclarada. Este procedimiento de suscitar la atención del auditorio es típico de la oratoria epidíctica.

yo buscaba, sino que fuera impuesto por la fuerza, todo eso, en cambio, fueron dones de la Fortuna. Me parece que aceptaréis lo de mi feliz travesía y que me concederéis que lo que he dicho no desentona con los hechos; en cambio, creo que mis palabras sobre los dos sofistas os parecerán extrañas, cuando afirmo que tuve suerte precisamente en aquello en lo que me vi forzado por las circunstancias. Preciso es que resuelva el enigma, y a ello me aplico.

Señores, como yo había oído hablar desde niño de los 19
enfrentamientos de las cofradías de estudiantes que tenían lugar en el centro mismo de Atenas, de sus luchas a palos, a cuchilladas, a pedradas y de las heridas resultantes de ellas, de las defensas, los procesos y de los juicios substanciados sobre pruebas[56] resultantes de tales enfrentamientos, así como de que los discípulos eran capaces de las mayores audacias con tal de ensalzar el negocio de sus maestros[57], consideraba yo a los estudiantes personas nobles por correr tales peligros y no menos justos que los que toman las armas en defensa de su patria. Incluso suplicaba a los dioses que me concedieran la oportunidad de destacar en tales hazañas, en correr al Pireo, a Sunion y a los otros puertos, para raptar a los estudiantes jóvenes en el momento mismo de desembarcar de la nave; en correr también a Corinto[58] para el mismo

[56] La expresión griega parece sugerir la condena de los estudiantes, cuyo crimen había sido probado ante los tribunales.

[57] Toda la terminología empleada en esta sección procede, para conseguir un efecto satírico, del lenguaje militar: los maestros son llamados caudillos *(hēgemónes)*, los discípulos aspiran a la excelencia *(aristeía)*, la defensa de su escuela se compara al sentimiento patriótico. Para la rivalidad entre escuelas y la competencia entre las mismas *vid.* cap. 16.

[58] El procónsul de la provincia Aquea, que residía en Corinto, era el responsable del funcionamiento de las escuelas en Atenas (cf. HIMERIO, *Disc.* XLVIII 37). Como responsable interviene en la revocación de tres

fin del que debía responder en juicio; y todo ello ofreciendo banquete tras banquete, de modo que, dilapidada rápidamente mi hacienda, tuve que volver mis ojos hacia un prestamista.

20 Sabedora, pues, la Fortuna de que iba a precipitarme para mi desgracia en esa engañosa trampa que lleva el especioso nombre de «jefe del coro»[59], con la sabiduría que caracteriza su intervención, me apartó del sofista en favor del cual consideraba yo adecuado soportar aquel cargo, para conducirme a otro del que no iba a conocer más fatigas que las de la instrucción retórica[60]. Y efectivamente así sucedió. Pues pensando que se me había injuriado al obligarme a prestar juramento, creía que no era deber mío prestar ninguno de los servicios de que he hablado y que ninguna otra persona podría ordenármelo por no haberlo aceptado de buen grado, al tiempo que tenían miedo de que, molesto por la carga que me habían impuesto, me hicieran cambiar de opinión, pudiendo alegar yo, frente al juramento que había hecho, los deberes a los que había sido obligado. /

21 En consecuencia me vi exento de salidas, de campañas y de certámenes en los que interviene Ares[61] así como de enfrentamientos de escuelas. E incluso con ocasión de la gran

profesores (cap. 25) o en la recomendación a los atenienses de contratar profesores extranjeros (caps. 81-82).

[59] Una nueva alusión a la vida académica de Atenas. El «presidente» o «jefe del coro» era el dirigente de una hermandad escolar, semejante a las *Bruderschaften* alemanas, comparada aquí con un coro dramático a cuyo frente estaba un «corego» o director.

[60] Según Eunapio (*Vida Lib.* 2) se trata de Diofanto y Epifanio.

[61] El dios de la guerra es mencionado sólo como símbolo de la hostilidad violenta entre escuelas.

batalla[62] en la que todos se vieron envueltos, incluso aquellos a los que su edad exime, yo permanecí sentado en un lugar apartado y recibía noticias de los golpes que cada cual recibía y, de ese modo, me vi libre de los golpes que unos a otros se asestan llevados por sus arrebatos de ira; ni di ni recibí ni tuve intención de lo uno ni de lo otro. Ahora bien, un día, un cretense que volvía de los baños se topó conmigo cuando me dirigía, flanqueado por dos amigos, a ellos; a uno de ellos lo golpeó repetidamente de modo brutal, sin haber sido provocado; a mí, en cambio, ni me dirigió la mirada, y, sin embargo, se pensaba que había sido ultrajado por haberse cometido tamaña audacia ante mis propios ojos.

De ese modo consideraban todos que, en mi presencia, 22
debían también todos comportarse sensatamente; jamás toqué una pelota durante mi estancia en Atenas e igualmente me abstuve de juergas y de la compañía de quienes hacían, durante la noche, expediciones contra las casas de los barrios de los pobres. Porque yo mostré también que las cabezas de Escila[63], o, si se quiere, esas compañías más peligro-

---

[62] De este hiperbólico enfrentamiento de estudiantes de distintas escuelas hace mención también Eunapio en la *Vida sof.* (483, pág. 468 Loeb). En este proceso se vio envuelto, al parecer, Juliano de Capadocia.

[63] Nótese el tratamiento retórico del tema «abstención de las cortesanas». Éstas son llamadas «cabezas de Escila», como el famoso monstruo devorador de hombres *(Odisea* XII 256). Cf. Alcifronte, *Cartas de Pescadores* I 21 (Benner-Fobes), donde una cortesana es ya explícitamente comparada con Escila. Y aún con anterioridad encontramos ya en la comedia una comparación semejante en Anaxilas *(frg.* 22 E), donde de una cortesana se dice «ahora parece distinguirse algo de Escila». La mención de las sirenas y de su irresistible canto permite ampliar la comparación, presentando a las cortesanas como una especie de monstruos canoros que atraen fatalmente a los hombres. Libanio se presenta a sí mismo, en consecuencia, como una suerte de nuevo Ulises capaz de resistir al canto seductor de las monstruosas cortesanas.

sas que las Sirenas, cortesanas que con sus melodiosos cantos han despojado a tantos, cantaban en vano para mí.

23 Mas, para regresar al punto en que dejé el relato, de todos esos innumerables males, gracias a la Fortuna me vi libre; hasta el punto que visité Corinto no como acusador ni como acusado, sino, en una ocasión, apresuradamente para asistir a una fiesta laconia, la de los látigos[64], y, en otra, y eso también con la misma premura, cuando me dirigía a Argos para ser iniciado en los misterios que allí se celebraban[65]. Y, por lo que hace a mis estudios de retórica, si me hubiese convertido en un imitador del maestro que frecuentaba —y desde luego que mi afección[66] hacia él podría haber resultado en ello— habría seguido los pasos de hombres que vosotros mismos conocéis bien y que es mejor que yo silencie. ¿Cuál sería la situación si, en lugar de los maestros cuyo recuerdo en vosotros evoco con mis discursos, hiciera mención de algún perfecto desconocido, de un obscuro y pobre orador?

---

[64] Se trata de un famoso festival, conocido como flagelación *(diamastígōsis)* en honor de Ártemis Ortia *(vid.* Eunapio, *Vidas sof.* 483; Sinesio, *Epíst.* 57, Migne). En el curso del festival los jóvenes se flagelaban ante el altar de la diosa. El viaje aquí referido, durante el cual conoció a Aristófanes de Corinto, al que habría de defender, después, ante Juliano *(Disc.* XIV 18), es testimonio, en mi opinión, más que del innegable sincretismo religioso de la época, como cree Norman *(comm. ad loc.),* de la atracción que los viejos cultos suscitaban en estos estudiosos de las tradiciones del pasado.

[65] No se sabe gran cosa de estos misterios de Argos. P. Petit *(comm. ad loc.)* piensa bien en los misterios de Yacco en Lerna o, más generalmente, en los misterios del Istmo, celebrados en honor de Ino y Melicertes.

[66] Como bien hace notar Norman *(comm. ad loc.),* el pasaje deja traslucir una terminología pedagógica y filosófica: el amor *(érōs)* del discípulo por el maestro induce en él imitación *(mímēsis),* que se traduce, luego, en recuerdo *(anámnēsis)* ante un auditorio.

Ésas, pues, fueron las sabias y acertadas disposiciones[67] 24
que adoptó la Fortuna para mí. Y a ellas se añadía el hecho de que, mientras seguía a los jefes adecuados, no necesitara de médicos que atendieran mi salud corporal, de forma que el número de mis esfuerzos se correspondía exactamente con el de los días, a excepción de aquellos que las fiestas hacían suyos, que no fueron muchos, según creo. Y como parecía de suma importancia ser juzgado merecedor de una de las cátedras de Atenas, también la Fortuna reparó en ello y me la concedió del modo siguiente.

Había por entonces un gobernador de origen itálico, un 25
hombre de convicciones, persuadido de que ninguna falta debía permitírseles a los jóvenes residentes en la ciudad. Con ocasión de uno de sus apasionados desórdenes, despidió a los profesores, a los que consideraba malos pastores, y buscó para sustituirlos en su magisterio a tres nuevos, para reemplazar a los tres depuestos[68]. Le fueron, en consecuencia, recomendados para esos puestos un egipcio y un compatriota mío, residentes ambos en Atenas. Gozaba yo de una reputación en el oficio equivalente a la de los éxitos que los

[67] El capítulo se abre con una serie de imágenes tomadas de la vida militar: la Fortuna, como un general, adopta las decisiones más adecuadas para la carrera de Libanio. Éste sigue a sus maestros como un soldado a sus jefes. Cf. EUNAPIO, *Vidas sof.* 495.

[68] El gobernador de la ciudad de Atenas para el 339, que es, al tiempo, el procónsul de Acaya, no es conocido. Como tal figura en la *Prosopographia*, pág. 1.013, con la rúbrica de Anónimo 46. Efectivamente, el procónsul tenía competencias para despedir profesores (cf. EUNAPIO, *Vidas sof.* 488) o prohibirles enseñar (HIMERIO, *Disc.* XLVI 1). También podía sugerir nombramientos a la *boulḗ* o Consejo de la ciudad (cf. caps. 82-83 y 106), que se traducían en un decreto de la misma en virtud del cual se invitaba a un sofista a enseñar en la ciudad. El decreto era importante para el profesor, ya que le garantizaba la exención de las liturgias curiales.

otros dos habían obtenido, y ello a pesar de contar con sólo veinticinco años, mientras que el egipcio era diez años mayor que yo y el otro de más edad aún. Debía, pues, aceptar la invitación[69]. Ahora bien, el tiempo fue apaciguando el rigor del gobernador y los sofistas conservaron sus puestos; no obstante, yo me vi distinguido por mis méritos, gracias a los cuales fui elegido. La situación que siguió a estos acontecimientos estaba llena de recelos, al punto que ni aquéllos ni nosotros podíamos conciliar el sueño: a ellos sus intrigas los obligaban a mantenerse en vela; a nosotros, en cambio, la perspectiva de sufrir algún contratiempo de importancia. Verdad es que ni siquiera entonces la Fortuna me abandonó a la insolencia de los jóvenes, sino que los contuvo a pesar de estar ellos muy airados y excitados.

Partida de Atenas

26 Hagamos todavía mención de otras señales sobresalientes de que la Fortuna no me dejaba de su mano. Los bienes de mi familia debían ponerse a la venta y la diosa, como divinidad que es, lo sabía de antemano[70]. Yo tenía la intención de sumar otros cuatro años a los que ya había pasado

[69] En *Disc.* II 14 LIBANIO hace mención del miedo que indujo en los tres sofistas de Atenas la invitación cursada por la *boulé*. Tanto SIEVERS *(op. cit.*, pág. 48) como FOERSTER *(comm. ad. loc.)* refieren esta mención del *Disc.* II a la invitación que Libanio recibió del Consejo de Atenas en este año de 339. NORMAN *(comm. ad. loc.)*, por el contrario, considera preferible ver en ella una alusión a su gran éxito del año 353, que el autor describe en el capítulo 82. PETIT *(comm. ad. loc.)*, en fin, se limita a constatar la tardía fecha del *Disc.* II (381), por lo que considera muy probable que, al redactarlo, consultara la *Autobiografía*, que, como sabemos ya, es del año 374.

[70] Nótese cómo Libanio no considera aquí a la diosa Fortuna una mera hipóstasis del azar. Al igual que otras divinidades la Fortuna posee *providentia*, es decir, capacidad para prever los acontecimientos.

en Atenas para luego abandonar la ciudad, porque creía que mi alma estaba aún necesitada de una mayor perfección. Ya que, si a los ojos de los demás parecía que yo había alcanzado una preparación sobrada, no me veía a mí mismo con esos mismos ojos y, además, me atenazaba el miedo de que me acosaran los hombres cultos de todos los lugares adonde me dirigiera, con el deseo de destruirme sometiéndome a pruebas sin cuento. Creía que debía seguir investigando y aprendiendo.

Si la noticia de la venta de mis bienes me hubiese llega- 27
do estando aún en Atenas, habría permanecido en esta ciudad por todos los medios, sin hacer ningún uso de las ganancias obtenidas, al igual que les ha sucedido a muchos jóvenes que no pudieron alcanzar ninguna de las cátedras de la ciudad y han llegado a la vejez sin dejar oír su voz. Finalmente la Fortuna maquinó el siguiente plan. Tenía yo un trato íntimo con un tal Crispino, un joven de Heraclea, que había pasado ya en Atenas el mismo tiempo que yo y al que la naturaleza le había dotado con el don de la palabra con muy poco esfuerzo por su parte. Aunque era de mi misma edad[71], creía ver en mí a su padre y, siguiendo mis normas de conducta tanto en los asuntos de mayor importancia como en aquéllos de poca monta, no «deshonraba las virtudes de sus padres[72]», sirviéndole el pudor de guía de todas sus palabras. Avisado éste por su tío para que regresara a casa, un hombre verdaderamente divino[73] y que frecuentaba más en esta tierra a los dioses que a los hombres, y ello a pesar de que la ley se lo impedía y de que el castigo para el que

[71] Unos veintiséis años en esta fecha de 340. Para este Crispino, *vid.* cap. 54.

[72] Cita casi literal de *Ilíada* VI 209.

[73] Hay un juego de palabras intraducible entre «tío» *(theíou)* y «divino» *(theíou).*

osaba desafiarla era la pena capital —él, empero, seguía el camino de su vida en compañía de aquéllos[74] y se burlaba de una ley perversa[75] y de un legislador impío—; pues bien, cuando fue llamado Crispino y ya no le era posible permanecer en Atenas, su corazón, como dice Homero, «le golpeaba fuertemente en su pecho[76]», más aún que si fuera a trabar combate con el enemigo. Porque ante unos ciudadanos expertos y muy pulidos por el roce con la cultura debía mostrar el resultado de sus combates de Atenas: como joven responsable y desconocedor de tales certámenes tenía razones para sentir miedo.

28 Necesitado, pues, de un aliado y de un amigo que se mantuviera firme a su lado y le sostuviera de cerca el coraje[77], no iba a tardar en encontrarlo, porque ya estaba yo allí para eso. Expúsome él sus temores así como lo que se proponía; yo andaba reluctante, según creo, ante la magnitud

[74] Los dioses. De nuevo una imagen militar: «marchar en la compañía de los dioses».

[75] La alusión es muy vaga y no sabemos con certeza a qué ley y, en consecuencia, a qué emperador hace referencia el pasaje. PETIT *(comm. ad loc.)* sugiere que la vaguedad del pasaje se debe a que la *Autobiografía* fue compuesta en el año 374, en tiempos del emperador Valente. En todo caso, con anterioridad al 340, Constantino había prohibido en el 319, bajo pena de muerte, sólo la aruspicina o arte de adivinar por las entrañas de los animales. En el año 357 Constancio condenó la aruspicina, la astrología, la adivinación y la magia. Una y otra ley, bien conservadas en el *Codex Theodosianus,* están, sin embargo, cronológicamente muy alejadas de los acontecimientos del año 340 que aquí se narran.

[76] Nueva cita homérica, tomada de *Ilíada* VII 216, que se repite, con alguna variación, en XIII 282.

[77] Las imágenes épicas y militares, que se habían sugerido ya algo antes, son ahora desarrolladas con las citas de Homero y ésta se refiere a la táctica del combate hoplita en la que la integridad del combatiente depende del compañero que lucha a su lado y, al tiempo que le anima, le protege con su escudo.

del viaje[78]; no obstante, la amistad se fue imponiendo a mi reluctancia, mientras que, al mismo tiempo, me decía a mí mismo que, si en el curso de las sesiones[79] parecía deficiente aún en algún aspecto mi formación, podría defenderme alegando mi deseo de volver a Atenas para dedicarme de nuevo al estudio[80].

Este propósito me hizo subir al carruaje y, con la bene- 29
volencia de Hermes y de las Musas, comenzamos, a partir de Platea[81], a hacer uso de nuestra posesión[82] y por todas las ciudades por las que pasábamos éramos alabados, felicitados y distinguidos con el título de benefactores de Atenas. Y ni siquiera el sofista macedonio que tenía por costumbre incomodar atacando a quienes se aventuraban a atravesar Macedonia, logró molestarnos[83]. Nos desafió, desde luego,

---

[78] Heraclea estaba situada en Caria, en la costa de Asia Menor, muy próxima a Mileto, entre Éfeso al N y Halicarnaso al S. La ruta por tierra, que es la elegida, obligaba a rodear todo el Egeo, atravesar el Helesponto y descender por la costa. Efectivamente esta ruta hacía el viaje muy largo.

[79] No se trata de ninguna ocasión en particular, sino de todas aquellas en las que se requiriera un perfecto dominio de la oratoria.

[80] El pasaje es ciertamente oscuro y ha sido diversamente interpretado. Respetando la tradición manuscrita, REISKE entendía el pasaje tal como lo hemos traducido: *«rursus huc Athenas ad pristina studia»*. Por contra MOREL traducía *«in altera ad haec loca et negotia profectione»*, es decir, Libanio se excusaría de su impericia prometiendo un regreso posterior. *Vid.* el comentario de PETIT *(comm. ad. loc.)*.

[81] En Beocia, al norte de Atenas.

[82] Es decir, la formación retórica. En una especie de *tournée* muy en la tradición sofística, Libanio pronuncia, en cada ciudad por la que pasa, una conferencia, consistente en un encomio de Atenas.

[83] El innominado sofista macedonio es presentado como uno de los monstruos del mito —Cíclope, Sinis, Busiris, etc.—, que maltrataban o mataban a los forasteros tras haberlos desafiado a un combate desigual. Al vencer a un monstruo tal, Libanio se presenta a sí mismo como un héroe, un Teseo o un Heracles de la Retórica.

pero hubo de retirarse tras sufrir el castigo que tenía por costumbre infligir.

30 No menos gloriosos que éstos fueron nuestros éxitos en Constantinopla, una ciudad adonde acuden, desde todas partes, tantos maestros distinguidos por su cultura; maestros que nos alababan y recibían también nuestros elogios[84]. Después de haber franqueado el estrecho del Ponto, por el lugar por donde, según es fama, lo atravesó en otro tiempo Ío[85] en forma de vaca, atravesamos el territorio de Calcedón y de Ástaco[86] así como el de una tercera ciudad, una ciudad pequeña, otrora importante[87], pero que poseía algo más grande que cualquier grandeza, un anciano que igualaba a Néstor[88] por la dulzura de su lengua y que precisamente por ello era llamado por ese nombre de preferencia al que le pusieron su padre y su madre. En su casa encontré hospitalidad (era, por

[84] *Tópos* común entre los sofistas. Cf. Filóstrato, *Vidas sof.* 529.

[85] Doncella argiva, hija del rey Ínaco, amada por Zeus. Éste, para sustraerla a los celos de Hera, la transformó en una ternera de maravillosa blancura. Zeus juró a Hera que jamás había amado a ese animal. Hera exigió que se la ofreciese como presente y confió la custodia de la desventurada doncella a Argo de los Cien Ojos. Entonces comenzó a vagar errante, perseguida, tras la muerte de Argo por Hermes, por un tábano enviado por Hera. Enloquecida recorrió toda Grecia, siguiendo, al comienzo, la ruta de Libanio. Al cruzar el estrecho que separa Asia de Europa dio nombre al mismo: Bósforo, es decir, «el paso de la vaca». Finalmente, tras dar a luz en Egipto a Épafo, recuperó la forma humana.

[86] Ástaco es el viejo nombre de la ciudad que, desde época helenística, era conocida como Nicomedia. Libanio prefiere arbitrariamente, pero muy en congruencia con su actitud educativa, el nombre antiguo.

[87] No bien identificada. Foerster *(comm. ad loc.)* propone Bitinio; Sievers, por contra, Prusa del Hipio.

[88] Néstor, el anciano rey de Pilo, es en la *Ilíada* el orador por excelencia. El anciano, según sugiere Petit *(comm. ad loc.)* puede ser Tespesio, al que mucho más tarde Libanio parece recordar en la *Epíst.* 1032 escrita en el 392, casi veinte años después de la *Autobiografía.*

cierto, suegro de Crispino) e inmediatamente me puse en camino hacia la ciudad de Heracles, que éste fundó tras haber vencido al perro de los dioses infernales[89], y pude ver el lugar por donde él regresó a la tierra.

Constantinopla

Cumplidos todos los propósitos 31
por los que Crispino había vuelto a la ciudad, tras haber requerido, para ello, mi asistencia, me encontré, otra vez, de vuelta en Constantinopla y, bajando al gran puerto, deambulé por allí preguntando quién se hacía a la mar rumbo a Atenas. Y entonces me tomó por el manto uno de los maestros (ya lo conocéis, me refiero a Nicocles de Lacedemonia[90]); me obligó éste a volverme hacia él y me dijo: «No debes hacer esa travesía, sino otra», a lo que yo repliqué: «¿Qué otra travesía que no sea ésa podría hacer, si me mueve el más vivo deseo de Atenas?». «Creo, amigo mío —dijo él—, que debes permanecer

[89] El perro monstruoso con tres o cinco cabezas que guardaba el Hades. Con la mención al más difícil de los trabajos de Heracles, Libanio cierra esta sección en la que no sólo da muestras de su erudición con la alusión a los tres episodios míticos de Ío, Néstor y Heracles, sino que él mismo se sitúa en un plano superior al referir los tres episodios a la experiencia de su viaje. Para un sofista de su cultura, nos viene a decir, viajar es recorrer una geografía fantástica habitada por los personajes del mito y la leyenda.

[90] Este Nicocles no es en realidad un sofista, sino un *grammatistḗs*, un maestro de primeras letras. Su relación con Libanio fue larga y con altibajos. Fue maestro de Juliano, y en el año 388 Libanio le envía su *Disc.* XXXII, si bien mucho antes, en 357, Nicocles parece aborrecer a Libanio, como se desprende de la *Epístola* 1492 del año 365. En cualquier caso, y a diferencia de lo que sucedía entre los sofistas, la relación entre éstos y los *grammatistaí* solía ser, con frecuencia, buena: ambos podían cubrir todo el ciclo educativo. En Antioquía Libanio se asocia con el *grammatistḗs* Caliopio *(Epíst.* 625) y por la *Epístola* 364 sabemos de una asociación similar de Eudemón y Harpocración.

entre nosotros y dirigir a los hijos de los muchos ciudadanos ricos que residen aquí. Olvida, pues, la nave y hazme caso y no te hagas daño ni a ti ni a nosotros. No rehúyas las muchas y grandes oportunidades que se te ofrecen y no te hagas a la mar a las órdenes de otros, cuando te es posible impartir esas órdenes a ti mismo. Y ese reino yo te lo entregaré mañana: cuarenta jóvenes, la flor y nata de esta ciudad. Y una vez puesto el fundamento, verás fluir, abundante, hacia ti la riqueza». Y siguió exponiéndome los beneficios que la ciudad concedía al sofista Bemarquio[91]. Me necesitaba, porque quería aniquilar con mi intervención a un don nadie de Cízico[92], un hombre ruin y desagradecido, que había obtenido, gracias a él, la ciudadanía y pagaba, como dice el proverbio, su alimento como lo hace el carnero[93].

32 Yo le dije que así lo haría y que no me volvería atrás. Sin embargo, sin que él lo supiera me embarqué y partí. El mar Egeo se había levantado y los marineros decían que no sabían qué hacer con un mar así; yo me planté al lado del piloto rendido al temporal y elevé una súplica a Nereo y a las hijas de Nereo[94]. Era de noche cuando ocurrían estos te-

---

[91] *Vid.* caps. 39-44. En el 340 Bemarquio era el sofista oficial de Constantinopla. *Prosopographia*, pág. 160.

[92] La venganza consistía justamente en abrir establecimiento en asociación con un sofista rival.

[93] El proverbio reza literalmente «pagar la comida del carnero», que los paremiógrafos (Cenobio, IV 63; Diogeniano, V 62) explican como expresión referida a los desagradecidos, ya que el carnero cornea su comedero e incluso a quien le da de comer.

[94] Una vieja divinidad marina, conocida ya desde Homero como el «Viejo del Mar». Famoso por su amabilidad y sabiduría, es el padre de las doncellas del mar, las Nereidas, unas criaturas hermosas, benevolentes, pero de naturaleza mal definida. Dos de ellas, Tetis y Galatea, fueron especialmente famosas, por ser la madre de Aquiles una y por sus amores con el Cíclope la otra. Nereo, al igual que otra divinidad semejante, Proteo, poseía la capacidad de cambiar de forma.

rribles contratiempos y, al levantarse el sol, su luz se proyectaba, a través de las nubes, sobre el mar: un signo de vientos aún más violentos. Todos nos arrancábamos los cabellos; pero surtieron entonces algún efecto mis súplicas y con gran rapidez se disolvieron los nubarrones que nos apesadumbraban, pues los dioses del mar apaciguaron el ponto.

Navegaba hacia Atenas, a pesar de haber prometido 33
permanecer en Constantinopla, no porque fuera persona mentirosa ni engañosa ni tampoco porque me complaciera engañar a nadie, sino por mantener firme el juramento bajo el que había salido de Atenas y que implicaba mi regreso. Porque no me parecía el perjurio un buen comienzo para mi carrera. Ésa fue la razón por la que emprendí la travesía. Fui, pues, y no cometí perjurio, y al comienzo del invierno, en un carruaje de dos ruedas, soportando las inclemencias de la estación me puse en camino hacia Constantinopla[95], para cumplir de nuevo de hecho lo que de palabra había prometido[96].

Y así mi actividad de profesor y la composición en tan- 34
tas provincias de numerosos discursos, y en general las ventajas de que gozo en mi actual situación, de todo ello es responsable el haber complacido a un amigo al que había

[95] En la *Epíst.* 762 del año 362 Libanio recuerda también este viaje del que nos da algunos detalles. En ella cuenta cómo, obligado por una fuerte tormenta, debió buscar refugio en un destartalado albergue donde conoció al árabe Sópater, quien se ofreció a interceder en las altas esferas de Constantinopla en su favor a fin de que obtuviera un puesto de profesor. Más tarde Libanio tuvo ocasión de devolverle el favor intercediendo, a su vez, por Sópater ante el gobernador de Antioquía, donde el árabe se hallaba en dificultades.

[96] Toda esta historia del viaje de ida y vuelta a Atenas, presentada como la obligación moral de un responsable profesor que, en su rigurosa exigencia de cumplimiento de los compromisos contraídos, encuentra incluso la ayuda divina, es, a todas luces, rebuscada y confusa.

hecho compañía en el viaje y el haberme librado personalmente del miedo a los lugares desconocidos. Pues si la divinidad no me hubiera hecho partir, yo hubiera permanecido a la espera de hacerlo.

35 La diosa ha conducido a otros por caminos difíciles hacia un destino feliz; así lo hizo entonces también para mí. Efectivamente, cuando llegué al ágora, vi que un capadocio se había hecho cargo de la cátedra de la ciudad por orden del emperador[97]. Y además se daba también la circunstancia de que la ciudad lo había reclamado, tras haberlo presentado como un consumado orador y ello, según creo, por una sola intervención en un certamen oratorio[98]. Éste, orgulloso, se elevaba soberbiamente sobre su cátedra. Yo, por mi parte, pude saber por un anciano quién era, de dónde procedía, cómo y para qué había venido y, con el alma herida por el relato, me encaminé a casa de aquel que me había invitado a venir a la ciudad. Y, al recordarle sus palabras, me dijo: «Eres un niño, nada más que un niño, ya que ignoras cuánto importa aprovechar la ocasión, y ello a pesar de haber visitado Delfos[99]. Y en cuanto a aquellas promesas, que con tu

[97] El nombramiento directo de un profesor por el emperador en Constantinopla era, más bien, infrecuente, ya que por lo general esos nombramientos dependían del procónsul o prefecto de la ciudad. Para el decreto del Consejo de la ciudad ver lo dicho en nota 68.

[98] La importancia de estos certámenes oratorios, donde los sofistas exhibían su formación y capacidades, es clara, como se desprende del pasaje. Es notable, por ejemplo, cómo dichos certámenes tenían lugar durante el período de vacaciones del verano (cf. caps. 86 ss.).

[99] De esta supuesta visita previa a Delfos no hay mención en la *Autobiografía*. En todo caso Libanio parece conocer bien el lugar, donde, según Pausanias (X 24, 1), en el prónao del templo de Apolo estaban grabadas sentencias de los Siete Sabios. Es posible que la sentencia aquí aludida sea la de Pítaco (*kairòn gnôthi*, e. d., «aprende a conocer la oportunidad»), de creer a Diógenes Laercio (I 79 = D. K., *Vorsokratiker*, I, pág. 64), dada la aparición en el texto de un concepto de tan larga

viaje por mar hiciste inútiles, es vano que te acuerdes de ellas o que se las recuerdes a otro». Herido por esta segunda herida me retiré, tras haber perdido por igual Atenas y mis esperanzas.

Había en la ciudad un cierto Dionisio[100], de Sicilia, 36
hombre tan poderoso e influyente gracias a los triunfos logrados en los tribunales, sus éxitos en la administración, sus relaciones de hospitalidad y su capacidad para asfixiar a quien le molestaba, que las autoridades consideraban conveniente estar a bien con él. Dionisio, que había conocido a mi familia cuando fue intendente de Siria y que había apoyado los argumentos anteriores de Nicocles para convencerme de su propósito, yacía a la sazón enfermo. Circunstancia que me causaba un gran daño. Pero cuando recobró las fuerzas y pudo oír toda la historia y conocer la violencia del temporal que capeaba, me dijo que no es posible a un hombre solo vencer a dos rivales, ni siquiera a Heracles, como dice el proverbio[101]; y que él se ocuparía del negocio,

---

tradición sofística y retórica como el de *kairós*. Norman *(comm. ad loc.)* piensa más bien en otra sentencia: «aprovechar la situación presente» *(tò paròn eu thésthai)*.

[100] No es fácil identificar a este personaje, entre otras cosas porque Libanio evita el uso de términos técnicos. Así el verbo *epitropeúō*, que he traducido por «intendente», no nos da noticias del cargo que Dionisio desempeñó en Siria. Tras examinar las posibilidades de los diferentes intentos de identificación tanto Norman como Petit *(comm. ad loc.)* se inclinan por Flavio Dionisio *(Prosopographia*, pág. 259), comisionado especial en Tiro entre 329 y 335 y que pudo conocer a la familia de Libanio coincidiendo con la magistratura de Panolbio (335). A pesar de su deuda con él, Libanio no deja de reprocharle su trato inclemente para con sus enemigos. Petit *(comm. ad loc.)* sugiere que ello se debe a que Dionisio era cristiano.

[101] Los dos enemigos son, por supuesto, Nicocles y el Capadocio. El proverbio lo encontramos efectivamente en Platón, *Fedón* 89c, y aludido en *Eutidemo* 297. Cf. *Paroem.* I 140. La cita platónica se completa

por lo que no debía desanimarme, añadiendo a lo dicho incluso la sentencia de Platón de que jamás se ha alzado un trofeo por obra de hombres desanimados.

37 Dirigí mi atención, pues, a los certámenes oratorios. Preciso sería que fuera otro quien los narrara[102], ya que, al hablar alguien de otra persona, podría referirlos con plena libertad: cuántos discursos fueron pronunciados por cada uno, sus géneros, los vencedores y los vencidos, quién arrastró tras de sí a la ciudad y cómo no fue ningún inconveniente para alzarse con la corona de la victoria el no comer de la despensa imperial[103]. Así pues a los otros sofistas el emperador los mantenía generosamente, mientras que a mí eran los padres de mis alumnos los que me alimentaban, animándose los unos a los otros, y en pocos días mi clase sobrepasaba los ochenta alumnos, por la afluencia de los que acudían de fuera así como por las defecciones de los estudiantes de la ciudad, los cuales habían trasvasado su pasión por las carreras de caballos y los espectáculos teatrales a los estudios de retórica. Así, se publicó un decreto del emperador que me ordenaba permanecer en la ciudad[104]. Por-

con otra del mismo autor al final del capítulo, esta vez del *Critias* 108c (cf. *Paroem.* I 382).

[102] Esta falsa modestia de recurrir a una persona inexistente para hacer la alabanza de sí mismo era ya recomendada por Aristóteles *(Retórica* III 1418b23 s.), quien recuerda que el procedimiento se encuentra ya en la *Antídosis* de Isócrates (141-49). Libanio hace gala de su erudición reproduciendo casi literalmente las palabras de Aristóteles e incluyendo una cita de Isócrates («podría referirlos con plena libertad») tomada del *De pace* 62.

[103] Los sofistas titulares recibían, además del sueldo municipal en dinero, un suplemento en especie, la *annona*, que corría a cargo del estado (Petit, *Liban. et vie mun.*, págs. 409-10).

[104] La situación de Libanio resulta efectivamente bastante anómala. Por el decreto del emperador se convierte en una especie de profesor extraordinario, pero, al no haber mediado el nombramiento del Consejo de

que existía el temor de que, teniendo la posibilidad de partir, me viniera el recuerdo de mi patria.

Los dos sofistas[105] lamentaban con desconsuelo la situa- 38
ción: el uno porque no había logrado brillar en absoluto; el otro, porque su brillo se había apagado. Ya que el uno ni siquiera llegó a dominar su profesión, y el otro, tras dominarla, había perdido ese dominio. Se lamentaban con desconsuelo, pues, y cubrían de insultos mis éxitos, teniendo la desvergüenza de llamarme violento, ambicioso, insaciable, hombre de mal aposento y otras lindezas por el estilo. Sin embargo, las deserciones de los jóvenes no eran fruto de la violencia, sino que era otra cosa lo que les persuadía a llevarlas a cabo. Pues así como a los jóvenes bellos no se les podría acusar de violencia por el hecho de que muchos se enamoren de ellos, así tampoco la belleza de la retórica con su efecto magnético podría imputársele como perversidad al padre de dicha belleza[106].

En ayuda de estos desgraciados que se lamentaban de su 39
mala fortuna acudió como aliado, después de seis meses, Bemarquio, hombre que se había granjeado la voluntad de Constancio y la de los impíos de su entorno y conquistado fama de orador de gran fuerza gracias al retumbante tronar

la ciudad, sigue siendo un profesor libre que depende de sus alumnos para subsistir.

[105] Muy probablemente el Capadocio y Nicocles. Recordemos que sólo el primero era sofista, ya que Nicocles se había aliado con aquél en calidad de *grammatistḗs*. No vemos necesario, como hace PETIT *(Autob.*, pág. 216), identificar a los dos personajes con el hombre de Cízico, citado en el capítulo 31, y el capadocio mencionado en el capítulo 35. De hecho, Libanio llama, con una cierta imprecisión terminológica, en el cap. 31 a Nicocles «uno de los maestros», cuando es un simple *grammatistḗs*.

[106] Algunos de los grandes temas sofísticos están presentes en esta elaborada comparación: la polémica, la erótica y, metafóricamente, el afecto paternal del maestro.

de sus criminales discursos[107]. Estaba éste protegido como por una muralla por los amigos que se había hecho en otro tiempo. Pues, como es sabido, los juegos de dados y los festines prolongados hasta la embriaguez son excelentes para sellar fuertes lazos de amistad. Atravesó, pues, el estrecho[108] «respirando orgullo y manteniendo alta la cabeza[109]», exaltado por los aplausos y las riquezas ganadas gracias a un solo discurso que fue pronunciando hasta llegar a las orillas del Nilo[110]; un discurso en el que hacía el encomio de aquel que se había alineado frente a los dioses[111], a pesar de que él mismo hacía sacrificios a esos mismos dioses y describía con todo detalle cómo se distinguía de los demás templos el que Constancio había erigido en honor de aquél. Atravesó el estrecho sonriendo, convencido de que nadie le opondría resistencia, sino que, por el contrario, ganaría la

---

[107] El ataque a Bemarquio se fundamenta en una doble acusación. En primer lugar le acusa de servir a la causa de los cristianos, en clara oposición con las ideas religiosas que profesaba el sofista. Efectivamente, la actitud pública de Libanio hacia el cristianismo fue la de una abierta oposición a ellos, claramente expresada en los constantes adjetivos injuriosos con que los califica («impíos», «opuestos a los dioses»). De ahí que tenga por criminales los discursos procristianos de Bemarquio. No obstante, Libanio no fue ningún fanático y en la esfera privada mantuvo correspondencia con cristianos, e incluso algunos miembros de su propia familia fueron cristianos.

[108] El Bósforo.

[109] Nueva cita homérica: *Ilíada* VI 509 y XV 266.

[110] Esta gira de conferencias —siempre la misma, al parecer— por Oriente y Egipto, que duró hasta el otoño del 341, formaba parte de la propaganda de Constancio destinada a divulgar y prestigiar la Gran Iglesia de Antioquía, que, iniciada por Constantino, no se consagró hasta el 6 de enero del 341. Por las palabras de Libanio, el discurso debía de constar de un encomio de Cristo y una descripción del nuevo templo (cf. EUSEBIO, *Vida Const.* III 50).

[111] Cristo, al que no menciona nunca.

partida sin librar batalla y me hundiría a mí y a todos los que me seguían.

Ahora bien, en primer lugar el hecho de que no se pro- 40
dujera el regreso de los jóvenes a su magisterio afligía y atormentaba su alma[112]. Luego, con ocasión de un discurso público mío en el que estuvo presente, me oyó con una actitud de claro disgusto. Mas como sus amigos lo animaban a que dejara oír sus truenos y oscureciera el brillo de mi discurso con una composición suya que versara sobre el mismo tema que la mía, asegurándole que me haría morder el polvo al primer embate, a no ser que por alguna razón hubiera perdido la maestría que antes poseía, remontó el vuelo llevado de estos argumentos y, al mes siguiente, vino con un discurso que hizo aparecer a aquel otro mío que pretendía combatir, y que había sido ya antes alabado, más admirable todavía.

Tras este fracaso, que nunca hubiera podido prever, ni 41
aunque un dios se lo hubiese vaticinado, vino para reparar su derrota con el discurso que tanto dinero le había proporcionado[113]. Mientras él describía unas columnas y verjas y caminos que se cruzaban e iban a dar no sé adónde, los asistentes se miraban unos a otros, ya que ninguno entendía

[112] Todo el pasaje destila una sutil ironía, al mezclar en la descripción de la actitud de Bemarquio elementos de diverso origen culto: comedia, lenguaje militar, parodia, etc. Todo ello resulta punto menos que imposible de recoger en la traducción.

[113] La descripción de la Gran Iglesia de Antioquía. Aunque no se ha podido hallar sus restos, podemos hacernos una idea por las descripciones de Eusebio de Cesarea *(Triakontaeterikós* y *Vida Const.)*. Se trataba de una iglesia de planta octogonal, situada muy probablemente en las proximidades del palacio imperial, en la isla del río Orontes. Libanio, siempre silencioso respecto a la fe y actividades cristianas, no menciona esta iglesia ni en el *Antiochikós* ni en el panegírico que escribió en honor de Constancio y Constante *(Disc.* LIX) en el año 348.

nada, y con señas preguntaban a sus vecinos si les ocurría lo mismo. Por mi parte, y aunque tampoco comprendía nada, con mis aplausos intentaba conferir al discurso apariencia de claridad, por agradar a la falange de sus seguidores[114].

42 Tras haberse infligido a sí mismo, con ese segundo discurso, ese golpe sangriento, consiguió impedir que el mío de respuesta se hiciera oír, convenciendo para ello al procónsul de que no acudiera a oírme. Era éste hombre proclive a dejarse convencer por cualquiera[115]. Ahora bien, como la ciudad tomara parte por mí tanto más cuanto me veía despojado de mis derechos, comprendió aquel gallardo orador, añadiendo así el desprecio por Nicóstrato al que ya sentía por Isócrates, que no podría ya superar mis discursos con los suyos, no más, al menos, que superar la velocidad de mis pies con la torpeza de los suyos[116], y que sólo podría librarse de mí, de un modo efectivo, con mi desaparición.

43 Y ciertamente que de haber podido quitarme de en medio con veneno, habría aprestado la copa. Mas, como no disponía de él, andaba dando vueltas, proclamando trágica-

---

[114] Esta actitud irónica no debe ser tomada al pie de la letra, sino, más bien, como un claro ejemplo de rivalidad sofística.

[115] La *Prosopographia* (pág. 40) nos informa de que se trata de Alejandro, que fue procónsul de Constantinopla en 342.

[116] He traducido libremente este complicado pasaje, convencido, como PETIT *(comm. ad loc.)*, de que la misteriosa alusión a Nicóstrato debe ser explicada por esta referencia a la agilidad física que, con frecuencia, era objeto de un entrenamiento parejo al de la oratoria. No es la única explicación posible. Para explicar la mención de Nicóstrato junto a la de Isócrates, modelo indiscutible de rétor, se suele aducir un proverbio recogido en los Paremiógrafos *(Paroem. gr.* I, pág. 395): «Todo lo haré a la manera de Nicóstrato; Nicóstrato, actor trágico que gozaba fama de una perfecta dicción»; de ser éste el personaje aludido, el pasaje habría de entenderse en el sentido de que Bemarquio desprecia tanto la elocuencia escrita (Isócrates) como la *actio,* la elocuencia hablada y representada por medio de gestos y expresiones corporales.

mente que había sido víctima de unos hechiceros: decía que yo frecuentaba la compañía de un hombre que tenía poder sobre los astros[117], por medio de los cuales podía hacer bien a unos y mal a otros, como hacen los potentados gracias a su guardia personal[118]; y que la prueba de ello estaba en las costillas de mi copista, un cretense, un hombre de bien cuya diestra se tomaba grandes trabajos por mí en Atenas y en otros lugares.

Comprendiendo que con sus ladridos sólo no consegui- 44
ría nada y que necesitaba colaboradores, los encontró, sin trabajo alguno, además de entre los sofistas, entre los que estudiaban a los poetas[119]. Y estos colaboradores se los procuró la tristeza, el miedo y la envidia. A los sofistas, los tres a la vez; a los otros, la envidia. Aprovecharon la oportunidad de un delirio del pueblo[120], del que el procónsul escapó

[117] Libanio era, más bien, escéptico hacia la astrología (*Disc.* XXXVII 18), aunque creía firmemente en la adivinación. No obstante, la pretendida acusación de Bemarquio llevaba implícita la peligrosa acusación de paganismo, ya que la astrología en esta época era sólo cultivada por paganos.

[118] Efectivamente, los tiranos clásicos, como Pisístrato, solían protegerse y actuar por medio de estas *gardes du corps*.

[119] Es decir, la enseñanza de los *grammatistaí* o maestros de gramática, centrada en el estudio de los grandes poetas, que precedía a la instrucción retórica superior que se iniciaba hacia los quince o dieciséis años.

[120] La revuelta tan perifrásticamente mencionada tuvo lugar en el año 342 y se originó, en realidad, por las disensiones entre el arriano Macedonio y el ortodoxo Pablo para cubrir la vacante del patriarcado de Constantinopla, y tuvo como consecuencia, entre otras cosas, el linchamiento de Hermógenes (AMIANO MARCELINO, XIV 10, 2). Libanio se guarda muy mucho de mencionar esta espinosa cuestión —la lucha entre cristianos— y atribuye la revuelta a rivalidades académicas, que en su caso se materializaron en la acusación de practicar la magia astrológica. EUNAPIO (*Vida Lib.* 6) menciona una acusación de pederastia, aunque la considera calumniosa.

herido para buscar refugio tras los muros de Perinto, mientras que los conjurados mantenían en prisión a aquellos a los que habían injuriosamente acusado, creyendo que la revuelta sería eterna.

45 En cuanto aquellos que habían sido víctimas del delirio volvieron a sus cabales, el procónsul retornó y las detenciones parecieron violar las leyes. Éste hacía manifestaciones en el sentido de que al día siguiente iba a acudir en mi ayuda y en la de las leyes y que tomaría cumplido castigo por lo sucedido. Los otros temblaban y se acusaban mutuamente, cuando tú, divinidad, ¡qué decisión tomaste! En plena noche expulsaste a Alejandro de su cargo y entregaste, al llegar el día, la ciudad a Limenio, no diría yo que un conjurado, pero que deseaba, aun sin tomar parte en la conjura, lo mismo que los conjurados. Quería, por ejemplo, pasar por un dios, cuando yo no lo consideraba tan siquiera un hombre serio, puesto que la seriedad era para él hacer el ridículo[121].

46 Ése, antes de tomar posesión, sentado en el ágora suplicó a la Fortuna que el poder le durase lo suficiente como para poder darme muerte. En consecuencia, cuando aquél se hizo cargo del proceso yo permanecí en la ciudad, a pesar de que conocía sus intenciones, porque creía que la verdad tenía algún valor y no me faltaba razón, ya que nadie presentó ninguna acusación contra mí. Entre los conjurados, unos predecían a los encarcelados su liberación, arguyendo, en su elogio, que no era propio de él transgredir la ley en ese punto. Pero él, que sentía más respeto por sus aduladores que por la ley, al ver que no había acusador ni acusado al que convocar, inició el juicio con el tormento del desgra-

[121] A pesar de la burla de Libanio, Limenio completó un notable *cursus honorum*: procónsul de Constantinopla, prefecto de la ciudad (Roma), prefecto pretoriano (Italia) y cónsul en 349. Libanio recuerda su enemistad hacia el procónsul en las *Epíst.* 206 y 557.

ciado[122]; fue ésta la primera vez que oí decir que unos verdugos renunciaban a su trabajo[123].

Chirriando los dientes de rabia, al verse privado de su segunda víctima en razón de mi rango, amenazaba con el fuego al pobre descuartizado, afirmando que no se detendría hasta oír las palabras que deseaba. Y, al mismo tiempo, me hacía llegar, por medio de su asesor, el consejo de que no diera coces contra el aguijón[124], sino que me marchara, si no deseaba morir. Me pareció una estupidez absoluta morir inútilmente, y más tras la victoria que había obtenido con el asunto de la tortura. 47

Bitinia

Me atraía también la perspectiva de cambiar un mal lugar por otro mejor, la ciudad de Nicomedes, y una ciudad lastrada por el lujo por otra, nodriza de elocuencia. Él me cerró también las puertas de esa ciudad con un edicto, pero no de una manera definitiva, pues regresé a ella pasando por la ciudad de Dioniso. Efectivamente, cuando los habitantes de Nicea se enteraron de mi salida de la ciudad, me envia- 48

[122] Se trata del copista cretense del cap. 43, al servicio de Libanio. Éste era, sin duda, un esclavo, por lo que podía ser torturado impunemente para allegar pruebas contra su amo, en tanto que Libanio, por su condición de ciudadano y su origen curial, no podía ser sometido a ese procedimiento.

[123] Ante la imposibilidad de obtener resultados.

[124] Norman *(comm. ad. loc.)* observa cómo estas metáforas procedentes del campo de las labores rurales, aunque tienen claros antecedentes clásicos (la imagen aquí utilizada aparece, por ejemplo, en Esquilo, *Agamenón* 1624; Eurípides, *Bacantes* 795), se inspiran, más bien, en la jerga cristiana y pedagógica de la época. La metáfora del pastor es propia tanto del cristianismo como de la pedagogía pagana. Si aquí Limenio habla como un pastor es porque Libanio quiere subrayar su cristianismo, que le lleva a comportarse más como un lobo que como un cordero.

ron embajadas para invitarme a la suya, colmando sus decretos con todo tipo de alabanzas hacia mi persona. Tras rendir culto a Dioniso, los seguí y, cuando me encontraba ya entre jóvenes y discursos, otros decretos me condujeron de nuevo a la ciudad de Deméter, ya que el gobernador de Bitinia había atendido a los ruegos de ellos[125].

49 Y sus ruegos no se debían a la falta de un sofista, ya que tenían uno, conciudadano de ellos y de buena reputación. Éste no era hombre inexperto en elocuencia, pero era esclavo de su cólera y en una ocasión osó llamar a todos los miembros del Consejo esclavos de sus antepasados. Cuando deliberaban ellos sobre el castigo y el modo de perseguir al insolente, uno de ellos propuso una pena perpetua, ya que los demás castigos no serían, en su opinión, muy duraderos. Al preguntarle los demás cuál era esa pena perpetua, respondió que esa pena era yo y los pesares que producía en mis adversarios.

50 Tenía miedo, pues, de encontrarme con él y de que me mordiera, de forma que me mantuve en guardia y logré reducirlo al silencio con mi elocuencia; nunca había sido un orador despierto, pero ahora se había vuelto más lento por efecto de la cólera. Para él, desde luego, fue mejor, tras mi

[125] La salida de Constantinopla tuvo lugar a comienzos de 343 y la llegada a Nicomedia en el año siguiente. Tres ciudades aparecen mencionadas y no siempre por su nombre. La ciudad «lastrada por el lujo» es Constantinopla, a la que repetidamente Libanio reprocha su afición por el lujo y los placeres y la ausencia de una verdadera cultura *(vid.* caps. 52, 76, 279 y *Epíst.* 16, 391, etc.). La ciudad de Nicomedes es, obviamente, Nicomedia, llamada también ciudad de Deméter. Finalmente, Nicea es llamada la ciudad de Dioniso. Limenio intentó, sin conseguirlo, alejar a Libanio de las ciudades próximas. Libanio consigue primero ser nombrado sofista oficial de la ciudad de Nicea por decreto de la curia y, posteriormente, se traslada a Nicomedia, donde el decreto de la curia recibe la confirmación del gobernador.

llegada, callar que hablar, no porque no supiera tejer hermosos discursos (pues hay que rendir tributo a la verdad), sino porque engendró en su espíritu el temor impreciso de que estaba hechizado, convencido de que el hechizo paralizaba su memoria[126]. Solía entonces marcharse, con gestos y palabras tan desmesurados que muchos de los presentes le abrían paso y se ocultaban unos tras los otros por miedo de que, hirviendo aún de cólera, se arrojara sobre alguno de ellos y lo hiciera pedazos.

Si a toda esta época —que son cinco años—, de todo lo 51
que he vivido —y que va ya para sesenta años[127]—, la llamara primavera o flor de mi vida, no sería esa una expresión adecuada. Porque puedo alabar otros cinco años y aún otros cinco, pero la palma se la llevan esos que viví bajo la protección de Deméter, años triunfales por todos los conceptos, por la salud de mi cuerpo, la alegría de mi alma, la frecuencia de mis conferencias, los aplausos cosechados en cada una de ellas, las filas de estudiantes, y el progreso de los mismos, los trabajos de mis noches y los sudores de mis días, los honores, la benevolencia y el amor que me dispensaban[128].

Si alguien preguntaba a cualquiera de sus ciudadanos 52
cuál era el mayor adorno con que se engalanaba la ciudad, no era raro oír que las actividades que yo desarrollaba en ella. Esta ciudad, que había llegado a tan alto grado de

[126] Un vez más una acusación de magia contra Libanio.

[127] Este dato parece indicar que la primera redacción de la *Autobiografía* debe datar del año 374.

[128] Efectivamente Nicomedia fue, después de Antioquía, la ciudad preferida de Libanio. Además de su éxito personal, la ciudad fue una especie de reducto pagano, lo que atraía la simpatía de Libanio y de otros intelectuales defensores de la tradición. A ella dedicó una composición, la *Monodia por Nicomedia (Disc.* LI), compuesta tras el terremoto del año 358.

grandeza, de belleza y de cuantos bienes regalan la tierra y el mar, a la hora de mentar todo lo que constituía su orgullo, no habría mencionado nada antes que mis actividades, ya que a la prosperidad de la ciudad vecina ella oponía que la una florecía por los placeres del teatro, mientras ella lo hacía por la fuerza de su cultura, y que mientras aquélla ni siquiera sabía conservar un bien presente, ella sabía adquirir uno ausente[129].

53 Asemejábame yo a un hombre reclinado junto a una fuente de transparentes aguas, a la sombra de árboles cargados con toda clases de delicias, coronado con la corona de flores de un banquete perpetuo, a la manera de aquel egipcio que discurrió el modo de alargar el breve tiempo de su vida[130]. Pero lo que a mí me procuraba placer no era la comida ni la bebida, sino la buena y feliz progresión de mi elocuencia y el oír los gritos de acusación de Atenas contra Bitinia, como los que intercambian los campesinos por un antiguo arroyo desviado de su curso anterior[131]. Así, el camino que llevaba hasta allí a los estudiantes y que estaba abierto desde que comenzó el comercio de la elocuencia, ese camino lo había cerrado esta provincia para sí misma, convenciendo a los estudiantes de no ir a buscar lejos una

[129] En esta elaborada prosopopeya Libanio despliega la profundidad de sus conocimientos de los autores. La oposición Nicomedia/Constantinopla está construida según el modelo de la retórica gorgiana, con antítesis, paralelismos, homeoteleutos.

[130] El faraón Micerino, que según relata Heródoto (II 133), avisado por un oráculo de que sólo le quedaban seis años de vida, decidió alargarla pasando las noches despierto en una fiesta continua.

[131] Es decir, los sofistas de Atenas acusan a Libanio de privarlos de parte de sus estudiantes. Efectivamente algo de ese malestar se trasluce en algunas informaciones de Eunapio *(Vidas sof.* 495 s.), que se hace eco del malestar de su maestro Proheresio hacia Libanio. Tampoco Himerio parece haber sentido gran simpatía por Libanio (véase *Epíst.* 742).

mala mercancía, cuando les era posible conseguir una mejor cerca.

Y he aquí que aquel hombre de Heraclea que ya cono- 54
céis[132] llega entonces a la ciudad trayendo en una carreta montones de libros, con los que me hizo rico en aquello que deseaba. Porque, si me hubiese dado tierras, naves y casas, tengo para mí que, tras haberle dado las gracias, le hubiera exhortado a que conservara él mismo esos bienes, al igual que hice con aquel otro que me invitó a un banquete en su casa con su única hija, a la que había criado en la opulencia: agradecí su intención y le animé a buscarle un prometido, ya que para mí era mi arte el que ocupaba el lugar de la esposa.

Y por este arte la villa de Nicomedes estaba hasta tal 55
punto transportada de divino entusiasmo que ya incluso en las piscinas calientes de las termas[133] hacía el trabajo del aula, sin que a la gente le pareciera nada fuera de lo normal. De este modo toda la ciudad se había convertido para nosotros en recinto de las Musas: los que habían aprendido mis prólogos volvían la espalda a las composiciones de otros[134], recitando las mías continuamente por doquier.

Pero mi mayor motivo de alegría fue la adquisición de 56
amigos leales, un bien que, como Eurípides dice[135], no le

[132] Crispino, del que ya ha hablado en los capítulos 27-28.

[133] El uso de las termas como aulas de enseñanza era, efectivamente, inusual. Las clases tenían lugar normalmente en teatros o templos adecuados al efecto por el gobierno municipal.

[134] El prólogo era una introducción al discurso propiamente dicho, concebido con frecuencia como una composición independiente, en la que la entonación de la voz, el gesto estudiado y el ritmo producían un efecto parecido al de una canción. Libanio se jacta de que sus prólogos podían competir con las canciones de moda (cf., sin embargo, *Disc.* III 11).

[135] Libanio echa mano de un tópico retórico sobre el valor inapreciable de la amistad. Para desarrollarlo se sirve, como en la *Epíst.* 571, de

anda a la zaga a ninguno de los aparentes placeres de la vida, sabedor de que ésos, los amigos leales, no sólo se desprenderían de su hacienda por sus allegados, sino que estarían dispuestos a morir: uno de ellos, por ejemplo, el hijo de Tetis, compró al precio de su vida la venganza de Patroclo. Amigos no menos diligentes que éstos me he hecho yo allí.

57 Si afirmara que la amistad de Aristéneto[136] está por encima de cualquier otra, no creo suscitar, con ello, los celos de aquellos a los que sitúo en un segundo lugar. Y por ello tanto mi madre como cualquier otra persona a quien mi ausencia entristecía podrían haberme hecho, con toda razón, reproches, ya que tanto la personalidad de aquél como los encantos de su carácter me parecieron más dulces que estas otras dulzuras.

58 Y, sin embargo, ¿quién más amante de su madre que yo? Quede ello probado con este testimonio irrebatible: había ella vendido una tierra que me correspondía por herencia paterna; y el comprador, que se disponía a emprender viaje a Italia, temiendo que pudiera invocar, después, bien en vida de mi madre o a su muerte, el apoyo de las leyes para recurrir la venta, me pidió que anulara yo la venta o que la confirmara. Le pregunté, en consecuencia, si figuraba mi persona entre los bienes en venta, insinuando que ni siquiera a eso me opondría. Él me tendió el acta para que, con esta

---

dos lugares clásicos: uno tomado del *Orestes* de Eurípides (vv. 1155 s.: «nada hay mejor que un amigo verdadero») y el otro de Homero *(Ilíada* XVIII 88 ss., amistad de Aquiles y Patroclo). No obstante, no descuida recordar su amor filial, presentando la venta de sus posesiones como una decisión de su madre y no propia.

[136] Para Aristéneto, uno de los más íntimos amigos y corresponsales de Libanio hasta su muerte en el terremoto de Nicomedia en 358, *vid.* Amiano Marcelino, XVII 7, 6, y Seeck, *op. cit.*, pág. 85. Libanio escribió, con ocasión de su muerte, una monodia, que no nos ha llegado (cf. *Epíst.* 30, 33 y 388).

mano que veis, añadiera mi firma: y esta mano firmó, mientras que él no daba crédito a lo que veía[137].

59 Aunque sentía claramente que sería sumamente culpable por no cuidar y atender, en su vejez, a una madre tan amante, no obstante, en cuanto oía la voz de mi amigo, ésta era como una cadena que me ataba. Y si finalmente regresé a casa, lo hice solamente a causa de la presión a que me sometió, ya que juró que pensaría de mí lo peor si yo me despreocupaba de lo que era un justo deber.

60 Así pues, la Fortuna iba desvelando que las desventuras de mi vida eran menores que la multitud e importancia de sus dones, por lo que, gracias a la abundancia de satisfacciones, mis aflicciones eran pocas. O, mejor, ninguna de éstas fue tan grande como para apenarme, al igual que a los héroes sus heridas resultan ligeras, dada la grandeza de sus hazañas. Dígase, pues, lo peor, ya que así lo mejor podrá aparecer de forma más clara, si se muestra aquello a lo que ha vencido.

61 Mi esclavo, un muchacho aún inexperto, engañado por gente que lleva a la muerte a aquellos a quienes convencen,

---

[137] Hay bastante hipocresía en toda esta historia de la venta de sus bienes por parte de su madre. A ella ya se ha referido anteriormente en los capítulos 26-27 y volverá a hacerlo en la *Epíst.* 140. No sabemos por qué Libanio nos da esta versión tan elocuente de su desprendimiento y amor filial, sin aclararnos cuál era la actitud de sus otros dos hermanos que vivían en Antioquía. ¿Se vendió sólo la parte que correspondía a Libanio? ¿Exigió el comprador la garantía de que éste, un *curialis* en potencia, no recurriría la venta? ¿Pretendía Libanio dejar constancia de sus derechos como ciudadano *curialis,* dado que los bienes eran de origen curial? ¿Debemos leer este testimonio como una justificación de su alejamiento de las liturgias curiales, dado que la Fortuna le había privado de sus bienes *(Disc.* XI 9)? ¿No resulta un poco absurda esa extrema generosidad de firmar, aunque fuera su propia libertad el objeto de la venta? NORMAN *(comm. ad loc.)* califica toda esta argumentación como «crocodile tears».

huyó con mil quinientos estateros[138] que me había robado, para morir con toda probabilidad, justo cuando el gobernador se disponía a recibirme y oír mi discurso. Y yo pronuncié mi discurso con los movimientos adecuados, aunque mi auditorio estaba conmovido por el robo, de forma que se me admiró doblemente, por mi pericia oratoria y por mi entereza en llevar tales contrariedades. Y a ello se unió una tercera circunstancia, al rechazar yo el dinero reunido por las ciudades, en cantidad que superaba a la desaparecida, deseosas de remediar con sus propios medios el daño que había sufrido.

62 Pero dejemos este asunto, cuyo único daño es pecuniario: algo que debe, sin duda, despreciar un hombre libre. En cambio, cayó enferma la mujer del sofista[139] de un mal del cerebro. Mas éste, negándose a ver en esa enfermedad la consecuencia de una mala constitución corporal, me atribuyó la causa de la misma y, siguiendo malos ejemplos, implicó también en la causa a mi copista[140]. Y cuando murió su mujer, deshecho en lágrimas se fue desde la tumba al tribunal, y como ni siquiera así pudo substanciar una acusación de acuerdo con la ley, sólo consiguió la detención de mi copista.

---

[138] El esclavo ha sido objeto de la perfidia de unos bandidos que no tienen escrúpulos de matarlo, una vez llevado a cabo el crimen. Ésta me parece la mejor interpretación del pasaje, aunque no es la única posible. *Vid.* PETIT, *comm. ad loc.* Los estateros eran monedas de oro *(solidi),* que en esa época tenían un peso aproximado de 4,5 gr. Ello apunta a una cantidad considerable, que sitúa a Libanio en una clase media adinerada.

[139] Para la caracterización de este sofista *vid.* cap. 50.

[140] Muy probablemente el mismo que seguía a Libanio desde Atenas (cf. caps. 43 y 46-47). El sofista rival de Libanio en Nicomedia trata de acusar a nuestro rétor de prácticas mágicas. Dada la falta de pruebas, tiene que contentarse con la detención del copista, con la intención de arrancarle mediante tortura una declaración inculpatoria contra Libanio.

Así las cosas, la situación se invirtió al tratar él[141] de evitar el juicio y yo, en cambio, de forzarlo. Y, como es comprensible, el juez se reía ante la idea de que yo dilapidaba mis fuerzas en la muerte de una mujer, olvidándome del sofista, del mismo modo que si un atleta, en trance de matar a su rival, decidiera no entablar combate con él y mantenerlo con vida, arrebatándole, en cambio, a su madre por medio de espíritus. El sofista trataba de salir libre, pero el juez, puesto que yo no cedía, lo hizo detener por sus subordinados y le obligó a hacerme detener o a sufrir él mismo el castigo. Pues la ley no permite injuriar a otro con acusaciones sin fundamento. Y el sofista, cayendo ante sus pies, suplicaba al juez que no lo dejara ir deshonrado[142] y no lo considerara a él, sino a su dolor, responsable de todo el asunto. 63

El juez tuvo piedad del sofista y yo no le reproché su compasión. Pues a mí me bastaba con ver a mi enemigo obligado a acogerse al refugio del perdón, sin necesidad de ninguna otra pena. Incluso si quería ser mi amigo, yo no le haría el agravio del desdén, ya que quien, viendo al culpable cubierto de oprobio, desea además su perdición, es una bestia salvaje que no repara en que, dada su naturaleza humana, puede también algún día verse reducido a la misma necesidad[143]. Mas los bitinios no lo trataron de igual modo, sino 64

[141] El sofista. Libanio invoca la ley (*C. Th.* IX 1, 7 de 388) que obliga al juez a atender a un inculpado preso en el término de un mes, ya que, de lo contrario, su detención estaría injustificada.

[142] La *atimía* o «infamia» era, junto con el exilio, el castigo normal para una condena por falsa acusación.

[143] Libanio fundamenta, con este argumento práctico, el ejercicio de la «filantropía», una virtud pagana esencial que comprende el perdón, la piedad y la clemencia y que Libanio recomienda especialmente para todos aquellos que son víctima de las persecuciones: paganos, judíos, maniqueos. Para la noción de filantropía en Libanio *vid. Epíst.* 75, 4; 819; 914 y 1253, y *Disc.* 18, 122; 19, 13; 20, 11. Para un estudio del término

que o bien, si se lo encontraban, le daban la espalda, o bien tenían la precaución de no encontrarse con él. Y el hecho de que el culpable no hubiese sido castigado con la pena adecuada llevó a algunos a hacer algún reproche al gobernador, a pesar de ser persona muy querida[144].

65 Presionado por todas partes y sin que sus capacidades oratorias le sirvieran de ayuda, especialmente frente a los rumores difamatorios que sobre su conducta corrían, buscó una salida en la compra de jóvenes estudiantes, sin dudar en gastar los muchos ingresos que sus tierras le procuraban. Los estudiantes aceptaban el dinero que se les ofrecía, sin entregarse ellos mismos[145]. Por el contrario, el secreto quedó en evidencia y el ridículo recorrió la ciudad, divertida con sus manejos, sus esperanzas y sus desgracias.

66 Como un bitinio[146], un hombre de un rencor invencible en todo lo que emprendía, tomara partido por él y alegara que en las conversaciones, las investigaciones y el ridículo que se originaron en estas historias de corrupción había sido

---

vid. Downey, «Philanthropia in religion and statecraft in the fourth century», *Historia* 4 (1955), 199 ss. *Vid.* introducción.

[144] El consular de Bitinia, Pompeyano, que ocupó el cargo entre 343 y 348 (cf. *Prosop.*, pág. 712). Libanio alaba su cultura en la *Epíst.* 742, recordando que organizó para él certámenes literarios.

[145] El reclutamiento de estudiantes mediante dinero era una práctica habitual. *Vid.* Petit, *Les Étudiants...*, págs. 103-104. La actitud de los estudiantes era claramente interesada: aceptar los regalos de un mal profesor para denunciarlo o, al menos, dejarlo en evidencia ante la opinión pública. En la *Epíst.* 555 (del año 357) Libanio nos relata un episodio similar, en el que Acacio pretendió, por los mismos medios, atraerse a los discípulos de Libanio.

[146] Evidentemente un *principalis*, un ciudadano importante que actuaba junto con el sofista en un grupo de presión. En todo caso, Libanio presenta todo el asunto como una cuestión ridícula, aduciendo la improbabilidad de haber sobornado a siete estudiantes y provocado la muerte de la mujer del sofista.

mencionado el nombre de su mujer, insinuándose que ésta había participado en el asunto y en los gastos, subió el sofista en un carro de mulas y se dirigió a Capadocia, buscando el amparo de un administrador amigo que sabía conculcar la ley por el favor. Ambos habían sido jóvenes estudiantes en Atenas que nunca se habían negado un favor mutuo[147] y pensaban continuar así eternamente. Aunque los preparativos de la guerra contra Persia, que tuvo entonces lugar, y otras obligaciones que exigían de él no menos preocupación, debieron haberlo inducido a permanecer donde estaba, el gobernador[148] consideró que todos los asuntos importantes eran puramente incidentales y, en consecuencia, se levantó y se precipitó con la espada desnuda: se hizo acompañar por un soldado con el que yo debí ir a Nicea, en compañía de siete estudiantes culpables de no haberse vendido a sí mismos.

Los nicomedios lloraban por nosotros como muertos en 67
vida, al igual que lloraban los atenienses por aquellos a los que enviaban al Laberinto[149]. Sin embargo, con la ayuda de la Fortuna, Heracles, el hijo de Zeus, iba a ser nuestro salvador. Él me desveló en un sueño lo que iba a hacer y cómo extinguiría el incendio[150]. Efectivamente me pareció ver que

[147] Aunque la expresión sugiere pederastia, es posible que sólo se haga referencia a la amistad fraguada como compañeros de estudios en Atenas.

[148] El gobernador de Capadocia en esta época era Filagrio *(Prosop.*, pág. 694) y su residencia oficial estaba en Nicea, adonde debían acudir los que recurrían un fallo judicial.

[149] Referencia al tributo de jóvenes y doncellas que debía pagar Atenas al palacio de Minos en Creta, hasta que Teseo venció al Minotauro.

[150] Libanio pretende dar un sesgo decididamente heroico a todo el asunto. De ahí la referencia al mito de Teseo, a la fuerza salvadora de Heracles y a la mención del prodigioso sueño premonitorio. El conjunto se cierra con la mención de la gloriosa victoria de los atenienses en Maratón y la censurable conducta de los espartanos en aquella ocasión.

un discípulo de Antístenes[151] apagaba una enorme pira que ardía en el centro de Nicea sentándose encima de ella: su cuerpo era más fuerte que el fuego. Animado por esta revelación de la verdad y el anuncio de este socorro, me puse, pues, en camino. Mis abogados llegaron hasta Libon pero allí echaron pie a tierra y contemplaron desde lejos el resultado del asunto y, una vez concluido éste con éxito, reaparecieron para felicitarme, como hicieron los lacedemonios con los atenienses después de la batalla de Maratón.

68 Y aquel éxito fue también una de las hazañas de Heracles, que alejó de nosotros la tormenta. Cantaban, en efecto, los gallos, los heraldos voceaban sus bandos[152], cuando un golpe vino a sacudir nuestra puerta y el grito del encargado de las citaciones nos ordenó que bajáramos. Permanecimos, pues, sentados en una tienda de perfumes[153], esperando el momento, Alcimo y yo. Este Alcimo yo creo que es hijo de algún dios, pues hombre como él no puede haber nacido de un mortal[154]. Poco antes del mediodía, con gritos confusos y al borde de la locura, apareció el sicofante, afirmando que Filagrio había sucumbido también al contagio, sin que nosotros comprendiéramos nada de sus palabras[155].

---

[151] Se ha sugerido que el cínico aquí mencionado debe ser identificado con Alcimo, cuyo nombre evoca el tradicional epíteto, Alcides, de Heracles, nombre con el que es aludido en el capítulo siguiente. La identificación no es, sin embargo, definitiva.

[152] Anunciando la apertura de los tribunales.

[153] Utilizada como prisión temporal.

[154] Sofista pagano y *principalis* de la provincia, fue amigo de Libanio, con quien mantuvo una abundante correspondencia hasta el año 364. Con él estudió S. Basilio, como se desprende de la *Epíst.* 501.

[155] Para entender este vívido y sorprendente relato, conviene recordar que el sofista había acusado a Libanio de provocar la muerte de su mujer mediante prácticas mágicas. El sicofante, defensor del sofista enemigo de Libanio, llega a la tienda de perfumes, sabedor ya de que había perdido la

E inmediatamente salió el juez y vimos el rostro ilumi- 69
nado de nuestros amigos por lo que consideramos un hecho venturoso. No había modo de saber de qué se trataba ni cómo había ello sucedido, hasta que uno de nuestros partidarios nos hizo de lejos un gesto con la mano en señal de que nuestro enemigo había huido, pues al juez le había sobrevenido repentinamente necesidad de respetar la ley. Pues, cuando había ya tomado la decisión de acusarnos de un crimen flagrante, llegó un mensajero con la noticia de que Filipo estaba en camino y de que debía correr a la frontera para recibir a esta temible autoridad[156]. Y, aterrorizado, proclamó que el tiempo de los favores había ya pasado y que ahora mandaba el imperio de la ley. Y, en consecuencia, debía bien formularse una acusación formal o bien aceptar, sin lamentos, una derrota inevitable. Ésta fue la razón por la que aquél mencionó el «contagio», en referencia a su cambio de actitud.

Y mi adversario, «mordiéndose el corazón[157]» se fue la- 70
mentándose a su casa, mientras que Filagrio, ruborizado por los favores que podría haber concedido, me hizo llamar y me sentó a su lado en el tribunal. Pasándose la mano por la cara, maldecía de las palabras que su amigo había pronunciado en favor del sofista y me pedía que tomara a bien el viaje que me había llevado junto a él y pensara que nada de

causa, hecho éste que ignoran aún Libanio y Alcimo. Hasta el capítulo siguiente no se nos dará cuenta de la llegada de Filipo, que pidió a Filagrio que respetara la justicia en vez de favorecer a su antiguo compañero de estudios en Atenas. Ignorando el sicofante este extremo, intenta acusar a Libanio de haber «contagiado» también con sus prácticas mágicas a Filagrio.

[156] El prefecto pretoriano de Oriente, Filipo (cf. *Prosop.*, págs. 696-97), que era el superior jerárquico del vicario del Ponto, Filagrio. Filipo fue prefecto entre 344 y 351 y cónsul en el año 348.

[157] Una nueva cita homérica, esta vez de *Ilíada* VI 202.

lo sucedido había realmente acontecido. Como yo le asegurara que ésa era mi actitud, ya antes de oír sus palabras, él me pidió una prueba de lo que decía y la prueba consistía en que le permitiera oír uno de mis discursos en la misma Nicomedia: «Ciertamente, decía, Filipo me llama; no obstante, esto ha de tener prioridad».

71 Asiento y prometo y henos aquí ya en Nicomedia y a mí iniciando mi discurso[158]. Y entonces llega, no sé de dónde, como un soplo de viento, el sicofante llevando consigo a aquel rival suspicaz y afirmando que el discurso de éste debía preceder al mío para que el juez no quedara influenciado por la fuerza de un prolongado aplauso[159]. El juez, como es natural, se sintió molesto, pero yo me mostré de acuerdo con ellos. El sofista entró y se mostró tal como era, aunque, eso sí, no habló para más de unas quince personas[160], ya que él mismo exigió la salida de mis partidarios. Pero, en cuanto vio el estadio, fue víctima del vértigo y perdió la memoria, mientras decía a gritos que ni siquiera entonces había cesado en mis prácticas de mago[161]. El gobernador le ordenó leer, ya que estaba allí para juzgar su discurso y no su memoria.

---

[158] La expresión griega es un poco confusa, por cuanto *epídeixin eiságein* puede interpretarse tanto como «anunciar un discurso epidíctico o de aparato» como «iniciar el discurso, pronunciar el prólogo». Me inclino, dada la rapidez de la descripción, por esta segunda interpretación.

[159] Hay testimonios de que la conducta del sofista no fue muy inteligente para sus intereses, ya que se consideraba poco halagüeño para un orador que otro hablara inmediatamente después de él. Cf. cap. 180; *Disc.* XL 18-19; Filóstrato, *Vidas sof.* 538.

[160] El pasaje muestra claramente las rivalidades entre profesores que buscaban asegurarse una audiencia favorable. Para estas facciones *vid. Disc.* II 25; Eunapio, *Vidas sof.* 483.

[161] Una vez más la acusación de prácticas mágicas. Tanto el fracaso de un orador como su éxito icomprensible podía atribuirse a la colaboración de un mago. Cf. Libanio, *Disc.* LVII 5.

Pero sus ojos, respondió, no podían hacer su trabajo y por la misma razón. ‹Que ése coja el discurso y lo lea›, dijo señalando al mejor de los oradores. Y el sofista, al oír esta orden, tiró sus notas y se fue, llenando la plaza de palabras incomprensibles.

Al día siguiente la plebe estaba en la sala del Conse- 72
jo[162], y no lejos de ella yo ejercitaba y ponía a prueba mi voz[163]. El gobernador se disponía a salir, cuando el otro, que tan vergonzosamente se había retirado, bajó de la acrópolis para atacarme espada en mano. Las puertas del templo de la Fortuna[164], en donde estaba sentado, me protegieron, de forma que, gracias a la osadía de aquél, me gané la voluntad del gobernador incluso antes de hablar. Éste entró en la sala lleno de benevolencia y se marchó enamorado de mi oratoria. E, inmediatamente, por medio de cartas fue reuniendo a sus parientes, que estudiaban con otros maestros, y a los hijos de sus amigos en una sola escuela, la mía. Y el discurso que había oído lo llevaba siempre consigo, ya que me había pedido y obtenido una copia y afirmaba que a mi acusador le debía un favor no comparable con ningún otro: el haberle permitido conocer una elocuencia cuya ignorancia hubiera sido un perjuicio.

---

[162] El *bouleutērion* era el edificio de la administración municipal, donde se reunía el consejo de la ciudad. Se trata, pues, de una declamación pública y en un lugar que muestra a Libanio en calidad de sofista oficial de la ciudad.

[163] Algo esencial en un sofista: en la *Epíst.* 25 nos informa de que algunos de sus discípulos se entrenaban en corrales de gallos. El cultivo de la voz incluía naturalmente la potencia y modulación de la voz, los cambios de tono, las pausas y los gestos corporales. Cf. *Epíst.* 127 y 481. Según nos informa SINESIO *(Dion* 11) se solía mascar goma para ejercitar la voz.

[164] Algunos templos paganos eran utilizados como escuelas. Para tal uso del templo de Fortuna en Antioquía como aquí en Nicomedia, cf. *Epíst.* 88.

73 La fama de estos dichos y hechos llegó hasta aquellos que había dejado y que creían que sus calumnias me habían cerrado las puertas no sólo de las ciudades sino incluso de los más remotos campos. ¿Qué Telo, qué jóvenes de Argos como aquellos que hicieron feliz a su madre con la hazaña de la carreta podrían haber tenido una felicidad superior a la mía? De forma que creo que he de librar a la Fortuna de la acusación que le hice de estar en el origen de esos mis males, si tal es el resultado de ponerla a prueba[165]. Porque tampoco para Melanto fue, en último término, su exilio una desgracia, toda vez que en vez de vivir en Mesenia iba a ser el rey de Atenas[166].

Regreso a Constantinopla (349-53)

74 Aumentada ya mi fama, bocas innumerables entonaban mi alabanza, aunque no faltaban quienes decían que yo frecuentaba a personas a las que el oráculo pitio habría expulsado como hizo con el asesino de Arquíloco[167]. Y presionando quienes nada tuvieron que ver con la causa de mi

[165] La referencia en griego es a la costumbre procesal de someter a los esclavos a la tortura, en caso de falta de pruebas.

[166] Libanio concluye el relato de su éxito en Nicomedia recurriendo a tres ilustres paradigmas literarios de felicidad, tomados de HERÓDOTO: Telo, Cleobis, Bitón (I 30-31) y Melanto (V 65). Telo fue un ateniense, alabado por Solón ante Creso, rey de Lidia, como el más feliz de los hombres, por haber tenido hijos valientes y haber muerto en combate luchando por su ciudad. Cleobis y Bitón son los dos jóvenes argivos que, a falta de bueyes, ocuparon el lugar de éstos para llevar a su madre a una fiesta de Hera. Agradecida, la madre suplicó a la diosa que les concediera lo mejor a sus hijos. Cansados por el esfuerzo, los jóvenes se echaron a dormir y ya no despertaron. Finalmente Melanto fue un mesenio que huyó a Atenas, ante la invasión del Peloponeso por parte de los descendientes de Heracles. Ya en Atenas logró vencer a Janto, rey beocio, y convertirse él mismo en rey.

[167] Una serie de noticias, de muy dudosa autenticidad, afirmaba que Arquíloco murió en la guerra y que su asesino, Calondas, un naxio, hubo

partida a quienes sí participaron en la misma, llegaron al prefecto[168] peticiones que suplicaban mi regreso. Yo afirmaba que mi regreso haría injusticia a quienes me habían acogido, al tiempo que pedía que no se me redujera, de nuevo, a un penoso silencio; el prefecto se marchó con claras señales de que no me obligaría a nada, pero forzó mi traslado con una obligación mayor, un nombramiento imperial.

Por mi parte, yo sufría el sufrimiento de los prisioneros 75
de guerra, que, privados de su patria y de su libertad, van a servir como esclavos a una tierra extraña. Y, desde luego, me amenazaba el peligro de verme privado de lo que me era más agradable y provechoso y conducido a lo que habría de procurarme molestias y perjuicios. Pues me vería obligado a participar en los simposios de los poderosos y a pasar la mayor parte de mis días y de mis noches en banquetes, so pena de ser considerado un enemigo y ser tratado como tal. Y que tal género de vida es el menos conveniente para el

---

de purificarse por orden de Apolo, quien lo habría rechazado en su visita al oráculo mientras no se purificara de la mancilla (cf. textos en *Archiloque*, edición de Lasserre-Bonnard, Les Belles Lettres, pág. CVII). Por debajo de la anécdota, queda por decidir la identidad de estas personas indignas del oráculo de Delfos. De atenernos a la literalidad de la anécdota se podría pensar en paganos que reprochaban a Libanio su trato con cristianos. Si bien la hipótesis inversa, cristianos que veían con recelo el trato de nuestro autor con paganos, es igualmente posible. Si se tiene en cuenta que justamente por estos años, entre 348-349, Libanio compuso su hipócrita panegírico de Constancio y de Constante *(Disc.* LIX) y que mantuvo contactos estrechos con altos dignatarios cristianos de la administración imperial, la hipótesis del recelo de los paganos se vuelve más plausible.

[168] Este prefecto puede ser el procónsul de Constantinopla de la época, Moncio Magno, o bien el prefecto pretoriano de Nicomedia, Filipo, que es quien verosímilmente lo propuso a Constancio como profesor oficial de Constantinopla.

bien del alma, lo convendrá conmigo todo el que haya experimentado la ebriedad o contemplado la de otros[169].

76 Yo ni siquiera así dejé de pronunciar discursos. Acudían a ellos, unos, para oír mis palabras; la mayoría, sin embargo, para contemplar mis movimientos, toda vez que el senado aquel estaba compuesto por un mayor número de militares que de hombres de letras[170]. Por este lado no todo iba absolutamente mal. Pero, en cambio, el grupo de estudiantes que traje cuando llegué se disolvió rápidamente: los unos seducidos por los placeres de la ciudad, otros, de mejor espíritu (por temor, según creo, a que la naturaleza del lugar fuera proclive a corromper las almas de los jóvenes), desplegaron las velas y se encaminaron a Fenicia[171] o a Atenas y a mí sólo me quedó el nombre de mi profesión, de modo que era para llorar salir de casa para enfrentarse a tanta nieve y a tan pocos alumnos[172].

77 Andaba sin rumbo como un alma en pena, apesadumbrado por mi situación presente y añorando la pasada. Y era tan intenso el amor por Bitinia que en mí anidaba y que no me permitía ningún otro objeto de admiración, que, cuando

---

[169] La opulencia de la vida de los profesores de Constantinopla contrasta con la falta de actividad cultural en la capital.

[170] Una crítica encubierta de la barbarie del ejército y de la ignorancia de un senado formado, en su mayor parte, por funcionarios y militares de baja extracción. *Vid.* P. Petit, *Liban. et vie munic.*, págs. 168-69, 344, 363. Pero no debemos olvidar que Temistio formaba también parte de ese senado desde el año 355 y que el propio Libanio intentó, sin éxito, que entrara en él, en el año 388, su secretario Talasio. Cf. *Disc.* XLII.

[171] A la ciudad de Berito.

[172] Creo que lleva razón Petit *(comm. ad loc.)* al sugerir que debe tomarse el pasaje en sentido literal, descartando otras interpretaciones que ven en la mención a la nieve bien una alusión a la frialdad con que fue acogido Libanio (Reiske) bien una exageración cómica del gusto por la bebida de los habitantes de Constantinopla (Norman).

llegó el verano, me dirigí, otra vez, allí, aunque nadie me había dado autorización para ello y eran muchos los peligros que me amenazaban. Pero el dios[173] se impuso a todo ello. La peste azotaba entonces a la población y yo mismo me vi algo afectado por ella, de forma que, por consejo de los médicos, hube de volver a la ciudad de la que me había escapado. Pero, al verano siguiente, mostré la misma osadía y experimenté la misma necesidad, consiguiendo el hambre lo que el año anterior había logrado la peste. Durante este viaje, en Libisa (Libisa es una estación célebre por una tumba y la fama de quien en ella yace[174]), bajo un cielo radiante y un sol inclemente, se reunieron unos nubarrones que hicieron estallar una tormenta: el rayo «lo lanzó a tierra a los pies de los mulos de Diomedes[175]» y sufrí, como es fácil imaginar, por causa de tamaña descarga.

¿Por qué razón la Fortuna me mantenía, injustamente, a 78
mí, un amante apasionado de la ciudad, lejos del objeto de mis amores? ¿Conocía ya la catástrofe que había de suceder y que me habría matado a mí también? Provocándome todas esas molestias salvó mi vida y privándome de una morada me ofreció como don la vejez. Porque, al encaminarme la Fortuna de nuevo a la capital, no lo hacía con intención de causarme daño alguno, sino para curarme en esta ciudad de un mal.

Pues al ver que los unos por malignidad y otros también 79
por ignorancia calificaban mi retirada de Constantinopla con términos que no se correspondían a la verdad, sino que interpretaban falsamente como un castigo y como un decreto

[173] Eros, el dios del amor, que le inspira tamaña afección por los bitinios.

[174] En Libisa se encontraba la tumba de Aníbal. Cf. AMIANO MARCELINO, XX 9, 3; EUTROPIO, IV 5, 2; PLUTARCO, *Flamin.* XX.

[175] Otra cita homérica: *Ilíada* VIII 134.

de la ciudad lo que no era sino una maquinación de una banda criminal[176], comprendió ella que ese baldón sólo podría ser lavado de un único modo: que fuera reclamado, otra vez, por la ciudad, repuesto completamente en mi situación anterior, y que acudieran a estudiar conmigo los hijos de las personas principales y mis salas de conferencia se vieran llenas con gentes de todas las edades.

80 Y cierto que mi situación de entonces me procuró alguna ventaja adicional. Pues cada gobernador[177] pretendía superar al anterior en las atenciones y honores que me concedía. El cuarto, un fenicio[178], inspirado por las Gracias, remozó un decreto del Senado que había caído ya en desuso; y el emperador, complacido con la ciudad por haber decretado ese acuerdo, me colmó con innumerables favores, que aumentaron los unos mi fama, los otros mis ingresos, de modo[179] que, sin preocuparme de la tierra, disfrutaba del producto de quienes la cultivaban.

81 La Fortuna realizó algo más valioso que todo eso, más aún que todo lo que se pudiera afirmar de un hombre que persigue la gloria que confiere una elocuencia como la nuestra: tras el derrocamiento de los tiranos, a los que Constancio eliminó, a uno por medio de la persuasión y al otro de la fuerza[180], el emperador hizo a los griegos el regalo de con-

---

[176] En el capítulo 47 Libanio cuenta cómo había tenido que abandonar Constantinopla por las amenazas de Limenio, lo que había dado pábulo a maledicencias sobre la verdadera causa de su ausencia.

[177] Los procónsules de Constantinopla.

[178] En el cargo entre 352-353, es identificado por Seeck como Anatolio y por Petit (*Liban. et vie munic.*, pág. 409) como Estrategio.

[179] Libanio sugiere aquí que, además de su sueldo como sofista oficial, recibía ingresos extras de la ciudad, más regalos de los campesinos cuyos hijos estudiaban con él.

[180] Los dos usurpadores son Vetranio (al que redujo por la «persuasión») y Magnencio (por la «fuerza»). A estas revueltas se refiere Julia-

fiarlos a la benevolencia de Estrategio, cuya honestidad en el ejercicio de los cargos consideraba él un ornamento de su gobierno.

Y Estrategio, que no ignoraba los méritos de mi perso- 82
na, cuando conoció la situación de Atenas, deplorando ésta, sin olvidarse de la mía, reprochó a los atenienses que, aunque consideraban valioso que todo el mundo desembarcara en Atenas atraído por la belleza de su elocuencia, no se granjearan el interés de otros oradores mejores que los suyos: «Vosotros que habéis enseñado a todos el cultivo del trigo, necesitáis importar trigo sin ver nada malo en ello. Si hacéis lo mismo a propósito de la elocuencia ¿creéis que va a perecer por ello vuestra dignidad? Ni aun revistiendo de oro todos vuestros templos podría yo haceros un favor mayor que el de este consejo que os doy[181]».

Los atenienses dijeron que ya hacía tiempo que ellos 83
mismos habían llegado a esa misma conclusión, pero que, como suele ocurrir con frecuencia a muchos, se habían visto perjudicados por el sentimiento de vergüenza; no obstante,

---

NO *(Disc.* I 1) casi con las mismas palabras (cf. ZÓSIMO, II 44 ss.; EUTROPIO, X 12 ss.; GREG. NAZ., *P.G.* MIGNE, 35, 561). Estrategio fue nombrado procónsul de la Acaya en el año 353 y se convirtió, en razón de su cargo, en responsable de las escuelas retóricas de Atenas. Véase el diferente juicio que su «clemencia» merece a AMIANO MARCELINO (XV 13, 1-2).

[181] Libanio imita a DEMÓSTENES *(Coron.* 87; *Lept.* 31) en estas palabras que pone aquí en boca del procónsul Estrategio, si bien en los *Disc.* LXI y LXII es Celso, su antiguo discípulo de Nicomedia, el que llama la atención del gobernador sobre la mala enseñanza en Atenas y sugiere cursar la invitación a Libanio. El argumento de Estrategio se basa en una elaborada ecuación de la agricultura y la oratoria: así como Atenas inventó el cultivo del trigo y, como contaba el mito de Deméter, lo divulgó entre toda la humanidad, obteniendo de ello provechosos beneficios, del mismo modo la elocuencia ateniense puede reportarle a la ciudad ventajas en forma de oradores que, como el propio Libanio, habían estudiado en Atenas y podían atraer hacia ella nuevos estudiantes.

aceptaban la reprimenda y serían más razonables en el futuro. Inmediatamente fue acordado el decreto[182]. El miedo reconcilió a los sofistas y fueron muchos los conciliábulos, muchas las idas y venidas para considerar el modo en que ellos harían frente a la nueva e inminente situación. Nunca hasta ahora he oído referir que los atenienses hicieran algo igual y nunca tampoco que la Fortuna ideara algo semejante para favorecer la fama de otro. Cierto que ya en otras ocasiones la elocuencia de Atenas se había mostrado inferior a la de los oradores foráneos, pero, aun así, no parece que la ciudad hubiera recurrido a invitar a un rétor de otra ciudad.

84 Y éste, sin duda, debo considerarlo el don más preciado de cuantos he recibido de la diosa. Porque, si ya es una bendición el dejar Atenas para hacerte cargo, a instancias de una ciudad, de la educación de sus jóvenes, ¿cuánta mayor felicidad si son los propios atenienses los que te hacen venir? Yo me sentí muy complacido, al igual que el famoso cretense[183], de ser llamado para remediar la enfermedad que aquejaba los asuntos de la elocuencia; sin embargo, no fui tan olvidadizo como para esperar paz y seguridad tras todas las luchas que había tenido la oportunidad de presenciar y cuyas heridas daban trabajo a muchos médicos.

---

[182] En la rapidez con que se adoptó el acuerdo se ha querido ver un signo del declive de la autonomía municipal ante una simple sugerencia del gobernador imperial interpretada como «reprimenda».

[183] Alusión a Epiménides de Creta (PLATÓN, *Leyes* I 642d), legislador y sacerdote del siglo VII a. C. Según una tradición de dudosa autenticidad, fue llamado a Atenas por consejo del oráculo de Delfos para purificar la ciudad de la mancilla acarreada por la muerte de Cilón en la Acrópolis, con ocasión de la intentona de éste de hacerse, en calidad de tirano, con el poder de la ciudad. Como consecuencia de esa muerte en sagrado, la ciudad sufrió una peste. Nótese, por otro lado, la comparación de la retórica con la medicina, una relación establecida también por JULIANO (*Epíst.* 42).

Hubiese sido una enorme estupidez creer que unos indi- 85
viduos empeñados en luchar entre sí y que habían conseguido, al cabo de un tiempo igual para todos, una fuerza más o menos equilibrada iban a poner al frente de sus rebaños[184], con sacrificios y al son de las flautas y el ritmo de las danzas, a un recién llegado que venía a poner a prueba sus méritos. Por otro lado, además de todo lo que yo había visto, había oído referir que al árabe[185], cuando volvía del baño para almorzar, dos individuos a sueldo le habían cubierto la cara de inmundicia; y también que tres paflagonios, hermanos en todo, en naturaleza, ignorancia, osadía y grosor corporal, arrancaron al egipcio del lecho y lo llevaron al pozo, amenazando con arrojarlo dentro —y se disponían en verdad a hacerlo— si no juraba dejar la ciudad; y la dejó para dirigirse a Macedonia, donde acabó su vida ejerciendo otra profesión.

Todas estas consideraciones me contuvieron[186]. Los so- 86
fistas que no eran enemigos míos decían que mi poder no sería el mismo en mi patria, porque es difícil que alguien obtenga el reconocimiento de sus conciudadanos, los cuales, cuando llega a la ciudad un compatriota con la aureola de la fama, intentan asaltarlo y disminuirlo por todos los medios

---

[184] Los estudiantes.

[185] El árabe es Diofanto (*vid.* caps. 15, 20), nacido, efectivamente, en Arabia. El egipcio ha sido ya mencionado en el capítulo 25, sin que sea posible una identificación. Norman (*comm. ad loc.*) recuerda que el rechazo de la invitación para la cátedra de Atenas, de la que Libanio se mostrará orgulloso en diferentes ocasiones (*Epíst.* 715; *Disc.* II 13-14), se debió a razones distintas a las de las duras rivalidades académicas. Entre otras, es posible que Libanio se sintiera ya tentado por la cátedra de Antioquía; además, su matrimonio con su prima había sido ya concertado (*vid.* cap. 95) y mantenía correspondencia con el prefecto pretoriano, su pariente Talasio y el sofista oficial de la ciudad, Cenobio (*Epíst.* 15, 16).

[186] Para aceptar la cátedra de Atenas.

posibles. Pero la Fortuna, deseosa de mostrar que todo ello eran vanas habladurías, me impulsó a solicitar un permiso de cuatro meses. El emperador me lo concedió con la condición de regresar antes de la llegada del invierno. Y así es como veo las calles y puertas tan amadas, los templos y los pórticos y las viejas murallas de mi ciudad; veo los canos cabellos de mi madre y a su hermano[187], que aún no se había visto privado del título de padre, y veo a mi hermano mayor que ya era llamado abuelo; y veo a la tribu de mis condiscípulos, a unos brillando ya en la administración, a otros dedicados al socorro de los encausados; veo a los amigos de la familia, no muy numerosos, y a una ciudad fortalecida por la gran cantidad de sus sabios. Por todo ello sentí, al mismo tiempo, placer y aprensión: placer, por ser ciudadano de una ciudad tan grande y noble; aprensión, porque resultaba empresa muy ardua conquistar el favor de tan poderosa ciudad[188].

---

[187] Su tío Fasganio, cuya hija, la prometida de Libanio, moriría al año siguiente (354).

[188] Desde Festugière (*op. cit.*, pág. 99) se ha llamado la atención sobre la incoherencia que parece existir entre los capítulos 83-85 y 86 ss., ya que los primeros parecen referirse a los rivales de Atenas, mientras en 86 ss. no se hace mención de los mismos. Por ello Festugière supuso la existencia de una laguna en el texto o bien una confusión entre los rivales de Atenas y de Antioquía, confusión motivada por el hecho de que Libanio compusiera la *Autobiografía* veinte años después de los acontecimientos (Norman, *comm. ad loc.*). No vemos la necesidad de sospechar la existencia de ninguna laguna ni de admitir ninguna confusión. Coincidimos con Petit (*comm. ad loc.*) en que la secuencia de pensamiento es absolutamente lógica: los sofistas de Antioquía, decepcionados por el hecho de que Libanio no hubiera aceptado la cátedra de Atenas —lo que les hubiera librado de un difícil adversario— recuerdan perversamente el viejo tópico de que «nadie es profeta en su tierra» (cf. Aristóteles, *Retórica* 1388a8: «los parientes también conocen la envidia»).

Pero también en esta ocasión vino la Fortuna a socorrerme a la hora de dar respuesta a las preguntas que de todas partes me formulaban —era en los talleres de los artesanos donde esto solía ocurrir[189]— así como cuando me fue preciso mostrarles quién era yo en un certamen oratorio. Y así, en primer lugar, no fue necesario recurrir al expediente de invitarlos personalmente, con palabras de adulación, a asistir, sino que bastó hacer correr la voz de que iba a hablar. En segundo lugar, no aguardaron a que el sol se levantara para llenar la sala del Consejo, que entonces, por vez primera, pareció no ser suficientemente capaz, al punto que, cuando pregunté si la gente iba acudiendo, mi esclavo me dijo que algunos incluso habían dormido allí. 87

Mi tío me introdujo temblando, mientras yo le seguía sonriente, dado que la Fortuna me infundía ánimos: contemplaba a la multitud, como Aquiles a sus armas, regocijándome con el espectáculo. De este modo logré impresionarlos antes incluso de pronunciar palabra[190]. ¿Cómo describir cumplidamente las lágrimas derramadas mientras pronunciaba[191] el prólogo, que no pocos sabían ya cuando se mar- 88

[189] La vida en Antioquía, como en cualquier ciudad mediterránea antigua o moderna, se desarrollaba en los espacios públicos (ágora, templos, pórticos) y también en las tiendas, talleres y establecimientos de artesanos y comerciantes. Además Libanio muestra en numerosos lugares de su obra *(Disc.* II 6; XXXVI 4; LVIII 4-5, 22) una simpatía hacia las clases inferiores y los pobres.

[190] Sin tomar en cuenta la actitud de sus incondicionales: su tío Fasganio (cf. cap. 110), Cromacio *(Epíst.* 390) o un tal Megecio *(Epíst.* 277) que grita «no como cuatro sino como cincuenta». Estos incondicionales debieron de contribuir al éxito de la *epídeixis,* que formaba parte de las maniobras para obtener la cátedra de Antioquía cuando Cenobio se retirara.

[191] NORMAN *(comm. ad loc.)* llama la atención sobre la prodigiosa capacidad de memorización del auditorio. Los estudiantes de Libanio podían reconstruir un discurso del maestro a partir de los pasajes del mismo que cada uno había retenido *(Disc.* III 17).

charon, y el delirante entusiasmo que provocó la continuación[192]? Para saltar de entusiasmo y gesticular desmesuradamente con gestos de aprobación no había allí viejos ni torpes ni enfermos; se mantenían de pie aquellos a los que la enfermedad de las piernas les hacía doloroso mantenerse de pie. Y, si yo pretendía sentarlos, ellos afirmaban que mi discurso se lo impedía, discurso que interrumpían para rogar con súplicas que el emperador me devolviera a los míos[193].

89 Cuando se callaron, tras haber hecho esas manifestaciones, y volvieron de nuevo a mi discurso, declarando mi felicidad y, con ella, la suya —la mía por mi arte; la suya, por el placer que les reportaban las cualidades de un conciudadano—, refutaron magníficamente de hecho un vano dicho, mostrando que no es necesario que los conciudadanos sientan envidia de los beneficios que pueden unos a otros prestarse. Agamenón no vio un día más glorioso, con ocasión de la toma de Troya, que el que yo viví el día que recibí los honores que acabo de relatar. Y mis compatriotas me acompañaban incluso cuando iba a los baños, por el deseo que todos tenían de tocarme.

90 Había entonces en la ciudad un fenicio[194], hombre con fama en el oficio, hijo y nieto de sofista, y honrado por ello

---

[192] Libanio describe la típica y tópica actitud del sofista ante su auditorio. El tópico había sido ya desarrollado por Eunapio *(Vidas sof.* 537) al describir a Polemón.

[193] El efecto del discurso de Libanio es comparado con el que operaban en las bacantes los ritos dionisiacos: la experiencia de una fuerza misteriosa que rejuvenece y vigoriza a las iniciadas. Sin duda hay que ver también en el pasaje una maniobra de los partidarios de Libanio que aprovechan la ocasión de su presentación pública en Antioquía para pedir al César Galo que lo nombre sofista oficial.

[194] Parece claro que este rival «fenicio» fue Acacio, del que da noticias Eunapio *(Vidas sof.* 497), si bien era palestino. Para una discusión de la identidad *vid.* Petit *(comm. ad loc.).*

no menos que por sus discursos. Daba la casualidad que éste se había marchado a su casa como es norma en la buena estación[195]; pero, tras haber pronunciado yo mis discursos públicos y haberle desertado todos sus discípulos, le envían cartas previniéndole de volver para hacerse cargo de sus estudiantes porque, según le decían, se los estaban quitando. «Si tardas», decía la carta, «volverás a una escuela vacía; así se marchará ese Orfeo llevándoselos con él a todos».

El fenicio volvió inmediatamente, dejando en pleno ve- 91
rano su casa y a su mujer, y, al verme pálido y consumido por efecto de la enfermedad[196] —porque efectivamente una enfermedad me había atacado después de mi discurso público de presentación—, manifestó su sentimiento, pero comenzó la guerra. Y, convencido de que no estaba en juicio su capacidad, pronuncia un discurso seguro de su victoria y, tras haberlo pronunciado, no dejaba de lanzar acusaciones contra los que le habían hecho volver. De este modo mostraba su desprecio, pero no dejaba de jactarse de un adversario caído en tierra, él que no disputaba jamás más que contra sí mismo[197]. Luego me cogió y me arrastró hasta el palacio real, porque consideró conveniente medirse conmigo. Yo vi al soberano y lo habría honrado con un discurso aunque él no me lo hubiese exigido. Pero él me lo pidió y yo se lo ofrecí[198]. Con ello regalé a la ciudad, por segunda vez, discursos, cuya fama hoy llega hasta el cielo.

---

[195] Las vacaciones de verano.

[196] Hay un tono cómico en toda esta descripción, con una cita incluso de la comedia *Geritades* de Aristófanes *(frg.* II K&A). El pasaje, sin embargo, bascula de esta humorística descripción de la prisa angustiada de su rival a la solemnidad con que se cierra el capítulo con una cita de Homero *(Odisea* IX 20).

[197] Expresión oscura, que quizás deba entenderse como que el fenicio no estaba habituado a enfrentarse a adversarios reales.

[198] Seguramente un panegírico del César Galo.

92 Con llantos dejaba yo a gente que lloraba, gente excelente que no sólo vertía lágrimas, sino que me prometía grandes beneficios si lograba disponer las cosas para vivir entre ellos. En cuanto a mí, más importante que todos los grandes beneficios que me prometían era vivir en mi patria.

Segundo regreso a Constantinopla y establecimiento definitivo en Antioquía

93 Al remontar la costa, tras la primera estación[199], en el lugar donde según la tradición fueron aniquilados por el fuego los Gigantes en la batalla contra los dioses[200], faltó muy poco para que perdiera un ojo a causa de un golpe de la vara del cochero; el párpado inferior quedó desgarrado, pero el ojo me lo conservó sano la Fortuna.

94 Ahora bien, al concluir mi largo viaje, la ciudad me resultaba aún más insoportable que antes. Finalmente expuse mis sentimientos al gobernador[201] y le rogué que pusiera todo su interés en ayudarme y logré convencerlo a él y a unos médicos; a los médicos, para que declararan que el aire de vuestra ciudad es como una medicina para los males de mi cabeza, mientras que el de Constantinopla me es dañino; al gobernador lo persuadí para que aceptara esa opinión. Pero, además, persuadí a uno de los personajes influyentes de la corte[202] pa-

---

[199] NORMAN *(comm. ad loc.)* identifica esta primera estación, posada o casa de postas con Pagras *(Epíst.* 990) o Flegras *(Disc.* V 41).

[200] Para esta rara versión de la Gigantomaquia *vid.* MALALAS, 202.

[201] El procónsul o gobernador de Constantinopla era en este año de 353 Anatolio I; cf. *Prosop.*, pág. 59.

[202] Se trata de Daciano, al que Libanio se refiere siempre como hombre influyente pero distante. En las *Epíst.* 409 y 1115 lo adula y le muestra su agradecimiento, aunque lo critica abiertamente en la *Epíst.* 82 y en los *Disc.* XLII 23-25 y LXII 11. Las diferencias entre Libanio y este riquísimo e influyente patricio constantinopolitano, originario también de Antioquía, pueden deberse, entre otras cosas, al hecho de que Daciano era cristiano. Para el personaje *vid.* O. SEECK, *Die Briefe,* págs. 113-117.

ra que, apoyando la opinión de los médicos, convencieran al emperador de no mostrarse cicatero con mi cabeza[203]. Y él me prestó su ayuda, aunque no me quería, pues nuestras maneras eran muy distintas, pero deseaba mostrar que nada de lo que se proponía le resultaba imposible.

El emperador me dio permiso para regresar, pero tam- 95
poco en esta ocasión fue un permiso definitivo. Obtuve, pues, el permiso escrito y, cuando estaba preparando mi partida, recibí la amarga noticia de que mi prima había muerto y mi tío estaba sumido en el más negro desconsuelo; así destruyó la Fortuna el regalo que ella misma me había hecho. Porque ya no me era posible desear volver a mi ciudad, ya que en ella me esperaba, en lugar de una esposa, su sepulcro. Enterado mi tío a la vez de las dos circunstancias, de que era libre de volver y de que no quería hacerlo y, en tercer lugar, de la razón de todo ello, se lamentaba llorando de no poder oír mi voz, el único consuelo que aún le quedaba; me reprochó por cartas que no quisiera moverme[204]. Finalmente llegué a la ciudad, pero con una disposición de ánimo muy di-

---

[203] Libanio está ansioso por regresar a Antioquía el mismo año 353, sin esperar a las vacaciones de verano del 354. Sus problemas de cabeza consistían en dolores, vértigos, además de otros trastornos imprecisos. Su salud parece que efectivamente se resintió durante el periodo de 353-355, como se deduce de las *Epíst.* 391, 393, 399, 430, 438, 492. En esas cartas habla de sus males y de los cuidados —brebajes, sangrías— que hubo de recibir de los médicos.

[204] Sin duda Fasganio y otros miembros de la familia debieron de poner en juego toda su influencia para lograr el permiso definitivo para que Libanio dejara Constantinopla y se estableciera en Antioquía. De hecho numerosas cartas del año 355 (*Epíst.* 438, 439, 440-441) ponen de manifiesto los esfuerzos de Libanio para no volver a la capital a donde había sido llamado por orden del emperador. Hasta el año 357 no consiguió el permiso definitivo para establecerse en Antioquía.

ferente a la de antes, porque si aquélla era gozosa y alegre, ahora llegaba lleno de pena y abatido[205].

96 Y, por otro lado, a mis propios males vino a unirse una conmoción que había sacudido a toda la comunidad, un arrebato de cólera del emperador que había llegado hasta el asesinato[206]. Unos estaban ya muertos; a otros los había recluido en prisión a la espera de darles muerte; todos ellos eran ciudadanos de bien. Y entre ellos pude ver incluso a mi propio maestro[207]. Fui, pues, al lugar en donde se encontraban recluidos y, tras atravesar el umbral, caí de rodillas para expresar mi pesar en medio de las lágrimas de todos. Y al día siguiente estuvieron todos libres y, con ello, corrió el rumor de que conmigo había llegado un genio bueno, cuya influencia había calmado las olas.

97 Al día siguiente, dirigí al soberano un segundo discurso[208] que él me había solicitado y, en contra de mi voluntad,

---

[205] *Diatethymménēi*, que es la lectura de los manuscritos, es una forma rara sólo atestiguada en un escolio a las *Asambleístas* de Aristófanes, donde aparece como sinónimo del verbo *plektízesthai*, que en Aristófanes designa el juego amoroso, sentido que evidentemente no conviene al pasaje. De ahí que la mayoría de los editores hayan optado por alterar el texto transmitido por otras formas *(diatethymménēi, diatethrymménēi)* más adecuadas al contexto. Aun así Petit mantiene la lección de los manuscritos, suponiendo un sentido traslaticio de «estar abatido, golpeado», aduciendo para ello los usos similares en poesía del simple *týptō*.

[206] Para estos disturbios del año 354 *vid.* Petit *(Lib. et vie municip.*, págs. 107-109, 235-38). Los disturbios habían sido ocasionados por diferencias entre la curia de Antioquía y el César Galo y llegaron, como nos relata el capítulo, a la detención de los consejeros municipales *(bouleutaí)* y, cuando la revuelta estalló, al asesinato del delegado consular Teófilo y el incendio de la casa de Eubulo (cf. cap. 103).

[207] Cenobio. La descripción está toda ella en un estilo épico para subrayar el patetismo de la situación.

[208] Este panegírico, al igual que el mencionado en el capítulo 91, no se ha conservado.

hice su panegírico movido por el miedo y por el deseo de envolverlo con mis palabras. Estaba presente mi maestro, que no había recuperado todavía el aliento; lo introduje yo en mi discurso con el pretexto de que muchas veces me había hecho el elogio de la elocuencia del emperador. Y éste, complacido, le tendió la diestra en señal de reconciliación, mientras que aquél, cayendo de rodillas, la besaba y nosotros aplaudíamos, como es normal en tales situaciones, a un soberano que había librado del miedo a un viejo maestro.

Mientras tanto mis discursos públicos se sucedían, fre- 98
cuentes y aptos para atraerme estudiantes[209]. Y entonces un joven, con muchos banquetes encima de su cuerpo, corrió, por el interés de una gran recompensa, ante el emperador y le dijo que yo guardaba, tras haberlas cortado, las cabezas de dos mujeres y que usaría una de ellas contra él y la otra contra el otro emperador, de mayor edad[210]. La recompensa de la calumnia era yacer con un bailarín que obedecía en todo a los seguidores del otro sofista. Si recibió realmente la recompensa, lo sabrán quien la obtuvo y quien la dio; pero ese fue el precio por el que su osadía le llevó a hacer lo que hizo[211].

[209] La declamación pública *(epídeixis)*, en la que el rétor mostraba sus conocimientos y su arte, era la forma habitual de atraerse a los estudiantes. El éxito de sus discursos, que aparece reiterado en las cartas de la época (cf. *Epist.* 391, 10), provocó este episodio de celos por parte de su rival, Acacio, que recurrió al socorrido expediente de acusarle, a la vez, de prácticas mágicas y de traición. Ello explica la despectiva descripción de la conjura por parte de Libanio al mostrar al sofista rival asociado con un actor de pantomima, profesión que gozaba de gran popularidad y pésima reputación (cf. *Disc.* XXVI 23-26; XXXIII 2-3; XXXV 13 ss.; XLVIII 40; LIV 42; LVI 16).

[210] Efectivamente, Constancio fue emperador a partir del año 337.

[211] Petit *(comm. ad loc.)* supone que, a pesar de la malignidad con que Libanio sugiere la intervención del sofista rival en la conjura, aunque

99 Mas el soberano lo remitió al tribunal[212], en contra de lo que él esperaba. Porque tanto éste como aquellos que lo habían sobornado confiaban en que, con sus acusaciones, provocarían mi ejecución. No pudo, pues, acusarme ante un tribunal, sino que, muy al contrario, en los arrabales de la ciudad, en la misma falda de la montaña[213], se mantenía bien oculto. Sin embargo, parecía posible que esa acusación, por sí sola, haría que el soberano me tuviera en menor consideración y que lo dejaría palmariamente claro con ocasión del cortejo no dignándose honrarme tan siquiera con una mirada.

100 Pero él, alejándose de los caballeros que lo rodeaban y llevando su caballo hasta el borde de la fosa en donde yo me tenía de pie, me dirigió la misma mirada que en la ocasión anterior y me exhortó a no demorar el acordarme de la Tracia[214]. Yo prometí hacerlo así, mas hice lo que hacía ya tiempo había decidido y permanecí apegado a mi patria.

Ahora bien, las promesas hechas quedaron sin efecto y el que me había llamado para hacerme cargo de la enseñanza de sus estudiantes, Cenobio, había cambiado de opinión, manifestando que estaba apasionado con la enseñanza y que no hacía falta que yo mostrara impaciencia alguna.

---

se guarda bien de nombrarlo, el motivo de la conjura fue, más bien, de naturaleza política: un intento más de debilitar, atacando a Libanio, el poder de Talasio, primo del orador y prefecto pretoriano desde el 354, que mantenía una actitud hostil hacia Galo. Cf. Amiano Marcelino, XIV 1, 10 y *Prosop.*, pág. 886.

[212] Galo desconfía, y remite el asunto a los tribunales. Norman *(comm. ad loc.)* hace notar que Galo era impredecible en materias legales, remitiendo a un pasaje de Amiano Marcelino (XIV 7, 7).

[213] El monte Silpio donde solían refugiarse acusados (por ejemplo, Eubulo y su hijo; cf. cap. 103) o acusadores calumniosos (cap. 227).

[214] De volver a Constantinopla.

Lo que empeoró no poco mi situación fue el hecho de 101
que no me lanzara inmediatamente sobre mis enemigos, cuando se encontraban desorganizados, para ponerlos en fuga. Porque ellos pudieron fortificar tranquilamente sus posiciones, mientras yo daba clase en mi casa a unos quince jóvenes[215], la mayor parte de los cuales había traído conmigo, y no ocupaba aún una cátedra pública[216]. El desánimo embargó a mis amigos y me embargó también a mí, hasta el punto de que, bajo el peso de la inactividad, como el hijo de Peleo[217], me llamaba a mí mismo fardo de la tierra; y llegué a un estado en que hube de tomar drogas para mantener mi salud mental, porque la gente de aquí me había tratado de un modo que defraudaba mis esperanzas y no podía regresar a la ciudad sin exponerme a la burla de aquéllos.

En tales circunstancias vino a verme un anciano y me 102
dijo que nada extraño había en que las cosas no me fueran bien mientras permaneciera tirado en la cama, ya que los que se muestran en público llevan ventaja. «Así que, si quieres —me dijo— conocer la multitud de los que están sedientos, ve e instálate en algún templo[218]». No seguí yo el consejo del anciano en este punto; no obstante, logré que un comerciante trasladara su negocio a otro lugar del inmueble

[215] Libanio, a la espera de ocupar un puesto oficial, abre una escuela privada a la que acuden, sobre todo, estudiantes de Nicomedia que habían seguido al maestro, como era habitual entonces. La *Epíst.* 405 del año 355 confirma efectivamente la asistencia a sus clases de unos diecisiete estudiantes.

[216] No podía ocuparla, ya que todavía era oficialmente profesor de Constantinopla.

[217] Aquiles alejado del combate se considera una carga inútil para la tierra. Cf. *Ilíada* XVIII 104.

[218] Muchos templos, como consecuencia del declive del paganismo, estaban abandonados y eran utilizados como lugar de reunión para distintos fines, entre otros las clases de retórica.

y yo ocupé aquel bajo donde me instalé, al lado mismo del ágora. Y el lugar obró un cierto efecto, ya que a los alumnos que acabo de mencionar vinieron a unirse otros en número superior al doble de aquéllos[219]. Sin embargo, el Museo[220] estaba en manos de los otros, lo que supone una enorme ventaja para quienes lo ocupan. Entonces me dirigí a la musa Calíope en estos términos: «Oh tú, la mejor de las Musas, patrona de esta ciudad, ¿por qué faltas me impones estos castigos? ¿Por qué buscas mi ruina, tú que eres una diosa? ¿Por qué me has despojado de lo que tenía allí y no me concedes el éxito aquí, mientras que el que me ha engañado prospera y consientes en verme rechazado e injuriado[221]?».

103 Tales palabras dirigí yo al altar de la diosa desde lejos, desde el pórtico; pocos días después me encontraba yo trabajando en algo en mi casa, cuando me llegó un vocerío tal, como el de una multitud que se amotina contra la ley, que dejé de escribir, para ver qué era lo que producía tal tumulto a mis propias puertas. Entonces subió mi primo falto de aliento y me dijo que el cadáver del gobernador[222] estaba

[219] Lo que arroja un número de treinta estudiantes. Es innecesario alterar el texto para hacerlo coincidir con la cifra que Libanio da en la *Epist.* 405, ya que el número de cincuenta estudiantes no lo alcanza Libanio hasta el otoño del 354, una vez conseguido el puesto oficial, después de la muerte de Cenobio.

[220] El Museo era lógicamente el lugar privilegiado de estudio y enseñanza. Nuestra información sobre el Museo de Antioquía —donde estaba muy probablemente el templo de la Musa Calíope— es muy deficiente. Parece que el edificio fue, en época de Constantino, la residencia del *comes Orientis* (cf. Malalas, 317 ss.), para convertirse en escuela posteriormente.

[221] En esta plegaria Libanio adapta a sus propósitos un pasaje de la *Teogonía* de Hesíodo *(vid.* 79).

[222] Teófilo, consular de Siria, al que Galo había inculpado de la hambruna que asoló Siria en el año 354. Eubulo, uno de los *principalis* de Siria, fue atacado también y su casa incendiada por la plebe, refugiándose

siendo arrastrado por las calles para diversión de quienes le habían dado muerte; y que Eubulo y su hijo, para escapar precipitadamente a la lapidación de los amotinados, se habían refugiado en algún lugar en las cimas de las montañas. Los amotinados, frustrados por no haber alcanzado a las personas, desahogaban su cólera en la vivienda de Eubulo. «Ve ahí el humo que se alza, mensajero del fuego, que tú puedes ver».

Así es como Patroclo, herido en su espíritu, había perdi- 104
do sus armas[223]. En cuanto al que me había llamado cuando estaba lejos y me había rechazado cuando me hice presente[224], nada le obligaba a emprender la huida; una larga enfermedad, sin embargo, le afectó y lo mantuvo lejos de sus discípulos, enfermedad que le hizo sufrir de dos males, de la fiebre y de saber que yo me había establecido en la sala del Consejo y que mi rebaño era tan grande que me era imposible ocuparme de todos antes de la puesta del sol.

A pesar de su actitud hacia mí, yo solía ir a atenderlo y 105
no se podría mencionar un día en que no fuera yo a visitarlo. No obstante, fui, a veces, rechazado, lo que no me hizo

---

en las montañas (cf. Amiano Marcelino, XIV 7, 5-6). En su huida va acompañado por su hijo, Argirio el Joven, más tarde uno de los *principalis* de la ciudad.

[223] Patroclo había sido desarmado por Apolo, antes de ser herido por Euforbo y muerto por Héctor (*Ilíada* XVI 787 s.). La cuestión que suscita el pasaje es qué pretende Libanio con la comparación. Norman (*comm. ad loc.*) sugiere que Patroclo es Eubulo. Petit (*comm. ad loc.*), por el contrario, sigue a Wolf, viendo en Patroclo a Acacio quien privado de la protección de Eubulo, se encuentra a merced de sus enemigos.

[224] Una vez más Libanio expresa su impaciencia por convertirse en sofista oficial. No es exacto que Cenobio lo invitara y, después, lo rechazara. Es probable, sin embargo, que se sintiera molesto por la impaciencia de Libanio. La enfermedad obligó a Cenobio a ceder su puesto en el *bouleutérion*, ocasión que Libanio supo aprovechar bien.

desistir. Y a su muerte no le faltaron mis lágrimas y le dediqué un discurso.

106 Con anterioridad había llegado Estrategio, con el cargo de gobernador de los gobernadores[225], tal como le había sido profetizado hacía tiempo. Con el apoyo de un amigo tan poderoso —había sido él quien me había entregado Atenas y a mí a Atenas— estuve finalmente, a su llegada, en disposición de prestar ayuda a aquellos cuya ayuda creía yo que debía buscar.

107 Porque la elocuencia no era ya mi única tarea, sino que debía dedicar las mañanas a la elocuencia y las tardes a los asuntos: los que eran víctimas de las injurias de los poderosos, los que se encontraban encausados por efecto de un arrebato de cólera[226] y necesitaban de la mediación del gobernador para librarse de la acusación, los que deseaban obtener un veredicto lo más rápidamente posible —y otros muchos favores que las autoridades pueden conceder sin forzar la ley[227]—, todos esos, bien personalmente o por in-

---

[225] «Gobernador de los gobernadores» es un circunloquio para prefecto pretoriano. Estrategio ha sido ya presentado en los capítulos 82-83, cuando era procónsul de la provincia de Acaya y dio autorización a Libanio para enseñar en Atenas.

[226] Libanio emplea un término griego, *engegramménoi*, que usualmente tiene otra significación, «registrado en el censo curial» o «deudor del estado»; aquí, sin embargo, designa a los que habían sido encausados como cómplices de los que participaron en la revuelta del 354; *vid.* NORMAN *(comm. ad loc.)*. Libanio intercede por ellos ante Estrategio para que ponga fin al proceso.

[227] PETIT *(comm. ad loc.)* recuerda que más tarde, en el *Disc.* LI 26-27, Libanio defiende exactamente la posición contraria: si el favor concedido es conforme a la ley, no es un favor; si se solicita algo al gobernador es que se trata de algo ilegal. No obstante, nuestro sofista no dejó nunca de interceder ante las autoridades, en la medida que le era posible, por sus familiares y amigos.

termedio de sus esposas, me pedían que bajara a hablar en su favor.

Hasta el mediodía, pues, yo hacía lo mismo que los demás profesores. Después de esa hora, mientras los otros almorzaban, unos inmediatamente, otros tras haberse bañado, yo continuaba con la misma tarea que antes. Y cuando la oscuridad me obligaba a levantarme, me dirigía a la morada de mi amigo, intentando recordar, gracias a unas notas que tenía siempre a mano, los nombres de las personas por las que debía interceder. Él accedía a algunas de mis peticiones y rechazaba otras explicándome que la justicia se lo impedía; después me despedía, aunque, más frecuentemente, me pedía halagadoramente que permaneciera mientras tomaba su baño[228] porque, según decía, mi presencia tenía la virtud de aliviar su fatiga tanto como el baño. Consciente de ello, yo le hacía gracia[229] de mis visitas diarias, y si algo me lo impedía, enviaba a alguien a preguntar qué es lo que me detenía. 108

Y lo que más mortificaba a mi adversario era, sobre todo, que mucha gente obtuviera provecho de mis servicios y que no cobrara nada por ello. Porque, sin duda, el que muchos acudieran a buscar protección a mi lado era efecto de que no tuvieran que pagar ningún precio como por la le- 109

[228] La traducción sigue el texto de Petit, que altera ligeramente el texto de los manuscritos que Norman prefiere mantener por entender que responde mejor al estilo alusivo de Libanio. La mayoría de los editores entienden que la construcción sintáctica del texto de los manuscritos es demasiado elíptica y, en consecuencia, alteran el texto transmitido.

[229] Nótese el gusto de Libanio por invertir la relación normal entre el gobernador y él mismo: Estrategio es el que lo adula, el que le suplica permanecer a su lado, mientras que el orador le hace gracia de sus visitas. De este modo, Libanio pretende presentar sus relaciones con Estrategio —que no fueron tan ideales como aquí nos dice— como fruto de una amistad pura y desinteresada.

gumbre o la carne[230]. Pero lo que más angustia le producía era el número de mis declamaciones públicas y más aún la variedad de sus géneros[231]; se ensimismaba sin comprender cuándo componía yo mis discursos, ya que ignoraba lo que significa la resistencia al sueño[232].

110 Mantenerse en silencio le ocasionaba dolor, y si rompía el silencio comprendía que era mejor no hablar. Hasta la mitad del verano, contra su voluntad y a regañadientes, al igual que un caballo que se ve arrastrado por su compañero de tiro, estuvo en marcha; mas, cuando llegó la fecha que marcaba el fin de las clases, partió asegurando que volvería; pero, una vez ido, permaneció en su casa, con el pretexto de que el poder de mi tío le había perjudicado. Así que hube de arrastrarlo a los concursos oratorios tanto mediante las amenazas del gobernador como con una mayor cantidad de trigo, porque era hombre amigo del lucro[233]. Y así, cuando regresó, se mostró amigo a causa del trigo. Mas como sus

---

[230] Dado que en la jerarquía social los vendedores del mercado ocupaban la escala más baja, es clara la maligna intención de Libanio de insultar a su oponente, Acacio.

[231] Panegíricos, encomios, monodias o discursos fúnebres, trenodias, diatribas, discursos de aparato o de demostración de habilidad oratoria, etc.

[232] Petit *(comm. ad loc.)* recuerda que la resistencia al sueño es una virtud característica de los sofistas. El *tópos* se encuentra en Filóstrato *(Vidas sof.* pág. 516 y 518). Cf. el mismo *tópos* en el elogio a Juliano *(Disc.* XII 94).

[233] La comparación con el caballo, la acusación de avaricia, la ironía del «silencio es oro», etc., es deliberadamente insultante. El interés de Libanio en el regreso de Acacio, como señala Norman *(comm. ad loc.)*, pudo estar motivado bien por el deseo de llegar a una alianza interesada con él frente a terceros rivales o bien por el propósito de Libanio de obtener nuevos triunfos profesionales sobre su rival. Para todas estas maniobras y movimientos de Libanio y Acacio ver el rico comentario de Petit *(comm. ad loc.)*.

alumnos seguían abandonándolo con más facilidad incluso que antes, siguió cobrando su salario y mostrándome su enemistad. Su elocuencia había mejorado, porque había perdido algo de su pereza, sin alcanzar, por ello, un nivel suficiente.

Y entonces sucedió algo más o menos así: el prefecto[234], 111
que estaba más deseoso de elogios que otros de poder, quería cobrarme una deuda de una naturaleza especial; decía que le había prometido hacer su elogio si obtenía el cargo que ahora ejercía. Ya le había dirigido un breve discurso de acogida[235] en el mismo momento de su llegada; pero él quería que reelaborara aquellas palabras sin omitir nada de lo que pudiera razonablemente decirse.

Yo no negué la promesa hecha. No obstante, le respondí 112
que pagaría mi deuda si salía de su casa para ir a la sala del Consejo a recoger el fruto de mi esfuerzo[236]. Pues, aunque ello sería un hecho novedoso en un prefecto, ese mismo hecho, añadía yo, formaría parte del discurso, en el que destacaría cómo, por vez primera, había un prefecto honrando con su gesto la elocuencia. Él se mostró de acuerdo en concederme ese honor, mientras la mayoría desconfiaba de ello. Y efectivamente el prefecto se presentó. Y como la extensión del discurso exigía que volviera para otra sesión, volvió

---

[234] Estrategio.

[235] Lo que se denomina un discurso *prosphōnētikós*. A este discurso perdido se refiere Libanio en la *Epíst.* 405.

[236] Norman *(comm. ad loc.)* señala los intereses que mueven a Estrategio y a Libanio en todo este asunto. El prefecto, próximo a terminar su mandato, desea un panegírico final. Libanio aprovecha la ocasión para pronunciar el discurso en el *bouleutḗrion*, su terreno, para destacar la importancia de su puesto, una vez que ha conseguido ya el nombramiento de sofista oficial de la ciudad. En todo caso, Libanio pasa rápidamente de los sucesos del año 355-356 al 358, sin mencionar las diferencias surgidas en ese intervalo entre él y el prefecto.

a presentarse y, necesitando el discurso de una tercera sesión[237], tampoco faltó a la misma. Y ahora todo ello se celebra a propósito de nosotros dos, recordándose a la audiencia, al orador, al discurso y al lugar donde fue pronunciado.

113 Deseoso de que el discurso llegara a las ciudades principales —porque de ese modo llegaría a todas— dedicó el prefecto a esta tarea a diez copistas[238]. A uno de éstos el sofista le ofreció una buena suma de dinero y con su complicidad logró retorcer el dicho e hizo que «los bienes de los enemigos fueran comunes»[239]: alteró la disposición de la mayor parte de mis frases, introdujo algunas menudencias propias e invitó al prefecto, que había cesado ya en su cargo[240], al mismo lugar, esperando conseguir un honor similar al que yo había obtenido.

114 Como pareciera prodigiosa la circunstancia de que una tortuga corriera con la velocidad de un caballo[241], alguien denunció la compra del discurso, y el que había recibido el dinero, a la vista del látigo, confesó, implorando perdón para él, que había cedido a la tentación de una suma elevada. Así pues, para que todos conocieran el suceso, llevé al com-

---

[237] Cf. un relato semejante, que probablemente influyó en esta descripción de Libanio, en Filóstrato (*Vidas sof.* 537), que lo cuenta a propósito de Polemón. *Vid.* Norman, «Philostratus and Libanius», *Class. Ph.* 48 (1953), 20 ss.

[238] Para el sistema de producción y distribución de los libros en la época, *vid.* Norman (*comm. ad loc.*).

[239] Distorsión del conocido proverbio «los bienes de los amigos son comunes» (*koinà tà tôn phílōn*). La acusación de Libanio no es en rigor de plagio, una práctica bastante habitual, toda vez que no existía nada parecido a derechos de propiedad intelectual y que la imitación, por otra parte, podía honrar al autor imitado. La acusación va, más bien, dirigida contra la venalidad del copista.

[240] Estrategio cesó en agosto del 358.

[241] Adaptación del conocido refrán «tortuga con Pegaso» (*Paroem.* I 106, 266).

prador del discurso ante Nicencio, gobernador de Siria. Y el hombre, a pesar del castigo que le aguardaba, lo confesó todo y pudo marcharse sin más pena, ya que yo no exigí ninguna otra sanción.

Pero ni aún así se calmó aquel valentísimo sofista. Intentó repetir, otra vez, el cuento, esta vez en la misma residencia de Estrategio. Pero éste lo expulsó de su cargo. Sin embargo, corría el rumor de que Hermógenes, que le había sucedido en él[242], era hombre de una dureza salvaje. Y como no era conocido mío, parecía que no podría yo conservar la influencia que hasta entonces había ejercido. Sin embargo, Hermógenes resultó ser el mejor de los administradores y, aunque no gustaba de mantener numerosas relaciones, era persona dulce que se guiaba más por la reflexión que por la pasión. 115

Hermógenes convocó inmediatamente el Consejo de la ciudad. Al exponer cada uno de los miembros del Consejo lo que consideraba útil para la ciudad, el gobernador reconoció a mi tío por sus palabras y dijo: «He aquí a Fasganio». Poco faltó para que Eubulo[243] y su compañía cayeran desvanecidos al suelo[244]. Después, me llamó a su presencia para pedirme que fuera su amigo tanto, al menos, como lo era de Aristéneto y Seleuco, que eran quienes le habían movido al 116

[242] A Estrategio. Hermógenes era pagano, con formación filosófica y jurídica, convencido de la dignidad de su cargo y del poder del Estado, al que representaba como gobernador. La dulzura de su carácter es resaltada por Amiano Marcelino (XIX 12, 6) y el propio Libanio *(Epíst.* 21, 40).

[243] Recordemos que este *principalis* es el protector del sofista rival Acacio *(vid.* caps. 103, 156 y 163). Para más datos sobre su personalidad *vid.* Petit *(comm. ad loc.).*

[244] Norman *(comm. ad loc.)* cree detectar un cierto eco de la comedia nueva en esta escena de reconocimiento que procura a Libanio un triunfo familiar y profesional sobre sus rivales.

deseo de ganar mi amistad. «Y es justo —añadió— que el amigo de esos dos sea también mi amigo».

117 Todo ello contribuyó a mi felicidad; lo que sigue en cambio, a mi desgracia. Pues a mi madre, que lo era todo para mí, y a mi tío, el ojo de Asia y mi baluarte[245], la Fortuna me los arrebató; a mi tío, primero; mi madre, sin poder soportar la desgracia, le siguió en la muerte[246]. Y ya no encontré deleite en los placeres, ni siquiera en aquello que me era más querido, mis declamaciones públicas. Porque éstas me resultaban tan deleitosas gracias a ellos dos: mi tío parecía rejuvenecer con los aplausos y se olvidaba de su propia desgracia[247]; mi madre, exultaba de gozo cada vez que le llevaba el sudor de mis combates.

El reinado de Juliano

118 A estos duelos se unió también la muerte de Eusebio[248], quien había fallecido antes que los dos miembros de mi familia — porque su muerte ocurrió con ocasión del terremoto de Nicomedia, ciudad que, destruida, dio también sepultura a otro amigo[249]; acontecimientos todos ellos terri-

245 Expresiones solemnes, tomadas de PÍNDARO *(Olímp.* II 18: «ojo de Sicilia») y de Homero, para subrayar el patetismo de la pérdida del tío.

246 Fasganio muere en el otoño del 359.

247 La muerte de su hija; *vid.* cap. 95.

248 Amigo de Libanio y tío de Partenio que lo recomendará en diferentes ocasiones. Cf. *Epíst.* 72, 73 y 74.

249 Aristéneto (AMIANO MARCELINO, XVII 7, 6). Tanto NORMAN como PETIT *(comm. ad loc.)* llaman la atención sobre el voluntario desorden cronológico con que Libanio presenta sus desdichas y cuya secuencia, establecida por Norman, es como sigue: 358, muerte de Aristéneto; 359, muerte de Eusebio así como de su tío Fasganio y de su madre. La muerte del gobernador de Bitinia, Aristéneto, así como el terremoto de Nicomedia debieron de tocar en lo más vivo a Libanio: en la *Epíst.* 282 no sólo se hace eco de la catástrofe de la ciudad, sino que recomienda al nuevo

bles que produjeron en mi ánimo un dolor extremo y que volvieron repentinamente canos mis cabellos—, unos males se unieron a los otros, a unas desgracias siguieron otras, y a un amigo otro amigo, y a una ciudad amada mi madre y su hermano, de forma que todo por lo que se desea vivir se volvió para mí amargura, hasta que la tierra entera cayó, sin combate, en poder de un hombre que acogía con entusiasmo en su palacio la sabiduría más que cualquier filósofo y que hizo regresar, como de un exilio, para estimarlas de nuevo, las prácticas aborrecidas[250].

Y yo reía y danzaba y con deleite componía y pronun- 119
ciaba discursos, porque los altares acogían la sangre de los sacrificios, cuyo humo llevaba al cielo la grasa, y los dioses eran honrados en fiestas de las que tenían memoria unos pocos ancianos; la mántica había recobrado su influencia; la elocuencia, su admiración; los romanos, su coraje[251]; y los bárbaros se encontraban vencidos o a punto de serlo[252].

Este emperador, prudentísimo, justísimo, elocuentísimo 120
y aguerridísimo, enemigo sólo de los impíos, cuando le lle-

---

gobernador de Bitinia, Alejandro, a un joven pariente de Aristéneto, Dianio.

[250] La restauración de los cultos paganos. Norman *(comm. ad loc.)* llama la atención sobre el hincapié que hace Libanio en la circunstancia, que considera de influencia divina, de que Juliano se convirtiera en emperador sin necesidad de una guerra civil.

[251] La identificación de las instituciones religiosas paganas con las tradiciones helenísticas y romanas es un lugar común de los autores paganos de la época. En esta época se había llegado ya a una cierta distinción entre educación (retórica) y filosofía (creencia). Libanio insiste, sin embargo, en la preeminencia de la retórica y su influencia en la formación de los creyentes.

[252] La política religiosa de Juliano fue bien estudiada por J. Bidez, *La vie de l' Empereur Julien*, París, 1930, págs. 261-304. Para la repercusión de la restauración del paganismo en Antioquía, una de las metrópolis del cristianismo, *vid.* Petit *(comm. ad loc.)*.

garon nuestros embajadores sin una carta de mi parte, se sintió dolido y exclamó: «¡Oh Heracles!, el que con su pluma ha arrostrado los peligros, ¿en tiempos de seguridad guarda silencio?[253]». Y su viaje a nuestra ciudad lo consideraba un lucro, con tal de, entre otras cosas, verme y oírme hablar. Y en los mismos límites de la ciudad, nada más verme, exclamó: «¿Cuándo te oiremos?[254]». Aquel famoso rival mío[255] se encontraba ya en su patria: su mujer había muerto y sus hijas casaderas necesitaban de su presencia. No obstante, se decía que se habría marchado aunque no hubiera muerto su mujer.

121 Pues bien, el emperador hacía cada día como preludio a sus audiencias una serie de sacrificios, realizados a la sombra de los árboles del jardín del palacio[256]. Toda una multitud acudía y le rendía pleitesía durante los cultos sagrados, mientras que yo permanecía en mi lugar habitual, ya que no era invitado y consideraba algo desvergonzado participar en una ceremonia a la que no había sido invitado[257]. Yo amaba a Juliano, pero no quería adular su poder.

---

[253] Se trata de una embajada de la ciudad de Antioquía, en el año 362, al recién proclamado Juliano, de la que Libanio rehusó formar parte. Cf. *Epíst.* 697 y 716 y Petit, *Liban. et vie munic.*, págs. 416-17. La razón de esta reserva de Libanio hacia su admirado Juliano hay que buscarla en el deseo de Libanio de prevenir, con su actitud, a sus familiares y amigos de un cambio de gobierno, cuya política futura no estaba aún decidida. No olvidemos que la ascensión de Juliano no fue acogida con entusiasmo en Antioquía y, de otro lado, que algunos personajes del círculo íntimo de Libanio —Talasio, entre otros— no eran del agrado de Juliano.

[254] Petit *(comm. ad loc.)* recuerda una actitud semejante de Marco Aurelio, en Esmirna, hacia Elio Arístides (Filóstrato, *Vidas sof.* 582-83).

[255] Acacio.

[256] El palacio imperial estaba situado en la isla del Orontes y rodeado de jardines. *Vid.* Gl. Downey, *Antioch*, págs. 318-23.

[257] Efectivamente, Libanio se mostró algo reservado hacia las exageradas manifestaciones de paganismo de Juliano (cf. *Disc.* XV 79). El ora-

Un día fue a sacrificar al templo de Zeus Filio[258], y al ver a los demás —que hacían todo lo posible para ser vistos, que era lo que deseaban—, y como fuera yo, que me había confundido con la muchedumbre, el único a quien no había divisado, por la tarde me hizo llegar, por medio de una nota, una pregunta sobre cuál había sido el motivo que me había impedido asistir. Y en la nota se mezclaban a las flores los reproches. Por la respuesta que le hice llegar a través de la misma nota, supo que yo sabía encajar los reproches, adornándolos también yo con flores, tanto como hacerlos; él leyó la nota, que le hizo ruborizarse. 122

Como me mantuviera yo alejado, incluso después de esa nota, igualmente del jardín imperial y de las ceremonias que en él tenían lugar, parecía que había caído en desgracia, aunque no me desmoralizaba por ello, ya que sabía con certeza quién había minado nuestra amistad[259]. Prisco, un hombre del Epiro, que tenía relaciones filosóficas con muchas personas, consideró que el emperador se había extralimitado en este asunto y puso fin a su error. Cuáles fueron sus argumentos no lo sé, pero lo cierto es que fui invitado a 123

dor no era, por ejemplo, entusiasta del culto de Mitra y tenía objeciones hacia las pomposas ceremonias cultuales del emperador (cf. Amiano Marcelino, XXII 12, 6-7).

[258] Juliano organiza, dentro de un sistema religioso sincrético, sacrificios y cultos a todas las divinidades de las que encuentra templos o altares: a Zeus Filio en la ciudad, a Zeus Casio en la montaña (cf. *Disc.* XV 79; *Epíst.* 739; Amiano Marcelino, XXII 14, 4).

[259] No hay unanimidad sobre este misterioso enemigo de Libanio. Norman *(comm. ad loc.)* se inclina por ver en él a Máximo de Éfeso, filósofo y taumaturgo, cuyo extremismo religioso no compartía Libanio (cf. *Disc.* XVIII 202-203; Eunapio, *Vidas sof.* 477-78). En cuanto a Prisco, era un filósofo neoplatónico también, aunque más moderado que Máximo, que mantuvo relaciones de amistad con Libanio hasta la muerte de éste (cf. *Epíst.* 947, 1076).

la hora en que el ágora está llena de gente. Y el emperador que me había invitado se mostraba embarazado con los ojos vueltos al suelo, delatando con ello el remordimiento que sentía por su conducta pasada.

124 Cuando finalmente y con gran dificultad se repuso, tras haberse excusado con el pretexto de que se veía obligado a atender muchos asuntos, me invitó a almorzar; la respuesta que recibió es que yo sólo cenaba; me invitó, pues, a cenar y mi respuesta fue que, aunque eso sí me era posible, mis dolores de cabeza me lo impedían. «Entonces, dijo, ven a visitarnos cuando quieras». A lo que yo respondí: «Sólo con una invitación tuya; de lo contrario, no me atrevería yo a molestarte». El emperador aceptó y así obró en adelante[260].

125 Nuestros encuentros versaban sobre elocuencia, con alabanzas para sus éxitos y críticas para sus descuidos[261]. Por mi parte yo no le formulaba ninguna petición, ni dinero, ni casa, ni hacienda, ni cargo[262]. Y en cuanto al asunto de Aristófanes, se trató de un discurso para impedir que un

[260] Cf. *Epist.* 736 y 797.

[261] Reproduzco las traducciones de Petit y Norman, que interpretan diversamente el pasaje: «Nous discutions ensemble des faveurs à accorder aux lettres, approuvant les mesures heureuses et critiquant celles qui étaient insuffisantes»; «Our intercourse consisted of literary discussion, of praise of his succeses and criticism of his oversights». Dos interpretaciones posibles de la polisémica palabra *lógos* («palabra, discurso, argumento, razonamiento» y, en consecuencia, todo aquello susceptible de contenerlos, por lo que no cabe excluir «carta»). No me parece muy verosímil que Libanio, tras la frialdad del primer encuentro, pase a despachar directamente con Juliano las peticiones epistolares que se le hacen al emperador, a no ser que Petit se refiera sólo, lo que no parece deducirse de su traducción, a una crítica del estilo en que estas peticiones son formuladas.

[262] Para esta actitud desinteresada cf. *Epist.* 1154 y *Disc.* LI 30.

hombre como él pareciera un malhechor[263]. Y ese discurso le valió su cargo. Yo ni siquiera me propuse recuperar los bienes, que no eran pequeños, de mi abuelo y que habían pasado a manos del emperador. Al ver, pues, que yo despreciaba toda idea de lucro y que no buscaba más que el modo de ver eclipsada por nuevas hazañas su gloria pasada, proclamaba que los demás no le amaban más que por su propia riqueza, mientras que yo le amaba a él y que ni siquiera su madre[264] podría haber superado el afecto que yo le profesaba.

Por ello también soportó la franqueza de mi discurso en 126
favor del Consejo[265], en un momento en que la tierra, privada del agua del cielo, era totalmente estéril. No obstante él entendía que el mercado debía rebosar de productos, sin que superaran los límites que él había establecido para los precios. Todo ello era el ineludible efecto de un demonio envidioso, que empujaba las cosas al límite al que finalmente las llevó. Su irritación fue en aumento y proclamaba a gritos que los consejeros combatían sus decretos, mientras que los aduladores que lo rodeaban atizaban su cólera. Yo, por mi parte, sin ningún temor, me esforcé en examinar la naturaleza del problema y pude demostrar que el Consejo no había cometido ninguna falta. Sin embargo, uno de los asistentes recordaba que el Orontes corría a nuestros pies, intentando intimidarme con la mención del río y ultrajando la dignidad

[263] Ex-magistrado de Corinto, en exilio voluntario y *agens in rebus*, se vio envuelto en los juicios por traición en Egipto en el año 359.

[264] Evidentemente se trata de una hipérbole retórica, toda vez que la madre de Juliano, Basilina, murió algunos meses después del nacimiento de su hijo (cf. *Prosop.*, pág. 148, y JULIANO, *Misopogon* 22).

[265] Un ejemplo claro de las disensiones entre el emperador y las curias municipales. En este caso el enfrentamiento se produjo con ocasión de la hambruna de los años 362-363 y el malestar que produjo entre los notables el intento de Juliano de fijar los precios de los alimentos, especialmente el del grano.

imperial con amenazas indignas. Mas el emperador era realmente tan noble que intentó imponer su punto de vista y, aunque se vio derrotado, no concibió ningún odio hacia mí.

127 Así pues, él me amaba más todavía que antes por haberme pertrechado en favor de la patria, como si de armas se tratara[266], con mis discursos. Cuando se designó a sí mismo cónsul[267], aunque sabía que era inmensa la multitud tanto de los presentes como la de los que llegarían con sus cantos de alabanza[268], me invitó a honrar la fiesta con un discurso. Y, aunque contesté que esa tarea correspondía a otros, comencé, sin embargo, a ejercitarme en la otra lengua, de forma que ninguno, incluso aquel que había obtenido un aplauso entusiasta, pareció decir nada extraordinario[269].

---

[266] La imagen no es banal, ya que implica una concepción de la retórica como una suerte de servicio cívico. Cf. *Epíst.* 314, 4; *Disc.* XXXI 17.

[267] En enero del 363. El otro cónsul era el prefecto pretoriano de la Galia, Cayo Salustio.

[268] Hay una grave corrupción textual, para la que se han propuesto diversas correcciones, que hace que el sentido del pasaje sea oscuro. Mi traducción, respetando, en lo posible, el texto de los manuscritos, busca dar un sentido coherente a estas frases. Para la discusión textual *vid.* Petit y Norman *(comm. ad loc).*

[269] La otra lengua es, claro está, el latín, aunque sabemos que Libanio no sabía latín; lo que constituye una de las grandes dificultades del pasaje. No obstante, Libanio pronunció este discurso, el XII, en griego, discurso que remitió, al igual que la monodia por el incendio del templo de Dafne ocurrido en octubre del 362, a su amigo Demetrio. Juliano, encantado con el discurso, lo divulgó por medio de una serie de copias. *Vid.* P. Petit, *Recherches sur la public.*, págs. 484-85. Del pasaje se desprende también que, al parecer, un sofista pronunció otro panegírico en latín con notable éxito. A. F. Norman *(The Jul. Disc.*, pág. 92) cree reconocer en este otro sofista al fenicio Acacio, cosa poco verosímil, ya que sabemos que Acacio estaba ausente de Antioquía.

Y entonces, durante el discurso que precedió al mío, 128
ocurrió no sé bien cómo, que un golpe de Fortuna, según creo, se llevó a otro lugar a los que debían gritar «¡Más!», mostrando con ello su satisfacción, ⟨quedando sólo⟩[270] los interesados en no perjudicar mi posición. Como no quedaba ya nadie en la sala que aprobara su discurso, inició el otro sofista su propia alabanza, dando con ello motivos para que se burlaran, otra vez, de él. Él no dejaba de insultar a los que se reían de sus palabras, lo que les producía aún más risa. Todo lo que había conseguido mediante sus engaños lo había perdido, aunque habría podido retenerlo, si se hubiese dado cuenta de que, con sólo guardar silencio, podría haber conservado su inmerecida fama[271].

Ellos tenían suficiente con consolarse mutuamente. Cuan- 129
do hice yo mi aparición, el último de todos, toda vez que el propio emperador se había preocupado de que la asistencia fuera lo más numerosa posible, afirmaron que Hermes[272], cuidándose de su servidor, aguijoneaba con su bastón a cada uno de los asistentes, para que ni una sola de mis palabras se perdiera sin haber obtenido su parte de admiración. Y el emperador contribuía a ella, primero con la expresión de placer que su rostro delataba, después estuvo a punto de dar saltos y, finalmente, como no podía contenerse a pesar de sus violentos esfuerzos, saltó de su trono y desplegó con las dos manos, tanto cuanto le fue posible, su clámide, de forma

---

[270] Aquí se sospecha la existencia de una laguna en el texto.

[271] El orador latino, un sofista quizás llegado de Constantinopla, había hablado primero, dado que el latín era la lengua oficial, obteniendo con su discurso un cierto éxito, que vio arruinado como consecuencia del oscuro acontecimiento que lo dejó sin auditorio.

[272] La identificación de Juliano con Hermes simboliza el apoyo del emperador a las letras clásicas y a la elocuencia.

que alguno de esos zopencos que por aquí pululan podría haber dicho que el emperador faltaba a su dignidad; un buen conocedor, sin embargo, de lo que hace la majestad de un rey habría dicho, por el contrario, que el emperador se mantuvo dentro de los límites de la conveniencia. Porque ¿qué mayor majestad puede haber que la de que el alma de un príncipe se exalte ante la belleza de las palabras[273]?

130 Pero es que a él no le era posible experimentar otras reacciones que no fueran ésas, él que había engendrado ya muchos discursos antes de su ascensión al trono y una vez ya en él[274]. Porque, en efecto, las vigilias del emperador nos proporcionaban discursos[275] y, dada la atención suprema que en su composición ponía, no escatimaba esfuerzo en su trabajo.

131 En el período que siguió desde esta época hasta su campaña contra Persia[276], su conducta hacia los demás fue diversa[277] según las circunstancias, mientras que su inclinación hacia mí iba en aumento. Y así insistía en decirme: «Pienso hacerte, en el momento de mi partida, un regalo que

---

[273] Libanio se esfuerza en defender la actitud del emperador que, al parecer, fue a veces inconveniente. Censuras de una conducta semejante a la aquí defendida se pueden encontrar en el propio LIBANIO (*Disc.* XVIII 154 ss.; AMIANO MARCELINO, XXII 7, 1-4, que alaba la compostura de Constancio en XXI 16). El propio Juliano, incómodo con el ridículo que su conducta suscitó en Antioquía, se satiriza a sí mismo en *Misopogon*.

[274] Los discursos de Juliano anteriores al 362 incluyen con certeza los discursos I y II. Los escritos durante su reinado son los discursos XVIII, CLVII y CLXXVIII. Juliano compone, como un sofista de verdad, durante la noche. Cf. cap. 109 y TEMISTIO, 312 b; SINESIO, *Dión* 11 y FILÓSTRATO, *Vidas sof.* 518.

[275] Sigo el texto de Petit frente al de Norman.

[276] Iniciada en marzo del 363.

[277] Con este giro elusivo alude Libanio a las fricciones de Juliano con la curia y los cristianos de Antioquía.

te va a resultar difícil de rechazar como has hecho con los otros». Y, en consecuencia, una vez concluido el banquete al que él me había obligado, me dijo: «Amigo, ya es hora de recibir tu regalo». Yo no podía ni imaginar de qué se trataba, por lo que él añadió: «Creo que, aunque por tus discursos te cuentas entre los oradores, por tus actos figuras en la lista de los filósofos[278]». Con sus palabras me sentí complacido como Licurgo[279] con las palabras que oyó del dios, ya que también estas palabras procedían de un compañero de los dioses[280].

Como el Consejo lo despidiera y sus miembros le roga- 132
ran que olvidara sus agravios, él respondió que concedería el favor de su presencia a Tarsos[281], ciudad de Cilicia, y que si la divinidad lo conservaba en vida, según decía: «Habéis de saber que es claro lo que a ello se seguirá, ya que tenéis puestas vuestras esperanzas en el que os hará de embajador;

---

[278] La Filosofía ocupaba el escalón superior en la jerarquía de las actividades intelectuales. De ahí el interés de Libanio en presentar su sistema educativo con todos los rasgos que caracterizaban a la Filosofía, a la que rendían culto los intelectuales como Juliano y que consistía, sobre todo, en el estudio de Sócrates, Pitágoras y Platón (cf. *Disc.* XV 62, 28 ss.).

[279] Licurgo creyó oír a Apolo (HERÓDOTO, I 65).

[280] Un pasaje muy interesante para entender la legitimación de la monarquía contemporánea. Para Libanio el emperador es un «vecino de los dioses», pero no un dios, como encontramos en PACATO *(Paneg.* 4, *«deum quem videmus»).* Tampoco considera al emperador como una encarnación de la ley, sino que su ideal de monarquía es el de la autoridad justificada y ejercida dentro de la ley, a la que la fortuna y la inteligencia contribuían en gran medida (cf. *Disc.* VI 5; XII 7 ss.; XIII 15-16).

[281] Juliano muestra su intención de establecer su corte en Tarsos (cf. LIBANIO, *Disc.* XV 86; XVI 53; *Epist.* 802, 1368), en donde fue enterrado, tal como había dispuesto *(Disc.* XVIII 396; AMIANO MARCELINO, XXV 9, 12).

ahora bien, éste deberá también venir conmigo allí[282]». Tras haberse despedido de mí, que lloraba, sin derramar una lágrima, porque veía ya las desgracias de la campaña de Persia, tras una última carta que me envió desde los límites del imperio, continuó su campaña talando la tierra, asaltando aldeas, tomando guarniciones, franqueando ríos, abatiendo murallas y tomando ciudades[283].

133 Ningún mensajero[284] nos dio a conocer cada uno de los acontecimientos, aunque compartíamos la alegría de los que los habían presenciado, confiados en que sucedería lo que ya había acontecido en el pasado a la persona hacia la que se dirigía nuestra mirada. Pero la Fortuna obró según su criterio. Tras haber celebrado el ejército la fiesta de la aniquilación y las derrotas infligidas a los persas con concursos gimnásticos e hípicos[285] que los habitantes de Ctesifonte, que no podían confiar en el grosor de sus murallas, contemplaban desde sus almenas[286], el medo decidió implorar la paz por medio de embajadas y presentes; porque, según decían, no tiene ningún sentido «luchar contra un hombre divino». Cuando los embajadores montaban sus caballos, una lanza, atravesando el

[282] Para el papel de Libanio como embajador ante Juliano, dadas sus cualidades de amigo, sofista y elocuencia, véase *Disc.* XV 4, 9, 14-18, 77; XVI 46, 49; *Epíst.* 824).

[283] Para esta campaña véase *Disc.* XVIII 212-79 y *Epíst.* 1367, 6-7; 1379; 1402.

[284] Efectivamente, el *Disc.* XV 76 muestra que no llegó ninguna noticia de inmediato. Las noticias fueron llegando por las caravanas *(Epíst.* 1402) así como por los prisioneros de guerra que llegaban a Antioquía *(Epíst.* 1367).

[285] Juliano ofrecía efectivamente estas diversiones al ejército (cf. *Disc.* XVI 249 ss.)

[286] Como la famosa *teichoskopía* de la *Ilíada* XVII 98, a la que Libanio alude deliberadamente para realzar heroicamente la figura de Juliano y obtener un efecto patético por contraste con la descripción de su muerte que sigue inmediatamente.

costado del más sabio de los emperadores[287], empapó con la sangre del vencedor la tierra de los vencidos y convirtió al aterrorizado perseguido en señor de sus perseguidores.

El persa pudo conocer por boca de un traidor la magni- 134
tud de su fortuna, mientras que a nosotros, los habitantes de Antioquía, no llegó noticia humana alguna; se produjeron, sin embargo, temblores de tierra, nuncios de la desgracia, que destruyeron en parte o por completo algunas ciudades de Palestina y de Siria[288]. Creíamos que la divinidad nos daba signos, mediante grandes sufrimientos, de un gran suceso. Y, cuando hacíamos súplicas para que nuestras aprensiones no fueran ciertas, el amargo dardo de la noticia perforó nuestros oídos: nuestro Juliano era portado en su féretro, su cetro había caído en manos de no sé quién[289] y Armenia y todos los territorios que deseaba, en manos de los persas.

En esos instantes yo pensé en mi espada, imaginando 135
que la vida me sería más dolorosa que cualquier tipo de muerte. Después me vino a la mente la regla de Platón de

[287] Aunque en el discurso compuesto tras la muerte del emperador (*Disc.* XVII 23) Libanio atribuye la muerte de Juliano a la voluntad de los dioses y a su propia imprudencia por no llevar puesta su coraza, pronto se difundió la opinión de que su muerte había sido causada por una conspiración cristiana (Libanio, *Disc.* XVIII 274-75; XXIV 6, 11, 17, 19-21; XXX 40; Amiano Marcelino, XXV 6, 6.). Para el júbilo de los cristianos por la muerte del emperador, lo que no basta para probar su responsabilidad, cf. Libanio, *Epíst.* 1220, 2, y Amiano Marcelino, XXV 3, 6-7).

[288] Libanio (*Disc.* XVIII 292) y Amiano Marcelino (XXV 10, 1-2; XXVI 10, 15) informan efectivamente de terremotos acontecidos en Palestina, Libia, Sicilia, Grecia y Antioquía.

[289] De Joviano, «un desconocido», que concluyó efectivamente un tratado de paz, la paz de Nisiba, con los persas, por el que se devolvían a éstos los territorios perdidos en tiempos de Diocleciano y contra el cual se manifiesta Libanio en *Disc.* XVIII 279 y XXIV 9.

que uno no debe buscar soluciones de esa naturaleza[290] y pensé que si llegaba con una muerte así al Hades, Juliano me haría reproches por haber puesto tal fin a mi vida. Con toda seguridad me habría reprochado el no haber aguardado las órdenes de la divinidad. Y además me parecía que debía honrar al difunto con discursos fúnebres[291].

La reacción tras la muerte de Juliano

136 Siendo ésta la situación por las razones expuestas, logré escapar a una emboscada por la voluntad de la Fortuna. Otra vez los que se habían aprovechado de las circunstancias anteriores a Juliano para tener poder en la corte[292] y que, durante su mandato, se vieron obligados a ocuparse de sus asuntos privados, se dejaron convencer por una especie de Frinondas[293] de que yo les había causado grandes males mediante una carta enviada a Babilonia, que les procuró la enemistad de Juliano a su regreso. Decidieron prenderme durante el camino que debía hacer para visitar a una mujer de la familia y, tras conducirme al jardín[294] donde decidían

[290] La condena del suicidio se encuentra ya efectivamente en Platón (*Fedón* 67d) y reaparece en los neoplatónicos (cf. Plotino, *Enéadas* I 9, 85).

[291] Libanio compuso, de hecho, una monodia en el año 364 (*Disc.* XVII) y un epitafio (*Disc.* XVIII) en honor de Juliano, si bien manifiesta su dolor en las cartas de la época (*Epíst.* 1187, 1194, 1220, 1419, 1424, 1426, 1430, 1455). Para la fecha del epitafio *vid.* Petit *(comm. ad loc.)*, que piensa en algún momento entre 365-368.

[292] La reacción de los cortesanos de la época de Constancio contra los que habían apoyado la política de Juliano, Máximo, Seleuco y Salustio. La moderación de Libanio en materia religiosa le mantuvo relativamente inmune, aunque no dejó, por ello, de ser sospechoso. Cf. *Epíst.* 1220, 6.

[293] Frinondas y Euribato, al que aparece con frecuencia asociado, eran unos personajes míticos, símbolos de la crueldad, rudeza y desvergüenza (cf. Aristófanes, *Tesm.* 861; Isócrates, *Contra Calímaco* 57, etc.).

[294] El jardín de la corte imperial, quizás.

sus planes, matarme. Desde luego esperaban recibir una recompensa de quien había asumido el poder.

Ya tenían prestos los palos[295] cuando la Fortuna me en- 137
vió a uno de los que conocían el plan, pero que no quería participar en él —no eran, en modo alguno, familiares míos—, para decirme que debía abstenerme de ir a casa de aquella dama[296], porque ello redundaría en mi provecho. Aunque le pedí que me explicara la naturaleza del peligro, él no añadió nada a lo dicho. Extrañada, pues, la señora por el cambio de mis hábitos, le comuniqué lo que me habían contado. Ella hizo sus averiguaciones, encontró que mi miedo era fundado, puso fin a las falsas esperanzas de mis enemigos y dio gracias a la divinidad por haber librado su casa de tamaña fechoría.

Tras esos sucesos, un bárbaro[297] azuzó contra mí la có- 138
lera del emperador, diciéndole que yo no dejaba de llorar la desgracia de aquel que había caído[298]. Ya se disponía él a darme una muerte afrentosa como castigo por mi dolor, cuando un capadocio[299], un hombre de bien, antiguo compañero de estudios, que gozaba de gran influencia ante el emperador, le dijo a éste: «¿Cuál sería tu estado de ánimo en el ca-

---

[295] En la *Epíst.* 1453 Libanio insiste en que la intención de sus enemigos no era otra que la de darle muerte.

[296] Norman *(comm. ad loc.)* sospecha que esta señora a la que Libanio visita con frecuencia no es otra que Teodora, viuda del prefecto pretoriano Talasio I *(Prosop.*, págs. 886 y 895); cristiana y viuda de prefecto, podía tener influencia y medios tanto para llevar a cabo sus pesquisas como para influir en el emperador para que impidiera el desafuero.

[297] Se supone que este bárbaro pudo ser un general cristiano. Petit *(comm. ad loc.)* cita a Arinteo, general de Constancio, de origen germánico y partidario de Joviano *(Prosop.*, págs. 102-103).

[298] Juliano.

[299] Se admite con Sievers *(Das Leben*, pág. 31, n. 38) que este condiscípulo capadocio es Fortunaciano.

so de que éste yaciera muerto, pero los discursos, en cambio, que él ha escrito sobre tu carácter, permanecieran vivos recorriendo la faz de la tierra[300]?». Tales fueron los peligros que hube de arrostrar; tales también los socorros que recibí.

139 Después llegaron nuestros Juegos Olímpicos[301]. Tenía yo cincuenta años y un deseo extraordinario de ver la ceremonia. Apenas me había asomado a ver los comienzos de la fiesta, cuando me vi prisionero. Ninguna autoridad me había apresado. Un fuerte y doloroso ataque de gota me sobrevino, por vez primera[302], en esa ocasión y me obligó a informarme por quienes venían a visitarme de la fuerza y habilidad de los atletas. La gota, con breves remisiones como en las treguas, me atacaba una y otra vez y, en muchos casos, me afectaba a los dos pies.

140 Los médicos confesaban su impotencia y me consolaban diciendo que la enfermedad se había trasladado de la cabeza a los pies y que, por tanto, lo que era malo para los pies sería bueno para la cabeza. Naturalmente todo ello era pura palabrería, ya que el mal que se había apoderado de mi cabeza seguía allí arriba y, en cuanto a mis pies, muy lejos de aportar algún beneficio a mi cabeza, no hacían sino agravar su estado, como si le enviaran una parte de los males que sufrían[303].

---

[300] Como no nos han llegado discursos de Libanio con ataques a Joviano, se ha pensado en discursos compuestos y pronunciados en reuniones privadas de círculos hostiles a Joviano.

[301] Se trata de los Juegos Olímpicos del año 364. Libanio había escrito numerosas cartas a Celso, el siriarca de estos juegos, mostrándole su interés por ellos (*Epíst.* 1117-1183, 1189, 1147-1148, 1399, 1400, 1459). Libanio había pronunciado el discurso inaugural de unos juegos anteriores (los del 360 o el 365 según Petit) y rehusó el honor en esta ocasión según se desprende de la *Epíst.* 1243.

[302] Cf. *Epíst.* 1247 y caps. 198 y 247.

[303] En la *Epíst.* 1483 (año 365) Libanio habla de su gota y de su afección de cabeza.

No me sentía angustiado sólo por mis anteriores temores, entre los que se encontraban, entre otros, el miedo a que una tempestad arrancara nuestra ciudad de sus cimientos para llevársela por los aires y arrojarla al Océano[304], sino que cobré miedo también a la muchedumbre que salía a mi encuentro, rehuía el centro de la ciudad, sentía temor de la inmensidad de los baños así como de todas las casas salvo la mía; una nube se me ponía sobre los ojos, la respiración se me hacía dificultosa, unos mareos se apoderaban de mi cabeza y tenía siempre la sensación de que iba a caer a tierra, hasta tal punto que, al llegar la noche, entonaba un canto a la Fortuna por considerar un logro el no haberme caído. 141

Entre todos esos males había sólo un aspecto en el que conservaba mi moderación: no rehuía ni los discursos ni las clases. Y en eso precisamente encontraba un consuelo, en trabajar en esos temas agradablemente en casa echado en la cama y en la escuela sobre un lecho. Sin embargo, el camino de ida y de vuelta representaba un grave riesgo; las declamaciones públicas estaban fuera de lugar y la visita de un amigo me resultaba desagradable. Al igual que los que se disponen a emprender una larga travesía invocan a los Dioscuros, así también, al salir de casa, invocaba yo a los dioses para que impidieran los trastornos que esperaba. 142

Esta marea de males duró cuatro años. Busqué refugio, 143
por mediación de un sirviente[305], en aquel que está siempre

[304] Velada alusión a las pasadas disensiones entre Antioquía y Juliano, formulada en un estilo épico (cf. *Ilíada* VI 345 ss.).

[305] Que lo condujo muy probablemente al templo de Asclepio en Egas de Cilicia, a donde acudió Libanio a consultar al dios en diferentes ocasiones entre los años 362 y 365 (cf. *Epíst.* 706-708, 1300-1301, 1374, 1483). Como es sabido, las consultas a Asclepio se realizaban mediante el rito de la *incubatio,* en el que el consultante, tras unos sacrificios y purificaciones previos, se echaba a dormir en el santuario del dios, quien, en el curso del sueño, le inspiraba ensueños que orientaban al enfermo sobre el procedi-

presto a llevar socorro, en el poderoso Asclepio. Me dijo el dios que había hecho mal en apartarme de mis costumbres habituales y volví a beber el antiguo remedio; con ello algo gané, aunque el mal no quedó totalmente extirpado. Mas el dios me dijo que me concedería también esa gracia. Yo sabía que era impío desconfiar de la palabra de un garante de tal calidad, sin embargo, sí que me era posible preguntarme si algún día parecería merecedor de obtener esa gracia. Y cuando iba a terminar el séptimo año después de la cincuentena[306], el dios, en tres ensueños, dos de los cuales en pleno día, me fue quitando en cada uno de ellos una parte no pequeña de mi enfermedad y me restableció a un estado que ojalá nunca me retire.

144 De ese modo, cuando llegó el emperador[307], pude soportar el resplandor de las armas y de los dragones así como el estruendo alborotado de los instrumentos, cosas todas ellas cuya descripción no habría tan siquiera soportado antes oír. Poco después le hice el regalo de un discurso[308], ⟨una narración de sus hazañas⟩ con la que el emperador pareció más complacido que con la realización de las mismas. Y sin embargo, se quedó sin oír sus hechos más importantes, los éxitos conseguidos contra los escitas. Porque la mitad del discurso, a causa de la extensión del mismo, había sido pospuesto para más tarde y así los que prefirieron que el emperador no se

miento curativo a seguir, cuando no era el propio dios el que se aparecía para impartir esos consejos o incluso intervenir personalmente en la curación.

306 Curiosa expresión para decir cincuenta y siete años. La fecha de la curación es la del 371, el año en que Valente llegó a Antioquía.

307 La llegada de Valente a Antioquía, para preparar la campaña contra Persia, tuvo lugar el 10 de noviembre del año 371.

308 Un panegírico en el que ocupaba un lugar central la victoriosa campaña de Valente contra los godos de los años 366-368 (Amiano Marcelino, XXVII 5). Nótese cómo Libanio prefiere la vieja denominación de escitas, ya en desuso, para los godos.

deleitara en las verdaderas praderas de las Musas, pusieron fin a mi declamación en el punto en que me había detenido. No tenían miedo alguno de los discursos de los otros[309]; mis palabras, en cambio, los aterrorizaban más que la Gorgona. Aún así, para el emperador dejé de ser un desconocido.

Peroración[310]

Obra tuya fue también, oh divinidad, el establecimiento de la ley que protegía a los hijos ilegítimos. Que dicha ley la ideara el mayor de los dos emperadores y la pusiera en vigor uno de sus decretos, cabe achacarlo a la intervención de la Fortuna en favor de cuantos estaban necesitados de esa ley. Mas que el emperador más joven, que no estaba en absoluto de acuerdo, le diera públicamente su total aprobación y la pusiera en vigor, ¿cómo no juzgarlo una decisión de mi propia Fortuna, toda vez que ella sabía que yo necesitaba la autorización que la ley proporcionaba? Ella me libró de una preocupación importante y pesada, ya que el mismo día que me hubiera traído a mí la muerte, habría traído a mi hijo la necesidad más extrema[311]. 145

[309] Estos rivales de Libanio eran no sólo sofistas rivales, sino también oradores cristianos, muy activos en un momento en que se desencadenó una cierta persecución contra los amigos y partidarios de Juliano (cf. caps. 146 y 172).

[310] En los capítulos 145-155 Libanio vuelve al tema inicial del discurso, el de su Fortuna personal, referida a sus asuntos privados (caps. 145-47), a su carrera de sofista (caps. 148-53) y a sus declamaciones públicas (caps. 154-55).

[311] Al poco de regresar a Antioquía y tras la muerte de su prima y prometida, Libanio tomó como concubina una mujer de humilde condición, muy probablemente servil (cf. cap. 278). De ella nació, hacia el año 355-356, su hijo Cimón, llamado primeramente Arabio. Durante el reinado de Juliano *(Disc.* XVII 37) y de Joviano *(Epíst.* 1221, 6), Libanio había intentado, sin éxito, conseguir el reconocimiento legítimo de su hijo. Por ello considera ahora la disposición de Valentiniano, ratificada por

146 Y por lo que hace a mis enemigos —y que no se crea que hago caso omiso del consejo de Homero que prohíbe «jactarse sobre los cadáveres de los muertos[312]», porque no es con esa intención con la que voy a recordar lo que sigue, sino para no pasar por alto ninguno de los dones recibidos de la Fortuna—, pues bien, esos enemigos no se abstuvieron de emplear contra mí ningún discurso, ningún acto, ninguna estratagema; por el contrario, unos consideraban suficiente colmarme de insultos; otros, en cambio, consideraban que nada valía la pena salvo mi muerte; y aquellos a los que les hubiera resultado gozoso atar mi cadáver a un toro y dejar que lo arrastrara entre las rocas, a todos esos que me combatían hacía ya tiempo, pero que no podían acusarme de nada fundadamente, la diosa se apresuró a eliminarlos, sin necesidad de que yo actuara ni buscara mi defensa en las maldiciones. Pues ¿qué necesidad había de maldiciones, cuando la diosa lo conocía todo, al ofensor y a la víctima, al culpable y al inocente?

147 Hay que decir que la mayoría de ellos, antes de morir, sufrieron algo que la gente sensata considera peor aún que la muerte: «ver muchos males[313]» antes de abandonar este mundo. Y así, por ejemplo, un hombre agarró con una mano a uno de ellos, un adúltero, por sus partes pudendas y, con la otra, se las cortó con una navaja de afeitar[314].

Valente en el año 371, que permitía a su hijo heredar un cuarto de su patrimonio, como un regalo de la Fortuna.

[312] *Odisea* XXII 412.

[313] Una nueva cita homérica, *Ilíada* XX 61.

[314] Sin embargo, el derecho del marido injuriado a vengarse personalmente había sido ya derogado por la *lex Julia de Adulteriis* y el castigo del adúltero corría a cargo del estado. Por ello NORMAN *(comm. ad loc.)* tiene sospechas de que se trate de un episodio real.

Vale la pena añadir a todo ello un pequeño suceso no sin 148
importancia. Puede, en efecto, que a alguno de vosotros le parezca que me detengo en futesas, mas yo sé bien que ese suceso fue una mordedura en mi alma y que lo sufrí como una gran desgracia. Yo poseía la *Historia* de Tucídides, escrita en pequeños y graciosos caracteres, y el volumen entero era tan fácil de llevar que yo mismo lo llevaba, aunque me acompañara el esclavo, y su peso era una delicia. En ese libro solía leer la guerra de peloponesios y atenienses y me ocurría lo que quizás algún otro ha experimentado ya: nunca jamás podría haber obtenido el mismo placer al leerla en otro ejemplar.

Como yo alabara muchas veces y ante mucha gente mi 149
posesión y me sintiera más dichoso que Polícrates con su anillo[315], atraje, con mis elogios, la atención de unos ladrones. A algunos de ellos los pude detener en el acto, el último, sin embargo, prendió fuego[316] para no ser detenido. Y así concluyó mi búsqueda sin que pudiera, por ello, verme libre de mi pesadumbre. El enriquecimiento que podría haber obtenido de la lectura de Tucídides, que habría sido grande, se fue haciendo menor por leerlo sin agrado escrito en letras distintas.

Pero es que hasta a este pesar, aunque tarde, también le 150
puso remedio la Fortuna. Yo no dejaba de hablar del incidente en mis cartas a mis amigos, describiendo con pena el tamaño del libro, su aspecto interior y exterior, preguntándoles «¿dónde está ahora?» y «¿en qué manos?». Uno de mis estudiantes, compatriota mío, que lo había comprado,

---

[315] Para el anillo de Polícrates, *vid.* HERÓDOTO, III 40 ss.

[316] No hay necesidad de alterar el texto, como pretenden Foerster y Reiske. El ladrón avivó el fuego del brasero para provocar un incendio y huyó en la confusión.

vino para ejercitarse en su lectura y su maestro[317] exclamó «helo aquí», al reconocer el libro por las trazas, y vino a preguntarme si su opinión era errónea. Yo lo tomé en mis manos y manifestando mi alegría con expresiones con las que se celebra la aparición de un hijo perdido durante tanto tiempo y al que ya no se espera volver a ver[318], me retiré lleno de gozo; entonces y hasta ahora reconozco la gracia que me concedió la diosa. Ríase quien quiera por habenne dilatado en un asunto banal, pero, en mi opinión, nada hay que temer de la burla de un ignorante.

151 La razón por la que podría considerarme extremadamente desgraciado, voy a exponerla ahora. Si cualquier padre que ha entregado a la tumba a muchos hijos y ha acompañado los lechos que conducían sus cadáveres es un ser desgraciado, ¿cómo no he yo de contarme entre el número de los desventurados, por haber dado sepultura a muchos y excelentes alumnos y enviado, en sus féretros, a otros a su ciudad de nación?

152 Al igual que Trasíbulo cortaba las espigas que sobresalían de las otras[319], así también me arrebató la Fortuna a mis mejores discípulos. Comenzó la diosa ya con ocasión de mis primeras clases en Bitinia y ha continuado hasta hoy, absteniéndose de llevarse a los que no eran brillantes y arrebatando, en cambio, a los que gozaban ya de reputación o iban a tenerla en su momento.

---

[317] El joven, estudiante en la escuela de Libanio, está todavía en manos del *grammatistḗs* o maestro de primeras letras.

[318] En esta descripción Libanio se atiene a las convenciones de la Comedia Nueva, derivadas de la tragedia, en que un familiar perdido es reconocido mediante señales, *anagnōrísmata*.

[319] Trasíbulo, tirano de Sición, eliminó a sus adversarios siguiendo el consejo del oráculo de Delfos de cortar las espigas que descollaran (cf. Heródoto, V 92).

A quienes creen, pues, hablar coherentemente cuando 153 preguntan: «¿a qué oradores nos ha desvelado?», yo les contesto que, si pudieran ir al Hades, verían a muchos[320] cuya muerte ha privado, como en un castigo, a muchas ciudades de sus consejos y de sus cualidades administrativas; ha privado a los tribunales, que han perdido, así, a buenos aliados de los justos, y ha privado también a las cátedras, protegidas unas por Hermes y otras por Temis, de su presencia[321].

Y, desde luego, también esto me hizo desgraciado: el 154 establecerme como profesor de retórica cuando la retórica se encontraba en un momento de debilidad, estaba falta de consideración y era objeto de insultos, mientras que otros maestros suscitaban esperanzas. Si no conocierais sus enseñanzas, sería necesario decir sus títulos. Pero bien conocéis a los que juzgáis dichosos por afluir a ellos la riqueza y a los que compadecéis por cultivar la elocuencia[322].

La Fortuna diría, si pudiera, como en los dramas[323], to- 155 mar la palabra: «Aunque tu arte ha tenido que luchar con innumerables obstáculos, tienes, al menos, que confesar que

---

[320] Alusión a la *Nékuia* de la *Odisea,* en la que Ulises desciende al Hades para interrogar al adivino Tiresias sobre el camino de regreso a Ítaca.

[321] Enumeración de las posibles carreras que la retórica abría: administración provincial y municipal, derecho y letras.

[322] Quejas semejantes sobre el declive de la enseñanza de la retórica en caps. 213 ss., 234; *Disc.* II 43 ss.; XL 5). La competencia venía, sobre todo, del estudio del latín y del derecho, que cobrarán un gran auge bajo el reinado de Constancio. Para todas estas cuestiones *vid.* P. Petit, *Les étudiants,* págs. 179-85. Norman *(comm. ad loc.)* comenta, con el apoyo de un texto de Procopio *(Epíst.* 80), que la actitud de Libanio no estaba dictada sólo por su interés como profesor, sino, sobre todo, por la estrecha relación entre retórica, paganismo e independencia curial.

[323] En algunos prólogos de la Comedia Nueva, una divinidad abría, con un parlamento, la obra (cf. el prólogo de Pan del *Díscolo* o el de Fortuna en el *Escudo* de Menandro).

has recibido de mí algo que merece un alto precio: el haber compuesto numerosos discursos, que tus composiciones hayan sido juzgadas excelentes, al punto que, aún en vida tuya —lo que necesariamente suscita la envidia— la multitud de los que sienten pasión por tu arte considere insuficientes las manos, numerosas, de los copistas de tus obras. Y no olvides que en toda escuela de retórica tus discursos se ven tanto en las manos de los enseñantes como en las de los estudiantes». Y por todo ello, amigos, yo rindo agradecimiento a la Fortuna y le pido un futuro siempre mejor[324].

Primera adición (resumen de los acontecimientos posteriores al año 365)

156 Ahora bien, no sé cómo se me ha pasado mencionar a Eterio y a Festo, gobernadores los dos de Siria que ejercieron sus mandatos antes de que Valente llegara aquí[325]. Uno de ellos, Festo[326], desconocía la lengua griega y era persona desequilibrada, lo que, sin embargo, no le disuadió de aceptar el cargo. Una tarde, después de su llegada, hizo ir a su

[324] El discurso termina, igual que al comienzo, con ecos de la *Antídosis* de Isócrates (86-87), volviendo así al tema inicial del discurso, las bendiciones de la Fortuna.

[325] Valente llegó a Siria en 371, lo que no permite establecer con exactitud las fechas del gobierno de Festo y Eterio. Para las fechas de los diferentes gobernadores *vid.* Downey, *Comites Orientis and Consulares Syriae,* y Norman, «Notes on some Consulares of Syria», *B. Z.* 51 (1958), 73 ss.

[326] Festo era de Trento, fue consular de Siria en 365-366, después *magister memoriae,* cargo durante el cual compuso su *Breviarium,* y finalmente procónsul de Asia (Jonia, como gusta decir Libanio) entre 372-373. Como procónsul, siguió una política de hostigamiento de los paganos, siguiendo las indicaciones de su protector Máximo, prefecto pretoriano de la Galia. Para este personaje *vid.* el sustancioso comentario de Petit *(comm. ad loc.).*

casa a Eubulo[327] y mantuvo con él una entrevista, sirviéndose de un intérprete de confianza —Eubulo confesó que deseaba mi muerte, para recobrar algo de su reputación—, y, de ese modo, Festo le vendió a Eubulo el odio que sentía hacia mí al precio de lo que éste comía cada día: gordos patos, buen vino y faisanes.

Festo, en consecuencia, no me veía con buenos ojos y 157
hablaba de mí como de un malhechor y me hacía todo el daño que podía. Un día en que se había reunido un auditorio en torno a mí, intentó disolverlo invitando a los que ya habían tomado asiento a oír una carta imperial, amenazándolos con el exilio cuando acabara la lectura de la carta[328]. Estaban presentes, en esa ocasión, unos secretarios para tomar los nombres de los que no se levantaran. Porque él estaba convencido de que yo me opondría y no permitiría que mis oyentes se marcharan, lo cual bastaría para condenarme a muerte. En esa ocasión, unos se marcharon por la fuerza, volviéndose, una y otra vez, hacia mí y hacia lo que iba a decir; los que pudieron oírme, me oyeron lamentando la ausencia de los que se habían ido contra su voluntad.

Sentía, pues, odio hacia mí y conspiraba contra mí; pero 158
por ese odio debo yo reconocimiento a la Fortuna, que no

---

[327] El *principalis* que había sido protector de Acacio (cf. cap. 90 y 116) y que se alía ahora con el gobernador para aumentar la influencia de su grupo, enemigo de Libanio, en la curia.

[328] *Decuriones* y *honorati* estaban obligados a acudir a la convocatoria del gobernador para asistir a la lectura de cualquier orden del emperador. Festo llega incluso a enviar a unos secretarios que tomen nota de cualquier manifestación de descontento o repulsa a sus órdenes. El pasaje ofrece dificultades de interpretación; sigo aquí la interpretación de Petit («al final de la lectura de la carta imperial», cuando la amenaza de Festo será llevada a efecto) frente a quienes entienden «al final de la lectura de mi declamación», ya que Libanio no acostumbraba a leer sus declamaciones ante grandes auditorios.

me hizo amigo de un hombre que, más tarde, sintió miedo de que la enfermedad acabara con Máximo antes que su espada[329]. Una vez conseguida esta victoria, se glorió de ella el miserable. No me doblegó, sin embargo, con ello, gracias sean dadas a Adrastea[330], aunque tramó contra mí una intriga sirviéndose de Martirio, un pisidio que amaba a los atletas, un hombre irreprochable, por lo demás, pero que a Festo le parecía un mago porque frecuentaba a los pugilistas[331].

159 Habló sobre ello a solas con Valente diciendo que nos implicaría en este asunto con facilidad a mí y a Eutropio[332], pero se marchó a toda prisa a Jonia para hacerse cargo de su puesto, de forma que Martirio hizo reír mucho al tribunal al no poder los jueces enterarse de cómo podía haber sido él inculpado,

[329] Máximo de Éfeso, filósofo neoplatónico, de la escuela de Jámblico, que cultivó muy especialmente la teurgia y la magia. Juliano fue discípulo suyo y sin duda influyó en la decisión del futuro emperador de abjurar del cristianismo. A la muerte de Juliano gozó, durante algún tiempo, del favor de Valente, aunque ya en 364 fue encarcelado, castigo del que se vio libre gracias a la intervención de Temistio. Finalmente fue ejecutado por orden de Festo. La enorme influencia que Máximo ejercía en Juliano así como su exaltado misticismo, muy próximo, por otro lado, a la charlatanería, no lo hacían simpático a los ojos de Libanio, que, sin embargo, en este momento ve en él una víctima de la «locura» de Festo.

[330] Divinidad semejante a Némesis, a la que está con frecuencia asociada, y que se vengaba de los que se jactaban de ser protegidos de la Fortuna.

[331] Este personaje es conocido sólo por esta mención de Libanio.

[332] Eutropio parece ser efectivamente el historiador, autor de un *Breviarium* sobre la historia de Roma *(Breviarium ab urbe condita)*, que tomó parte en la campaña contra Persia de Juliano y fue *magister memoriae* de Valente, al que dedicó su obra. Eutropio, natural de Cesarea de Palestina, y sobrino de Acacio, el sofista rival de Libanio, desempeñó una serie de cargos públicos: procónsul de Asia en 371-372, prefecto del pretorio de *Illyricum* y cónsul. Su paganismo le hizo objeto de persecuciones en diferentes momentos, aunque logró escapar a ellas.

cuando el origen[333] de la causa permanecía en la más completa oscuridad[334]. Como premio de su maldad Festo recibió una boda con una mujer joven y de gran fortuna. Y todavía hoy lleva una vida de lujo en las ciudades que él arruinó[335].

Eterio murió no sin haber conocido antes muchas y grandes calamidades, entre otras la pérdida del habla y del oído. También él se comportó perversamente conmigo, como si estuviera apesadumbrado por haber encontrado apoyo en mí en Bitinia[336] y buscado refugio en mi persona cuando sentía alguna amenaza. Debo dejar de lado los insultos que dedicó a mi oratoria, con los que trataba de obtener el favor de un hombre rico y sin hijos. 160

Pero fue ese, desde luego, el que me plantó en medio de una multitud de cocheros, palafreneros y gente cuyo trabajo consistía en abrir las puertas de los carros; a unos los golpeaba, a otros los amenazaba con quemarlos vivos. A un viejo 161

---

[333] Imposible recoger en la traducción el juego de palabras basado en el doble sentido de *arché*, «origen, inicio» y «autoridad, magistrado»; lo que dice el texto es que no se podía establecer el origen de la acusación ni se podía presentar al magistrado que la había tramitado.

[334] Oscuro es realmente todo este asunto tan concisamente narrado. Norman *(comm. ad loc.)* sugiere que la acusación de Festo contra Martirio pertenece a otro momento (365), aunque parece poco probable, dado que la acusación contra él se produjo antes de que Festo partiera para Asia. Dada la dificultad del pasaje, Petit *(comm. ad loc.)* sospecha que el relato es deliberadamente oscuro, ya que los cargos contra Libanio debieron consistir en una acusación de haber participado en una sesión, organizada por los enemigos de Valente, de adivinación del nombre de su sucesor, lo que era considerado como un crimen de traición.

[335] Festo murió efectivamente en el año 380 *(Prosop.*, pág. 334).

[336] Libanio protegió efectivamente a Eterio durante su estancia en Nicomedia (cf. cap. 147). Recordemos que este Eterio fue *consularis Syriae* en 366. La conducta de Eterio hacia Libanio se inscribe en el marco de las restricciones a la libertad de expresión que siguieron a la revuelta de Procopio en 365.

cochero le desgarró a golpes los costados, suceso por el que la multitud prorrumpió en gritos; en cuanto a mí, me costó trabajo evitar la vista de la sangre. Y todo ello por la simple acusación de un loco que puso de manifiesto su locura también en el mismo proceso judicial[337].

162 Y fue él también el que me ordenó comparecer ante el tribunal, argumentando que yo guardaba la prueba de las prácticas mágicas de Filúmeno[338]. Pero toda la prueba era que yo le había aconsejado que se abstuviera de acusaciones calumniosas y se mantuviera alejado de problemas. Ésa fue la razón por la que me vi citado ante el tribunal. A él, en cambio, no le parecía en absoluto terrible que yo tuviera que presentarme y afrontar el interrogatorio por razones tan estúpidas. Yo abandoné el tribunal, compadeciendo al juez por la insensatez con la que pretendía impartir justicia, mientras muchos de mis amigos afluían rodeándome para consolarme con las razones que cada uno traía preparadas. Pero yo no hacía nada para que esas razones fueran necesarias. A tal punto había quedado intacto.

---

[337] El pasaje es extremadamente oscuro, sin que sepamos ni la razón por la que Libanio se vio obligado a mezclarse con gente tan humilde ni la acusación que dio origen al mencionado proceso. En todo caso, queda clara la intención de Eterio de agraviar la dignidad social de Libanio implicándolo en un asunto vulgar.

[338] Filúmeno era un colaborador de Libanio, en cuya escuela enseñaba (cf. *Epíst.* 1355 del 363). Las acusaciones de prácticas mágicas fueron especialmente frecuentes y peligrosas a partir del 371. Con esta acusación completa Eterio intriga contra Libanio para desprestigiarle como profesor, dañar su imagen pública y acusarle formalmente de complicidad en la práctica de la magia. El relato de los hechos, como hemos visto, es oscuro, pero el sentido general parece claro.

Fidelio era un compatriota de Festo, hombre rudo, cuya misión consistía en ocuparse de los bienes del emperador[339]; su amistad con Eubulo tenía el mismo fundamento que la que le unía a Festo. Habiéndose ganado a Eubulo con muchos regalos y banquetes, lo azuzó contra mí y le aconsejó presentar cargos contra mi persona por uno de mis discursos. La acusación consistía en que el discurso, un elogio del tirano[340], estaba escrito y guardado en mi casa, por ser yo el autor. Y que era cosa fácil hacerse con él por medio de unos alguaciles. 163

Fidelio consideró más oportuno sumar al general[341] a su causa, un hombre cuyos servicios habían sido muy valiosos a Juliano y lo eran entonces también para Valente; era hombre temible tanto para los enemigos como para los malos ciudadanos; respetaba la filosofía y la elocuencia y no esta- 164

339 Funcionario financiero *(rationalis)* perteneciente al servicio del *comes sacrarum largitionum*. Los hechos narrados en estos capítulos (163-66) debieron de ser un poco posteriores a la revuelta de Procopio, derrotado en 366.

340 Libanio niega que escribiera un encomio de Procopio. Es posible que así fuera, aunque no faltan noticias sobre las buenas relaciones de Libanio y sus discípulos con el usurpador (cf. cap. 171; *Disc.* LII 56 ss.; AMIANO MARCELINO, XXVII 8, 5). No debe extrañarnos que tanto Libanio como las clases altas de Antioquía vieran con buenos ojos el intento de Procopio, pariente de Juliano y pagano como él.

341 Se trata de Lupicino, que había sido nombrado por Joviano «general», es decir, *magister equitum per Orientem* (AMIANO MARCELINO, XXVI 5, 2). Aunque sirvió a Juliano en la Galia (AMIANO MARCELINO, XVIII 2, 7; XX 1, 20; 4, 3), permaneció fiel a Valente durante la revuelta de Procopio («temible tanto para los enemigos como para los malos ciudadanos» hace referencia a estos aspectos de su carrera). Como la campaña de Valente contra Procopio en Asia Menor tuvo lugar en la primavera del 365 y su regreso a Antioquía es posterior, toda esta intriga de Fidelio debió de tener lugar en el 366. Digamos, para concluir esta noticia, que Lupicino era cristiano, dato este que Libanio calla, haciendo hincapié en sus cualidades «naturales».

ba él mismo falto de elocuencia en el trato con los filósofos. Tal era el hombre de natural.

165 Este Lupicino jamás me había visto personalmente, pero quizás se había formado ya, por algo que había oído, una cierta opinión de mí. Así dijo a Fidelio: «Mantén silencio, amigo, y deja el asunto en mis manos». Después me mandó buscar, me hizo su amigo y me dio autorización para recurrir a él si en algo lo necesitaba. En cuanto a esos individuos que se burlan de los templos, aunque tienen su patrimonio en el dios celestial[342], los invitó a olvidarse de sus jactancias y a contemplar con celo mi situación. Tal fue la tormenta que provocó la diosa y tal también la forma en que la calmó. No porque yo hubiese compuesto jamás un discurso de ese tenor, sino porque Fidelio, tras fracasar en su primer intento, hubiese continuado sus maquinaciones hasta conseguir su objetivo.

166 Tuve ocasión de pagar mi deuda a este hombre por no haberse dejado arrastrar. Porque si pudo obtener del empe-

---

[342] Sigo el texto de Petit *ouraníou* («celestial»), que es el de los manuscritos, frente a la corrección de Foerster, seguido por Norman y otros, *ouranoû* («del cielo»). En realidad, la diferencia de interpretación del pasaje deriva más de la palabra que sigue, *klēroûchoi*. Dejando de lado alguna interpretación que imagina la existencia de un obispo o sacerdote Uranio, Norman y otros editores entienden la expresión como un eco de la expresión cristiana *oranoû klēronómoi*, «herederos del padre celestial» (cf. Pablo, *Epíst. a los romanos* 8, 17 y Mateo, 6, 14), y así traduce Norman *(Autobiography)*, por ejemplo, «these heirs to the kingdom of Heaven». Petit recuerda que *klēronómos*, «heredero», no es exactamente lo mismo que *klēroûchos*, término clásico que designa al poseedor de un lote *(klêros)* de tierra, y que su uso en este pasaje es una alusión clara al *klêros* cristiano, es decir, a los clérigos que reciben de Dios todo su patrimonio, apoyándose en toda una serie de pasajes del Antiguo Testamento.

rador encontrarse entre los cónsules[343], de mí obtuvo ⟨el ganarse la voluntad de⟩ Arquelao. De éste recibí numerosas muestras de la gran estima que me profesaba y, entre ellas, el que considerara un deber venir a mi casa a visitarme, un honor que él inició, ya que no seguía en ello la conducta de nadie. Al tener noticias de ello me adelanté a rogarle ⟨un solo favor:⟩ prefería que el anciano permaneciera en su casa; su sobrino —fuerza es reconocerlo— me visitó[344].

A Protasio[345] le llenaron los oídos de discursos contra 167
mi persona hombres que no eran nadie, pero que consiguieron influencia después del asesinato[346] de Juliano. Éstos andaban aterrorizándolo, repitiéndole que su mandato sería vergonzoso, si no me alejaba de sus puertas. Y, así, añadieron a su comitiva a un miembro de su cofradía para que le acompañara en su viaje hasta aquí y mantuviese vivo en él el pánico. Venía él, pues, con la intención de humillarme; mas caminaba agobiado por una enfermedad que fue agravándose con el viaje. Llegó a su residencia de noche, sin recibir

---

[343] Lupicino fue nombrado cónsul por Valente en el año 367. Libanio, como hombre educado, devuelve el favor recibido actuando de intermediario entre Lupicino y Arquelao. Arquelao había sido *comes Orientis* entre 335-340 *(Prosop.*, pág. 100). En esta fecha de 367/8 debía de ser ya muy mayor, por lo que actúa a través de su sobrino homónimo, que fue *comes sacrarum largitionum* en 369.

[344] Sigo el texto, con ligeras discrepancias de interpretación, de Norman, que apura el texto de los manuscritos, sin alterarlo. Petit *(comm. ad loc.)*, por el contrario, considera el capítulo lacunoso.

[345] Consular de Siria en tiempos de Valente entre 367 y 377 (cf. *Prosop.*, pág. 752). Nada más se sabe de este personaje que Gl. Downey *(A Study of the Comites Orientis and the Consulares Syriae*, pág. 21) cree *comes Orientis*.

[346] Una acusación, frecuente en la época, contra los cristianos. Cf. *Disc.* XVIII y XXIV.

ninguno de los saludos habituales[347], ya que su enfermedad se lo impedía.

168 Como fueran muchos los que le visitaban, mientras yo era el único en abstenerme de ello, le dijo a Zenón[348], uno de sus íntimos, que las acusaciones que se me habían hecho habían quedado desmentidas por los hechos, ya que la persona que, según decían, importunaba a los magistrados, no se le había tan siquiera acercado. Zenón respondió que eso era exactamente lo que él esperaba, ya que yo no iba a la residencia de los gobernadores más que lo que ellos venían a la mía; y que yo concedía ese placer a quienes amaba; pero que a los que no amaba ni siquiera los conocía. Eso fue lo que oyó, pero, aun así, era evidente que tenía la intención de dañar mi reputación. Fue la muerte la que le impidió hacerlo.

169 Vino, después, otro Protasio[349], igual en todo al primero, al menos en su actitud hacia mí. Éste frecuentaba la escoria de la tierra[350], mientras volvía inaccesible su residencia a todo aquel del que hubiera podido aprender algo. Él creía hacerme daño, pero sus acciones revertían, en realidad, en beneficio mío. Esperaba una invitación para asistir a mis declamaciones públicas; pero yo acogía a otros, mostrándole que no tenía ninguna necesidad de él. Actitud esa que

---

[347] La práctica de la *salutatio* o recepciones formales a la llegada o partida de los potentados era obligación impuesta a la curia y a los *honorati*.

[348] Mencionado sólo en este pasaje.

[349] Quiere decir otro individuo igual al anterior, no del mismo nombre. El sentido general de este capítulo y el siguiente es claro: el nuevo consular de Siria, evidentemente un cristiano, aprovecha un caso de indisciplina estudiantil para arremeter contra los docentes y minar su prestigio. Su conducta, sin embargo, levanta protestas y acaba enfrentándose a la autoridad militar.

[350] Los cristianos. Para el vocabulario con que Libanio se refiere a los cristianos *vid.* Petit, *Lib. et vie munic.*, pág. 204.

hinchaba de odio su corazón, como mostró en el caso de una acusación formulada contra dos estudiantes: hubiera sido obligado, en el caso de que fueran culpables, imponerles a ellos el castigo; sin embargo, echó sus redes sobre el cuerpo entero de profesores, no porque los acusara a todos, sino para ocultar, con esta medida general, su intención hostil hacia mí.

Los dos jóvenes estaban desnudos y colgados para reci- 170
bir los azotes; un tal Olimpio actuaba como asesor[351]. Yo no tenía relaciones con éste, pero la ley estaba siendo violada. Él fue lo suficientemente inteligente como para impedir, con los gritos que daba, que el gobernador llevara a cabo la flagelación. Confundiendo tanto de pensamiento como de palabra su ultrajante conducta con la sensatez, alzó sus armas contra el general y se vio obligado a entrar en razón y quedar en situación humillante. Y ése fue el fin de su poder.

Pero vuelvo a Valente[352]. El hecho de que no diera muer- 171
te, tras matar al tirano, a los partidarios de éste, mostró que era hombre de bien, ya que la muerte de mi amigo Andronico[353]

---

[351] Aunque, como hemos visto, el sentido general del relato es claro, las dificultades se acumulan a la hora de establecer quién es quién y qué papel desempeña en este pequeño drama. Norman *(comm. ad loc.)* se inclina, con argumentos sintácticos y de estilo, por la solución de Reiske, que identificaba a Olimpio con el asesor del gobernador, que protesta en el último momento por el castigo impuesto. El general queda sin identificar (¿Lupicino, Julio?), toda vez que no se puede fechar este suceso ni antes ni después del 371, año en el que Lupicino es sustituido por Julio.

[352] Libanio vuelve al año 366 y al castigo de los partidarios de Procopio, tras la derrota y muerte de éste.

[353] Para la vida y la muerte de Andronico, cf. *Disc.* LXII 56-61 y Seeck, *Briefe,* pág. 71 ss. Antiguo alumno de Libanio, aceptó de Procopio el nombramiento de consular de Bitinia y, luego, de vicario de Tracia.

fue más obra de ese zorro de Hierio[354] que del emperador al que había engañado. Cuando creía haber comprado la seguridad al precio de la clemencia, descubrió otra conspiración, la de Fidustio[355] y aquellos a los que éste había sublevado contra el trono. Y así el emperador procedió, al comienzo, contra los culpables, pero a la lista se añadieron los nombres de personas que no sabían nada de tal traición. Cualquier adivino se volvió un enemigo suyo, así como todo aquel que recurría al arte de la adivinación en su deseo de obtener de los dioses alguna señal sobre sus asuntos privados. Y ello porque estimaba difícil que, estando por medio un adivino, no se sirvieran de él para asuntos de mayor importancia.

172 Los delatores aprovecharon la violencia del emperador para removerlo todo dirigiendo su avidez contra todos[356]. Valente creía —y era una creencia provocada por la envidia de mis enemigos— que mi culpabilidad sería en cualquier caso probada con el testimonio de uno solo de los que eran sometidos a tormento. Se dice que él mismo llegó a pre-

[354] Pagano y prefecto de Egipto en 364 *(Prosop.,* pág. 430) había sido recomendado por Libanio a Andronico en el año 360, a la sazón gobernador de Fenicia.

[355] Con la mención de Fidustio (cf. Amiano Marcelino, XXIX 1, 6), un personaje por demás desconocido, Libanio introduce el relato de la conjura de Teodoro, que estalló en Antioquía en el año 371. El asunto de Teodoro no fue exactamente una conspiración, sino, más bien, un acuerdo secreto de un grupo de personas que pidieron a unos adivinos el nombre del sucesor de Valente, que resultó ser el de un pacífico notario de nombre Teodoro *(Prosop.,* pág. 898), padre de Icario, futuro *comes Orientis* en 384. Para el procedimiento adivinatorio seguido en este asunto *vid.* Amiano Marcelino, XXIX 1, 29-32.

[356] Amiano Marcelino (XXVI 10, 6 ss.; XXIX 1, 20 ss.) da también noticia de esta inclinación de Valente a prestar oídos a las delaciones.

guntar a Ireneo[357] si había yo participado en la conjura y que quedó sorprendido al oír que no era así.

Yo estoy agradecido a la mántica, que mejoró los males 173
de mi cabeza, prescribiéndome qué debía y qué no debía hacer. Pero me podrían haber cortado la cabeza, dado que más peligroso que la muerte era haber encontrado socorro en la mántica[358], si hubieran recurrido a Adelfio. Éste consideraba la amistad como algo sagrado, pero no podía soportar la tortura, según él mismo confesaba, confesión que lo llenaba de vergüenza.

Nos solicitó, en consecuencia, que pidiéramos a la For- 174
tuna una muerte súbita como la que sobreviene a tanta gente[359]. Todos los demás hicieron esa súplica; a mí, en cambio, la expectativa de terribles sufrimientos[360] me parecía un mal menor que el de una plegaria tal. Y, en consecuencia, lloraba en silencio. Él se bañó, tomó su cena y la muerte lo acogió al mismo tiempo que el sueño. Al día siguiente por la mañana nos presentamos para asistir a su entierro, cuando

[357] No hay más información sobre este personaje, del que sabemos, sin embargo, que fue uno de los cabecillas de la conspiración de Procopio (cf. AMIANO MARCELINO, XXIX 1, 6).

[358] Es decir, ser sospechoso de prácticas mágicas.

[359] En mi opinión, Libanio está aludiendo eufemísticamente al suicidio que Adelfio, que prefiere la muerte a la tortura, planea. Libanio mantiene una clara reserva, de origen platónico, hacia el suicidio. No lo entiende así PETIT *(comm. ad loc.)* que cree, siguiendo a AMIANO MARCELINO (XXIX 1, 26), que Adelfio murió, como algún otro acusado, de una especie de infarto provocado por el terror.

[360] El texto griego es ambiguo, ya que puede ser interpretado como los sufrimientos que la tortura puede ocasionar a Adelfio o bien los sufrimientos del propio Libanio. Prefiero, con Norman, la primera alternativa, frente a Petit que se inclina por la segunda, si bien es interesante la observación de este último de que Libanio no fuera del todo inocente, como parece inferirse de algunas fuentes que lo acusaban de haber practicado la «alectoromancia» o adivinación por medio de los gallos.

llegaron unos guardias del palacio con la intención de prenderlo. Pero él se les había escapado con alada rapidez.

175 De las cartas un tanto incendiarias, enviadas de mi mano a otros o llegadas a mi poder de otros remitentes —en las que no había ningún delito— podrían haber tomado asidero los delatores. Mas la Fortuna con gran facilidad hizo desaparecer esos pretextos de modo que, entre miles de cartas ⟨intervenidas⟩, no se halló una sola mía[361].

176 La misma divinidad fue la que intervino en el asunto de Pergamio[362], quien mucho antes de esas adversidades me acusaba de un agravio que, aunque falso, creía haber recibido de mí. Se había convencido de ello y era mi enemigo; pero, aun cuando no lo hubiese sido, habría divulgado con su charlatanería alguna de las infamias que habrían de procurarme daño. Y el silencio que Aujencio[363] guardó en todo este asunto, en lo que a mí respecta, debe ser también considerado como un regalo de la Fortuna, ya que, pretendiendo no saber nada que yo no debiera también saber, mantuvo el asunto en secreto[364].

177 El emperador, al igual que un cazador que ha marrado el tiro y perdido la pieza, se dejó dominar por una terrible cólera. De ello resultó un peligro derivado de la extrema dureza

---

361 Recordemos que no se conservan apenas cartas de Libanio del período comprendido entre los años 365 y 388. Es decir que la benevolencia de la Fortuna encontró una buena aliada en la cautela de Libanio.

362 Acusado junto con Fidustio e Ireneo como responsable de la conjura (Amiano Marcelino, XXIX 1, 6). El historiador confirma la facundia peligrosa de Pergamio. Libanio alaba al personaje en algunas cartas del año 364 (*Epíst.* 1206, 1210-11, 1214, 1216).

363 Se trata probablemente de un *principalis* pagano de Tarso, que mantuvo correspondencia con Libanio entre 358-363.

364 Además de la acusación de alectoromancia, en el *Disc.* XXXVII 18 Libanio reprocha a su amigo Policles el haber extendido ciertos rumores sobre la práctica de la adivinación por los astros.

de un amo y el resentimiento de un esclavo. El esclavo era secretario y el amo practicaba la adivinación por las aves. Pues bien, en cierta ocasión pregunté a este adivino epistolarmente acerca de un cierto remedio, sin mencionar a los dioses, haciendo sólo mención de los médicos, por seguridad. Esa carta mía él no la quemó y el esclavo se hizo con ella y la conservó, para, si algún peligro le amenazaba en algún momento más tarde, ponerse a salvo por medio de mis cartas[365].

Y así, cuando buscó hacer daño a su amo y presentar una 178
acusación de adivinación por augurios, era esta carta mía lo que tenía como prueba, pues el juez comprendería qué quiere decir el término «médicos». Si hubiera caído en esa trampa de un modo o de otro, el emperador se habría lanzado al punto contra mí con grandes gritos[366]. Muchos fueron los consejos y las personas que intentaron disuadir al esclavo de hacer daño a su benefactor, porque en su benefactor me habían convertido los reproches y las críticas encendidas con que intenté repetidas veces contener a su amo. Pero él, aunque reconocía estos favores, decía que no eran importantes y que con la entrega de la carta podría liberarse a sí mismo[367]. Muchos que fueron a verlo para aconsejarle se volvieron sin conseguir nada. La divinidad lo convenció, sin embargo, de lo que no había conseguido ningún orador: me devolvió la carta y presentando el caso ante el tribunal lo perdió, privado de su más irrebatible prueba.

---

365 NORMAN *(comm. ad loc.)* se pregunta si el episodio narrado no está un tanto exagerado.

366 Para una descripción de la ciega inquina con que Valente persiguió a los conjurados cf. AMIANO MARCELINO, XXIX 1, 18-22.

367 Los traductores entienden diversamente el griego *oikétēs* como «servidor» o «esclavo». Prefiero entenderlo con NORMAN y PETIT *(comm. ad loc.)* como esclavo, además de por las razones aducidas en sus comentarios, por el hecho de que una de las motivaciones de este esclavo fuera conseguir la libertad como recompensa.

179 Y los peligros de aquel incendio fueron superados cuando Tracia llamó al emperador en su socorro, mientras los escitas la devastaban por completo, a excepción de las plazas fuertes. Y tras la formidable batalla con su inmensa carnicería y la muerte de quien había trabado combate con más ardor que arte[368], fue a los romanos un prefecto, que se iba a mostrar con las insignias de tal ya aquí[369], creyendo que ese proceder resultaría agradable a sus ojos[370].

180 Casi todos habían compuesto un panegírico, con un único tema: su clemencia. Los demás habían ya pronunciado sus palabras, pero el poeta Andronico, que estuvo demorando todo el tiempo su declamación, se retiró sin decir nada. La oportunidad me invitó a entrar en liza. El prefecto forcejeaba para que mi discurso fuera presentado a un auditorio reducido en su residencia; yo, en cambio, lo arrastraba a él a la sala del Consejo, donde esperaba una gran concurrencia[371]. Aceptó, pero entonces surgió un impedimento y todo mi esfuerzo fue, según me pareció, vano.

181 De momento, pues, se oyeron muchos gritos de decepción y se atribuía el suceso a mi mala fortuna. Pero poco después se entonaba el elogio de la divinidad, que me había librado a mí, al autor, de la hostilidad de una gran ciudad. Pues ciertas cosas que el panegirista debía necesariamente mencionar, para conservar la verosimilitud del discurso, le

[368] La batalla de Adrianópolis, con que terminó la campaña de Tracia, tuvo lugar en agosto del 378. Para la impresión que dicha derrota causó en Libanio cf. *Disc.* II 34, XXIV 2-5.

[369] Antioquía.

[370] Hipatio fue nombrado prefecto de Roma en 378, cuando se encontraba aún en Antioquía, en donde asumió las insignias del cargo para presentarse en Roma revestido de su autoridad.

[371] Tras el forzado silencio durante el reinado de Valente, Libanio se siente más seguro y pretende repetir el éxito que obtuvo con el panegírico de Estrategio en el *bouleutérion*.

habrían reportado la enemistad de una ciudad difícil de conquistar[372]. Así lo que pareció un mal resultó ser un bien.

Segunda adición

No fue así, desde luego, lo que voy a narrar, sino que fue un mal aparente y real y el mayor de los males. Cuatro hombres de casas principales, brillantes en sus estudios, brillantes en el ejercicio de sus cargos y que tenían la esperanza de brillar aún más, los cuatro fueron enterrados en el término de otros tantos meses. Y el emperador, ignorante de la desgracia, envió títulos a quienes yacían en sus tumbas. 182

Cuando aún los lloraba me sucedió el accidente del pie derecho. ¿Qué ciudad no ha oído hablar de él en los continentes o en las islas? Cuando, tras el baño, abandonaba el establecimiento para ir a cenar, al intentar poner fin a una reyerta, fui a caer en manos de un hombre enfurecido y me encontré en tierra. Y, rodeado por un muro de gente, mi caballo se vio forzado a arrancarme la piel del pie con su casco. Y a ello siguió una abundante hemorragia que cubría por igual todos mis miembros, al punto que no había entre los presentes nadie que no estuviera persuadido de que iba a 183

[372] El pasaje es oscuro, con dificultades serias de interpretación. PETIT *(comm. ad loc.)* piensa que la ciudad es Antioquía, argumentando que un discurso panegírico de Hipatio tendría que hacer necesariamente alusión al gesto del prefecto de tomar las insignias del cargo en Antioquía para complacer a los romanos. Y ello podía resultar desagradable a los antioquenos al comprobar la prisa con que uno de los suyos se dejaba seducir por el resplandor de Roma. NORMAN *(comm. ad loc.)* considera que la ciudad en cuestión es Roma y que la alabanza del proceder de Hipatio, asumir las insignias antes de su llegada a Roma, indignaría a los romanos. Bien sopesados los argumentos de uno y otro, me inclino, a pesar de las serias objeciones de Petit, por identificar, con Norman, la ciudad con Roma.

morir al instante, porque para los ausentes ya estaba muerto[373].

184 Ese accidente se produjo entre dos muertes, la de un esclavo y la de un hombre libre. El hombre libre, mediante sus servicios y esfuerzos, mantenía junto mi ganado; el esclavo me libraba de los efectos de la fatiga y me devolvía la fuerza para enfrentarme de nuevo al trabajo[374]. Se estaban celebrando los Juegos Olímpicos[375] en honor de Zeus Olímpico, pero el discurso que había compuesto para la festividad fue dejado de lado, mientras a mí me consumía, entre otros males, el insomnio.

185 Sé que este verano fue para mí verdaderamente amargo. Y a él siguió otro duro suceso. Otro esclavo que solía acompañar al fallecido en la tarea de aliviar mis cuitas y que, tras su muerte, ocupó su puesto, se marchó al campo para casarse[376]. Allí el calor insoportable y un agua malsana provocaron una epidemia y, a su regreso, murió. Por todo ello me oyeron los dioses muchas veces exclamar: «¡Oh, dioses!».

---

[373] En el *Disc.* XXXVIII 3 Libanio hace también referencia a este accidente que tuvo lugar en el 380.

[374] El hombre libre, que atiende a los estudiantes («su ganado»), puede ser su secretario Máximo (cf. *Epíst.* 1217 y *Disc.* XLII 3-5), al que sucedió Talasio. En cuanto al esclavo, es una suerte de criado o masajista que le debía de acompañar a los baños.

[375] Los juegos del año 380.

[376] Como hace notar NORMAN *(comm. ad loc.)*, una muestra más de la *philanthropía* de Libanio: el matrimonio entre esclavos era ilegítimo, aunque un buen amo podía permitir la unión y considerarla como estable. De hecho Libanio mostró gran aprecio por sus esclavos, a los que encarga misiones importantes, que requieren capacidad y confianza (cf. *Epíst.* 567-68 y cap. 143).

Sin embargo, otra vez hube de alabar a la Fortuna, que 186
provocó el ridículo de Carterio[377] y de sus protegidos. Éste concibió la idea de establecer aquí como profesor, por decreto del emperador, a esa peste de Gerontio[378]; tomó, pues, a éste y se puso en camino hacia Tracia con la esperanza de convertirse en una persona influyente en la corte. Pero, una vez comprobada su universal estupidez, por la que no dudó en insultar incluso a los favoritos del emperador, fue expulsado y, tomando una embarcación, se hizo a la mar hacia Italia para llevar la noticia de su propio deshonor.

El sofista, por su parte, alquiló sus servicios a un baila- 187
rín, con el que ganó dinero mientras duró su éxito, para terminar huyendo ante los rivales del artista, que no le pagaban[379]. Desembarcó en Seleucia[380] y remontando el camino entró de noche por miedo en su propia ciudad[381], que le había cerrado sus puertas por decreto para venir aquí, movido por la necesidad, a suplicar al rétor al que había injuriado.

---

[377] Norman *(comm. ad loc.)* identifica al personaje como *consularis Syriae* en 380.

[378] Quizás un sofista de Apamea, amigo y antiguo protegido de Libanio (cf. *Epist.* 1136-39, 1366, 1370, 1391).

[379] El episodio está oscuramente narrado. *Vid.* Norman *(comm. ad loc.)*, que parece, al menos por lo que se deduce del comentario, entenderlo como un enfrentamiento con los sofistas de Constantinopla («Gerontius plumbs the depths of sophistic misconduct by acting as publicist for a pantomime actor, seeks to infiltrate into the schools in the capital, is rebuffed by the established sofists there...»). Yo lo interpreto en el sentido de que la propaganda del danzarín, que debió de ser eficaz durante un tiempo, acabó acarreándole la inquina de los competidores de aquél. Para estos enfrentamientos entre artistas y rétores cf. *Disc.* XLI 6-9.

[380] El puerto de Antioquía.

[381] Apamea.

188 Por ello pudo decirse que la Fortuna velaba por mí y por mis asuntos. Pero fue ella la que aportó al festival[382] un duelo como no había conocido antes, la muerte de Eusebio[383]. Él era la gala de mis estudiantes, tanto que la tierra lloró su muerte, la lloraron también las islas. Porque a todas partes había llegado la fama de sus costumbres y de su elocuencia y era opinión común que los rayos del sol no habían contemplado a nadie que se le pareciera.

189 Yo he hablado —quizás no muy torpemente— de él, componiendo un discurso en su memoria, de forma que puedan las generaciones futuras conocer qué clase de persona era. La profundidad de mi dolor la conoce con exactitud Eumolpio[384], que me dio compañía y me devolvió la razón cuando la pena me privó de ella. Él me hizo ver qué mal tan grande representa para una persona la pérdida de la razón.

190 «¿Y qué decir del asunto de Sabino[385]? ¿No terminó bien?», podría quizás decir la Fortuna. Y así fue, desde lue-

---

[382] ¿Los Juegos Olímpicos del 380? Posiblemente sí, dado que Libanio emplea la palabra *heorté* exclusivamente para celebraciones religiosas, lo que parece excluir la interpretación de Reiske —y quizás de Petit—, que ve en la expresión una manera metafórica de aludir a su triunfo sobre Gerontio.

[383] La identificación es difícil. Petit *(comm. ad loc.),* siguiendo a Seeck *(Die Briefe,* pág. 142), considera que se trata de un antiguo discípulo, llegado de Ancira, de una familia relacionada con el sofista.

[384] *Prosop.,* pág. 295. Eumolpio es un viejo amigo de Libanio, que llegó a ser consular de Siria hacia el 384-85. Libanio le dedicó el discurso XL.

[385] Una noticia algo más extensa sobre este Sabino se hace necesaria, toda vez que será el objeto de la narración de los capítulos que siguen. El asunto de fondo que lo enfrentó con Libanio fue efectivamente pecuniario. Sabino estaba emparentado con la familia de Libanio y, mediante maniobras legales, intentó hacerse con la hacienda del sofista. Como sofista de la ciudad, Libanio gozaba de inmunidad, estando exento del pago de tributos y de liturgias en general. Sabino, miembro de la curia, intentó

go. Fue un hombre perverso toda su vida, dispuesto a todo por dinero y que habría recibido con júbilo del emperador el permiso de sacar provecho de las tumbas[386]. Había logrado engañar a muchos y, al principio, su reputación era notable, de forma que no faltaba gente en su entorno que le dirigía los más halagüeños cumplidos.

Pero él no era un hombre honesto y su habilidad consis- 191
tía en hacer daño a quien confiaba en él, unas veces mediante la astucia y, otras, con desvergüenza. Al punto que, habiendo tomado dinero con la promesa de devolverlo ante infinidad de testigos, después lo negó y se personó ante un juez, para estupefacción de todos los que conocían los hechos. Falto de argumentos y ante la imposibilidad de forzar el curso de la justicia, fingió unos vértigos, salió del tribunal prometiendo que regresaría de inmediato, saltó sobre su caballo y se fue tan contento a su casa. Y una vez que alcanzó la escalera, mandó a sus esclavos a recibir los golpes[387].

---

prevalerse de su condición curial para arrebatarle a Libanio sus bienes. Las maniobras de Sabino comenzaron cuando Libanio consiguió de Teodosio, a instancias de la curia, que su hijo bastardo, Cimón, fuera su legítimo heredero (cf. caps. 195-96). Sabino intentó inhabilitar a Libanio acusándole de prácticas mágicas (cap. 194) o recurrir la decisión de la curia a la muerte de Cimón (cap. 261). No tuvo escrúpulos en el manejo de los fondos públicos, por lo que fue condenado a pagar una multa (cap. 193).

[386] Expresión oscura diversamente interpretada. NORMAN *(comm. ad loc.)* cree ver una alusión al cristianismo de Sabino, basándose quizás, aunque no expresamente, en la asociación de los cristianos con el culto de las tumbas, la de los mártires y sus reliquias. Más acertadamente, en mi opinión, PETIT *(comm. ad loc.)* recuerda la veneración de los antiguos por las tumbas de los antepasados, protegidas además, desde antiguo, por las leyes.

[387] Otro pasaje de difícil interpretación. NORMAN *(comm. ad loc.)*, siguiendo a Foerster, quien se apoya en un pasaje de las *Ranas* de ARISTÓFANES (v. 618), interpreta la «escalera» como el aparato al que era atado

192 Y, sin embargo, sus aduladores, por serlo, seguían engañando a la gente, hasta que él se volvió contra ellos y los trató conforme a su naturaleza, al punto que aquéllos reconocían que Sabino era el más injusto de los hombres. E incluso hoy todos están de acuerdo en decir que Euríbato[388] ha sido vencido. Así pues, a los ojos de sus víctimas ha recibido ahora un castigo mayor que si hubiera muerto, porque para un juez justo, más duro[389] que la muerte es vivir en la deshonra. «Mas no para Sabino», se podría argüir.

193 Éste fue, en suma, su castigo: hace un día o dos que ha llegado un soldado[390], portando una carta del emperador, redactada con justa indignación, en la que se le declara deshonrado y se le condena al pago de una multa doble. El primero en tener noticia de ello se ocupó de que lo supiera mucha gente y la alegría general fue la recompensa del soldado, que se ha convertido en un benefactor público.

194 Para mí ése fue el castigo por los muchos agravios recibidos, castigo con el que la divinidad quiso consolarme. Pero también lo fue por los perjuicios que había ocasionado a mi primo, su suegro, al que había despojado de sus bienes, hasta el punto de que no tenía más que lentejas para ce-

---

el esclavo para sufrir la tortura. Petit (*vid.* su largo comentario al pasaje) se inclina por la que parece la interpretación más simple: Sabino, perseguido por la multitud, se refugia bajo la escalera y manda a sus esclavos a que reciban los golpes de la gente.

[388] Para este facineroso proverbial *vid.* nota al capítulo 136, a propósito de Frinondas.

[389] Sigo el texto de los manuscritos con la mínima alteración de Petit, preferible, en mi opinión, a la conjetura de Norman.

[390] Las actividades de Sabino descritas en estos capítulos deben fecharse en el verano del 380. La precisión («hace un día o dos») indica que se puede tratar de una adición del año 385.

nar[391]. Pero fue también el castigo por la muerte de su esposa en el campo, una muerte para la que no necesitó más que una noche y un día. La Fortuna tenía también conocimiento del asunto de la cabeza del cadáver, que Sabino descubrió y que intentó probar que era obra mía, tramando para ello una maquinación basada en una carta falsa. Creía, sin duda, que yo, azorado, llegaría a un acuerdo con él; mas, como le presentara valientemente cara, quedó desconcertado y vino a suplicarme.

Y por ello debo mostrar mi reconocimiento a la Fortuna, 195
pero, antes, por otro suceso que aconteció efectivamente con anterioridad a ése. La ley era desfavorable a mi hijo ilegítimo al impedir que me heredara, por haber derogado una antigua ley que lo convertía en mi heredero[392]. Yo tenía una gran cantidad de amigos honestos que estaban dispuestos a darle lo que a ellos les correspondiera; pero, por otro lado, no era fácil escapar de quienes se opusieran a este proceder, denunciando la adquisición de la herencia como contraria a ley.

---

[391] Este primo de Libanio y suegro de Sabino no puede ser identificado. En cuanto a la muerte de la esposa de Sabino, no queda claro si se trató de un envenenamiento provocado por el propio Sabino o si Libanio se defiende de una acusación de magia negra en la que interviene la cabeza de un cadáver, probablemente femenino, acusación semejante a la aludida en el cap. 98.

[392] La ley del año 371 (cf. cap. 145) que reconocía ciertos derechos a los hijos ilegítimos había sido derogada probablemente por Teodosio *(C. Th.* 4, 6, 4-5). Es probable, sin embargo, que Libanio, con la ayuda de sus amigos en la curia de Antioquía, consiguiera una garantía especial para su hijo Cimón. Petit *(comm. ad loc.)* remite al procedimiento del fideicomiso, por medio del cual una persona podía legar a personas de su confianza sus bienes, para que éstas los restituyeran a un heredero ilegítimo. El procedimiento estaba expuesto, naturalmente, a recurso por parte de personas interesadas.

196 Nuestro Consejo apeló para este asunto a la benevolencia del emperador, y los amigos del emperador[393] aprobaron esta gracia. El juez[394] se mostró de acuerdo y la ley toleró la donación. La preocupación que más pesaba en mi ánimo quedó disipada, al ir a parar libremente mis bienes a mi hijo y quedar asegurados en posesión suya. ¿Cómo no habría de ser feliz quien abandona la vida y marcha al Hades con esa confianza?

197 Cuando vivía, tras esos problemas, felizmente, un soplo hostil vino a privarme de mi gozo, para infligirme, en cambio, una herida como no había recibido otra antes. Tenía yo un hermano, más joven que yo, puesto que el mayor había muerto. Yo era, por nacimiento, el hermano de en medio. Este hermano, antes de mi partida, vivió conmigo y, cuando me establecí en Bitinia, tomó su caballo y vino a visitarme, considerando de sumo interés ver a los estudiantes sometidos a mi disciplina.

198 Después él regresó a casa y yo, por orden del emperador, me establecí, de nuevo, en la ciudad que había dejado[395]. Allí se presentó, de nuevo, mi hermano y, andando el tiempo, con muchas razones y solicitudes me hizo abandonar la ciudad, para llevarme a casa, donde vivía conmigo. Y cuando los dolores de las articulaciones[396] me hacían sufrir, los placeres de la mesa me resultaban amargos.

199 Cenando un día, a comienzos del invierno, conmigo, sufrió una hemorragia cerebral, tras haber proferido un queji-

---

[393] Sigo el texto de Petit, que considera una glosa el participio *aitēsántōn*.

[394] El prefecto pretoriano de Oriente, Neoterio *(Prosop.*, pág. 623).

[395] Constantinopla. Cf. caps. 74 ss.

[396] Por efecto de la gota que sufría.

do como es normal en tales casos. Los esclavos lo llevaron a su habitación y al rayar el alba vino alguien a anunciarme que había perdido uno de sus ojos, como consecuencia del líquido que había fluido al ojo desde la cabeza. Pocos días después me enteré de que su ojo derecho estaba también lleno de líquido.

Y todas las desgracias que hasta entonces había conside- 200
rado extraordinarias me parecieron pequeños contratiempos, comparadas con ese suceso. Nada de lo que emprendía lo llevaba a cabo sin lágrimas, incluso cuando pronunciaba, porque me era forzado hacerlo, mis declamaciones. Con mi voz fluían mis lágrimas y nadie se extrañaba de ello, porque no había nadie que no conociera la causa de ello. Lloraba en los baños, pues tomaba baños por consejo médico. Lloraba a la hora de cenar, al verme privado de la compañía del comensal que había compartido mi mesa y que se había visto entregado de la oscuridad del día a la de la noche.

Muchas fueron las manos de médicos que le atendían, 201
incontables los remedios, más numerosos aún los amuletos. Después se acordó abandonar todo eso y recurrir a los altares, las súplicas y el poder de los dioses. A esos lugares me acercaba yo llorando sin pronunciar palabra, porque era incapaz de mirar y de dirigir la palabra a las estatuas. Abrazaba mis rodillas con mis manos, apoyaba en ellas mi cabeza y, empapando mi túnica con mis lágrimas, me retiraba. Ver a mi hermano o dejar de verlo me resultaba insoportable, porque tanto la aflicción de su ausencia como la contemplación de su estado me provocaban ese estado de ánimo.

Y una tarde, cuando estaba entre mis libros en compañía 202
de un viejo médico que tomaba asiento a mi lado, le pregunté lo que ya sabía: si mi hermano se había quedado ciego. Quedé desconcertado ⟨por la respuesta⟩, sin saber nada

de lo que sabía, ni dónde me encontraba, ni lo que había dicho ni lo que cabía hacer o no hacer.

203 El anciano intentó reponerme y devolverme, una vez más, la salud, recomendándome continuar con el discurso que estaba entonces componiendo. Yo cogí mi tablilla e intenté escribir en ella, pero, habiendo perdido el hilo de mi trabajo, sin poder determinar, por lo que había escrito, cuál era el propósito de mi discurso, tiré mi tablilla manifestando al médico que yo estaba ya acabado y permanecí placenteramente en el lecho, sin sentir vergüenza de mi desvarío en tales circunstancias.

204 No sé, en efecto, qué desgracia, aunque me han sobrevenido muchas, podría, tras compararla con ésta, considerarla peor o igual a ella. Hasta el punto de que yo acusaba a los dioses de que no me hubiera sobrevenido la muerte en lugar de la desdicha presente. Porque ninguna de las dichas que había conocido podría parecer que compensaba esa desgracia. ¿Qué declamación pública? ¿Qué elogios? ¿Qué aplausos? ¿Qué honores imperiales[397]? Porque, aunque no me convertí en un hombre rico, incluso si hubiera superado la opulencia de Giges[398], habría sido ésta inferior a mi sufrimiento.

Tercera adición

205 No obstante, incluso en esos mismos días de aflicción, la acción que sigue me hizo parecer admirable y dichoso al tiempo. La tierra había sufrido un mal invierno y la estación siguiente no fue en absoluto mejor[399]. De los frutos, unos ni siquiera nacieron, y la otra parte fue muy reducida y

[397] Alusión quizás a la autorización de convertir a su hijo bastardo Cimón en su heredero.

[398] Paradigma, junto con Creso, de hombre rico.

[399] Esto acontece a mediados del año 382, dado que Filagrio se convirtió en *comes Orientis* justo en esas fechas *(Prosop.*, pág. 693). Libanio

de mala calidad. El pueblo estaba revuelto contra el Consejo sin razón alguna, ya que el Consejo no tiene ninguna competencia sobre las lluvias. Las autoridades solicitaban trigo de todas las instancias y el precio del pan se ponía por las nubes.

Filagrio, hombre de excelente reputación, ocupaba el 206
más alto cargo, sin poder reducir la gravedad de la situación, dándose por satisfecho con que ésta no empeorara. Suplicó a la corporación[400] de los panaderos que fueran más comedidos, ya que consideraba su deber no aplicar la fuerza por miedo a precipitar su huida, con lo que la ciudad se habría hundido de inmediato como una nave abandonada por su tripulación.

Entonces aquellos que revientan de envidia con la repu- 207
tación de los gobernadores, al ver que este hombre era considerado como un semidiós, comenzaron los impíos[401] a acusarle, diciendo que su prudencia en este asunto no era prudencia, sino que se había dejado corromper para acallar su indignación[402]. Yo me reía de esos propósitos y le aconsejaba hacer lo mismo. Él, al comienzo me hizo caso, pero,

alaba también la conducta de Filagrio, influenciada por sus consejos, por su actitud durante esta hambruna, en los *Discs.* XXIX 6 y XXXIII 4. Todo el pasaje es una muestra de la capacidad de los sofistas —uno de los valores de esta útima Sofística— de influir como mediadores en los conflictos entre la sociedad y el poder.

[400] Esta corporación, inexistente en tiempos de Juliano, debió de ser organizada a instancias de Valente, que siguió el ejemplo de Valentiniano en Roma. *Vid.* Petit, *Lib. et vie munic.*, págs. 107 y 119.

[401] Libanio sugiere una conspiración de los cristianos contra un magistrado pagano.

[402] La expresión griega es muy sintética y ambigua. He aquí la traducción de Petit «l'effet d'une corruption qui faisait taire la colère qu'il aurait dû manifester». Por contra Norman entiende: «there had been bribery, and it ought to be punished».

al ver que la calumnia se extendía, algo le pasó que le hizo recurrir a las flagelaciones y en un lugar donde mucha gente pudiera verlas.

208 Desde el asiento de su carro los iba interrogando, preguntándoles, a medida que los golpes caían sobre ellos, a quién y cuánto dinero entregaban para verse obligados a subir el precio del pan en la medida en que lo habían hecho[403]. Como ellos no tenían nada que decir, se disponía a proceder con la séptima víctima cuando me acerqué al lugar, sin conocer nada del asunto, siguiendo mi camino habitual. Y, al percibir el ruido de los golpes tan gratos a la plebe que contemplaba el castigo con la boca abierta a la vista de las espaldas cubiertas de sangre[404], me acerqué y vi un espectáculo cruel e insoportable a mis ojos[405], pero que no me hizo dudar; muy al contrario, con mis propias manos me abrí camino entre la multitud y, con el reproche de mi silencio, me llegué hasta la misma rueda de la tortura. Y allí hablé largo y sin interrupción tocando sólo los dos momentos del asunto[406]: primero, que los que estaban siendo azotados no habían cometido ninguna falta y, después, que si no cesaba la violencia, vendría un día tal que no se desearía ver.

---

[403] Filagrio, dolido por los bulos que corren de que ha sido comprado por los panaderos, se vuelve contra éstos, intentando arrancarles una confesión de culpabilidad de colusión con algún poderoso —y hay que pensar en alguien de la curia—, que les ha obligado a subir el precio del pan.

[404] NORMAN *(comm. ad loc.)* hace notar que ésta es la primera crítica que Libanio dirige al pueblo de Antioquía.

[405] Cf. cap. 161.

[406] Los «dos momentos» remiten a una vieja terminología sofística y hacen referencia al pasado —en que los panaderos fueron inocentes— y al futuro —en que la situación se verá agravada por una huida de los panaderos—.

Esos argumentos míos eran justos y beneficiosos para el gobernador y para la ciudad, pero podían costar la vida, tal como creyó la totalidad de los asistentes, a quien los había sostenido, ya que se oponían a la voluntad de la plebe. Y así era, en efecto, pues muchos se proveyeron de piedras, por si alguien se atrevía a defender a los acusados. Y que las piedras no volaran con mis primeras palabras fue un milagro. 209

Pero a este milagro siguió otro, el modo en que los que se habían serenado no habían coincidido en la comprensión de mis argumentos[407]. Y ello no fue obra de hombre alguno, sino de alguna divinidad y de la Fortuna, gracias a las cuales se calma incluso el furor de los mares. Por ese asunto me vi proclamado como benefactor de los panaderos que habían escapado de la tortura, del gobernador, de los habitantes de la ciudad y de la ciudad misma, al haber evitado, los unos, la hambruna, la ciudad su incendio, y el gobernador el verse arrastrado por los pies[408]. 210

Aquellos a los que estos éxitos asfixiaban estaban de luto. Porque no fue éste el único golpe que sufrieron, sino otros muchos sin cuento que me procuraron grandes honores, como cuando Filagrio protestó contra la ley que le impedía venir a mi casa, cosa que había hecho con frecuencia aquel hombre del Epiro y todavía más el nativo de Cirro —este último se llamaba Pelagio y, aquél, Marcelino[409]—. 211

---

[407] Cada grupo hizo una interpretación diferente, pero coincidente en sus efectos, de los argumentos de Libanio. Un ejemplo de la habilidad retórica y política del autor.

[408] Para sucesos semejantes al que aquí es evitado *vid.* cap. 103, *Disc.* XIX 6 (Teófilo en 354) y AMIANO MARCELINO, XIV 7, 15-16 (asesinato de Domeciano y Moncio por los soldados de Galo en 354).

[409] Marcelino fue *consularis Syriae* en 382 y Pelagio en 383. Este último era amigo de Libanio, al que confió la educación de su hijo Marcelino al menos desde el año 357 (cf. *Prosop.*, pág. 686). Para las visitas

Sé que en esta época hice a la gente muchísimos favores, ya que los que tenían necesidad de alivio acudían a mí y yo curaba sus heridas gracias a mis mediaciones con las autoridades.

212 Al mencionar a Proclo[410], me vienen a la memoria tormentas, tempestades, golpes y sangre. Ahora bien, de ello resultó algún bien para mí, el sentirme apesadumbrado con esos actos y parecer que lo estaba. Porque no iba a visitarlo, cosa que había hecho con no pocos de sus antecesores en el cargo. Y mi reputación iba en aumento con el odio que yo sentía hacia él y él hacia mí: el mío era patente; el suyo, en cambio, pretendía disimularlo, aunque no le era posible.

213 Y fue entonces cuando aconteció la muerte de aquel hermano del que ya he hablado[411]. Yo lo lloraba como si hubiera muerto joven y privado de una vida de felicidad, sin aceptar el consuelo de los que se referían a la desgracia de sus ojos.

214 Otro mal sobrevino que produjo un terremoto en mi arte: el abandono de la lengua griega y el embarque hacia Italia, para aprender la lengua de allí[412]. Ya que su elocuencia se volvía más poderosa que la nuestra y de ella se seguían poder y riqueza, mientras de la nuestra nada que no fuera ella misma. No hacía oídos, desde luego, a los que me acon-

---

(eisodoi) a los gobernadores, *vid.* Norman *(comm. ad loc.),* aunque aquí se trata, más bien, de las visitas de éstos a Libanio.

[410] *Comes Orientis* en 383-384 *(Prosop.,* pág. 746). Libanio critica su conducta en diversos discursos (XXVI 30, XXVIII 13, XXIX 10) y en la misma *Autobiografía* (caps. 222-24).

[411] Caps. 197-204. Su muerte tuvo lugar en 383, en el mandato de Proclo.

[412] Hay en esta época un interés creciente por aprender el latín con vistas a progresar en la administración del imperio *(vid.* Petit, *Lib. et vie munic.,* págs. 358 ss.). Sin embargo, no queda claro por qué razón se acentuó esta tendencia en 382-383.

sejaban que debía dejar mi puesto. No obstante, yo no ignoraba el punto a que las cosas habían llegado, mas consideraba justo seguir en mi sitio. Yo no habría abandonado a mi madre sola y en la necesidad y esa circunstancia no merecía menor consideración por mi parte.

Pero incluso en este período de desaliento se formaron 215
en mi escuela maestros de retórica, muchos de los cuales se dispersaron y abrieron escuelas en Asia, y uno de ellos en el confín de Europa, allí donde se alza la ciudad que luce su esplendor sobre el Bósforo.

Cuarta adición

Muestra de la asistencia de los 216
dioses es el relato que sigue: tras abandonar la sala del Consejo, cumplidos mis trabajos habituales, a lomos de mi pequeño caballo, una vez alcanzada la Puerta Nueva[413] me topé con una yunta de mulos que estaba dando la vuelta. Al ver los mulos, mi caballo se asustó, por ser corta la distancia que le separaba de sus hocicos. La estrechez de la vía no le permitía darse la vuelta ni el miedo seguir adelante. El desenlace era evidente: el caballo cayó sobre su lomo y me apresó boca arriba bajo él; y el resto de mi cuerpo quedó así en tierra; mi cabeza, en cambio, escapó al peso del caballo y, rompiéndose contra las losas situadas entre las columnas, dejaba ver mi cerebro[414].

Se oyeron los gritos de los muleros y de la gente que se 217
encontraba en el Consejo, los unos diciendo que era un suceso involuntario, los otros llamándose unos a otros para

---

[413] *Vid.* Downey, *Antioch,* págs. 632 s.

[414] Sigo la interpretación de Norman, que me parece más ajustada al texto que la de Petit que ve en este relato *(comm. ad loc.)*: «ce qui se serait produit faute d'un prompt secours». Libanio dice simple y llanamente que se abrió la crisma, aunque podía haber salido peor del accidente.

llevar socorro. Unos, desde atrás[415], sujetaban a fuerza de brazos las patas del caballo, que, contrariamente a su naturaleza, mantenía alzadas sus patas delanteras y se mantenía quieto temblando. Dos cosas hay en este suceso que deben ser atribuidas a la divinidad, el comportamiento de las personas y el del caballo.

218 A comienzos del invierno[416] me llegaron noticias, de muy diferentes lugares, de la muerte de muchos de mis discípulos y también en nuestra ciudad tuvo lugar el entierro de un joven[417] que produjo a muchos, ciudadanos y forasteros, la misma aflicción que a su padre, tanto por la probidad del difunto como por la bondad de la familia hacia todos los necesitados.

219 Estaba éste aún enfermo, cuando Ricomer llegó como comandante militar[418]. Hombre afecto a los santuarios y a los dioses, sentía amor por mí antes de conocerme, según pude comprobar entonces. Al conocerme, dejó todos los demás asuntos, se acercó a mí y me pidió ser su amigo, afirmando que, si lo lograba, creería haber conseguido el mayor de sus deseos. Trabada así nuestra amistad, con gran desconsuelo de quienes no me querían, se marchó a la corte del emperador. Cuando se disponía a asumir el cargo de cón-

---

[415] Los muleros sujetan las patas traseras para evitar que el caballo intente darse la vuelta aplastando a Libanio. Sorprendente es, en efecto, que mantuviera también las patas delanteras en alto sin moverse.

[416] Del 383-384.

[417] Identidad desconocida.

[418] Nombrado *magister militum per Orientem* en 383 *(Prosop.*, pág. 765), Ricomer era un bárbaro de origen franco, amante declarado de la literatura y la religión pagana. De ahí su afinidad con Libanio, que le agradece las distinciones y honores recibidos de él durante su estancia en Antioquía (cf. *Epíst.* 866, 972, 1007). Para la importancia de esta estancia en la ciudad *vid.* PETIT, «Sur la date du *Pro Templis, Byzantion* 21, 293.

sul[419], me invitó a reunirme con él por medio de dos cartas, una suya, que repetía lo mismo que otras; la otra, del emperador, cosa que no había sucedido antes jamás[420].

También yo produje un discurso panegírico en su honor, 220
que si no contenía más que los que recibió de otros —eso no lo sé—, honré al general, desde luego, con los medios de que disponía. Se cuenta incluso que, interrogado por el excelente emperador sobre qué era lo que más le había complacido de nuestra ciudad, contestó que mi elocuencia, logrando que el emperador me amara más de lo que ya me amaba y que manifestara su deseo de viajar hasta aquí por el afecto que me profesaba[421].

De este tema he dicho ya suficiente. Si obtener una sú- 221
plica es una dicha, yo supliqué que Proclo cesara en su cargo, que había desempeñado como un tirano[422]. Y no fue va-

[419] En el año 384.

[420] La carta de Teodosio le concedía la distinción de prefecto pretoriano honorario.

[421] Las invitaciones al emperador forman parte de los tópicos de elogio de los rétores de provincias (cf. *Disc.* XX 44).

[422] Cf. *Disc.* XLII 41-42. Las diferencias entre Libanio y Proclo se originaron por diversos motivos. Libanio se presenta siempre como un enemigo de la política de Proclo —*comes Orientis* en 383— aunque no dejó de mantener relaciones epistolares con él (cf. *Epíst.* 840). Pagano e hijo de un influyente amigo de Libanio —el prefecto pretoriano Taciano—, Proclo se mostró bien dispuesto hacia el orador cuando asumió el cargo de prefecto (cf. *Disc.* XII 37, 42-43). Sin embargo, Proclo no apoyó a Libanio ni como orador ni como consejero de la curia (*Disc.* X 3). De ahí surgió la enemistad de Libanio, que se manifestó abiertamente a comienzos del año 384 a propósito del *Plethron* (*Disc.* X). Libanio muestra otros motivos de resentimiento hacia él: restricciones puestas a las visitas a magistrados, abuso de la flagelación (*Disc.*. XXVI 30, XXVII 13, XXIX 10, XLVI 8) y prevaricación (*Disc.* XLII 33). La oposición de Proclo a que Talasio entrara en el orden senatorial provocó el violento ataque de Libanio (*Disc.* XLII 33 ss.). En todo ello se adivina un persistente

na mi súplica, ya que los dioses me lo concedieron y agregaron el que su cese fuera acompañado de su deshonra. Pues fue un fugitivo que se expulsó a sí mismo, tales eran las tropelías de las que tenía conciencia.

222 Y Zeus protegió su festival de los ojos de aquél, que había mancillado su laurel con tanta sangre y asesinatos[423]. A mí me parecía que las almas de los que allí habían perecido, persiguiéndolo como perras aullantes, le obligaban a huir, dando la impresión de que iban a morderle. No me fue posible participar en estos Juegos Olímpicos. Y como el discurso que había compuesto no lo pronuncié, fui a depositarlo como ofrenda al altar de Zeus, tras haberlo honrado con el olor del incienso.

223 Durante todo el período de su mandato fui objeto de las insidias de sus allegados, rehusando convertirme en uno de ellos. Algunos consideraban mi conducta temeraria, por no temer los rayos de aquél. Pero, con la ayuda de los dioses, según creo, no sufrimos mal alguno a manos de aquéllos, pudimos expresarnos con franqueza, censurar sus actos, y nuestros concursos oratorios fueron más frecuentes que antes, al no perder ni un segundo al lado de Proclo[424]. Mucho

---

enfrentamiento entre un magistrado representante del poder imperial y un ciudadano defensor de las tradiciones y privilegios locales.

[423] Efectivamente Proclo abandonó Antioquía antes de los Juegos del 384. En 386 es *comes sacrarum largitionum*, cuando el consejero principal de Teodosio era el cristiano Cinegio. Las acusaciones que Libanio vierte contra él en este pasaje aparecen sorprendentemente minimizadas en el *Disc.* XLII 34-35, en que Libanio aboga por su protegido Talasio. Un ejemplo más de lo difícil que resulta reconstruir las extrañas relaciones de Libanio y Proclo.

[424] Lo cual no es exacto. Véase, si no, el *Disc.* XLII 36. Aunque en el *Disc.* X 3 pretende que sólo visitó a Proclo en las obligadas ocasiones oficiales —cuatro veces al mes en su condición de prefecto honorario—, la verdad es que Libanio se queja de no poder ejercer su influencia sobre

fue el tiempo que otros gastaron en visitarle y sentarse a su lado para adularlo, solicitarle favores, recibirlos y enriquecerse. Como yo no hacía nada de eso, me fue posible componer discursos y presentarlos en las reuniones[425].

Cierto que fueron muchas las embajadas de paz y las 224
promesas que recibí, mas yo no quise rendirme ni dejarme convencer por ellas. Por ello, en consecuencia, recibía alabanzas y gozaba de la reputación, tanto en los continentes como en las islas, de ser un hombre, mostrando como prueba de la superioridad de mi carácter el rechazo a relacionarme con aquél.

Al hacernos la Fortuna el regalo de un buen goberna- 225
dor[426], en lugar del malo, el hijo de Teodoro, que había perecido injustamente, nos regaló la salvación, nos regaló la libertad, nos dio la posibilidad de recuperar el aliento, sin afligir más que a los fabricantes de féretros. Este gobernador era un vástago de las Musas[427] y había recibido su cargo en premio a sus poemas. Impedido de hablar por su ministerio, quería gozar con los discursos de los oradores y no sólo me distinguía con honores sino que él mismo me había

---

Proclo, queja que se transformará en ataque con el ya mencionado asunto de Talasio *(Disc.* XLII) y el de su hijo Cimón (cap. 283).

[425] Reuniones privadas de amigos íntimos en el curso de las cuales Libanio leyó algunos de sus discursos más comprometidos (el X, por ejemplo, sobre el *Plethron)* y la propia *Autobiografía.*

[426] Icario, *comes Orientis* desde julio del 384. Su padre, Teodoro, había sido ejecutado en tiempos de Valente como consecuencia de su implicación en el asunto de Fidustio (cf. cap. 171). Las relaciones de Libanio con Icario conocieron también altibajos: tras un primer momento de mutuo afecto, Libanio perdió parte de su influencia y no se guardó de dirigirle duros reproches (cf. *Discs.* XXVII y XXVIII). *Vid.* el sustancioso comentario de Norman.

[427] Libanio se muestra orgulloso de un funcionario cuya formación no es jurídica, sino literaria.

adoptado como padre, al punto de que podía hablarle incluso con cólera, como habría hecho Teodoro si hubiese vivido.

226 Icario se había hecho cargo de la ciudad durante una hambruna[428]. El hambre se había agravado por las amenazas a los panaderos. En consecuencia éstos se dieron a la fuga para poner a salvo sus vidas; pero el pan faltaba por completo y el trigo era sólo una esperanza, mientras el hambre era una fuente de posibles desgracias. La ciudad, pues, era tal que una nave sacudida por la tempestad. Yo me presenté corriendo en la residencia del gobernador y con esfuerzo pude poner fin a esta dañina querella[429]. Los panaderos desconfiaban, temiendo ser apresados si aparecían por la ciudad, y todas las promesas les parecían flojas salvo una sola, la mía.

227 En cuanto dije que debían tener confianza desterrando el miedo, mis palabras llegaron a los valles y a los montes[430] y, antes de caer la noche, cada cual estaba en su tahona. Y, a la mañana siguiente, desde muy temprano, se podía ver algo que no cabía esperar: nadie corría en busca de pan. La razón de ello era la abundancia del mismo. Podría afirmar que este éxito fue obtenido con la ayuda de la Fortuna. Y por ello se me juzgó más útil que los que habían cumplido sus liturgias,

---

[428] Cf. caps. 205-208, donde ya Filagrio chocó con los panaderos a causa de la hambruna de los años 381-383. Para esta crisis *vid.* Petit, *Lib. et vie munic.*, págs. 119-21.

[429] Icario tomó una serie de medidas inteligentes: fijación del precio del pan, venta regulada con la prohibición de sacar de la ciudad más de dos panes, vigilancia de pesos y medidas (cf. *Disc.* XXVII 14, L 29); no obstante, los panaderos no podían aguantar las consecuencias de dichas medidas al ser el precio del trigo superior al fijado para el pan. En este momento interviene Libanio asumiendo la defensa de los panaderos.

[430] Norman *(comm. ad loc.)* cree que la frase debe tomarse literalmente como una alusión al monte Silpio, donde los panaderos se habían refugiado para evitar los castigos.

ya que éstos habían hecho frente a sus cargas cuando la ciudad estaba a salvo, mientras que ésta se vio a salvo por mi intervención[431].

Pero de nuevo una mala decisión dejó a los panaderos a 228
merced de un miserable borracho[432] que los golpeaba sin distingos, de forma que se disponía a azotar no sólo a tal o cual[433], sino a la corporación entera. Y aún añadió un tercer castigo, el conducirlos con las espaldas desnudas a través de la ciudad. Esos sucesos me causaban dolor, mientras él se complacía también con el hecho de que sintiera yo dolor[434].

Al comienzo[435] intentaban convencer a las autoridades 229
de que ésta era la política correcta y que su destitución provocaría el empeoramiento del mercado. Él se daba, en consecuencia, aires de vencedor y, mientras él y sus seguidores comían, a nosotros la situación nos tenía derrotados, sin nada más que nuestro propio desánimo.

Mas a la Fortuna, al parecer, le debió parecer ignomi- 230
nioso permitir una victoria y una derrota de esa naturaleza e

[431] Una vez más Libanio hace un elogio de su profesión mostrando la utilidad de la retórica y su carácter eminentemente político.

[432] Cándido, nombrado por Icario *epistátēs* de la corporación de panaderos. Un ejemplo más del declive de la curia: uno de sus miembros actúa como agente del gobernador utilizando métodos de coerción física.

[433] Petit *(comm. ad loc.)* considera el texto lacunoso, en consecuencia traduce «frapper non seulement les boulangers mais l'ensemble de la corporation», entendiendo que *toútous* no designa sólo a los panaderos, sino a todos aquellos responsables del avituallamiento de la ciudad.

[434] Para el horror de Libanio a la violencia física *vid.* caps. 161 y 208.

[435] Otro pasaje de dudosa interpretación. Norman considera la expresión *tēn archḗn* como un adverbio y, en consecuencia, traduce «At first...». Petit, siguiendo a Reiske, considera que la palabra designa al gobernador Icario: «Certains s'efforçaient de convaincre les autorités...».

invirtió la situación, sin intervención por mi parte. Aquél, ahíto siempre de vino, fue despojado de su autoridad en estos asuntos y permaneció sentado en su casa con el rostro cubierto. Cuando tuvo lugar la carrera de caballos en honor de Posidón[436], tembló de miedo por su casa: una ola inmensa de jóvenes se dirigió hacia ella y con antorchas en la mano le exigían vomitar todo lo que deshonestamente había comido[437]. Sus compinches en los excesos de otrora estaban humillados, mientras que él, completamente frustrado, se infligía castigos arrancándose los cabellos.

231 Por estos mismos días me llegó una carta del prefecto[438] que me honraba con muchos y grandes cumplidos. También estaba escrito en ella el vivo deseo que sentía de verme. De forma que para quienes habían escrito[439], aprovechando la noche, aquel letrero —no decía su autor, pero cuántas calumnias profería— esta carta fue un verdadero duelo.

---

436 Como Cándido fue cesado a finales del 384, este festival de Posidón debió de tener lugar a comienzos del 385. El festival, además de la carrera de caballos, incluía también una procesión nocturna de antorchas.

437 ¿Quiénes eran estos jóvenes? Para Norman *(comm. ad loc.)* un grupo de ***hooligans*** que, al final de la procesión y movidos quizás por algunos discípulos de Libanio, se dispusieron a continuar la fiesta a costa de Cándido y sus pertenencias. Petit *(comm. ad loc.)* recoge la opinión de Kurbatov, que pensaba en los hijos de los panaderos víctimas de la brutalidad de Cándido.

438 Cinegio, prefecto pretoriano de Oriente de gira por la zona con la intención de recomponer las curias locales.

439 Norman considera el texto irremediablemente dañado y postula, siguiendo a Foerster, la existencia de una laguna. No así Petit, que lo interpreta en la forma que lo he traducido, entendiendo que se trata de una inscripción o, mejor, *graffito* escrito sobre las paredes de la casa de Libanio, una manifestación más de una campaña orquestada por sus enemigos para desprestigiarlo ante el cristiano Cinegio.

Pocos días después, el discurso que había compuesto a 232
petición de un general[440] —sin duda que el hecho mismo de que hubiese personas que me hicieran tales peticiones era un don de la Fortuna— me valió, cuando lo pronuncié, el aplauso público; y ese aplauso me consoló de la muerte de un hombre cuya escritura contribuía a mis declamaciones, ya que su letra era mejor que la mía, que se resentía de los dolores del alumbramiento[441], y permitía a mis ojos recorrerla rápidamente. Y además, pude prestar ayuda a algunos amigos, padres de algunos jóvenes que estudiaban conmigo: desarmando la cólera del gobernador[442], libré a uno de la prisión y conseguí que regresara a casa.

Y por lo que hace al sufrimiento ocasionado por el ham- 233
bre así como por la peste, por cuya causa murieron tantos[443], no podría expresar tan siquiera cuán profundamente afectaron a mi alma. El miedo obligó a los padres a hacer volver a

[440] Elebico, sucesor de Ricomer como *magister militum per Orientem* en 383 *(Prosop.*, págs. 277-78), puesto que ocupó hasta el 388. Libanio recuerda su humanidad y clemencia, con ocasión de la revuelta del 387, en el *Disc.* XXII.

[441] Pasaje de difícil interpretación. Wolf consideraba estos dolores como los dolores de la artritis. Festugière *(R.E.G.*, 1965, pág. 632), al que sigue Petit, considera que Libanio escribía muy rápidamente sus discursos, llevado por el entusiasmo de la composición —esos misteriosos dolores del alumbramiento—, y luego su secretario los ponía en limpio para facilitar la tarea de la lectura y para que otros copistas pudieran copiarlos y publicarlos. *Vid.* A. F. Norman, «The Book-Trade in Fourth Century Antioch», *J.H.S.* 80 (1960), 122-26.

[442] Hay acuerdo en que se trata de Cinegio, que a su paso por Antioquía trató de evitar, en aplicación estricta de la ley *(C.Th.* 12, 1, 94), la huida ilegal de curiales.

[443] Norman *(comm. ad loc.)* considera que esta sección, que corresponde al verano y al otoño del año 385 —esta peste es mencionada también en *Disc.* XXVII 8—, muestra claramente cómo toda esta parte de la obra consta, sobre todo, de adiciones faltas de un propósito unitario claro.

sus hijos a sus casas como si de un incendio se tratara. Ellos obedecían; mi rebaño disminuía, pero yo estaba contento con que se pusieran a salvo marchándose a otros lugares. Durante todo este tiempo yo llevaba una vida triste, suplicando a los dioses que nos concedieran cosechas y salud. Y una cosa, al menos, me concedieron: la peste se terminó; en cuanto a las cosechas, hay esperanzas de que se logren; ¡ojalá que la esperanza se vea cumplida!

234 Mas, por otro lado, nuestras letras griegas ceden aún más que antes ante las otras[444], al punto de que temo que, por culpa de la ley, desaparezcan por completo. Sin duda que no son edictos ni leyes[445] los que han provocado esta situación, sino el hecho de que la consideración y el poder vayan hacia quienes conocen la lengua de Italia. Corresponde, por tanto, a los dioses que nos hicieron don de nuestra cultura, velar por la victoria de ese don suyo y devolverle la superioridad que en otro tiempo tuvo.

Quinta adición

235 Y fue en esos mismos dioses donde naturalmente encontré en cierta ocasión mi salvación, hace ya muchos años. Pero voy a relatarlo ahora, ya que no lo he hecho antes[446]. El relato no sufrirá daño, a pesar del tiempo transcurrido. Un artesano había perdido la razón y solía importunar,

---

[444] El latín.

[445] Esto parece contradictorio con la frase anterior («por culpa de la ley»). Lo que Libanio quiere decir es que es el prestigio de los estudios de derecho lo que amenaza a las letras griegas. Los estudiantes prefieren seguir estudios de derecho romano, aunque ningún edicto ni ley les obliga a ello. Cf. cap. 214 y *Disc.* XLIII 4-5, discurso que debe de ser de esta época. *(Vid.* también Norman *comm. ad loc.).*

[446] Libanio llama la atención sobre el anacronismo de la narración, indicando claramente que se trata de una adición posterior a la redacción de la *Autobiografía*.

desde lejos, a la gente e incluso trató de agredir a algunas personas. Conmigo era especialmente agresivo, como si hubiera sufrido algún daño por mi culpa, y así, cada vez que me veía, me arrojaba piedras con el deseo de matarme de un tiro certero.

La razón de ello ni la supe entonces ni puedo descu- 236
brirla ahora. A sus disparos se alzaban los gritos de los que lo veían lanzarme piedras, gritos de alarma suscitados por el miedo a esa conducta; pero ninguna mano intervenía, salvo las prestas manos de los dioses, gracias a las cuales ninguna piedra lograba alcanzarme, al quedar el tiro o corto o demasiado largo.

Y un día —era un mediodía de verano— me encontra- 237
ba sentado al pie de mi columna habitual[447], absorto en mi Demóstenes[448], sin que hubiera nadie, libre ni esclavo, en el lugar. Y entonces él se dirigió hacia mí con la piedra en la mano derecha. Se dirigió hacia el gran portal que no estaba cerrado y a través del cual se podía ver el interior. Una vez que hubo comprobado que no había nadie dentro, se retiró por el mismo camino por el que había venido, con la piedra en la mano. Yo vi todas sus maniobras sin moverme; él, en cambio, no me dirigió tan siquiera la mirada, porque un dios se lo había impedido. En caso contrario, no habría necesitado de un segundo golpe para morir, tal era el tamaño de la piedra.

Así pues, el tiempo transcurrido desde entonces hasta la 238
hora presente debe ser considerado como un regalo de los

---

[447] Libanio impartía sus clases en el *bouleutérion*, en una clase que se abría a un patio interior con una columnata. En verano y en período de vacaciones se sentaba en el patio al amparo de una columna. Es esta columna la que le impide al loco apercibirse de la presencia de Libanio.

[448] Para el interés de Libanio por Demóstenes *vid.* NORMAN *(comm. ad loc.)* y *Disc.* XXXIV 15.

dioses de la elocuencia[449]. Ahora bien, yo me preocupé de devolver la razón a ese hombre, aconsejando a su padre que lo mantuviera encerrado y que le diera agua apartándolo del vino, porque me había informado de que el vino era la causa de su enfermedad.

239 Pero vuelvo al relato[450]. Uno de mis antiguos discípulos[451], hombre siempre dispuesto a acoger a otros y a regocijarse con ello, y que era una personalidad en el Gran Senado[452], se vio engañado por falsos sueños que le prometían lo imposible. Él, entre risas, contaba a muchas personas lo que había visto. Con el paso del tiempo, esa conducta se convirtió en un peligro, ya que pareció que atentaba contra la ley, él por lo que decía y los demás por prestarle oídos.

240 Uno de ellos afirmó en el tribunal que mi secretario había participado en esas habladurías. Pero, como él estaba ya muerto[453], el juez, al oír el argumento, rechazó la acusación. Una vez más, con su muerte, él se vio libre de la tortura y yo de viajes, incomodidades y molestias insoportables. Porque, quien atacaba a un muerto, ¿qué no habría intentado contra un vivo? Y su alegato no tenía la intención de entregar a un muerto a la justicia, sino que, según creo, tenía otra determinación[454], la del odio a la libertad de quienes no ha-

---

[449] Estos cultísimos e innominados dioses, idénticos a los mencionados en el cap. 234, son más objeto de una piedad literaria que religiosa. *Vid.* introducción.

[450] El relato se retoma hacia finales de 385.

[451] NORMAN (*comm. ad loc.*) sigue a Sievers en identificar a este exalumno de Libanio con el ofensor de Temistio, remitiendo al *Disc.* XIX 229d.

[452] El senado de Constantinopla. «Grande» se utiliza para distinguirlo de la curia de Antioquía; el senado de Roma es calificado como «el más importante de los dos» (cf. *Epist.* 70).

[453] *Vid.* cap. 231 s.

[454] Acusar a Libanio de prácticas mágicas.

bían sido apresados con él. Fue, pues, obra de una Fortuna propicia el no haber sufrido las dentelladas de la calumnia y poder haber transitado en esa época en compañía de mis amados trabajos habituales en lugar de otros no acostumbrados.

A aquel invierno[455] el emperador, en mi opinión, impu- 241
so un final difícil de igualar en su moderación: ninguna pena capital, dos destierros[456] y no muchas flagelaciones ⟨para llevar⟩ a los otros al buen camino[457].

Yo, sin embargo, tuve una complicación por otro lado: los jóvenes de mi escuela, no todos, no se mostraban disciplinados, sino que un grupo mostraba la audacia de conducirse insolentemente, deseosos de hacer daño y dejando ver claro que, si quisieran, podían hacer aún más[458].

Yo no podía dejar de dolerme por ello, pero considera- 242
ba conveniente guardar silencio hasta que, reconociendo sus propios desmanes, volvieran a su anterior conducta. Mas como su actitud no bastaba para restablecer la confianza, se aplicó también una medida de fuerza, que les impedía marcharse quisiéranlo o no. Cuál fue esa medida, no me parece bien decirla[459].

---

[455] Juego de palabras con el doble sentido del griego *kheimôni*, «invierno» y «tempestad». En todo caso la referencia temporal permite situar los acontecimientos en el invierno del 385-386.

[456] Petit, siguiendo a Reiske, establece aquí una pequeña laguna, que no me parece necesaria. *Vid.* NORMAN, *comm. ad loc.*

[457] NORMAN *(comm. ad loc.)* recuerda que también Temistio *(Disc.* XIX 230 b) alabó la clemencia de Teodosio en un suceso grave como el presente, motivado por una acusación de prácticas mágicas.

[458] Además de la indisciplina estudiantil, Libanio se queja de las continuas deserciones de los estudiantes de una escuela a otra, lo que le impulsó a escribir el *Disc.* XLIII *(De pactis)*.

[459] La medida consistió en proponer un acuerdo entre profesores para que los tránsfugas fueran expulsados de las escuelas (cf. *Disc.* XLIII). Pe-

243 Aquel viejo mal de mi cabeza, que se me había declarado por efecto de un trueno, tras dieciséis años de remisión[460], volvió a atacarme y con mayor intensidad que antes. Comenzó inmediatamente después de la Gran Fiesta[461], en la que participan todos los súbditos de Roma. Sentía miedo de sufrir un ataque cuando me encontraba sentado ante mis alumnos, sentía miedo de que me sobreviniera acostado en el lecho. Todos los días me eran amargos y daba gracias por el sueño a las noches; pero el nuevo día me devolvía el padecimiento, de forma que suplicaba a los dioses, en lugar de cualquier otra gracia, que me concedieran la muerte. No podía sino creer que la enfermedad destruiría mi razón.

244 Ello no ha sucedido aún en el momento en que escribo esto, pero no me es posible tener confianza en el porvenir. Y ese mismo «aún no» es una concesión de los dioses que, mediante la mántica, no me han permitido practicarme una sangría, aunque lo deseaba muy ardientemente. El médico decía que, de haberse practicado, al reforzarse el soplo vital con el flujo de sangre, mi cabeza no habría podido resistirlo y habría acabado conmigo.

---

ro ¿por qué Libanio considera impropio mencionar este acuerdo? Petit *(comm. ad loc.)* se pregunta si tales acuerdos eran ilegales y recoge la posibilidad, apuntada por M. J. R. Vieillefond, de que Libanio haga alusión a prácticas mágicas y, más concretamente, a *katadesmoí* o *defixiones*, mediante las cuales se trataba de mantener mágicamente «atados» a los discípulos.

[460] Norman *(comm. ad loc.)* considera que la enfermedad en cuestión es la gota y las migrañas que suelen acompañarla, de las que se había visto libre desde el año 371 (cf. cap. 143). Los síntomas aquí descritos, vértigos, neuralgia y depresión, son los síntomas habituales que preceden a los dolores artríticos.

[461] La fiesta del Año Nuevo (Calendas de enero del 386), la más importante del calendario romano. Libanio compuso un discurso (IX) sobre dicha fiesta.

Estando en ese estado tuve un sueño como el que sigue: 245
me pareció que unos individuos, tras sacrificar a dos niños, depositaban el cadáver de uno de ellos en el templo de Zeus, detrás de la puerta de entrada. Como manifestara yo mi indignación por el sacrilegio cometido contra Zeus, algunos de ellos me dijeron que sería así hasta la caída de la tarde y que, una vez de noche, se les daría sepultura. Todo ello me parecía apuntar a filtros, encantamientos y a maniobras hostiles de magia[462].

Y a ello siguió el efecto: aquellas angustias y la ausencia 246
de todo deseo que no fuera el de morir. Y ése era el tema de conversación con todos los que me visitaban y el objeto de mis plegarias a los dioses. Detestaba a quien me hablaba de baños, detestaba a quien me hablaba de banquetes; huía de los libros que contienen las obras de los antiguos; rehuía escribir y componer discursos; dejé de hablar, a pesar de que mis alumnos me lo pedían con grandes gritos. Pues cada vez que me aplicaba a ello, me veía apartado de mi rumbo como un barco por un viento contrario. Y cuando ellos tenían esperanza de oírme hablar, yo me sumía en el silencio. Unos médicos me aconsejaron buscar la curación de esos males en otra parte, asegurando que su arte no tiene remedios para enfermedades de esa naturaleza.

Creían tanto estos médicos como los otros que ésta era 247
también la causa de que la gota me atacara dos veces, cosa que nunca antes me había sucedido, en invierno y en verano; y lo que daba ocasión a cuantos venían a verme de decir que al día siguiente estaría muerto. Las demás ciudades me

---

[462] Cf. el *Disc.* XXXVI, dedicado a los venenos. Libanio, enfermo, se siente amenazado por oscuras maniobras de sus enemigos. Petit *(comm. ad loc.)* remite para la magia en el siglo iv a la bibliografía recogida por D. Grodzynsky en *Divination et rationalité,* París, 1974, págs. 267-68 y notas.

tenían ya por difunto, y a las numerosas embajadas[463] que llegaban a ellas les preguntaban si realmente era así.

248 Tenía algunos amigos que me empujaban y se empujaban también entre ellos a emprender acciones contra ciertos individuos que tenían fama de ser expertos en este tipo de cosas. Pero yo no compartía una actitud como la de ellos y los contenía, diciéndoles que había más necesidad de plegarias que de acusar a algunos de conspiraciones oscuras[464].

249 Sin embargo, apareció un camaleón, no sé de dónde pudo venir, en mi sala de clases. Era un camaleón muy viejo y llevaba muerto bastantes meses. Vimos que su cabeza descansaba entre sus patas traseras; de las delanteras le faltaba una, mientras la otra cerraba su boca para mantenerla silenciosa[465].

250 Aunque ni siquiera sobre la base de tales revelaciones puse el nombre de nadie en relación con el hallazgo. Me parece, empero, que un cierto miedo asaltó a quienes ocultaban algo en sus conciencias y que éstos aflojaron su presión mientras en mí renacía la posibilidad de moverme. En todo caso, fue una señal de que la Fortuna se volvía más favorable el que quedara a ras de tierra, para que lo viera quien quisiera, lo que había sido profundamente enterrado[466].

---

[463] Embajadas de Antioquía en camino hacia Constantinopla.

[464] Prácticas mágicas.

[465] Un caso de magia «simpática», semejante a los ritos mágicos del vudú, estudiado por C. Bonner, «Whitchcraft in the lecture room of Libanius», *T.A.P.A.* 63 (1932), 34 ss. Se ha especulado sobre los posibles autores del hechizo, proponiéndose a los propios estudiantes o a profesores rivales. En todo caso, la paranoia de Libanio en esta época resulta evidente a partir de discursos como los que compuso contra los gobernadores Tisámeno y Eustatio. *Vid.* el extenso comentario de Petit sobre la magia de la época.

[466] En referencia tanto al hallazgo del camaleón como al descubrimiento de la supuesta conjura contra él.

Sexta adición

Tras esos sucesos llegó un gobernador[467] que, en su actitud hacia mí, no imitaba en absoluto los modales de su abuelo[468]. Pues éste no cesaba de honrarme como corresponde a un hombre de elocuencia; él, en cambio, no quiso saber[469], a propósito de un favor justo y sin gran importancia que le había pedido, que se ponía en evidencia, ganándose fama de estúpido. Era cuidadoso con las menudencias y descuidado con lo importante y permaneció siempre ayuno de mis discursos, pues no me parecía merecedor de ese premio. Éste fue mi castigo, pero hubo otro: yendo a los límites de la provincia cuando le envió el gobernador, hubo de alojarse en el desierto y bajo un sol ardiente, constantemente sediento y hambriento[470]. 251

Siguió otro gobernador[471], en cuyo mandato se produjeron los terribles sucesos que parecieron haber sido movidos por la mano de unos genios perversos[472]. Unas piedras fue- 252

[467] Tisámeno, que fue *consularis Syriae* en el año 386 (*Prosop.*, pág. 916) y al que Libanio censura también en los *Disc.* XXXIII y XLV. Su defecto fundamental consistía en no apreciar suficientemente la elocuencia de Libanio.

[468] No identificado.

[469] Sigo aquí el texto de Petit, que mantiene la lectura de los manuscritos, aunque la traducción resulta de forzar quizás en exceso el texto griego.

[470] Tisámeno fue enviado por Dinias, *comes Orientis* a la sazón, a la región del Éufrates para hacer acopio de trigo y hubo de permanecer allí hasta el regreso de Dinias de Egipto, adonde había ido para acompañar al prefecto Cinegio. Cf. *Disc.* XXXIII 7-8, 27.

[471] El sucesor de Tisámeno como *consularis Syriae* fue Celso, mientras que el *comes Orientis* al que se alude en el capítulo 254 es Dinias, un cristiano, al igual que su sucesor.

[472] Para esta revuelta de 387 *vid.* Petit, *Lib. et vie munic.*, págs. 238-44 y *Disc.* XIX 25 ss. y XXII 4 ss. Los acontecimientos se siguieron tal

ron arrojadas por unas manos contra los retratos de los emperadores y el estruendo fue enorme. Sus estatuas de bronce fueron arrastradas por tierra y contra los señores supremos se lanzaron palabras más duras que todas las piedras. Ello ocasionó el éxodo de mucha gente, convencida de que para el que se quedara no habría salvación. El que huía lloraba al que no lo hacía. Destrucción era todo lo que esperábamos, y aquello que estaba más allá de toda esperanza resultó ser nuestra salvación[473].

253 Y pareció que también yo fui responsable de esa salvación. Con mis palabras y mis lágrimas calmé los ánimos de los investigadores llegados a la ciudad y les inspiré un vivo deseo de recibir cartas de ⟨súplica⟩ y en poco tiempo en todas partes se redactaron tales cartas[474]. Y consideremos también esto como obra de la Fortuna así como el hecho de

---

como Libanio los expone: primero fueron apedreados los retratos sobre madera —de ahí el estrépito— de los emperadores; luego, fueron derribadas las estatuas de bronce. Achacar la responsabilidad de la Revuelta de las Estatuas a unos «genios perversos» es una forma de disminuir la de los ciudadanos de Antioquía, cuya culpa busca Libanio atenuar con la simpatética descripción que sigue de los horrores que debieron de sufrir muchos conciudadanos suyos.

[473] Creo, con Petit, que tal es lo que el texto griego quiere decir, aunque la frase me parece algo confusa.

[474] Sigo con poco convencimiento la interpretación de Petit que, como se ve, fuerza mucho el texto que literalmente dice: «fui convenciéndolos para que amaran vivamente las letras —que puede valer tanto letras, como cartas o incluso discursos— y en no mucho tiempo había letras por todas partes». Personalmente creo que la recta intelección del pasaje depende del verbo griego *erân* «amar vivamente, apasionadamente». Libanio sugiere que enseñó a los comisionados a apreciar las cualidades literarias —*grámmata*— de las cartas que le dirigían, al punto que deseaban vivamente recibirlas; el propio Libanio se encargaría de redactar o, al menos, pergeñar muchas de ellas. Ello cuadra con la afirmación inicial de que parte del éxito se debió a su intervención.

que los numerosos discursos compuestos sobre el mismo tema, si bien cada uno tenía una forma distinta, parecieran estar bien concebidos[475].

Mi auditorio no estaba formado, como antes, por el gobernador y las numerosas personas que llevaba consigo de las numerosas provincias. La razón de ello es la siguiente: en su presencia yo veía una servidumbre, mientras que su ausencia me procuraba libertad; y en un caso me encontraba ante amigos, en el otro, ante desconocidos, lo cual es un inconveniente para el orador[476]. 254

Tras ese gobernador que no conocía a los dioses asumió el poder otro[477] que tampoco los conocía y que se entregó con toda su alma a la molicie, lo que podía hacer dada su gran riqueza —adquirida, por cierto, injustamente—, por lo que resultó más estúpido que el anterior. Como le hubiera yo aconsejado no estropear Dafne ni llevar el hacha contra sus cipreses, se volvió contra mí e intentó arruinar mi posición, primero con la enseñanza de la lengua de los italianos, después incluso con la del griego: invitó a un profesor bastante flojo pero que él consideraba muy sólido a prepararse para competir conmigo[478]. 255

---

[475] Para estos discursos *vid.* los comentarios de Petit y Norman al pasaje.

[476] Nuevamente la imprecisión y oscuridad del texto hacen difícil su interpretación. Petit se inclina por entender el pasaje en el sentido de una oposición entre la presencia eventual y la ausencia real del gobernador, muy probablemente el *comes Orientis* Dinias. Al ser Dinias cristiano, su cortejo estaba formado también por cristianos que no sentirían la misma simpatía por los discursos de Libanio que sus amigos paganos.

[477] Otro *comes Orientis* cristiano, éste inidentificable.

[478] Los cargos de Libanio contra el gobernador son de diferente naturaleza. En primer lugar una acusación de impiedad por dañar el recinto de los cipreses en Dafne, recinto consagrado a Apolo. En el *Disc.* XXX 42-43 Libanio había ya denunciado que la destrucción de los templos paga-

256 Pero este competidor tenía la garganta atada y se quedó sin voz ya desde el mismo exordio. Más le habría valido permanecer en silencio[479]; sin embargo, intentó poner en movimiento su desfallecida lengua. Pero ésta permanecía muerta, mientras una niebla velaba los ojos de ambos, los del orador cuando emprendió la retirada y los del gobernador que presidía la sesión. Ni siquiera la pena de muerte me habría parecido un castigo superior al que sufrió.

257 Por esta misma época una injusta sospecha desató contra mí el furor de uno de mis antiguos discípulos[480], que se abalanzó sobre mi hijo y, aunque sólo lo insultó, trató, sin conseguirlo, de apartarlo de mí para arrastrarlo ante el tribunal. Ni siquiera yo, a pesar de estar ausente, pude zafarme de él, que proclamaba que, con la inmunidad de que gozaba legalmente junto con otros muchos beneficios, perjudicaba al Consejo.

---

nos no sólo era una impiedad, sino también un atentado contra la propiedad imperial. El sacrilegio del gobernador se vio agravado por su propósito de establecer una cátedra de latín en Antioquía en el año 388, que, una vez establecida, hacía una dura competencia a la escuela de Libanio (cf. *Disc.* XXXVIII 6), toda vez que en época de Teodosio los funcionarios se reclutaban entre aquellos que tenían una formación jurídica. Un eco de las disputas entre partidarios y adversarios del latín encontramos en el *Disc.* LVIII. Finalmente el gobernador intenta minar el prestigio de Libanio proveyendo otra cátedra de retórica griega.

[479] Opinión repetida ya en caps. 50 y 110.

[480] El *Disc.* XXXII da cuenta de los motivos de esta disputa con Trasídeo. Éste había sido designado para una embajada a Constantinopla y trató de evitar, sin conseguirlo, el encargo, achacando a Libanio el fracaso de su intento. Libanio, aunque poseía tierras, gozaba de inmunidad por su puesto oficial de sofista; no obstante, cedió en vida su propiedad a su hijo Cimón para evitar así los pleitos testamentarios que, sin duda, le esperaban. Trasídeo intentó inscribir a Cimón como miembro de la curia y, al no gozar de la inmunidad de su padre, sus bienes podían ser recuperados por ésta.

Y tras ello, él se marchó en embajada, para volver humillado por los honores que el emperador me había dispensado. Entre los miembros de la embajada llegó uno con una carta del emperador[481] que aumentaba el prestigio de su destinatario, realzado ya de algún modo con los discursos de Eusebio[482], según el propio relato de los embajadores[483]. En uno de esos discursos hizo el panegírico del padre; en otro, el del hijo, de forma que los profesores venidos de Atenas, en lugar de rivalizar con nosotros, nos admiraban a Eusebio y a mí mismo: a mí por la enseñanza que le había dado; a él, por la que había recibido. 258

Podría reconocerse también la benevolencia de los dioses hacia mí a partir de este suceso. Un día, por la tarde, volvía a mi casa de los baños. Unos caballos, semejantes a fieras salvajes, aunque no lo parecieran, estaban parados aguardando a sus amos. Unos miraban a las columnas, los otros estaban vueltos hacía el muro. No había motivos para imaginar ningún peligro, aunque éste estaba allí y enorme: cuando marchaba entre ellos mostraron sus dientes y lanzaron sus cascos como dardos. Esto habría bastado para matarme. Ahora bien, el mozo de cuadra dejó el caballo que llevaba por las riendas, me arrancó de allí y me dejó en lu- 259

---

[481] La carta del emperador a Libanio lo dejaba libre de toda sospecha de participar en el intento de usurpación de Máximo (cf. *Disc.* XXXII 27 y *comm. ad loc.* de PETIT).

[482] Eusebio, aunque exento de deberes municipales por su condición de sofista, forma parte, como miembro extraordinario, de la embajada. Durante su estancia en Constantinopla compuso dos panegíricos, uno destinado al propio Teodosio («el padre») y, el otro, a su hijo Arcadio, Augusto desde el año 388. Ésta es la interpretación de Norman y Petit; para otras posibles *vid.* NORMAN, *comm. ad loc.*

[483] Según el texto de Petit, que en nota acepta como posible la corrección de Foerster de *ho lógos* en *lógois*, de lo que resulta un sentido distinto: «lui aussi, Eusebios, était au nombre des ambassadeurs».

gar seguro. Las manos fueron las del mozo, el designio, en cambio, de los dioses.

260 Fueron también los dioses los que expulsaron de una ciudad vecina a un hombre de pocas luces, pero de muchas palabras y que se servía de sus escasas habilidades contra quien le había instruido[484]. Uno de mis alumnos, dolido por esta conducta, disipó la bruma de los ojos de los que habían sido engañados; a él lo hizo expulsar con pruebas de su mala voluntad.

261 Sabino también había sido expulsado no de una ciudad, sino de la propia vida. Había sido reducido a tan poca cosa que, cuando cambiaba de lecho, bastaba un solo hombre. Era una desgracia para él el no estar muerto. Sin embargo, muchas veces se había proclamado dueño de mis bienes, asegurando que en el mismo día me conduciría a mí al Hades, y a sí mismo a la posesión de mi propiedad[485].

262 Amargo fue el mandato del hombre de la inmensa barriga, por causa de la inquina que, por una falsedad, albergaba contra mí. La falsedad fue ésta: estaba el gobernador dispuesto a llevar el hacha contra los cipreses de Dafne[486]. Yo sabía que ello no reportaría, al final, ningún bien a quien los talara y dije a uno de sus compañeros de juergas que no convenía irritar a Apolo[487] por causa de los cipreses, sobre

[484] Un antiguo alumno, profesor de retórica probablemente en alguna pequeña ciudad de Siria.

[485] Para todo el asunto *vid.* caps. 190-94.

[486] Libanio retoma el asunto de los cipreses de Dafne que lo enfrentó con el *comes* y cuyo relato había iniciado en el cap. 255. La madera de ciprés había sido, desde el inventario de los bienes de los templos de Constantino, puesta bajo la protección del emperador. Los cipreses no fueron cortados (cf. *Disc.* IV 12), aunque el lugar había ya recibido algunos daños.

[487] El protector del lugar donde recibía un culto local (cf. *Disc.* LX 5) y el dios vengador por excelencia ya desde Homero (*Ilíada* I 284-85).

todo cuando su morada había sido ya dañada por motivos semejantes[488]. Y afirmé que rogaría al emperador que se preocupara de Dafne o, más bien, que le prestara una mayor atención que la que ya le dedicaba.

Ese hombre[489] le hizo llegar a Fenicia una carta llena de 263
mentiras, previniéndole de que yo amenazaba con atraer sobre su cabeza la cólera del emperador. Con esos argumentos faltos de toda verdad, sembró en él la semilla de la cólera y le hizo volver como un jabalí que aguza sus colmillos[490]. Su amigo, que no lamentaba su ausencia, habría visto con placer que, tras su llegada, partiera de nuevo.

Y mucho se habló y en muchos lugares de la guerra que el 264
gobernador me había declarado. Y ello hizo que un viejo, que se había bebido un abundante patrimonio, suyo y de sus hermanos, y que esperaba encontrar en la delación la forma de alimentarse, cobrara valor para convertirse en mi acusador.

En consecuencia, tuvo que ser también acusador de su 265
propia acusación. Tan pequeña era la fuerza de sus pruebas. Él se refugió en una acusación nominal de evasión de impuestos, pero el gobernador lo hizo comparecer con cargos de traición al emperador, porque lo que él quería es que yo tuviera por adversario al emperador y no a ese viejo. E inmediatamente salieron cartas, la una para el soberano supremo[491], la otra para su inmediatamente inferior en el mando[492]. Ambos leyeron las cartas y ambos rompieron a reír,

488 Una vez más el pasaje es diversamente interpretado. Comparto la opinión de Petit de que la morada *(oikía)* aquí mencionada es la de Apolo.

489 El compañero de juergas.

490 Ecos de símiles homéricos; cf. *Ilíada* XI 416 y XIII 474-75.

491 El emperador.

492 El prefecto pretoriano Taciano, que sucedió a Cinegio, muerto en el 388. Esto da una fecha *post quem* para todo el asunto. A lo largo de éstos capítulos, Libanio relata tres acusaciones formuladas contra él co-

ya que mi estilo bastaba para aniquilar la acusación. Al gobernador este suceso le provocó más aflicción que si una plaga de estación le hubiera destruido sus viñas de Tiro.

266 El hecho de que el asunto no fuera sometido tan siquiera a juicio —porque ya había sido juzgado antes de llegar al tribunal gracias a la locura del juez— y de que pudiera permanecer en mi casa, escapando a un largo y penoso viaje[493], sin verme privado de mis declamaciones, que tan gratas me eran, todo ello fue obra de los dioses y de la Fortuna que todo lo rige[494].

267 El gobernador se cobró en su propia persona el castigo impuesto[495] y, considerando cuál había sido su conducta y contra quién, se fue a hacer daño a otros, él que había entrado en el cargo por su riqueza y arruinado la provincia con su incompetencia.

El período que siguió a su mandato trajo reconocimientos para mí y para mis discursos. Éstos eran declamados según la costumbre antigua, en presencia del mismo gobernador, un hombre que sabía administrar justicia y que gracias a su clemencia ejercía el poder con mayor autoridad que otros con sus espadas y que había concitado el amor de todos hacia su persona: hombres, familias, ciudades, provin-

---

mo consecuencia de la represión que siguió a la revuelta de Máximo del año 387. Primero fue Trasídeo el que le acusó de connivencia con los revoltosos (cf. *Disc.* XXXII 27 y *Epíst.* 840); después siguió este episodio (cf. también *Epíst.* 855) y finalmente la maniobra de Eustatio para que Rómulo presentara contra él una acusación de traición por adivinación (*Disc.* LIV 40).

[493] Cf. cap. 240.

[494] Como Norman *(comm. ad loc.)* puntualiza, esta omnipotencia de la Fortuna se ejerce, sobre todo, en el terreno de la profesión retórica, sin que los demás dioses estén, en las demás esferas, sometidos a ella.

[495] Clara referencia a la obra de Terencio *Hautòn Timōroúmenos*.

cia, consejos, pueblos e incluso aquellos cuyas manos labraban la tierra[496].

Durante esta época, los arcos de los que solían hacerme 268
la guerra estaban colgados de sus clavos. Mi cabeza, en cambio, mantenía un duro combate con el viejo mal y, sobre todo, el miedo a caerme me incitaba a permanecer en casa, dejando de lado el trabajo con los estudiantes. Pero también en esta ocasión un dios tendió sobre mí su mano protectora por intermedio de un buen adivino, que puso fin a mi miedo con las esperanzas que despertó en mí. O, más bien, el miedo persistía, pero la esperanza lo combatía e intentaba vencerlo.

Siguió otro gobernador[497] y con él cólera, violencia, 269
miedo y pavor, abuso, impudor, una lengua sin freno y una osadía sin límites, una conducta tiránica en la aplicación de la ley[498]. Este gobernador no quería que su osadía se trasluciera, pero hacía todo lo contrario, engañando por doquier con promesas improvisadas, de forma que, después de unos días, me alcanzó también una fama semejante de inventar y divulgar historias[499], sin haber oído nada de cierto[500].

---

[496] La identidad de este gobernador es desconocida. Se trata, sin duda, de un *consularis Syriae*, como parece deducirse de la mención a la provincia. Para una posible identificación *vid.* Petit, *comm. ad loc.*

[497] Luciano, que ocupó el puesto de *consularis Syriae* en la primera mitad del 388 y *comes* en 392 *(Prosop.*, pág. 516). Libanio escribió a Taciano una violenta descripción de su conducta *(Disc.* LVII).

[498] Petit *(Lib. et vie munic.*, 287) interpreta esta expresión como una alusión a la aplicación por parte de Luciano de la ley del 387 *(C. Th.* 12, 1, 117) que permitía azotar a los curiales como castigo por la evasión de impuestos.

[499] Discursos hostiles a Luciano, recitados en círculos íntimos.

[500] Norman y Petit interpretan diversamente el pasaje. Norman, «in a few days it reached the point that the following story reached me, that he was inventing fairy tales and circulating them, though I had not heard a thing about the business»; Petit, «au bout de quelques jours j'avais

270 Pedimos finalmente a Zeus que nos librara de él y el dios nos escuchó y nos concedió rápidamente el favor, añadiendo la circunstancia de que su partida fuera ignominiosa. Porque vivió en lo sucesivo angustiado y llevado de un sitio a otro, vigilado y privado del sueño, ya que para descansar en un lecho necesitaba comprar al posadero; sus perseguidores le atraparon por la contabilidad. En la gran ciudad[501], rodeado de agentes del fisco, en medio del ágora era llevado de un sitio a otro como una pelota. Por todo ello, que había en parte visto y en parte oído relatar a otros, daba gracias a la Fortuna, por cuya intervención jamás me vi privado de una reparación debida[502].

Adición final

271 Tras éste vino otro, un hombre que había abandonado su patria para ir a vivir a otro lugar y que con las ganancias obtenidas en tres puestos había pasado de la pobreza a la riqueza. Aunque no era, en absoluto, un hombre de letras,

---

acquis la réputation de fabriquer et de répandre au dehors des fables, sans être réellement au courant de rien». Mi traducción, que creo muy literal, está más próxima a esta segunda interpretación.

[501] Constantinopla.

[502] O. Seeck (*Rh. Mus.* 73, 84 s.) ha estudiado en detalle los diferentes aspectos de esta turbulenta relación de Libanio y Luciano. Luciano era cristiano, protegido de Cinegio, el cual murió en 388. A la muerte de éste, Luciano fue reemplazado por Taciano, pagano y amigo de Libanio. Éste y otros de su bando desataron una violenta campaña contra Luciano, al que denunciaron ante el general de Antioquía (cf. *Disc.* LXVI 14 y 21), y maniobraron ante la curia para que enviara una embajada a la capital con el fin de acusarlo formalmente ante el emperador. Taciano lo hizo volver a Antioquía para que sus enemigos pudieran presentar cargos contra él —ésta es la parte que Libanio ha visto—. Enviado luego a Constantinopla, cayó en manos de los agentes del fisco, siendo maltratado y desprestigiado.

creía serlo y había suplicado obtener este cargo para, según decía, «enseñar a los gobernadores cómo hay que comportarse con los que enseñan a hablar a otros»[503]. Y con estas razones pasaba conmigo la mayor parte del día y perdía en ello buena parte de la noche, y si se veía impedido por algún motivo, lo llevaba como un daño.

Tras haber suplicado un puesto tal y con tales propósitos 272
a quienes tenían autoridad para conceder lo que quisieran, una vez que lo hubo obtenido y lo ocupó, dejó de ser el mismo. Durante cinco días o quizás algunos más se contuvo a duras penas para no mostrarse al desnudo. Después, en un momento en que le estaba hablando con la intención de socorrer la orfandad, la pobreza y la juventud de un discípulo mío[504], que tenía la obligación de mantener los fuegos en los baños públicos, le descubrió su ira y, revolviendo los ojos y frotándose la nariz con la mano, prorrumpió en grandes gritos y me dijo: «¡Déjame gobernar!, cosa que ahora, desde luego, no haces». Él había decidido ceder a los sobornos[505] y le preocupaban los talentos, y sabía que mi carácter se opondría a ese propósito suyo.

---

[503] Este *consularis* es Eustacio. Las buenas relaciones iniciales de Libanio con el nuevo gobernador *(Disc.* XLIV) se deterioraron rápidamente *(Disc.* LIV), sobre todo porque se vio defraudado en sus esperanzas de que protegiera a su hijo Cimón.

[504] Se trata de Domnino, un joven curial apresado y azotado mientras ejercía la liturgia de los baños públicos, carga que correspondía a un decurión importante, no a un pobre huérfano (cf. *Disc.* LIV 38).

[505] Traducción libre del término específico para la corrupción *kapēleúein*.

273 Yo lo dejé, pues, gobernar y convertirse en un Ciniras[506], mientras que él, tras haber puesto esos cimientos, siguió construyendo sobre ellos, insultándome por todos los medios a su alcance y maquinando incluso mi muerte. No levantó la espada contra mí, pero redujo a la pobreza a un hombre[507] al que la pobreza, según creía, le llevaría a delatarme. Pero una vez más vino en mi ayuda la justicia divina y no fui expulsado sino que se reveló que los dioses se ocupaban de mí.

274 Los dioses disiparon la oscuridad que, de algún modo, ocultaba su venalidad y sacaron a la luz sus trapicheos, el oro, la plata, los vestidos. Parte de estas riquezas volvieron a las manos de sus víctimas, no sin dificultades, sino a fuerza de gritos y de amenazas. El resto se fue a Tiro, para disfrute de su poseedor. Él se había marchado allí con la intención de retomar el aliento, pero se encontró entre las manos de los tirios. A duras penas escapó a la lapidación, pero se vio sitiado tras las puertas cerradas de su casa. Llegó a un acuerdo con ellos por dinero y puso fin al sitio, no sin haber depuesto su arrogancia de antes[508]. Recibió su castigo en Tiro por obra de Tiro y de Hermes, bajo la presidencia de los

[506] Uno de los míticos ricos de la Antigüedad, junto con Creso y Midas. Ciniras era un rey de Chipre, fundador del culto de Afrodita que, en agradecimiento, le colmó de dones.

[507] Rómulo, un decurión empobrecido, al que Eustacio trató de obligar, encargándole una liturgia —*sitēgía*— que no podía cumplir, para que denunciara a Libanio por traición mediante adivinación (cf. *Disc.* LIV 39 ss., 62 y *Epíst.* 844 y 889-91).

[508] Norman *(comm. ad loc.)* explica el pasaje suponiendo que los tirios quisieron obligarle a cargar con sus obligaciones curiales y que él se escapó con el subterfugio de algunas donaciones. Petit *(comm. ad loc.)*, sin embargo, recuerda que un ex gobernador estaba exento como *honoratus* de dichas cargas y considera más probable que los tirios intentaran una acción *de repetundis* por malversación.

dioses de la elocuencia indignados por sus crímenes contra las letras, al quedar la elocuencia buena, por los delirios de este borracho, a merced de los ataques de la mala[509].

Siendo éste todavía gobernador, murió Olimpio[510], cuya 275
amistad conmigo era bien conocida, por mantener, a lo largo de toda su vida, los estrechos lazos de nuestras respectivas familias. Como él se equivocara ⟨***⟩[511] no sé cómo en su deseo de honrarme. Ya que me nombró su heredero, cosa que suscitó envidia; pero, en privado, había prometido legados a muchos amigos y a otros que no lo eran, y entre éstos cundió la enemistad. Además en sus cartas se había desparramado oro y plata en abundancia ⟨***⟩ que iban a caer sobre mi cabeza[512]. A lo que parece, había dejado muchos deudores, que encontraban todo tipo de razones para negar sus deudas; eran, por tanto, deudas nominales, no reales.

---

[509] La ambigüedad de la expresión hace difícil la interpretación: «en imposant a cette ville un indigne sophiste à la place d'un excellent rhéteur» (L. Petit); «by his reckless folly good discourse was attacked by the bad» (Norman).

[510] En el año 389. La dudosa herencia que dejó a Libanio (cf. *Disc.* LXIII y *Epíst.* 953, 958 y 1030) empeoró las relaciones entre éste y la curia.

[511] El texto de los manuscritos está indudablemente dañado y probablemente exista alguna laguna. *Vid.* el comentario de Norman al pasaje, que acepta alguna enmienda de Foerster y acoge otras con reservas. A pesar de que hay dificultades textuales, el sentido general del pasaje es claro: Olimpio ha nombrado a Libanio heredero, pero al mismo tiempo ha prometido privadamente —si éste es el sentido de *éndon*— y por carta legados a muchos amigos, que ahora reclaman lo que consideran suyo. Además, Libanio debe exigir también a los deudores de Olimpio la devolución de los préstamos. Una herencia, pues, envenenada que le ocasiona nuevas enemistades con ciudadanos privados y con la curia.

[512] La herencia, según sugiere la expresión griega, va a volverse contra Libanio como una especie de maldición.

276 Por ello, yo seguí mi propio camino y como, al mismo tiempo, la naturaleza del asunto me invitaba a ello, creía que debía decir adiós a la herencia[513]. Pero los otros eran muchos, llenos de respetables y plausibles argumentos, con los que se lamentaban de que Olimpio se vería deshonrado en su tumba si yo rechazaba el título de heredero y mis obligaciones como tal. Y a ello se unía alguna esperanza de encontrar en las deudas algo sólido, pero no apareció nada de ello en parte alguna.

277 Así pues acepté el camino del sacrificio y un río de agudos problemas se me echaba encima cada día. Me vi así desbordado de mis límites, perdiendo el tiempo en un terreno que no era el mío, sino el de otros, rogando a los jueces que respetaran a Temis[514], más un montón de cosas que no eran las mías. Lloraba, pues, al considerar que mi vida se había transformado y que la dedicación que hasta entonces había tenido para la elocuencia se había trasladado a otras cuestiones[515].

---

[513] Norman *(comm. ad loc.)* considera que las dudas de Libanio están, de hecho, motivadas por el temor de suscitar la enemistad de decuriones influyentes que no verían con buenos ojos que las tierras curiales de Olimpio pasaran a un heredero inmune (cf. Petit, *not. ad loc.)*. De hecho Libanio se vio obligado a hacer frente a una serie de pleitos con deudores, curiales y otros presuntos herederos (cf. *Disc.* LXIII 6, 11 y 19-20).

[514] Como divinidad protectora de la justicia. En el *Disc.* LXIII 6-11 se queja efectivamente de que le resulta difícil obtener el apoyo de los jueces, que son Eustatio y su sucesor, posiblemente Eutropio.

[515] Un claro ejemplo de la clásica distinción entre oratoria forense y epidíctica, que, aunque en épocas anteriores habían ido de la mano, se habían convertido ya en especialidades diferentes, sobre todo por la necesidad del orador forense de tener una formación jurídica profunda. Eunapio *(Vidas sof.* 496) menciona, sin embargo, también las cualidades de Libanio como orador forense.

Así iban esos asuntos. Los que se hacían fuertes en el testamento me obligaban a vender mis bienes y a pedir dinero, dispuestos a saltar sobre mí para impugnar mi condición de heredero, sin dejarme un momento de respiro. 278

Otro suceso mucho más grave por la pena que me causó aconteció: la muerte, tras una larga enfermedad, de la mujer que me había dado un hijo y que valía por muchos sirvientes[516]. En lugar de una mujer presta a correr a mis órdenes, no me quedaba sino llorarla. A su aflicción por lo que habría de suceder —ya que era consciente de ello— se sumó la de no ver a su hijo[517].

Éste se encontraba entonces en Tracia, en la ciudad de Tracia que vive su opulencia a costa del sudor de las otras ciudades[518]. Yo le reprochaba este viaje, mas como el afecto era traicionado por la pereza y él estaba siendo cubierto por 279

[516] Con el término griego *diákonos* Libanio quiere subrayar el hecho de que su compañera no era una esclava, sino una liberta (cf. *Epíst.* 1063, 5 y NORMAN, *comm. ad loc.*).

[517] Vale la pena hacer un resumen de la carrera de Cimón, que tantos desvelos procuró a Libanio. Cimón comenzó estudios de retórica que abandonó para seguir la carrera de leyes *(Disc.* XXVIII 9). Su padre logró que fuera reconocido como su heredero, a pesar de ser hijo ilegítimo. No parece que su éxito en los tribunales fuera clamoroso *(Disc.* LIV 7-15) y, ante la amenaza de tener que asumir cargas curiales, aspiró a entrar en el orden senatorial, petición que fue definitivamente rechazada en 391. En el año 390 se marchó a Constantinopla, con cartas de recomendación de su padre *(Epíst.* 956-60), y fue nombrado *consularis Cypri* (cf. cap. 283). Su nombramiento fue, sin embargo, revocado por las protestas senatoriales que adujeron su origen ilegítimo *(Epíst.* 1064). Libanio tuvo que recoger velas y ese mismo año dirigió numerosas cartas a sus amigos de Constantinopla urgiéndolos a que mandaran a Cimón de vuelta a Antioquía (cap. 279 y *Epíst.* 1000-1003). En el viaje de regreso se fracturó una pierna, cerca de Tarso, y poco después, ya en Antioquía, murió.

[518] Constantinopla, acusada, como ocurre siempre con las capitales, de explotar los recursos materiales y humanos de las provincias.

una oleada de insultos ⟨***⟩[519]. Penoso todo ello, pero también obra de la Fortuna. Y también cuando cayó de su carruaje y se lesionó la pierna. Obra de una Fortuna benéfica y más favorable fue la casa de los hermanos de Cilicia[520] que abrió sus puertas a su desgracia, así como la multitud de médicos que acudieron a su llamada y que tomaron asiento en torno a su lecho ⟨***⟩[521].

280 Cuando me enteré de esas desgracias y lo vi, tras ello, transportado aquí, me embargaba aún la muerte de su madre y la imposibilidad de moverme incluso en un lecho ⟨para ir a verlo⟩[522]. Mis manos y mis pies me negaban todo apoyo, como nunca antes lo habían hecho. Y los dones de los dioses, los discursos, permanecían en mi boca, al igual que los de otras ocasiones. Y eso era lo que impedía a mis enemigos entonar un himno de triunfo. Las declamaciones públicas me resultaban imposibles, pero mis obligaciones con los estudiantes las cumplía regularmente.

---

[519] El texto es oscuro y las dificultades textuales difíciles de enmendar. El sentido de este pasaje, sin embargo, parece claro: Libanio se queja de que sus amigos abandonen la causa de su hijo y de que sus enemigos triunfen con facilidad.

[520] Apolinario y Gemelo, antiguos alumnos de Libanio que acogieron a Cimón fraternalmente. Para su identidad cf. *Prosop.*, págs. 83, 288, *Disc.* LXII 37 y *Epíst.* 1023, 1056, 1058.

[521] El texto está irremediablemente dañado en este punto. Doy, a modo de ejemplo, la tentativa traducción de Norman: «and ⟨the doctors⟩ saw that he lacked nothing for a cure, and when some relief was found for his great distress», que sigue, sin convicción, la propuesta de Foerster.

[522] El texto es confuso. Sigo la interpretación de Petit *(comm. ad loc.)*, según el cual Cimón fue transportado ya muerto a Antioquía y el lecho mencionado no es otro que el del propio Libanio. De modo ligeramente diferente traducía Norman *(Autobiography):* «I felt the full force of his mother's death and of the fact that I could not even be moved from her to see our child», que supone a Cimón aún vivo.

A fuerza de tantas lágrimas alimentadas por tantas desgracias, uno de mis ojos se debilitó y tenía miedo de perderlo por completo[523]. Quienes hacen depender todo del curso de los astros me aseguraron que no lo perdería, ya que Ares[524] se había movido a una posición más favorable. Por lo demás, acudían a mí alumnos de todas partes, pero los discursos que yo componía no traspasaban el umbral de mis puertas[525]. 281

Por otro lado, yo no frecuentaba en absoluto a los gobernadores, porque veía que uno de ellos era un corrupto dispuesto a vender cualquier favor[526] y al otro[527] porque tenía abiertas de par en par las puertas de su residencia y tenía empavorecidos a los que se encontraban en pleitos ⟨***⟩[528] Fracasado en este intento ⟨***⟩[529] a quien había disipado con su glotonería una fortuna considerable y que vivía en una perpetua rabia contra mí, rebatió sus argumentos y lo expulsó[530], de forma que, humillado, no persistió en su locura. Y el elogio que dediqué al íbero[531] fue lo que más le complació, afirmando que él mismo había agradecido al emperador los favores que me había concedido. Y ello a pesar de que su mesa no había visto ningún presente de mi parte, cuando los recibía de otros. 282

[523] Cf. *Epíst.* 1039, 1051, 1064.

[524] Efectivamente, Ares, en determinadas posiciones —por ejemplo, en conjunción con la Luna o Saturno—, podía provocar la ceguera (Ptolomeo, *Tetr.* 3, 12). Cf. Norman, *comm. ad loc.*

[525] No es exactamente cierto, ya que la *Epíst.* 1036 del año 392 da noticias de algunos discursos públicos, si bien éstos pudieron ser declamados en reuniones privadas.

[526] La identificación con Eutropio es imposible.

[527] Florencio, consular de Siria en 392, hermano del anterior consular Luciano (cf. *Prosop.*, págs. 364-65, caps. 269-70 y *Disc.* XLVI).

[528] Texto gravemente dañado.

[529] Texto irremediablemente corrupto.

[530] ¿Expulsión de Florencio por Rufino, prefecto pretoriano de Oriente en 393? *Vid.* Norman, *comm. ad loc.*

[531] Teodosio, nacido en Hispania, como es notorio.

283 Atribúyase todo ello a la Buena Fortuna así como lo que sigue. Ahora bien, ante la magnitud de su munificencia siento reservas de hablar; mas, sin embargo, debo hacerlo, para no ofender con mi silencio a mi bienhechora. Sumidos mis amigos en la tristeza al considerar el desafuero cometido con Cimón, al arrancar de sus manos el nombramiento que lo destinaba a Chipre[532], llegó entonces uno[533] —y era uno de nuestro círculo— quien al conocer su aflicción y el motivo de ella exclamó: «Poned fin, queridos y excelentes amigos, a vuestro pesar, ya que tenéis el remedio que puede libraros de él, y, además, un remedio justo, ya que se trata de una venganza tanto más grande cuanto el que la sufre lo hace por mediación de los dioses».

284 Conocéis, sin duda, la historia de los jóvenes enviados de Atenas a Creta para servir de festín al monstruo del Laberinto. El dardo que ocasionó la epidemia a los aqueos lo conocemos también por los primeros versos de la *Ilíada* y cómo la ofensa infligida a un solo hombre obligó a los griegos a levantar piras sin cuento para los muertos. Crises fue un hombre dichoso al verse honrado por los dioses con tantas desgracias.

285 Pues bien, he aquí otro sacerdote honrado con un hambre enorme. Ello es obra, yo creo, de Deméter y sin que se haya pronunciado ninguna maldición contra ellos, como la que movió a Apolo en aquella ocasión. La peste duró nueve días, mientras que el hambre devasta esta ciudad ya hace cuatro meses. Y si el castigo de un hombre aporta un gran consuelo a su víctima, ¿cuál no será el castigo de una ciudad y de una ciudad tan importante?

---

532 Cf. cap. 279.

533 Norman entiende de modo distinto el texto: «So I came in person...». Preferimos entender, con Petit, que se trata de alguien distinto que ha llegado con noticias de Constantinopla.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS [1]

[1] Los números remiten a los capítulos.

ÍNDICE GENERAL